

LA CIRUJANA DE PALMA

Una mujer, un misterio, una isla, dos amores.

LEA VÉLEZ



LA CIRUJANA DE PALMA

Lea Vélez



1.^a edición: mayo 2014

© Lea Vélez, 2014

© Ediciones B, S. A., 2014

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

DL B 9673-2014

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-778-3

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Citas
Primera parte
Segunda parte
Tercera parte
Cuarta parte
Quinta parte
Epistolario

*A mis padres porque me enseñaron a leer y a querer,
A mis hijos porque me enseñaron a mirar y a escribir,
A George, porque con su vida me enseñó a reír
y con su muerte... me enseñó a vivir.*

La desconfianza en nosotros mismos es un enemigo traidor que nos priva de hacer muchas cosas buenas, sin más razón que la de no resolernos a intentarlas.

WILLIAM SHAKESPEARE

—Maestro, ¿qué es lo que oigo? ¿Y qué gente es esa que parece dominada por el dolor?
Me respondió:

—Esta miserable suerte está reservada a las tristes almas de aquellos que vivieron sin merecer alabanzas ni vituperio.

La divina comedia, diálogo entre
DANTE y VIRGILIO a la entrada del infierno

El amor conquista todas las cosas; démosle paso al amor.

VIRGILIO, *Bucólicas*

Primera parte

Desde la ventana de mi encierro en Valldemossa se podría ver el mar. Como estoy en cama, inmóvil, solo puedo imaginar el Mediterráneo por el efecto que tiene entre mis cosas. Hoy huele a sal. Presiento una falsa calma en el canto de los pájaros. El aroma dulce, a heno mojado, anuncia tormenta... Me gustaría ver esa franja de azul intenso en la distancia, pero no logro convencer a mi falso fraile de que me saque a la terraza. Sueño con dormir bajo los arcos de piedra, donde florece la buganvilla, junto a la sombra de esa solitaria palmera que abanica el atardecer... Allí mi cama no sería la de un enfermo. Se transformaría en un balandro amarrado con fuerza a esta rocosa orilla, la orilla donde está ella.

Dicen que es cólera, pero yo sé muy bien que la culpa la tiene la habitación verde de Can Belfort. La alcoba asesina. No me preocupa. Tana encontrará la solución. Siempre lo hace... y si esta vez no lo consigue, bien, pues moriré, pero ella entenderá entonces que el amor es algo más que un buen sentimiento. El amor es necesario, imprescindible, no una maldición... así que acepto, en buena hora, este final alternativo. ¿Lo acepto? No, no lo acepto... me engaño: prefiero vivir siempre entre sus brazos, si es que sus brazos quieren acogerme.

Pero mientras espero la decisión de los dioses, vivir o morir, mientras esperamos todos que algo cambie y el monje me da sopa de pasta italiana en este aislamiento cartujo que protege a otros de mi extraña enfermedad, debo hablar de las tragedias que sacudieron Mallorca, del misterio del amor, de por qué llevo veinte años escribiendo y sobre todo de Tana, la mujer por la que daría mi vida si me quedase algo que dar: La cirujana de Palma.

Palma de Mallorca. 1835

Tana avanzaba a la luz de las velas. La marquesa empujó una puerta que se abrió gimiendo y ambas entraron en el dormitorio principal. Las manos pálidas de la anfitriona plegaron dos grandes contraventanas de madera y la estancia se encendió. Un intenso azul entró en cascada por el balcón de piedra de estilo veneciano, iluminando unos ojos del mismo color.

—Y esta es la vista.

Tana no esperaba el mar. Se asomó como un personaje de teatro al balcón renacentista y sintió que las olas aplaudían su entrada en escena.

—*¿Sabía yo qué es el amor? Ojos... jurad que no... porque nunca había visto una belleza así.*

—Ah, ¡qué delicia, es usted Julieta! —dijo la marquesa, complacida por la cita y la oportunidad con que la atractiva forastera la empleaba.

Tana asintió con ilusión contenida. Vio ondas azules con coronas blancas detrás de la muralla. Era una ovación. Rugía amable el mar de la bahía. Muy cerca, se alzaba protectora la catedral. Los pesqueros cruzaban Porto Pi de camino al mercado. Dos banderas en la torre de señales anunciaron la llegada de un correo. Inmediatamente se sintió acogida, acompañada.

—La voy a comprar —le dijo Tana a la marquesa—. Mi marido y yo seremos felices aquí.

—¿Está segura?

La pobre marquesa llevaba años tratando de vender la mitad oeste de Can Belfort y se mostraba escéptica. Tana asintió con énfasis. El precio era ridículo para el tamaño de la finca. Aunque debía gastarlo todo, Can Belfort era una maravilla inesperada. El primer piso sería consulta y despacho. El segundo, salones y laboratorio, junto a la biblioteca. Las antiguas cuadras, detrás del huerto, sala de anatomía. El tercer piso, por supuesto, con sus balcones a la bahía, se convertiría en la residencia. Aunque la cocina estaba sucia y anticuada, una cuadrilla de mozos bien mandados la tendría lista en cuestión de horas. La casa era perfecta porque sus imperfecciones —desconchones, grietas, arañas en sus telas, tablas que crujen bajo las pisadas— le resultaban, simplemente, encantadoras. Tuvo miedo. Can Belfort era eso: demasiado buena para ser verdad. Imaginó un hogar. La casona le habló en la forma en que hablan los objetos, erizando la piel, excitando el corazón, ofuscando pensamientos, removiendo la sangre. El mar batía en la muralla. Arrullaba, murmuraba. Tana estaba sola y el sonido acompañaba. Bajo el escudo de armas de los marqueses —una lagartija sobre el lomo de un caballo, o un *dragó*, como las llaman aquí—, Tana acalló su último suspiro de inseguridad y estrechó la mano de doña Marta, la marquesa viuda de Belfort, cerrando el trato. Le latía fuerte el corazón. Esa misma tarde visitaron al notario, firmaron escrituras y ambas celebraron su buena suerte por separado.

Pronto supo Tana el porqué de tan bajo precio. También comprendió que si las cosas les iban mal en Palma, jamás recuperaría la inversión. El asunto llegó a sus oídos de boca del carbonero:

—Lleva dos semanas aquí y ya es usted célebre en la isla —dijo él.

—Los forasteros somos llamativos.

—No es célebre por forastera sino por valiente, porque hay que tener las faldas de lunares para meterse en esta casa.

—No soy miedosa y mi esposo llegará muy pronto.

—Me imagino que como su marido atrapa criminales, ustedes no le tienen miedo a nada, pero sepa usted, señora, que las maldiciones maldicen por igual a creídos y descreídos. Es mejor tenerle miedo a los muertos y andar prevenido.

—Mi marido es forense. Un forense con miedo de los muertos es algo así como un buscador de perlas con miedo a darse un chapuzón.

—¿Qué es un forense?

—Un cirujano que indaga las razones de la muerte.

—La muerte no tiene razones.

—Para ser filósofo, se disfraza muy bien de carbonero.

El hombre soltó una sonora carcajada.

—Las criadas son graciosas, las costureras, ocurrentes, las prostitutas se las saben todas. Usted es la primera dama que reúne las tres mejores cualidades de las mujeres de verdad.

—¿Las damas no somos mujeres de verdad?

—No. Las damas son mujeres de sus maridos.

Tana se dijo que el hombre clavaba buenas frases entre palada y palada.

—A ver, doña Tana, bromas aparte, yo me refiero a los espíritus de la habitación verde.

Tana miró intrigada a este parlanchín sucio de carbón. No entendía. Él no dejaba de lanzar picón hacia la pared de ladrillo de la carbonera, siguiendo el ritmo de las olas del mar. Estas se destrozaban incansables contra los cimientos de la casa, con fuerza creciente. Ambos sonidos se acompañaban. Un asqueroso saco de arpillera abierto en dos le cubría la cabeza y la espalda como una siniestra capucha con capa. Era bajito, desnutrido y duro, y cuando la miraba cerraba un ojo como si hiciera puntería. A Tana le recordó al cuasimodo de Victor Hugo, a pesar de que las gentes de ciertos ambientes habrían podido decir que no le faltaba atractivo al carbonero. Fuera se preparaba el temporal.

—¿Qué habitación verde? —preguntó ella.

—La verde. ¿Hay más de una?

—Que yo sepa, verde, verde, lo que se dice, verde, no hay ninguna.

—Se equivoca. Todo el mundo sabe que en Can Belfort hay una habitación verde y que la estancia está maldita porque en ella hubo una matanza. Por eso la marquesa no conseguía colocarle a nadie esta mitad de la finca ni regalada.

—¿La casa tiene un fantasma?

—Sí, señora. *La nena de l'habitació verda*. Y esa estancia está maldita, encantada, hechizada, condenada, dominada, poseída sin remedio.

—Ah, ya, bueno, pues me alegra mucho decirle, señor carbonero, que está usted muy mal informado. Le repito que en mi casa no hay ninguna habitación verde. Si la hubo, alguien se ha puesto manos a la obra con una buena brocha. Probablemente la marquesa, para poder venderla. Maldición resuelta con el cambio de color.

—La habitación existe, vaya que si existe, porque no hay nadie en Palma con el arrojo suficiente *pa* meterse aquí y pintar nada. Ya le digo que está maldita. Pero maldita de que si

entras en esa estancia, te mueres, no maldita de que te coges un catarro con una mala corriente y estornudas. ¿Es que no se extrañó usted de que una casa tan grande y tan bonita costara tan barata?

El comentario reavivó el interés de Tana. Sí que le extrañaba, y mucho.

—¿Y no sabe cuál es la habitación asesina? ¿El cuarto de costura? ¿El comedor? ¿Una alcoba? ¿El salón de retirarse, quizá?

—Una de las alcobas... yo diría.

—«Yo diría»... Deberían ponerle de relojero *den Figuera*. Es usted la precisión personificada.

—Caray con el reloj de marras —dijo él—. ¿Sabía que no cuenta las horas por docenas?

—Precisamente. Pero no divaguemos... ¿En qué consiste esta temible maldición? Todo esto es muy ambiguo, estimado carbonero.

—Tiene que ver con que en verano hay dieciséis horas de sol... ¿O son catorce...?

—¡Deje ya el reloj! Estábamos con una matanza en la habitación verde... —dijo exasperada.

—No, si no sé más del asunto.

—¿Cómo? ¿Tira la piedra y esconde la mano?

—Eso me temo... ¡Pero uno que seguro que lo sabe todo es don Gabriel! Su inquilino.

—¿Yo tengo un inquilino?

—¿No se lo dijo la marquesa?

—No. Voy de sorpresa en sorpresa.

—Pues le ha vendido una casa maldita y con bicho. Don Gabriel vive detrás de la puertecita pintada de negro del carrer Portella, en el número 22. Están ustedes pared con pared por el lado de la Seu.

—¿Y este inquilino... me paga buena renta?

—No creo que suelte un real.

—Una habitación de menos y un residente de más. No he hecho negocio comprando esta casa, no.

—La marquesa le dejaba quedarse por pena. Como es tuberculoso...

—Ah, que además está enfermo... Encantador.

—Le gustará don Gabriel. Con eso de la tisis, casi no sale de casa más que *una vez en mes* para ir a Valldemossa a cuidar sus plantas, y es un gran conversador. Sí, él sabrá de los espíritus porque lo observa todo y escucha aún más. Escucha que da gloria verlo.

—Será que tiene el clásico «oído de tísico»...

—No se mofe.

—No es mofa.

—Precisamente ahora me voy con el picón a su casa. Si quiere le doy recado de que le cuente lo de la maldición.

—Dele, dele. Me encantará recibir su visita. Así tendré quien me tosa. Esto sí es mofa.

El carbonero cerró de nuevo el ojo derecho para mirarla socarrón, como si tratase de captar su perspectiva de la vida y pintarla en un lienzo inexistente en su cabeza. Tana lo imaginó encorvado, haciendo sonar las campanas de Notre Dame de París y disimuló una sonrisa.

—Doña Tana, creo que usted es de las mías.

Ella pensó que no sabía este hombre hasta qué punto lo era, o lo había sido, aunque ya jamás

lo sería, y le tendió la mano para estrechársela.

—Señora, no me dé la mano, que se la va a llenar de mierda.

Ella no la movió. No era mujer de hacer ofertas para retirarlas. Ambos se las estrecharon con fuerza.

—*Adeu, bona tarda* —dijo ella.

—*Bona tarda, tenga*¹ —contestó él.

Tana no podía imaginar que la próxima vez que se encontraran sería en muy distintas circunstancias y que las palabras del carbonero vendrían a su memoria a modo de epitafio: «No, la muerte no tiene razones, pero siempre tiene causas.»

Cuando doña Marta, marquesa viuda de Belfort, se sentía culpable por algo, decidía organizar un baile, un té, una recepción o una merienda. Al fin había vendido la casa maldita, que en su día fue el ala oeste del palacio. La nueva dueña era forastera y parecía una muchacha fuerte y resuelta, pero doña Marta tenía cargo de conciencia por haberle ocultado la creencia local de que, tras esas paredes de piedra gótica, latía el peligro. Así que para endulzar su culpa, la marquesa se decantó por organizar un té con ensaimadas, bizcochos de *cuartos* y tejas de crocante. Quería darle la bienvenida a la nueva vecina. Tana le había caído muy simpática... aunque en realidad no se le podía aplicar tal adjetivo. Parecía una mujer de sonrisa generosa y plegaba los labios con agrado, pero la marquesa sospechaba que no lo hacía por simpatía sino por un misterioso placer personal, como si supiera un secreto que los demás ignoramos. Era una Gioconda de ojos azules e inquisitivos, pensó doña Marta. Su mirada intensa le trajo turbación, la llevó a lugares emocionales, abismos lejanos en los que la marquesa percibía un eco de sí misma y de su juventud. Ella también había sido una muchacha metódica, correcta, eficiente y guapa, de mirada incisiva y movimientos medidos... quizá no tan sonriente, ni de una belleza tan rotunda como la de Tana, pero sí atractiva y de rasgos finos y gentiles. Pensando en todo esto, la marquesa suspiró y tiró de un historiado cordón con faldas, sonó una campana y al rato apareció Adelaida, su ama de llaves. La sirvienta traía una bandeja de plata labrada en su mano izquierda y, sobre ella, una carta. En la derecha, como siempre, sostenía su bastón de mando.

—Vamos a organizar un té para nuestra nueva vecina. Quiero ensaimadas, crocantes, natillas con *cuartos* y el mejor servicio de plata.

Adelaida seguía con la bandeja en la mano, ofreciéndole la carta. Lo del té parecía no importarle lo más mínimo.

—La han dejado por debajo de la puerta.

—¿Y no había un criado con ella?

—Por debajo de la puerta no cabe un criado, señora.

Doña Marta sonrió. Adoraba a Adelaida. Era la mujer más seca del universo, con un humor de esos que no dejan piedra sobre piedra. De edad indeterminada, el único adjetivo que podría aplicársele con seguridad era el de «eterna». Su piel parecía una sábana oscura de lino arrugada, perforada por dos ojos negros que jamás habían llorado. Adelaida era chueta o *xueta*, judía de Mallorca, y llevaba el pelo recogido en dos intrincadas trenzas, un laberinto a cada lado de la cabeza. Se decía que su melena suelta y rizada, aún negra a pesar de sus años, era la más larga de la isla. Tan larga, que llegaba hasta el suelo. La criada siempre llevaba consigo un solemne

bastón de mando, casi una vara con puño de oro, que además de darle un aire de lancero troyano o de jefe de una tribu africana, servía de herramienta para todo tipo de trabajos: enderezar espaldas de sirvientas, medir trozos de tela, cerrar ventanucos en las alturas, dar golpes a las bestias, apartar a los perros de la cocina, comprobar el aceite en una tinaja... Su vara no era una vara, era el báculo prodigioso. Ella decía que llevaba once generaciones, al menos, en su familia. Esto era verdad pues Adelaida nunca mentía.

—No sé si estoy de humor para sarcasmos —dijo doña Marta—. Qué mundo este, en que la gente ya no llama a las casas... ¿Acaso nos han robado el *dragó* de la aldaba?

—La última vez que miré seguía estando.

—Eso dice mucho del individuo que ha dejado la carta. Será alguno que vende las virtudes de un artillero para alisar el pelo, o una crema para clarear el cutis o...

—O uno que tenía mucha prisa —interrumpió Adelaida.

—O uno que te conoce y sintió pavor.

—Eso ha sido ocurrente, señora, lo admito.

—Gracias. ¿Y cómo sabes que la carta es para mí si te empeñas en no aprender a leer y has encontrado el sobre tirado en el suelo de cualquier manera y sin criado?

—Aquí pone «doña Marta de Belfort»... ¿o no lo pone?

—Lo pone, lo pone —mintió la marquesa, que sin lentes no leía nada—. Pero saber leer mi nombre y saber leer son cosas distintas.

—Entiendo que la señora está muy decepcionada conmigo porque dejé las clases... pero no es culpa mía si cada día que pasa tengo más y más... y *más* tarea...

—Espera un momento... ¿cómo que más y más... y *más* tarea? ¿He notado un cierto soniquete y un más... de *más*?

Efectivamente, Adelaida le hablaba a su señora con soniquete, cejas alzadas, mirada fija y el gesto de un militar de antes de Cristo. Una pose que Marcela, la hija adoptiva de doña Marta, creía que el ama de llaves había sacado del friso de los arqueros de Susa, el muro persa de ladrillos que, según los anales, representaba en el gran palacio del rey Darío al ejército más poderoso de Oriente. El ejército persa de los «Inmortales». Seres amables, serenos y aterradores.

—Señora, si cada vez que usted viaja a Francia o a Malta trae otra pieza nueva de plata...

—Ahhhh... Ya entiendo. La culpa de que quieras ser analfabeta toda tu vida la tengo yo. Como me da por coleccionar objetos de plata y tú no haces otra cosa que sacarles brillo...

—Gracias por no obligarme a terminar las frases. A mi edad, cada segundo cuenta.

—¿Y desde cuándo limpias tú los servicios de plata?

—Desde que vi a la nueva criada lavándola con agua, jabón y estopa.

—¡Dios Santísimo! ¡Qué crimen!

—¿Cómo sabe que la maté?

La marquesa rio de buena gana.

—Ay, Adelaida, tú ganas este duelo. Qué haría sin ese aroma a pino, tu mirada de cariátide y el humor judío y macabro... —dijo la marquesa divertida—. Dime, ¿qué hiciste con el cuerpo?

—Salchichas y sobrasada. Como teníamos la fresquera vacía... Nos la comeremos hoy para cenar.

La marquesa lloraba de risa. La criada no movía un músculo, complacida pero realmente seria.

—No es gracioso, señora. Si no me da dinero para el carnicero, el carnicero no trae embutidos, y como este año se echó a perder nuestra matanza... Pues nada, que nos comemos a Luisita.

—¿Y la sobrasada no será demasiado pesada para la hora de la cena?

—Luisita es pesada a cualquier hora.

La marquesa estaba encantada y espantada a un tiempo.

—Qué horror, qué horror... dejemos ya la broma...

—Cualquier día será muy en serio... cuando vi lo que le hacía a la tetera inglesa de 1750 con la estopa, señora marquesa, le juro que casi la mato o casi me la como o casi las dos cosas.

—¿Y el «casi crimen» fue ayer, por un casual?

—Por la tarde.

—¿Por eso tenía Luisita el pelo empapado? ¿Trataste de ahogarla?

—La cogí por el cuello, sí. Le metí la cabeza en el fregadero y se la lavé digamos que sin miramientos. Después le pregunté si creía que la colección de plata de valor incalculable de la marquesa de Belfort debía ser limpiada con guantes y paños o de la forma que acabo de describirle a usted.

—¿Y contestó algo, la pobre criatura?

—No lo sé. Lloraba. No se le entendía nada con la estopa dentro de la boca.

—Madre mía... eres endiablada —reía la marquesa, sabiendo que Adelaida, en buena parte, exageraba por entretenerla.

—Lo soy. No creo que Luisita se olvide de lo que debe lavarse con cáñamo y jabón y lo que no.

—Pues hoy le vas a pedir perdón y después vas a enseñarle a limpiar la plata como es debido, y por las mañanas tendremos nuestra media hora de clase de lectura y escritura y te traerás a Luisita para que aprenda también. Pronto podrás leerme tú a mí las novelas románticas que tanto te gustan.

—Para enseñarle a Luisita a limpiar plata necesitaré mucho tiempo. Es muuuuy leeenta. No sé si no escucha, no entiende o no retiene.

—¿Correrías más si la despido?

—Señora, no. No correría nada... Volaría.

—¿Y no te da pena que sea una pobre chica que tiene que cuidar de una madre enferma y seis hermanos?

La criada miró seria a los ojos a su señora con un gesto como el que pondría la ya mencionada pared de ladrillos persa del siglo V.

—Ya sabe usted que nací sin corazón. Bien... —dijo Adelaida, dando un golpe con su vara en el suelo— creo que este asunto ya no da para más, señora. Le hemos sacado todo el jugo a Luisita.

—Por una vez estoy de acuerdo contigo.

—¿Pongo el servicio de Padua o el florentino?

—¿Qué?

—El servicio de té, las ensaimadas, el crocante, las natillas, los *cuartos*, la vecina. ¿Padua o Florencia?

—No sé... esta Tana es una mujer de ciencia. De las que no se impresionan con nada. ¿Qué

me recomiendas? Y sin chascarrillos.

—El juego de té de Padua, sin ninguna duda.

—¿Ves? Siempre me ayudas a decidir bien. Pon el de Florencia. Puedes retirarte.

Adelaida dio un nuevo golpecito en la tarima con su vara, como un rematador cerrando la subasta, y se fue. Era la única persona del mundo capaz de marcharse a toda prisa mientras aparentaba caminar despacio. La marquesa sonrió para sus adentros. Doña Marta, que ya había desgarrado el sobre, buscó los viejos lentes de su difunto marido y comenzó a leer la nota. Los dos papeluchos que formaban la esquila, escritos en una letra espantosa, bailaban ante sus ojos y al principio no entendía:

Querida marquesa, usted no sabe quién soy pero tenemos un buen amigo común: Avelino de Nácar. Por él conozco un sucedido que pasó hará cuarenta años y que de hacerse público los arruinaría tanto a usted como a su hijo Sebastián, dejándola en la más indigna posición ante la sociedad palmesana. Si no desea que este delicado incidente vea la luz, deberá reunir ochocientos reales de vellón y venir a mi encuentro en la muralla, esta noche, en la plataforma que llaman «del Rosario» diez minutos antes del toque de «la queda». Traiga esta esquila con usted.

La marquesa miró el segundo papel. En él decía:

Siento mucho tener que recurrir a esto, pero estoy desesperada. Por ello, pido perdón.

Así que era una mujer, pues estaba «desesperada»... Por supuesto, no había firma. Doña Marta sintió cómo la sangre se le escapaba del cuerpo. El aire se cuajó en sus pulmones y respiró con dolor. Mareada por la carta y por los lentes del difunto, se encaminó al despacho y alzó la vista hasta la reproducción del cuadro *La batalla de las Termópilas*, de Jacques-Louis David, en la que las huestes persas les daban una buena paliza a los griegos. Tras accionar un resorte secreto, la marquesa abrió la caja fuerte que se escondía tras la pintura del gran artista francés. Lo que allí vio terminó de dejarla sin aliento. Faltaban quinientos reales de vellón y era claro que no se los había llevado el general Jerjes. Llamó a gritos a su hijo Sebastián. Si había un momento y un lugar para perder la compostura, era este.

¹ En Mallorca, si el interlocutor es de la misma clase, responde igual al saludo, en cambio, si se considera de clase inferior, responde «bon dia, o bona tarda, tenga». A veces se acorta la frase y solo se responde «tenga». (*N. de la A.*)

Escribo esta historia con idas y venidas en el tiempo. No es mi intención confundir al lector, pero debo ir narrando también lo poco que me sucede aquí, en Valldemossa, en esta convalecencia tan semejante a un destierro. Hoy el extraño fraile ha venido como cada tarde a cambiarme las sábanas y traer limonada. Entra embozado para evitar el contagio y me divierto pensando que estoy secuestrado por el bandolero más correcto del mundo. Este hombre me dice esas cosas que nunca escucho porque son mentira: que hoy tengo mejor aspecto, que he pasado buena noche, que pronto estaré curado. Le pido que calle, pues yo solo quiero saber de mis buenos amigos, sobre todo de Jaime, pero también de esos caballeros dignos de la tabla redonda del rey Arturo que son Echagüe, Prihuelas, Bretón, don Pablo o De la Piedra. Necesito averiguar si han cogido ya al asesino... Y sobre todo, deseo noticias del amor de mi vida: Tana, la cirujana, y de cuándo podrá venir a verme. Me pregunto si leyó al fin los diarios que le dejé para que entienda el pasado... y sufro, pues sospecho que algo siniestro le ha sucedido. Pero el fraile no sabe nada útil. Para congraciarse, vuelve con algo para leer y la estampita de un santo. Al verla, me echo a reír, sin mala intención, pero él se ofende.

—San Roque es el protector de los enfermos —me espeta verdaderamente enfadado—. Es el santo que más defiende de los contagios. ¡Hace milagros constantemente!

—Discúlpeme la carcajada... Es que san Roque ya me salvó de morir una vez.

—No le entiendo, don Carlos.

Como no puedo contarle quién soy en realidad, ni quién fui antes de llegar a Mallorca, como estoy cansado y deseo guardar mis energías para seguir redactando esta historia, simplemente cierro los ojos, recordando las páginas que poco antes de llegar a Palma escribí en el diario que desde hace veinte años me acompaña de batalla en batalla:

Una guerra entre hermanos destruye el alma y el corazón. A mí me ha pasado. Uno decide que ya está muerto para poder seguir viviendo entre cañonazos sin la parálisis del miedo. Recuerdo en la escuela cuando nos hablaban de la guerra de los treinta años y yo pensaba, ¡qué barbaridad! ¡Treinta años! ¿Pero cómo puede durar una guerra treinta años? Ahora, miro al presente y me doy cuenta de que llevo veinticinco en los caminos, cárceles, barcos, batallas. Entre esclavos, indios, franceses, chilenos, hijos de San Luis, turcos, ingleses, araucanos y *crístinos*, niños de uniforme, familias enteras degolladas en una cuneta que nadie tiene tiempo de enterrar, gente de Guipúzcoa, de Tucumán, paisanos y amigos. Los amigos. Esa es una asignatura que se aprende a sangre y fuego. En veinte años hay un amigo en cada piedra del camino. La bellota más insignificante me trae a la mente a uno que perdió su sangre contra el tronco de una encina. Los narcisos salvajes me transportan a aquel prado cuajado de ojos abiertos, y entre ellos, a la última mirada verde de un compañero de la infancia. A veces, la canción triste de un soldado junto a la hoguera dibuja rostros en el humo o la mejor sonrisa de mi primer comandante. Otros vienen a reemplazar a estos hermanos de

guerra y, en ocasiones, los andares del nuevo sargento me traen el espectro de mis propios muertos, de mi padre, de mi madre, de mi tío, de Francisco. Son fantasmas y existen. Se me aparecen todo el tiempo. Suena retreta y vuelve Garamande. Con él pasé diez años en dos continentes. Garamande a veces me parece un muchacho soñado que nunca existió... y de pronto las notas tristes de la corneta de llaves lo sientan a mi lado, frotándose las manos por el frío, añorando su cálida Mallorca y las calas desiertas de fina arena blanca, entre el granito de los acantilados y las turquesas del mar, donde se bañaba desnudo cuando era un zagal. Llevo veinticinco años entre los otros difuntos, los muertos que estamos vivos, los vivos temporales, los que cada mañana enterramos el corazón para seguir levantando polvo con las botas sin echarnos a llorar.

Cada guerra es peor que la anterior porque es más fácil. La sangre derramada se convierte en el agua que bebemos. No quiero despertarme con cincuenta años cortando cabezas a sablazos como quien corta naranjas para hacerse un jugo. Tengo cuarenta y tres, y mi locura ha llegado demasiado lejos. Hay que cambiar el paso.

Ayer, mirando por sus catalejos, dos zopencos con galones nos tiraron en barcas a través del Arga como si no hubiera enemigo, de cualquier manera. Los muertos aún bajan sobre el agua entre la bruma del amanecer. La corriente abría los faldones de sus uniformes, jugaba con ellos. Eran enormes pétalos azules. Toda la compañía, muertos, sobre el agua, como los nenúfares gigantes del Amazonas. Mis pesadillas nocturnas son más dulces que las realidades del alba. La compañía... a la deriva... Algunos, a caballo, alcanzamos las orillas gracias a nuestras monturas y aquí estamos... A los que nadaban se los llevó la corriente. Toda la mañana vi cuerpos enmarañados a los juncos de la vera y entonces yo dejé de ser el que no era, y ese oficial que no era yo ensilló el caballo y ajustó las bridas y el ronzal. Antes de salir al galope, entré en la tienda de los generales. Me acerqué al culpable de la masacre, Arduño, y le partí la boca. Cayó al suelo escupiendo sangre y dos dientes, mudo. Subí al caballo, piqué espuelas. Ningún soldado se sorprendió de que su coronel saliera a cabalgar para liberar la mala conciencia y secar el uniforme al viento. A los gritos del general, entendieron que me cogía las de Villadiego y tocaron a rebato. Arduño quería mi cabeza. La iba a tener. Dos horas llevaba al galope cuando tropecé con una patrulla de los nuestros. ¡Deténgase, mi coronel! Una vez más, ese que no era yo clavó las espuelas. El caballo voló con un relincho y los otros detrás. Los perdí. Tres horas después, liberado de la rabia, dormía a la sombra de un sauce llorón, junto al Arga, sin pesadillas. Me despertó un pincho de acero contra el pecho. Miré a mi captor. No tendría ni dieciséis años y ya era cabo. Su bayoneta marcaba con fuerza el hueco en el que una vez tuve el corazón. Le pedí que lo clavara. He visto bastante. He sido libre, valiente, osado, humilde. No seré cruel. He sentido el viento cálido de las marismas, el aroma de las jaras y el llanto más triste bajo un laurel de mi infancia. Me han cantado una nana las ramas de este sauce. Saltaban los peces. La hierba blanda de la orilla acogía mis huesos, protectora, como un arrullo. Solo hay una cosa que no he conocido: el amor de una mujer... Pero no se puede pedir todo en esta muerte.

—Mátame —le dije al niño.

—Queda arrestado, mi coronel, por atacar a un superior y por abandonar su destacamento.

—No lo he abandonado. Están todos muertos, cabo. Yo estoy muerto. He dejado el

ejército. No quiero un juicio ni un fusilamiento. Mátame.

—¿Por qué me dice eso? No me diga eso.

—Mátame.

—La patrulla está por llegar. No me diga eso.

—Mátame, niño, carajo, clava el acero. Atraviesa mi carne. ¡Hazlo!

—Deje de decir eso. No es usted quien habla, señor, es el cansancio. ¡No me diga eso!

El cabo temblaba. La punta de la bayoneta sacaba sangre de entre las costillas. Con la mirada le partí en dos. Una mitad del niño con uniforme quería obedecer a su coronel y retirarme del calvario como aquel centurión romano, Longinos, que le clavó la lanza a Cristo (yo creo que para ahorrarle sufrimiento y no para ver si estaba vivo)... La otra mitad del muchacho deseaba salir corriendo. La voz del deber era la más débil, pero aun así el soldado se mantuvo firme. Ni me mató, ni se movió.

—¡Mátame te digo!

Creí que lo haría. En cambio me dijo con lágrimas en los ojos:

—No le puedo matar, mi coronel, porque si le mato me condenaré e iré al infierno y yo le prometí a mi madre que no haría nada para condenarme y se lo juré sobre la estampa de San Roque que es el patrón de mi pueblo.

Olvidé que Dios, cuando juega al mus, siempre hace trampas. Esta vez no llevaba en la manga el as de espadas, como de costumbre, sino la estampita de San Roque de la madre de un soldado. Me rendí. Tumbado sobre la blanda hierba de la ribera, cerré los ojos, respirando la última bocanada de libertad y me dije: «Bueno, qué importa. Ya me matarán mañana.»

Vuelvo de mis pensamientos, de aquello que escribí en mi diario poco antes de venir a Palma. Miro el libro que ha traído el fraile filibustero que me cuida: *Varones ilustres de Mallorca*. Lo abro por el medio y me doy de bruces con la vida de una monja llamada Catalina. Así que esta religiosa es un varón ilustre según estos de Palma, me digo. Meto dentro la estampa del santo, dejo a un lado el tomo y sigo escribiendo esta historia. Ahora hablaré de Tana.

A mí me detenía un cabo temeroso de Dios al tiempo que Tana disfrutaba de sus vistas a la bahía sentada en la bancada de piedra de su ventana del siglo XV. Llevaba tres semanas en Can Belfort y esperaba impaciente a que el mar le trajera la pieza que le faltaba al rompecabezas de sus sueños: Carlos. Había querido vivir en esta isla desde que tenía memoria y al fin lo había conseguido. Tana tomó el catalejo de campaña, su viejo amigo, el objeto del que nunca se separaba, y tras acariciar las iniciales entrelazadas sobre el metal, miró hacia la torre de señales. Su nuevo pasatiempo era descifrar el lenguaje de los barcos que llegaban a la isla en busca del jabeque de Barcelona. Una bandera roja sobre una bandera blanca anunció la entrada a la bahía de un buque de guerra español. Al rato apareció imponente la fragata *Desquite*, dibujando una estela plateada en las aguas transparentes, y enseguida, un balandro de madera rubia y velas rojas sobrepasó al buque de guerra. Era un barco rápido, ligero. Tana miró por su catalejo. Un solo hombre lo capitaneaba con maestría. Tenía la piel dorada y era alto, fuerte y delgado. Su camisa blanca de algodón ondeaba al viento como una bandera de pureza, abriéndose por la pechera y mostrando un cuerpo atlético y perfecto. El rápido balandro pasó junto a Can Belfort y el atractivo marinero se volvió hacia la ventana. Sus miradas se cruzaron —había muy poca distancia— y Tana se ruborizó, sintiéndose como una espía con catalejo. Él no mudó el gesto.

Quizá no la había visto, se dijo. Aun así, se puso nerviosa. Después, el balandro ciñó hacia Porto Pi. Se sintió abatida, como una náufraga abandonada en una costa desierta, pensando que probablemente no volvería a ver a ese hombre jamás. Mirando de nuevo por el catalejo, logró leer el nombre del balandro. Se llamaba *Estefanía*. Tana se volvió a sentar en la bancada de piedra, sintiéndose extrañamente celosa de esa mujer por la que, sin duda, aquel caballero de blanca camisa y hombros morenos había bautizado su barco. Se dijo que ella no tenía a nadie así y que jamás lo tendría. Si había alguien incapaz de comprender el amor verdadero, suponiendo que tal cosa existiera, esa era ella.

Mientras admiraba los majestuosos desfiles de polacras y goletas, fragatas o balandros, esperando la llegada del nuevo forense general de Palma, Tana no podía dejar de pensar en el marinero desconocido, así que, para quitárselo de la cabeza, rememoró el té con pastas que había tomado con sus vecinas, la marquesa de Belfort y su hija adoptiva, Marcela. Las dos horas que había pasado tomando el té con ambas mujeres fueron sin duda las más agradables en muchos años. La conversación de sus vecinas estaba llena de humor, comentarios incisivos y de atención al detalle. Marcela Boccacci tendría unos cinco o seis años menos que Tana y era bella como una escultura clásica. Su piel de alabastro parecía un velo tras el que se vislumbraban magníficas venas azules. Las arterias de su cuello, largo y flexible, le hicieron pensar a Tana en las láminas de anatomía que tanto le habían impresionado en la Universidad de Bolonia. No eran meros dibujos del sistema circulatorio, eran obras de arte.

Marcela y Tana hablaron de una columna de bronce con tres serpientes enroscadas y de la batalla de Salamina, de los poetas griegos y en especial de Esquilo y, también, de un divertido viaje a Constantinopla. El mundo grecolatino era la gran pasión de Marcela y fue un placer practicar de nuevo el italiano, su idioma preferido de los tres que Tana hablaba correctamente... Entonces, ¿por qué se sentía tan desorientada? ¿Qué provocaba esta inquietud? Todo había comenzado al probar uno de esos bizcochos mallorquines que llaman *cuartos*. Su aroma y sabor le llenaron de un profundo desasosiego. La señal de la torre cambió de nuevo. Una bandera roja en paralelo sobre un trapo blanquiazul anunciaba un cuadro de vela mercante extranjero. Tana pensó en el hombre que vivía ahí arriba, sin ver a nadie, izando poleas, cambiando banderas, alimentando el fuego del faro. ¿Qué clase de relación tendría con el mundo? ¿Lo visitaba un compadre, su hijo, odiaba, reía, pasaba el día borracho, rezaba el rosario, memorizaba evangelios, jugaba al ajedrez, amaba a alguien? No podía decidir si se trataba del mejor trabajo del mundo... o del peor.

Cuando divagaba su mente de esta forma, es que estaba preocupada. Tenía todo a punto, había comprado la casa soñada, una privilegiada vista de los tres focos y las quince velas del *Desquite*, disfrutaba de la luz turquesa que salía de las entrañas del Mediterráneo. ¿Por qué esta desazón? ¿Qué mal presentimiento la martirizaba? Siempre que estaba así, era inevitable: pensaba en su «comandante». El dueño del catalejo. Un anagrama: Jota y Efe o Efe y Jota. Dos iniciales entrelazadas sobre un escudo de armas labrado en el metal. El héroe inventado, un amante soñado, aquel imposible protector. Lo imaginaba entrando por la puerta. El comandante se sentaba a su lado a mirar las goletas y los veleros de pesca. Le decía que estaba orgulloso de todo lo que había conseguido. Ella dejaba de tomar decisiones y apoyaba la frente en su hombro. Él le pasaba el brazo por encima y con una caricia borraba la inquietud. Le decía que hacía lo correcto, que sus mentiras eran necesarias, que no se preocupase de nada ni de nadie más que de

hacer bien su trabajo. Este calor invisible, esta defensa ficticia, la fuerza de un hombre inventado... la consolaban, pero siempre que evocaba al comandante, sus recuerdos la llevaban al ataque a la escuela, doce compañeras muertas en el dormitorio principal, ocho profesoras degolladas. La memoria se empañaba, lagunas, momentos que faltaban, culpa y dolor, y se veía con vida, al día siguiente al ataque, en los jardines de la misión, cavando.

Los hombres estaban muertos, lisiados o en la guerra, y ella era la única superviviente. Había que enterrar veinte cuerpos. Ocho profesoras y doce amigas. Toda su familia conocida. Se preguntaba si ese día comenzó su interés por la medicina forense. Quizás un encuentro tan largo con veinte cuerpos desangrados cerró una llave en su espíritu, echó un candado, la convirtió en esta mujer fría, observadora, estudiosa, culpable, analítica y sin sentimientos que era en la actualidad... y abrió, en cambio, la puerta de la ciencia, del entendimiento de las tragedias, de la búsqueda de culpables, de la disección del mal, de la madurez precoz... De la incapacidad de amar.

Erráticos, sus pensamientos rompían contra las paredes de su alma como las olas del mar contra las paredes de su casa. Estaba en Perú de nuevo, en los jardines de la misión, ante los cuerpos cuidadosamente alineados. Llevaba todo el día bajando cadáveres desde el piso de arriba. Los había limpiado y envuelto en sábanas blancas. Rezó un rosario. No porque creyera en Dios, sino porque las muertas así lo habrían deseado.

Al terminar, algo le hizo levantar la cabeza. En el arco de la entrada, a contraluz, se recortaba la figura de un oficial a caballo. La joven dejó el rosario y se aferró a la pala, su única arma. El jinete llegó hasta ella. Era un comandante español. Llevaba un pañuelo sobre la boca para protegerse del hedor de los muertos y del polvo del camino.

—¿Está usted bien?

—Esa pregunta es extraña —dijo una muchacha rodeada de cadáveres.

El comandante asintió comprendiendo que, efectivamente, lo era. Se bajó del caballo y desató el pico y la pala que traía consigo.

—La he visto por el catalejo desde la colina. Estamos acampados en aquella loma. ¿Qué es esto? ¿Un convento?

—Una antigua misión. Ahora es... era un colegio de niñas ricas españolas. Las han matado a todas... menos a mí. Los rebeldes decían que escondíamos espías enemigos. Las degollaron.

—¿Pretende enterrarlas usted sola?

—¿Piensa que no voy a poder?

—Pienso que va usted a tardar.

—Los muertos no tienen prisa.

—Usted está viva.

—¿Pues a qué espera para ayudarme?

La media cara visible del hombre embozado le pareció muy interesante. Su voz era grave, educada, poderosa y penetró hasta su estómago haciendo vibrar emociones contenidas. El pelo castaño claro, liso, largo y sucio caía en mechones desordenados sobre unos ojos grandes, verdes, irónicos, inteligentes y rasgados. Sintió el deseo de hundirse en los brazos de aquel comandante polvoriento a llorar. No lo hizo.

—¿Cuántos años tiene? —le preguntó él.

—Diecisiete.

—¿Dónde vive su familia?

—No recuerdo a mis padres...

—¿Tiene un tutor?

—No sé cómo se llama.

—No sabe usted gran cosa.

—Sé dónde guardaban el oro mis profesoras.

—En ese caso, sabe bastante.

El comandante se quitó la guerrera y comenzó a cavar. Ella le miró desconcertada y clavó su pala en la tierra. Estaban hombro con hombro. Pasaron cinco horas en silencio.

A veces se puede conocer a alguien durante toda la vida y sentir que no se ha cruzado con esa persona una sola frase importante. En contadas ocasiones, puedes conocer a alguien durante unas horas, no decir nada, callar tan solo, acompañar la respiración, escuchar los silencios y sentir tras la separación que has cruzado con ella toda una vida. Así se sintieron los dos. Cuando las enterraron a todas, ella le dijo:

—Han venido tres destacamentos desde ayer y usted es el primer militar que no me dice que hay que llevar los cuerpos a la fosa común de las afueras. ¿Por qué?

—¿Tres destacamentos, veinte mujeres degolladas y soy el primero que se baja del caballo?

—Sí.

El comandante no dijo nada. Fue a por la cantimplora, se quitó el pañuelo y la muchacha le vio el rostro por primera vez. El realista era un hombre de mandíbula cuadrada, boca grande, piel curtida. La joven se ruborizó. Los hombres nunca le habían interesado y no esperaba que su atractivo fuera así, devastador. Él le ofreció la cantimplora. Ella bebió dándose cuenta de que no había tomado un sorbo de agua en todo el día.

—Hace tiempo, conocí a dos niños que tuvieron que cavar siete fosas junto a un camino —dijo él—. Tardaron dos días en acabar la tarea. Al verla he recordado a esos hermanos y he querido estar a su lado.

—¿A mi lado?

—No. Al lado de aquellos niños llenos de rabia y deseos de venganza. Me gustaría decirles, sobre todo a uno de ellos, que tienen que olvidarse de buscarle sentido a la muerte y de vengar los crímenes de otros. Quiero hacerles entender que la vida vuela y cuando uno despierta de la revancha... la vida ya ha terminado.

No había tristeza en los ojos del comandante, solo sabiduría. La joven entendió que uno de esos niños no podía ser otro que él mismo. Luego le miró el brazo. Desde pequeña le fascinaban las cicatrices. Tres largas y enroscadas costuras cubrían su brazo izquierdo, dándole el aspecto de una gruesa maroma. Le habría gustado tocarlas.

—Toma ese oro y haz algo bueno con tu vida. Los muertos son los peldaños de la escalera que usamos para asomarnos al horizonte. Siempre que sientas dudas, piensa en tus muertos, en todas estas mujeres degolladas. Ellas te ayudarán.

La muchacha le miró impresionada por su voz tranquila. A pesar de la suciedad y el cansancio le pareció un príncipe de la cortesía. El comandante cogió pico y pala y se fue, aunque se dejó un objeto olvidado: un catalejo de campaña de buena óptica, hecho en Inglaterra. Quiso devolvérselo, pero al atardecer los realistas ya habían levantado el campamento.

La joven guardó la saca con el oro, ensilló su caballo y acudió al puerto. Allí consiguió

pasaje en una goleta a Southampton, se cambió el nombre por el de Tana Sanclaudio y mientras cruzaba el mar, mirando por su catalejo, decidió que se olvidaría de recordar. Siguiendo el consejo de su comandante, haría algo a todas luces imposible: estudiaría medicina.

Tana volvió de sus recuerdos. La casa, la vista, la bahía la alteraban. El hecho de no poder recordar su infancia, las venas azules de su vecina Marcela, los abrazos de su madre olvidada en un palacio italiano, tres serpientes enroscadas en un brazo, el bizcocho mallorquín, el rostro invisible de un padre del que solo recordaba retazos, todo esto la inquietaba. Encendió la palmatoria para irse a la cama y con el pequeño apagavelas de bronce, asfixió las cinco llamas del candelabro que iluminaba la alcoba. Había reprimido los pocos recuerdos que tenía de su infancia durante demasiados años y no entendía por qué luchaban ahora por escapar del arcón donde los había encerrado. Voló su mente a aquel palacio en Italia, el lugar donde fue feliz antes de perder el amor de su familia. Tenía cinco o seis años y llevaba en brazos una muñeca de rizos negros y ojos verdes. Tana recordó nítidamente, con gran sorpresa, que esa muñeca, igual que la hija de la marquesa, se llamaba Marcela, y sintió un terrible escalofrío. Una misteriosa corriente de aire apagó la palmatoria, sumiendo a Tana en la oscuridad.

Con los grilletes bien apretados, yo cabalgaba junto al general Lucas Mariño. Era un tipo inteligente, de los que escuchan y no hablan. Mientras avanzábamos camino del acuartelamiento en Puebla de Luz, notaba el afecto que me tenía en sus silencios. El general Mariño y yo siempre nos habíamos llevado bien. Le gustaba pedirme consejo, a su manera, y a mí me agradaba dárselo, a pesar de que jamás compartía los méritos de una victoria ni conmigo, ni con nadie. Unos pasos adelante cabalgaba el canalla de Arduño, más preocupado de su boca y de los dos dientes que había perdido con mi puñetazo, que de haber masacrado cien hombres en el río. Arduño y los suyos, que ya me tenían rabia de antiguo, me juzgaron por desertor en el mismo campamento. Fui sentenciado. Moriría fusilado. Sucedería al alba, en el cuartel. No me importaba, estaba tranquilo. Mi fin, al fin. Cabalgábamos, digo, cuando de entre unos árboles algo alejados del camino, alzó el vuelo una bandada de pájaros, escuché una rama partirse y me lancé a derribar a Mariño de su caballo. Los emboscados dispararon. La lluvia de balas alcanzó a los oficiales más lentos. El general idiota de la boca rota murió al instante con un tiro en la frente, su comandante, de igual manera, y también dos capitanes, el de cazadores y el de caballería. Este último era mi querido Sanjuán, el violinista, que se llamaba Javier de nombre de pila. Un tocayo. La arena del camino nunca tiene bastante. Es insaciable, chupa toda la sangre. Al ver su cuerpo, mas tarde, en el carro, me dije que ya nunca escucharía un violín sin que se me apareciera el fantasma de Javier Sanjuán con un agujero en la cabeza.

Los tiradores francos se dieron a la fuga. Nuestros cabos hirieron a uno, pero no pudieron alcanzarlos. Dos soldados, que se llamaban Pedro y Pablo, hermanos de la ciudad de León, echaron a nuestros muertos en el único carro que teníamos, donde llevábamos un cerdo, un gallo y cuatro ocas requisadas en una granja. ¡Cómo olvidar los gritos de esos animales! Las ocas no graznan, rebuznan. El cerdo olisqueaba la boca rota del general.

Ya era de noche cuando llegamos a Puebla de Luz. En el cuartel nos aguardaba el resto de la

compañía, el mariscal, el teniente general y un coronel algo imberbe, que no rebasaría los veinte años, alto y flaco como una pértiga de gondolero veneciano. Me dije: «este es el que viene a sustituirme». En el patio de armas estaba preparado ya el poste y me vi atado en él, los ojos vendados, junto al muro. Apunten... Pensé que sería una buena muerte, merecida, poética. Mariño me miró de una manera extraña. Mis guardianes me encerraron tras las puertas del calabozo y recuerdo que pensé que tal vez estudiaba la manera de dejarme escapar. A la una de la noche se presentó en mi celda.

—Coronel... ¿Puedo entrar? —dijo mi general favorito en voz baja. Abrí los ojos.

Traía dos botellas de ron.

—Con ese salvoconducto, puede usted entrar en el infierno.

—Me temo que he olvidado los vasos.

—He besado a mujeres más feas que esa botella.

—¿Cómo está, coronel?

—Muerto, señor... Perdón por el chiste... Quise decir, muy cansado.

El general Lucas Mariño se sentó en la bancada y le quitó un tercio a su botella de un trago. No me quedé atrás con la mía.

—¿Cómo lo hace? ¿Cómo está siempre de buen humor?

—Ya conoce el refrán: «Cuanto más dramática la situación, más gracioso el soldado.»

—Eso no es un refrán. Es su modo de vida.

Pensé en mi hermano. Era él quien lo decía.

—¿Por qué es aún coronel? —dijo sin mirarme, como si no me lo preguntara realmente.

—Porque no me queda más remedio, creo...

—No puedo entenderlo...

—Ah.... Se pregunta usted cómo siendo de familia con blasones no nací con galones de teniente, por lo menos, y no he llegado a general.

Me alegré de haberle sacado una sonrisa.

—Está muy equivocado conmigo, señor —añadí—. Soy de buena familia, como bien sabe, pero empecé en la guerra desde abajo, de soldado. Por eso no he pasado de coronel. Ahora solo soy uno que le dio un garrotazo a otro que se lo merecía desde hace años.

El general dobló el cuello hacia atrás y de un sorbo vació la mitad del ron. Yo le imité.

—¡Maldita sea, Francisco! ¡Eres mi mejor oficial! ¡Dos cruces de San Fernando! ¡¿Por qué tuviste que partirle la cara?! ¡¿Y darte a la fuga?! ¡Cinco horas de persecución! ¡¿Eres el más cabal durante veinte años y a los veinte años y un día te vuelves loco?! ¡

—Veinticinco. Y no me di a la fuga, mi general. Necesitaba llenar de aire los pulmones, nada más.

—¡Pues los vas a llenar de plomo! Te quedan tres horas —me dijo mirando el reloj.

—Usted sí es militar de carrera... pero es de familia pobre, ¿no es así?

Asintió y bebió. También bebí.

—Vendí mi alma al diablo por un saco de oro y una carta de recomendación —me confesó.

Ambos nos tranquilizamos. Nos dolía saber que uno iba a morir y no podíamos hacer nada por evitarlo. En la guerra aprendes a sortear la muerte cuando viene de frente. Esta condena resultaba extraña. En realidad era un ajuste de cuentas. Una gresca del destino. Bebimos más.

—No besa mal esta botella, no —dijo—. Llegué a la academia militar con diecisiete. Aunque

soy de mar, siempre quise ser oficial de caballería... En fin... toda una historia que algún día te contaré.

—Si no me la cuenta hoy, ya no me la cuenta.

Ambos sonreímos. Bebimos más. Bajamos la vista. Él empezaba a acostumbrarse a la idea de que era mi última noche y yo empezaba a arrepentirme de querer que me fusilaran.

—¿Y tu primer destino? —me dijo.

—De guerrillero, con Longa, en la partida que comandaba en Álava, pero yo era casi un niño. Tenía trece años.

—Hoy, en la emboscada. ¿Cómo sabías que iban a por los oficiales? ¿Qué pensaste para tirarme así del caballo?

—No pensé, señor. Los que pensaron en la guerra ya están muertos.

Otra frase de mi hermano. El general asintió. El condenado parecía él.

—Nuestro mariscal quiere un escarmiento. La moral está baja y hay demasiadas deserciones. No puedo hacer nada por ti.

Me dije que si hubiera sido al revés yo sí que le habría salvado, pero no lo pensé con rencor. En cambio dije:

—Pues ya ve lo que valen dos cruces de San Fernando... claro que ahora están devaluadas. Se consideran condecoraciones de María Cristina... Los que luchamos en tantas guerras hemos acabado sirviendo a todos los amos y nuestro pasado viene a condenarnos. Arduño luchó en favor de la Santa Alianza y mi hermano y yo en contra, matando hijos de San Luis. Por eso nos odiaba a muerte.

—Él te odiaba porque tienes algo que él nunca tuvo.

—¿Valor?

—No. El amor de tus hombres.

Me miró agradecido. Nos quedamos callados, un rato.

—¿Crees que los *cristinos* atacarán mañana? —me preguntó.

—Es claro que la emboscada era parte de una estrategia —le dije yo—. Han descabezado el regimiento para tomar el cuartel, invadir Puebla de Luz y marchar hacia Pamplona. ¿De dónde sacó usted el oro?

—¿Cómo?

—La famosa historia que va a contarme esta noche...

—Un hombre me pagó muy bien por callar algo terrible y testificar en un juicio. Es un pecado por el que siempre me ha remordido la conciencia. Su oro abrió las puertas a mis sueños militares, y esos sueños de general acaban en lugares como un río cargado de muertos y un buen amigo... fusilado.

—¿Qué pasó? —dije tocado.

—Dejé que condenaran a un inocente por el asesinato de su familia.

El general Mariño volvió a beber y vació la botella. No me quedé atrás.

—¿Lo colgaron?

—Tuvo suerte, era cirujano y lo mandaron a luchar en las colonias.

El general notó que entraba una sombra en nuestra celda.

—¿Qué te pasa? Has perdido la sonrisa...

—¿No hablará de don Cayetano de Nácar? —dije admirado.

—Sí... ¿Cómo has podido adivinarlo? ¿Conoces su historia?

Me subí la manga de la camisa para mostrarle a mi general las tres serpientes de mi brazo. Las cicatrices de la batalla de Chacabuco.

—Hace casi veinte años... Son tres sablazos criollos y las costuras de un cirujano. Don Cayetano iba a cortarlo pero le convencí de que si lo salvaba, yo lo salvaría a él. Hicimos una especie de apuesta.

—Te jugaste el brazo a los dados.

—Más bien me lo jugué al destino. Yo creo que nada en esta vida es casual.

—¿Sigue vivo?

—Cuando llegamos a Santiago de Chile, le perdí la pista.

—¿Hace cuánto de eso?

—¡No sé! veinte años...

—Habrá muerto.

—Es posible. Han muerto tantos...

En el pasillo se escucharon carreras, las botas militares resonaban en el empedrado.

—¿Ha oído eso?

—Pasos...

—Y no de los nuestros...

Ambos nos levantamos y salimos del calabozo, el general amartilló su pistola y me cedió su sable, pero una explosión nos barrió al suelo. El techo y la pared exterior se derrumbaron. Me zumbaban los oídos. El enemigo había colocado una carga en la santabárbara. Un corneta tocaba a degüello. Las explosiones se sucedieron. Temblaron cimientos. Fuera comenzaron a oírse disparos. Otro corneta, el nuestro, sopló a rebato. Había empezado el ataque de los leales a Isabel. Me acerqué al general. Lucas Mariño estaba en el suelo. Los ladrillos de la pared le habían roto la cabeza. Agonizaba.

—Señor... El cirujano... ¿Qué pasó?

—Él no los mató. No los mató... En Mallorca... Palma...

Según dijo eso, el general murió. El aire fresco de la noche entraba por un agujero en la parte trasera. Fui a cerrar sus ojos pero recordé las últimas palabras de mi hermano... ¿Y si los muertos no quieren dejar de mirarnos? Solté el sable, cogí la mochila con mis documentos y diarios y huí entre los cascotes. Sin armas me sentía desnudo. Estaba solo. Por primera vez en tantos años, tuve miedo de lo que me traería la mañana.

La marquesa de Belfort había pasado una tarde amena con Tana y con su querida Marcela tomando té en un hermoso juego de plata florentino. Ahora quedaban quince minutos para «la queda» y debía enfrentarse sola a la chantajista. Encendió una linterna de aceite y se echó a las calles oscuras cercanas al puerto. Cuando llegó a la plataforma del Rosario solo se oía el repicar del agua en pleamar. La mujer ya la esperaba. De lejos le pareció una campesina. De cerca era extraña. Su ropa no estaba del todo mal, pero parecía habérsela mandado hacer a toda prisa para la ocasión. Tenía huesos grandes y poca carne, pelirroja, con la cara manchada de pecas irregulares color canela, como las de un perro podenco. Sus ojos eran grises, enrojecidos y deslavados. Tenía las mejillas hundidas. La mujer no gozaba de buena salud y las temblorosas luces de las lámparas no mejoraban en absoluto su aspecto.

—¿Es usted la chantajista?

—¿Ha traído el dinero y la nota?

—Primero me gustaría que me dijera qué es lo que sabe usted exactamente.

—Exactamente, señora, lo sé todo. Ya le digo que conocí a Avelino hace muchos años.

Le había llamado Avelino en la carta y ahora lo hacía de viva voz. La marquesa se sintió aliviada. Todos en Palma le conocían como Abel, luego esa mujer habría tenido tratos con él cuando vivió en la península y era forastera. Si lo era, se marcharía tras el cobro, pensó.

—No es lo mismo saber algo, que poder probarlo —dijo doña Marta.

La mujer arrugó la nariz y las manchas, como si un aroma nauseabundo hubiera invadido la brisa de Levante. Sacó un papel muy doblado del delantal y se lo dio.

—¿Este documento es prueba suficiente? Me lo envió el párroco de un pueblecito medieval cercano a Valencia, donde creo que usted recaló en su juventud...

Doña Marta alargó la mano para ver el papel. Era una carta manuscrita de ese párroco. El religioso se había saltado las leyes enviando aquello a una desconocida, pero leyes aparte, la pecosa huesuda tenía, efectivamente, pruebas contundentes.

—Voy a convenir en pagarle, pero no tengo ochocientos reales. Le daré cuatrocientos.

—Señora, ¿se ha creído que está en el mercado? Esto no es una subasta a la baja.

—Pues no hay más.

—La puedo arruinar. ¿Es que no lo entiende? Adiós a sus tierras, viñedos, casas solariegas, obras de arte, olivos... ¡Adiós a todo!

—Le daré veinte doblones de oro... y esto.

La marquesa sacó un objeto del bolsillo de su capa: un embudo de oro que asemejaba una flor de tulipán con un delicado tallo ligeramente curvo. Era una obra de arte exquisitamente labrada por un orfebre de categoría. Doña Marta vio el gesto reacio de la pecosa y quiso arrojarla al mar por despreciar una joya tan delicada.

—¿Para qué vale eso?

—Es un embudo para decantar el vino y es muy antiguo, de oro macizo.

La podenca flaca lo cogió y se lo guardó. Doña Marta de Belfort acumulaba tanta rabia dentro que hacía verdaderos esfuerzos por no abalanzarse sobre ella y darle un par de bofetadas. Dominando su ira, estrujó el documento que le había dado la chantajista y lo guardó en el bolsillo.

—A cambio, quiero que me deje tranquila para siempre. Que no vuelva nunca jamás.

—No vendré a pedirle más dinero.

Doña Marta trató de poner un gesto parecido a ese que usaba Adelaida todo el tiempo para dar miedo y le salió bastante bien, sobre todo porque estaba furiosa.

—Espero que sea como dice, porque si no, haré que uno de mis hombres la mate. Eso es lo que hacemos las personas poderosas con los que tratan de hacernos daño, ¿comprende? Los matamos y para deshacernos de los cadáveres se los damos a comer a los cerdos. Los cerdos mallorquines se lo comen todo. No dejan ni los huesos, por muy grandes que sean.

La pecosa se estremeció. La marquesa le dio los doblones de oro y se marchó. En cuanto estuvo fuera de la vista de la chantajista rubia de ojos deslavados, doña Marta echó a correr. Llegó a su casa, subió las escaleras, cerró la puerta con cerrojo y, solo entonces, se sentó en la cama a llorar.

Por la mañana temprano, gritos, voces, llantos y alaridos acabaron con la calma en Can Belfort. Tana pensó que alguien agonizaba, cogió su maletín y comenzó a bajar para salvarle la vida a quienquiera que fuese. Desde lo alto de la escalera, vio a Luisita, una de las criadas de la marquesa. La muchacha gemía y gesticulaba junto a los soportales del patio. Al principio, Tana no reconoció al hombre que se apoyaba en la pared, bajo los arcos. Cuando lo hizo, su corazón se saltó un compás. Era muy alto, de hombros anchos y cuerpo fino, elástico. Tenía el pelo duro algo canoso y castaño y una barba de dos o tres días que daba hombría a un rostro de ojos irónicos, de melaza, ojos de reflejos dorados y verdor. Miraba a la criada con ceja alzada, paciencia fingida, humor, y era el mismo marinero al que Tana había espiado desde la ventana con el catalejo de su comandante. El capitán del *Estefanía*. Así, desconcertada por el encuentro, tardó en entender que tenía delante al comisario de Palma. Había conocido a muchos jefes de policía a lo largo de la profesión y habría identificado a un carabinero de civil o a un sargento sin uniforme aunque lo tuviera a doscientos metros. Pero con este fallaron todos sus instintos, pues no era este un policía cualquiera. Era don Jaime Sarriá Herbutz, la tierra de esta isla, la sal de las calas de Mallorca, el aroma de un jardín entre palmeras... y se hacía llamar «el intendente».

Don Jaime vestía una cómoda chaqueta negra de algodón y pantalón de lino a rayas. Su luto era evidente, pues llevaba crespón en la solapa. No lucía ni fajín de comisario ni bastón de marfil ni ningún otro distintivo oficial. Olía a un fresco, liviano, perfume a jazmín. A Tana le maravilló el conjunto y quiso impresionarle, encontrar una excusa para quedarse por allí, hablarle. Tenía muchas. Luisita gesticulaba y gritaba y había que esperar a que amainase la tormenta para las presentaciones. Mientras tanto, Tana seguía estudiándole y él la estudiaba a ella con ojos de seductor por accidente. Cuando el policía habló, Tana descubrió su mayor encanto: que era levemente tartamudo. Al contrario de lo que pueda ser costumbre, eso le hacía aún más atractivo, pues era un tartamudeo dominado por el intelecto. Cada vez que se le atascaba una palabra, el intendente la reemplazaba, sin nerviosismo, por un sinónimo.

—Pero si nadie te c... incrimina. Cálmate, muchacha...

—¡Que yo le juro sobre el alma de mi padre que está en la gloria que no he tenido nada que ver, don Jaime, se lo prometo, que yo soy torpe y lerda y despistada, pero no ladrona...! ¡Ladrona, nunca! ¡Que me parta un rayo como le partió a mi padre en el camino al Gorch Blau si digo mentira!

—No tientes a la providencia que acabo de escuchar un trueno...

Tana sonrió. Don Jaime seguía esperando a que cesara la barahúnda. Cruzaron una mirada cómplice. Él resopló, divertido. La criada seguía:

—¡Y que yo soy feliz en esta casa! ¡Y que yo no le guardo rencor a doña Adelaida aunque me frotase la cara con la estopa! Que yo dichosa con lo poco que me dan y lo mucho que trabajo, se lo juro y se lo estampo, aunque ella me trate como me trata y me acuse de ser poco dispuesta y holgazana... que no es posible que nadie piense que yo soy capaz de robar la plata de la marquesa

como desquite por lo que pasó antier...

—Un rato divierte, pero un mucho cansa —dijo él mirando a Tana. Ella le miró con complicidad. Le encantaba el comisario—. Hale, Luisita, punto en boca, bonita, pero punto y aparte, ¿eh?

Luisita calló, aunque seguía gesticulando y paseándose por el patio como si hablara sin voz.

—¿Qué está pasando? —preguntó Tana al llegar junto a ellos.

—¿Doña Tana de Ayuso?

—Sí.

—Ah, un soplo de aire fresco, espero. Soy Jaime Sarriá, i... i... i..., ¡vaya por Dios...!

—¿Intendente de la policía?

—Gracias. Para el dichoso cargo, no hay sinónimo.

—Ahora ¿no les llaman «comisarios»?

—Sí, supongo, pero intendente significa lo que todos sabemos, y comisario, vaya usted a saber.

Sarriá sonrió por primera vez y el patio se iluminó. Tana no podía creer el efecto que aquella perfecta dentadura, la barba pícaro y esos profundos hoyuelos tenían en una cara tan seria. El policía se había transformado, sin ninguna duda, en el más cálido intendente que jamás había tenido delante.

—Es un placer conocerle. Precisamente quería ir a visitarle hoy para presentarme y hablar de la toma de posesión de mi marido, don Carlos.

—Tengo entendido que usted trabaja con él... Me vendría muy bien una opinión profesional ya que está aquí.

—Por supuesto. ¿Qué ha ocurrido? ¿Un robo?

—Así es. Diecisiete piezas de plata y una de oro de la colección de la marquesa. El ladrón empleó una escalera para col... meterse por un ventanuco abierto del segundo piso, en la fachada que da al huerto.

La criada lloriqueaba, murmuraba, aleteaba como una gallina en un rincón, molestando muchísimo. Ambos la miraron irritada.

—Luisita —dijo Tana—, vete a ver si te necesitan en la casa. Yo atenderé al intendente Sarriá.

Luisita se marchó llorando y proclamando su inocencia.

—¿Cree que ha podido ser ella? —dijo Tana.

—¿Diecisiete piezas de plata y una de oro? Ni soñarlo. Realmente es una holgazana.

Tana rio una breve carcajada y Sarriá le ofreció su brazo.

—Acompañeme, señora, salgamos al huerto. Hummm... No me olvides.

—¿Cómo? —preguntó desconcertada.

—La flor. *No-me-olvides*. Un delicado aroma.

—¿Le gusta la jardinería?

—No. Me gusta la perfección.

Don Jaime Sarriá partió un ramillete y se lo ofreció a Tana. Ella miró hechizada el pequeño centro amarillo de cada delicada flor, sus diminutos pétalos azules.

—La perfección está por todas partes —dijo él mirándola a los ojos—. Lo que ocurre es que suele ser bastante pequeña.

Ambos atravesaron el arco del patio en dirección a los jardines de Can Belfort. Un impacto aromático los recibió en el huerto. Tres limoneros floridos invadían con su fragancia el rectángulo preso entre tapias de adobe. Presidía el huerto desde el centro una gran palmera cuajada de dátiles. En los simétricos parterres separados por pequeños setos de aligustre, se mezclaban con acierto ciruelos y rosales, judías verdes y espliego, cerezos y erica rosa de enero. Se daban bien allí las peras de agua, los tomates, las remolachas y los nardos, estando las cuatro esquinas de aquella frondosa despensa vegetal guardadas por cuatro naranjos de mermelada amarga. Por la pared que lindaba con el patio ascendía majestuosa una nudosa glicina. Los racimos de flores empezaban a formarse, esperando la primavera. Su cometido sería atraer a las mariquitas que se comen las plagas y a los abejorros que polinizan las cosechas. Los lirios tempranos abrían sus bocas de dragón, añadiendo aroma y perfección al conjunto. En los laterales del huerto se agrupaban más variedades balsámicas y culinarias.

Sarriá le señaló un ventanuco, libre de trepadoras y vegetación, junto al que el ladrón había apoyado una escalera de madera bastante larga. Tana examinó el parterre, en busca de huellas.

—No entró por aquí —dijo rotunda.

—¿No?

Don Jaime mandó venir a un subalterno, que llegaba en ese instante al huerto. Era un policía fuerte pero más bajo que alto, de gesto amable aunque muy serio. Una suerte de escudero fiel.

—Prihuelas, venga aquí, rápido, y tome nota de todo.

—Sí, señor.

—Esta dama es la ayudante del nuevo jefe de medicina legal de la isla. Doña Tana de Ayuso. Señora, este es el sargento Prihuelas, así, a secas. Prihuelas. Con un apellido tan raro... no necesitamos su nombre.

—Un placer, señor Prihuelas. Bien... le decía a don Jaime que por aquí no entró el ladrón. No hay flores pisoteadas o plantas quebradas y esta escalera pertenece a la casa. Lleva en el huerto desde que yo llegué a Palma. Por su color gris, yo diría que ha pasado aquí más de un invierno. El ladrón no la usó para entrar por la ventana.

—El ladrón pudo utilizarla aunque no fuera suya... —dijo el sargento.

—No aporte de su cosecha, Prihuelas. ¿No ve que esa no es la cuestión? Porque esa no es la cuestión, ¿no es así, señora?

Ella negó con su breve sonrisa de Gioconda, como diría la marquesa. Sarriá la miraba directo a los ojos. A Tana le encantaba este hombre tan dulce y profesional que además la escuchaba como si no fuera hembra. Sin duda, la fama de Carlos resolviendo algunos de los más misteriosos crímenes de Barcelona le precedía.

—No, esa no es la cuestión, Prihuelas —dijo ella—. La cuestión es que si la escalera fuera de roble o de una madera más dura, podría ser que el ladrón la hubiese utilizado para entrar en la casa... pero fíjese, es de pino, lleva todo el invierno a la intemperie y con el calor de estos días atrás se ha quedado reseca. En fin, que siendo de madera blanda está podrida seguro, aunque no lo parezca. No creo que los peldaños aguanten el peso de un hombre, y menos de un hombre cargado de plata.

—Prihuelas...

Sarriá le señaló la escalera y le hizo un gesto de que subiera por ella. Prihuelas obedeció rauda. El tercer peldaño se partió en dos con su peso y a punto estuvo de darse un batacazo. Tana

creyó observar una pícara sonrisa, muy fugaz, en el rostro del intendente, que enseguida amonestó a su subalterno. ¿Acaso era posible que ese hombre tan profesional y serio... fuera un gamberro?

—Tenga cuidado, hombre, que casi se parte la chol... cabeza. Son las sílabas con *L* las que más se me atascan —le dijo en un aparte a Tana.

—Lo he notado —repuso ella con complicidad.

—A veces también la *T*.

—Las interdentes, lo habitual.

—Bien, señora. ¿Alguna teoría más?

—Creo que Luisita está tan nerviosa porque miente.

—Sí. Oculta algo. Lo había pensado. Es interesante que coincidamos...

—¿La plata se encontraba bajo llave?

—Así es. La habitación se cerró anoche y cerrada sigue. Excepto el ventanuco.

—¿Quién guarda la llave?

—El ama de llaves, lógicamente, y la marquesa.

—¿Quiénes se encontraban en la casa?

—Doña Marta, marquesa viuda de Belfort, su hijo, el joven marqués, que se llama Sebastián, la hermana adoptiva de este muchacho, que se llama Marcela Bocacci, y los cinco criados.

—¿Y ninguno oyó nada?

En ese instante llegó la marquesa de Belfort. Fue ella quien respondió a la pregunta de Tana.

—¡Nadie, querida! Todos en la inopia. Y fíjate que yo estaba en la habitación de al lado, leyendo en mi antecámara, como tengo por costumbre.

—¿A qué hora echaron de menos la plata? —dijo ella.

—Esta mañana temprano al abrir la habitación para limpiar las bandejas. Señor Sarriá, espero que coja a esos ladrones y que les corte una mano como se hacía en los viejos tiempos.

—Lo haría encantado, señora Belfort, pero desde que tenemos separación de los tres poderes del estado, las amputaciones y otras penas terroríficas debo dejárselas al señor juez.

La marquesa sonrió con simpatía. El policía iluminó de nuevo el mundo con sus hoyitos y su risueña, blanca, dentadura. Doña Marta parecía tomarse el disgusto con buen talante. Jaime Sarriá le hizo un gesto a Prihuelas y él rápidamente le alcanzó su sombrero. Tana los observó a todos, entusiasmada de tener un misterio al que poderle hincar el diente. Intrigada se preguntó para qué damisela se perfumaba con jazmines el viudo policía, por qué le gustaban tanto las flores, quién había cometido el robo —y si en realidad había sido un robo—, de qué tenía tanto miedo Luisita y por qué había mentido la marquesa al decir que estuvo leyendo hasta tarde en su antecámara.

—¿Qué libro era?

—¿Cómo?

—El libro que leía anoche, doña Marta.

—La vida de Clarissa Harlow —dijo la marquesa con prontitud.

Tana estuvo ya completamente segura de que mentía, pues el libro que ella había visto abierto en el atril, sobre la mesita de la antecámara cuando fue a tomar el té con sus vecinas la tarde anterior era *Pamela o la fuerza de la virtud*, también de Samuel Richardson.

—Una pregunta más..., señora marquesa —dijo Sarriá.

—¿Sí?

—¿Quién le echó la llave al cuarto de la plata? ¿Usted?

—No, Luisita, pero yo estaba delante y, según cerró, me devolvió la llave.

Tana buscaba un libro para conservar el ramillete de nomeolvides. No tardó en encontrar el tomo adecuado: *Infusiones florales para el alivio del dolor*, metió en él las perfectas florecillas de don Jaime y lo dejó sobre la mesa del despacho, junto al tarjetón para don Carlos Ayuso que había llegado días antes. Los doctores de Palma le invitaban a la cena anual de la Academia de Medicina y Cirugía de la ciudad. Tana había aceptado ir en representación de su marido, pues su llegada se retrasaba.

Mientras trataba de resolver el robo de plata de la marquesa en su cabeza, se vestía con ayuda de la doncella. No le apetecía ir a la cena sola, pero Carlos se hacía esperar y tenía prisa por entablar contacto con los poderes fácticos del hospital. La criada, una joven llamada Rosa —cedida por la marquesa mientras encontraba una sirvienta personal de su gusto—, la ayudaba con un vestido de gala de seda.

Tana reflexionaba sobre lo que había conseguido y lo fácil que sería que esos mismos logros se vinieran abajo. Era capaz de meterse en el bolsillo a marquesas y autoridades, capitanes de barco y carboneros, gobernadores e intendentes... pero los médicos y cirujanos eran cosa aparte. Estaba nerviosa. Tenía miedo. Sentía que nada más echarle la vista encima verían en sus ojos todo aquello que se afanaba por ocultar. No temía a casi nada, pero una cosa le aterraba: tratarse con sus colegas, otros médicos, hombres y cirujanos... cara a cara. Aún no había logrado superar sus años de sufrimiento en la universidad.

Cuando solicitó el ingreso en la escuela de medicina de Bolonia, los catedráticos hicieron un plebiscito entre los estudiantes pidiéndoles permiso para aceptar la entrada de una mujer. Los jóvenes aspirantes a médico pensaron que se trataba de una broma y dieron su beneplácito... pero al ver que era verdad, que no les habían jugado la clásica novatada... cuando supieron que realmente una muchacha quería incorporarse a las clases con la absurda pretensión de convertirse en médico igual que si fuera un hombre... se levantaron en armas. Era tarde para no admitirla, así que idearon todo tipo de trucos y humillaciones, pensando que al mes o dos Tana saldría despavorida a refugiarse en las faldas de su madre. No contaban con que no tenía madre pero sí veinte degolladas enterradas en una misión en el Perú que apoyaban con sus espectros su decisión de alcanzar un horizonte imposible. No contaban en absoluto con su total entrega a la idea de ser cirujana.

Los profesores no se quedaban atrás. La opinión general era que una mujer podía ser una gran enfermera, pero siempre sería un cirujano de segunda. Tana quería demostrarles que se equivocaban, aunque estaba sola contra diecisiete enemigos y ni siquiera ella misma parecía segura de que no tuvieran razón. Quizás era cierto. Dudaba. Quizás una mujer no podía destacar en un mundo hecho a la medida del varón.

En esta guerra de la universidad ella siempre acababa siendo carne de cañón. La alumna escogida para las más desagradables tareas en la anatomía patológica. La víctima de las tramposas preguntas del catedrático de turno:

—Señorita, ¿cuál es el órgano del cuerpo que más aumenta de volumen? Vamos... no le dé

vergüenza contestar... Un médico nunca ha de tener vergüenza y menos una mujer que pretende examinar a un hombre desnudo... Conteste. Un órgano fundamental para la reproducción... un órgano que crece... que aumenta su tamaño...

Todos sonreían, pensando lo mismo. Tana no quería parecer mojigata, así que, al principio, caía en estas trampas con total inocencia.

—¿El pene?

El catedrático la miró con displicencia y sonrió:

—¡Qué más quisiera usted! El órgano que más aumenta es el útero, señorita, el útero.

Al principio, siendo orgullosa, se resistía, protestaba, se enfadaba, lloraba a solas contra la almohada. Poco a poco fue consciente de que esto solo animaba a los despreciables señoritos de fortuna y rancios catedráticos a torturarla más. Para evitar las humillaciones, estudiaba cual posesa. Se convirtió en una autoridad en anatomía. El estoicismo que mostraba ante las afrentas y sus enciclopédicos conocimientos la convirtieron en blanco de nuevas iras y envidias aunque algunos profesores y alumnos comenzaron a respetarla. Aun así, las bromas no cesaron.

Un día los muchachos se habían conchabado con el profesor de anatomía.

—*Signorina* Tana Sanclaudio, haga el favor de abrir su maletín, sacar el bisturí y acercarse a examinarle los pulmones a nuestro invitado de hoy.

El catedrático tiró de una sábana como un mago destapando el truco ante un público impresionable. Sobre el mármol yacía el cadáver de un hombre joven, muy flaco.

—Adelante, *signorina*, busque el bisturí en su valija.

Tana abrió el maletín. Las herramientas de cirugía habían desaparecido y a cambio encontró el pie seccionado de un cadáver. Digamos que la impresión no fue buena, pero había aprendido algo muy importante en estos meses. A no reaccionar precipitadamente. El enfrentamiento los jaleaba, llorar los complacía, e ignorarlos... los irritaba. Tenía que ganárselos, salir triunfante de su jugarreta... ¿Sería capaz? ¿Cómo? Sentía que había llegado a una encrucijada y que todo dependía de este momento. Dieciocho miradas fijas en ella esperaban el llanto, el grito, la frase: «algún gracioso ha metido el pie de un muerto en mi maletín». Tana miraba la macilenta extremidad de largas uñas sucias y piel reseca y esbozó un gesto de malestar, como si el aire le supiera rancio. Los jóvenes en sus bancadas se removieron expectantes, dándose codazos, murmurando entre risitas: «ya viene, ya viene el desmayo».

—Me temo, doctor Palacci —dijo Tana—, que hoy no me siento con fuerzas para diseccionar un cadáver...

—¿Y eso, señorita?

—Lo siento mucho... pero no... no puedo... no sé qué me pasa...

El anatomista la miraba igual de expectante que los alumnos pues sabía lo que contenía el maletín. Tana fijaba la vista en aquel pie dentro de una maleta de cuero. Parecía mareada...

—¿Se encuentra mal? ¿Necesita un vaso de agua?

—Disculpe, profesor. Ya sabe que las mujeres somos volubles, inconsistentes y es que hoy...

Tana sacó el pie del cadáver de su maletín y alzándolo bien visible dijo borrando el gesto de damisela en apuros:

—... Hoy me he levantado con el pie izquierdo.

La carcajada fue general. Hasta el anatomista Palacci no pudo reprimir la risa.

En ese instante, Tana encontró un arma para defenderse: el humor. Igual que sus compañeros

se afanaban en imaginar jugarretas, ella se preocupó desde ese día por ser la más erudita en medicina y la más divertida en cada clase, autopsia, ronda de enfermos y doctores, enfermeras y alumnos. Sus chistes, escritos en bolas de papel, eran arrojados de unos a otros en las aulas, divirtiendo a estudiantes y catedráticos. Obra de Tana eran diálogos jocosos como este:

«Un médico recibe a su paciente con una sonrisa y le dice:

»—Señora, tengo una buena noticia.

»—No soy señora, soy señorita.

»—Entonces es una mala noticia.»

Tana trabajaba por las tardes de enfermera y ayudante de un embalsamador, por las mañanas asistía a las clases y por las noches no se marchaba a la cama hasta tener el chiste del día:

«—Doctor, me he fracturado el brazo en varios lugares...

»—Si yo fuera usted, no volvería a esos lugares.»

La comedia fue la asignatura más dura de la universidad y aún hoy, tras casi diez años de práctica, Tana sentía que no había conseguido pasarla con honores. Le gustaba ser cínica, sarcástica, irreverente. Odiaba ser chistosa. Ahora se encaminaba a una cena llena de hombres, todos médicos de provincias, en la que esperaba no tener que ser graciosa de este modo, aunque sospechaba que no le quedaría más remedio. Por si acaso se veía en un apuro, había pensado un chiste. Rezaba por no verse obligada a usarlo aunque era bueno:

«El médico recibe a su paciente cariacontecido y le dice que tiene una mala noticia y otra buena. El paciente insiste en que le dé la buena primero, y el doctor dice:

»—Todos mis exámenes indican que padece usted un cáncer realmente avanzado y que morirá en menos de una semana.

»—Por Dios, doctor... ¿Cómo me dice eso? ¿Y si esa es la buena noticia, cuál es la mala?

»—Que llevo una semana tratando de localizarle.»

La criada consiguió abrocharle el vestido. Nunca pensó que sentiría esto, pero echaba de menos a su marido. Necesitaba su hombría, su altura, esa magnífica pose de caballero a vuelta de todo con la que sabía enfrentarse a los otros galenos. Carlos no era el comandante, pero era real. Tana suspiró, borró temporalmente la inseguridad y el miedo de su mente y se puso en pie. Súbitamente notó una corriente fría, una presencia y el hachón de la esquina se apagó de golpe, igual que todas las velas del tocador.

—¡Ay, señora... Los fantasmas de Can Belfort! —gritó la doncella.

—Lo que me faltaba.

—¡Es la hija de Caín! Nos ha apagado las velas...

—Los fantasmas no apagan velas. Una vela se apaga por dos motivos: por falta de oxígeno para la combustión o por la fuerza del aire. ¿Y quién demonios es la hija de Caín?

—*La nena de l'habitació verda*. Viene y va del purgatorio maldiciendo a todos los que viven en esta casa. Ella nos ha soplado las velas.

—Ha sido una corriente de aire, nada más. Ni hay habitación verde, ni hay fantasmas sopladores.

—¿Y de dónde sale esa corriente? La chimenea está encendida, la puerta y la ventana están cerradas y las cortinas echadas.

—Ese es un misterio que pronto averiguaré, porque lo que es claro es que el aire no atraviesa las paredes.

—Así es, doña Tana. El aire no atraviesa las paredes, las atraviesan los espectros.

Tana calló sabiendo que no merecía la pena discutir. La realidad es que aquella corriente fría le había erizado la piel y ya era la segunda vez que se empeñaba en apagarle las velas de su alcoba. El reloj tocó las seis y media, llegaría tarde a la cena de la academia si no se daba prisa.

No había pretendido hacer una entrada triunfal, pero el asunto de las velas sirvió de anécdota introductoria con los cirujanos palmesanos.

—Así que, caballeros, la culpa de mi retraso, al parecer, la tiene una niña que entra y sale del purgatorio.

Quince doctores y una mujer cenaban en torno a una larga mesa dispuesta con elegancia en el Casino de Palma. Las arañas hacían resplandecer los enormes espejos de una habitación decorada con óleos de románticos rincones mallorquines. Antes de la cena se había mostrado el diorama de doce paisajes europeos, entre los que estaban el paseo de Montpellier, el Duomo de Milán o la bahía de la Concha de San Sebastián. Tras el agradable espectáculo visual, Tana comía una deliciosa lubina, amigablemente rodeada de don Alberto Echagüe, cirujano del Hospital General de Palma, don Lázaro Bretón, eminencia en epidemiología y don Pablo Cortés, simplemente médico y, según sus propias palabras, bebedor, jugador, confidente y espía retirado. Alberto Echagüe, el jefe de cirugía, era verdaderamente atractivo, muy moreno de pelo y muy pálido de piel. Sus ojos grises y las pecas de la cara le hacían añorado a pesar de que no cumpliría ya los cuarenta. El cirujano, sentado frente a ella, la miraba en silencio, fijamente. Tanto que Tana pensó que sus peores temores se habían confirmado.

—Doctor Echagüe, ¿no es así?

—Sí, sí... Echagüe. Alberto, llámeme Alberto.

—Si sigue mirándome así, don Alberto, va a leer mis pensamientos.

—Disculpe que la observe tan fijamente... no tengo excusa. Es simplemente que... es usted... exquisita. Quiero decir... que...

—No se aturulle, hombre —dijo Bretón socarrón—, don Alberto no está acostumbrado a enamorarse a primera vista.

—Por Dios, Bretón, que doña Tana es una mujer casada.

—Eso no le prohíbe a un hombre enamorarse —dijo Pablo, el médico autoproclamado espía.

—Señores... —dijo ella—. ¿Les importaría no hablar entre ustedes como si yo no estuviera presente?

Los médicos se miraron como niños cogidos en falta y sonrieron.

—Disculpe, señora —dijo Echagüe—, es simplemente que cuando nos comunicaron que el famoso forense don Carlos de Ayuso vendría a ejercer la jefatura vacante con su esposa y ayudante... todos imaginamos...

—A una mujer flaca, de nariz ganchuda y gruesos lentes vestida con ropa de la guerra de la Independencia.

—Justamente —rieron.

—Siento decepcionarles, tanto mi marido como yo somos muy guapos.

Los doctores rieron y Tana se metió en la boca un pedazo del mejor pescado que había probado en mucho tiempo. Mientras Alberto Echagüe seguía bañándose en sus ojos azules, Bretón retomó el tema fantasmagórico.

—Volviendo a lo de sus velas, doña Tana...

—Oh, no... don Lázaro... ¡deje vivir a los muertos...!

Lázaro Bretón ignoró la triplemente paradójica frase de Echagüe y siguió dirigiéndose a Tana.

—Hará usted bien en tener en cuenta las advertencias sobre esa habitación verde. Otros las echaron en saco roto y han acabado en el hoyo...

—No me van a meter miedo. Les repito lo mismo que le dije al carbonero y a la doncella. En Can Belfort no hay ninguna habitación verde.

—Sí la hay.

—Por supuesto que la hay...

—¿Acaso vosotros la habéis visto?... —dijo don Pablo—. No les haga caso, doña Tana... Cuentos de payeses.

—Bien, supongamos que la hay —replicó Tana—. Que alguien la ha pintado de otro color para vender la casa...

—La marquesa de Belfort, es claro... —dijo Echagüe.

—Muy lógico pensarlo —dijo Bretón.

—¿Podrían contarme la historia completa?

—Hará unos veinte años, ¿no, Bretón?...

—No, no, Echagüe, más de veinte —aseguraba Bretón—, porque fue durante la epidemia de peste...

—Bueno, veintidós... veintitrés... ¿Cuándo fue la peste de Pollença... en 1812, en el 16? No logro recordarlo...

—Caballeros... al grano —interrumpió ella.

—No es un asunto del que se hable por aquí y nosotros éramos unos chavales en aquella época... pero se cuenta que los marqueses de Belfort tenían alquilada la casa a un marido celoso que asesinó allí a su mujer y a su hija.

—Qué horror...

—Después del crimen... durante años... la estancia estuvo vacía, pero cuando la marquesa logró alquilarla de nuevo, se sucedieron las tragedias. Primero dos niñas mellizas... ¿Qué tendrían las hermanas Maragall... diez años?

—¿Qué más da? Los niños son niños, tengan la edad que tengan.

—Qué razón tiene, don Pablo.

—Bien, pues estas criaturas murieron a los pocos meses de ocupar la habitación, una detrás de la otra.

—¿Y su muerte fue misteriosa...? —inquirió Tana.

—No, no tuvo nada de misteriosa. Cólera.

—Ah, es un fantasma que asesina con miasmas... Creí que iban a decirme que fueron asfixiadas en la noche por una presencia sobrenatural o aterrorizadas hasta el inexplicable infarto...

Echagüe tomó la palabra:

—Vamos a ver, doña Tana, no es que cada muerte independientemente sea extraña... Las muertes *per se* tienen explicación... es la acumulación de defunciones en una misma estancia lo que las eleva a la categoría de...

—Comprendo. La hija de Caín los mata. Siga.

—Tras las dos mellizas, la marquesa logró alquilar de nuevo la casa a una condesa viuda venida a menos. Esta condesa, ¿cómo se llamaba, Bretón?

—Da igual. Llamémosle X —atajó Tana.

—Bien, X. La condesa de X tenía un realquilado que también murió repentinamente de debilidad. Martínez o Martín o...

—Que los nombres no le interesan, Echagüe —interrumpió don Pablo antes de vaciar media botella de Cariñena—. ¿A que no, señora?

—No, señor.

—Y una vez más, la casa se quedó vacía a la muerte de la condesa de X.

—Que también falleció por culpa de la maldición —dijo Tana.

—No, no, no. Esta ya murió de vieja. Tenía noventa y dos años. Ella no cuenta.

—Entiendo. Siga... —dijo Tana, mirando fijamente a Echagüe. Él carraspeó, sintiéndose incómodo. Su atractivo le turbaba.

—Tras la muerte de la anciana condesa, Can Belfort fue alquilada otra vez, en esta ocasión al nuevo obispo. Las estancias eclesiásticas cercanas a la Seu le parecían anticuadas e incómodas.

—¿Y este hombre de Dios de qué murió?

—De un cáncer de estómago galopante. Al mes de ocupar la alcoba verde.

—¡Qué barbaridad!

—Como ve... la habitación es más que sospechosa de asesinato.

—¿Solo porque cuatro personas han muerto en... veinticinco años?

—Lo que yo decía, pamplinas —dijo don Pablo antes de empezar con su segunda botella de vino.

—Realmente son seis muertos si contamos a la madre y a la hija asesinadas por el marido celoso —dijo Echagüe.

—¿Y no ven lo absurdo que es esto? —dijo Tana—. Por esa regla de tres, caballeros, todas las alcobas de Mallorca habrían de estar malditas.

—Ya, señora, pero los lugareños han corrido la superstición de que es la niña, la asesinadita por su padre, la que yendo y viniendo del limbo se dedica a matar a todo el que osa ocupar esa habitación... y el mito se ha convertido en caso probado. Además, durante los últimos diez años, la casa ha estado cerrada, con lo cual no son cuatro muertos en veinticinco años sino seis muertos en quince. Todos sanos, jóvenes y con ganas de vivir.

—¿También era joven el obispo?

—No era joven, no, pero vivía como un cura —dijo don Pablo. Todos rieron.

—Bien, pues me comprometo desde este instante, caballeros, a probarles lo contrario. En mi casa no hay ningún fantasma. Ni en la mía, ni en la de nadie.

—Señora.

—¿Sí, don Pablo?

—Tiene usted razón en todo y además en una cosa.

—¿En qué? —sonrió Tana.

—Es usted muy, pero que muy guapa.

Los tres rieron otra vez y Tana se sintió aceptada. Empezaba a soñar con la idea de que llegase un día en que no tuviera que fingir, mentir, impostar... pero muy pronto, los médicos de Palma la devolverían a su lugar en la realidad de una ciudad española. Todos se levantaron para pasar al salón. Ella hizo lo mismo y un lacayo con librea muy discreto se le acercó.

—¿Le traigo la capa y los guantes, señora?

—Oh, no... Estoy a gusto. No ha terminado la velada...

—Verá, señora, es que en el salón de fumadores no está permitida la entrada a... las damas.

Echagüe vio el gesto contrariado de la señora y entró al quite.

—Una norma algo anticuada para mantener el nivel académico de las conversaciones... Si lo prefiere, mis amigos y yo nos quedamos con usted tomando un jerez en los canapés de la galería.

Tana le agradeció la galantería pero el lacayo llegaba con su capa.

—No se preocupen por mí, realmente es tarde.

Los señores le besaron la mano. Se despidieron amables.

—*Adéu, bona nit.*

—*Bona nit, senyora.*

Antes de salir, Tana se volvió para ver a los médicos de Palma desaparecer por la puerta vedada a las de su sexo. Sintió pena, después rabia. Para cuando el coche la dejó a la puerta de su casa, Tana respiraba ya... resignación.

Movía la vela por su alcoba muy despacio. La llamita aleteó y trató de identificar de dónde surgía la brisa misteriosa. Era una habitación grande. La tarea resultaba incómoda. El siniestro vientecillo corría paralelo a la tarima. Tana terminó a cuatro patas, avanzando a ras de suelo con su palmatoria, que unas veces fluctuaba con fuerza y otras no. Al fin identificó el origen del extraño aire fantasmal. Salía de debajo del armario. Tana trató de moverlo pero tenía tres cuerpos y pesaba demasiado. De primeras le resultó imposible, así que vació toda su ropa sobre la cama. Ya más ligero, logró separarlo de la pared lo suficiente como para ver que tras él había una puerta. ¿Un trastero? ¿Un antiguo armario empotrado que se había quedado pequeño? La corriente salía sin duda por la rendija de esa puerta y la maldita estaba cerrada con llave. En estas estaba cuando vino a buscarla Rosa para decirle que Sarriá, el jefe de policía, la esperaba en el salón de recibir con noticias urgentes. Tana se puso muy contenta, le pidió unos momentos, echó una toquilla enrollada en la rendija para cortar las corrientes y colocó de nuevo el armario. Luego le encargó a la criada que volviera a guardar la ropa y se reunió con don Jaime, que vestía un traje negro y gris diferente al de su último encuentro, pero que no había cambiado de perfume de jazmín y seguía igual de moreno, atractivo y melancólico.

—¿Sabemos algo más de nuestro robo?

—Me temo que aún no he resuelto el misterio de por qué miente Luisita....

—¿Sigue pensando que miente? —dijo Tana.

—Como una bellaca.

—¿Y no ha aparecido ningún objeto de plata a la venta en la ciudad?

—No. Quienquiera que sea tiene el bot... tesoro bien guardado. Pero yo no vengo por eso... vengo porque necesito su ojo clínico.

- No entiendo.
—Ramón Robredal, el carbonero que le trae el picón...
—¿Qué le pasa?
—¡Qué no le pasa! Está muerto, sobre el mármol de la morgue.

La sala estaba llena de caballeros encorbatados. Tana no esperaba tanta afluencia de público en la autopsia de un humilde carbonero. La cuestión era la de siempre. A la ciencia le costaba hacerse con cadáveres para sus clases de anatomía y patología y una muerte misteriosa, que requería de disección, era una oportunidad de oro para impartir una lección al tiempo que se investigaba un deceso. El encargado de hacer la autopsia era don Braulio, jefe forense de Palma. El hombre al que Carlos vendría a sustituir. Ya debería haberse jubilado, pues contaba más de setenta años e incluso había comenzado a percibir una pensión del estado, pero como Carlos no había llegado aún a la isla, don Braulio estaba más que dispuesto a seguir en la brecha.

Tana y Jaime Sarriá se encontraban observando, junto al viejo forense, que con pulso temblón comenzó la disección bisturí en mano. Los órganos del carbonero fueron sacados de sus rincones, pesados y apartados a un lado. Se examinaron sus costillas, el corazón y las pupilas... y eso fue todo. En veinte minutos había concluido la operación.

—Muerte accidental por aplastamiento. Lo atropelló su carro —dictaminó seco y solemne don Braulio.

—Disculpe, doctor —dijo Tana, que no era capaz de morderse la lengua—. ¿En qué se basa para esa conclusión?

—Don Jaime... ¿Puede decirle a esta señora que está aquí como observadora y que no tiene derecho a hacer preguntas?

—Disculpe a este cascarrabias, doña Tana. Su sobrino se presentó a la plaza de forense pero quedó muy lejos de los puntos que sacó don Carlos.

—Entiendo —dijo Tana, mirando a don Jaime agradecida.

Don Braulio rezongó algo. Los muchachos presentes intercambiaron sonrisas.

—Vamos, don Braulio, la dama le ha hecho una pregunta. Conteste.

—Mi dictamen se basa en los hematomas del pecho, la lividez cadavérica y, sobre todo, en que apesta a alcohol y lo encontraron debajo de las ruedas de su carro.

—¿Y si le digo que yo lo maté y luego lo coloqué bajo las ruedas de su carro para despistar... cambiaría esto sus conclusiones? —dijo ella.

—Usted no lo mató. Lo atropelló su carro.

Jaime se divertía pero decidió mediar.

—Don Braulio, doña Tana..., por favor, tengamos un poco de calma... ¿Acaso tiene usted otra teoría, señora?

—Yo soy el forense de esta plaza.

Don Jaime despachó a los alumnos de anatomía, pero Tana les obligó a quedarse.

—No, no, caballeros, quédense que aprenderán algo. Sí, señor Sarriá, tengo otra teoría... Tomemos primero las costillas del finado. No hay ninguna rota, ni siquiera se ven luxadas. El primer signo que se aprecia en un cuerpo aplastado es precisamente... aplastamiento. Las costillas de este hombre están íntegras, sus pulmones no han sido perforados, el bazo y el hígado,

sin hematomas o sangría. ¿Dónde ve usted la agresión mortal del carro?

—Hay daños en todos esos órganos.

—No señor, no los hay. Tomemos ahora los pulmones. ¿Aprecian estas pequeñas manchas rojizas? Algunas son del tamaño de una lenteja... ¿Saben ustedes, caballeros, qué denotan?

Nadie contestó. El forense lo hizo por ella.

—Señora... esas manchas rojas... son...

—La palabra que busca es esquimosis.

—Como lo quiera llamar... La cuestión es que son perfectamente normales. Cuando uno tiene un carro encima, resulta imposible respirar y esas hemorragias surgen de la asfixia...

—¡Ahá! ¿Entonces ha muerto aplastado o ha muerto asfixiado?

—Ha muerto porque lo atropelló su carro. Punto y final. Señores, clase de patología terminada. Señora, tenga usted un buen día.

El forense tapó el cadáver con una sábana, echándolos a todos de allí con una mirada.

—Solo una última pregunta, don Braulio —dijo Tana—. ¿Han lavado el cadáver o estaba así de limpio cuando lo encontraron?

—Estaba limpio y con este mismo aroma a ron.

—Gracias.

—No hay de qué. Y señora...

—¿Sí?

—No creo que su marido aprecie que quiera usted hacer mi trabajo y, por ende, el suyo. Haría bien don Carlos en procurarse una secretaria más humilde y pudibunda... o no le auguro nada bueno a su matrimonio.

—A mi marido le encantará que le dé usted mismo esos consejos, doctor, aunque, si hace sus diagnósticos maritales igual que sus autopsias, no creo que tengamos de qué preocuparnos.

Tana se marchó de allí, dejando impresionado a Sarriá, furioso al forense y sonrientes y deseando correr la voz de lo sucedido a los estudiantes de anatomía de Palma de Mallorca.

Sarriá la encontró paseando furiosa, calle arriba, calle abajo. Cada día que pasaba le gustaba más la mujer del forense. Era inteligente, atractiva y tenía un carácter de mil demonios que a duras penas sabía contener. Por este motivo la cirujana era humana, fuerte y débil. Jaime miró a Tana durante un rato, estudiando sus movimientos, tratando de resolver sus misterios, esperando a que se calmara mientras se preguntaba qué secretos guardaba en esa interesante cabeza sin sombrero. Cuando ella le vio, Jaime por un instante pensó que iba a rugir y la miró como cuando se preparaba para cazar una racha de viento del oeste con la vela del balandro. Pero el viento figurado se detuvo y Tana enseguida suavizó el gesto.

—¿Me llevaría usted al lugar donde encontraron al carbonero?

—Por eso la buscaba, señora. Mi coche nos espera.

Prihuelas llegó raudo con una calesita a la que subieron los dos. En cinco minutos estaban en un callejón cercano a la muralla. Un barrio de casas pobres, anchos aleros, fachadas de estuco, cacareos, pequeñas ventanas, voces roncadas, zaguanes sombríos, llantos de leche, calles de tierra, de barro, de cieno. Tana identificó las roderas del carro del carbonero impresas en el terreno.

—Tenemos suerte de que ayer lloviera toda la mañana y de que luego luciera el sol el resto

del día. Hay muchas huellas secas.

—¿Suerte? ¡Esto es un mapa de lo sucedido! —dijo Tana feliz—. Miren, caballeros, hasta aquí arrastraron su cuerpo. ¿Ven estas huellas profundas, pequeñas? Son de un pie descalzo, de mujer...

—Parecen de una niña.

—Son de mujer, una chica grande, de envergadura, pesada... con pies muy pequeños.

—¿Desde dónde lo arrastraron?

—Difícil decirlo... Por desgracia el resto de la calle está adoquinada y las huellas comienzan aquí... Pero se me ocurre que podemos hacer un experimento... Yo soy mujer, alta y fuerte y tenemos un hombre de la estatura y peso del carbonero... Todo me indica que la muchacha se deshizo del cadáver ella sola... quizá simplemente lo arrastró hasta que no pudo más, lo más lejos posible del lugar que podría comprometerla... ¿Prihuelas?

—A sus órdenes, señora, ¿qué debo hacer? —dijo Prihuelas.

—Tumbese, que le voy a arrastrar.

—No, señora, no puedo permitir que usted me arrastre... se va a hacer daño.

—Vamos allá, hombre. Yo soy valiente, no sea usted cobarde.

A regañadientes, Prihuelas se tumbó en el suelo, boca arriba, y Tana le cogió de las manos. Empezó a arrastrarlo en dirección contraria a la muralla que cerraba el callejón. Don Jaime Sarriá observaba la operación con una mezcla de interés, diversión y ternura.

—Señora... que me va a arrancar usted los brazos... —decía Prihuelas.

—Es usted un cadáver, no me distraiga...

Al cabo de mucho esfuerzo, Tana se detuvo exhausta. Lo había arrastrado unos diez metros. Miró a su derecha. Un portal estaba abierto. Como todos los demás, era oscuro, a pesar de que en su interior se vislumbraba un amplio patio. En las corralas, balcones añadidos, vivían dos o tres familias más de lo que sería deseable. Desde el zaguán llegaba un hedor a col mezclado con otro aroma conocido. El mismo olor del que Tana se había impregnado en su viaje por mar del Perú a Inglaterra, rodeada de hombres, mujeres de mala vida y marineros. El licor de vagabundo que destilan las vísceras del ser humano.

—Si quieren saber cómo murió el carbonero, es aquí donde hay que indagar. Imagino que en un lupanar. Ahora, si no les importa, necesito ir a mi casa a por la cera para sacar moldes de esas magníficas huellas.

—No sé si merece la pena perder tanto tiempo con este asunto —dijo Sarriá.

—¿Perdón?

—Señora... según el forense, no murió asesinado.

—Murió sofocado...

—Por su carro...

—Don Braulio es imbécil.

—Lo sé.

—¿Y aun así le cree?

—Yo la creo a usted, pero no es cuestión de lo que yo piense, sino de las pruebas que se puedan presentar ante el juez. No tiene mucho sentido buscar a un asesino si oficialmente no ha habido un crimen.

—¿Pero quién manda en estas cuestiones, usted o él?

—No me haría esa pregunta si conociera las influencias que tiene. Hoy se ha hecho usted un buen enemigo.

—¿Por qué me ha traído aquí, entonces? ¿Para qué me ha hecho arrastrar a Prihuelas?

—Eso, ¿para qué? —dijo Prihuelas apoyándola.

—Puedo darle una respuesta muy larga y otra muy corta.

—La corta, siempre la corta —dijo ella.

—Para complacerla.

—Ya. Bueno, haga lo que quiera. Yo de todas maneras voy a sacar unos moldes de ese lindo pie de mujer. La que arrastró el cadáver. La que lo asesinó.

—¿Se enfada usted conmigo?

—Me complace poco un policía que está más preocupado de complacerme a mí que de hacer justicia. Pero enfadarme... No. Yo me enciendo, pero nunca me enfado. ¡Buenas tardes, caballeros!

Tana se marchó caminando. Los policías resoplaron. Nunca habían visto una mujer con tanto carácter.

—Debí darle la respuesta larga. ¿Qué te parece, Prihuelas?

—Se me ocurre un epigrama, señor.

—Pues si viene al caso, no te lo dejes dentro.

—«Disculpa, César, estas improvisaciones. No merece desagradarte quien tiene prisa por agradarte...»

Don Jaime le miró curioso:

—¿Tanto se me nota que quiero agradarla?

—Lo noto yo, que soy un astuto policía —dijo Prihuelas.

Sarriá alzó una ceja, asintió, se quedó pensativo y dijo:

—Hummm..., Virgilio no es hombre de epigramas. ¿Catulo?

—No, señor, es Marcial.

—Ah, un poeta perfecto para militares y policías.

—Y además español, de Tarragona.

Complacido, Sarriá asintió y, después, ambos se adentraron en el zaguán señalado por la cirujana, a ver qué más podían averiguar... aunque don Jaime sabía más que de sobra quién era la gorda de pie pequeño que allí vivía.

Me encontraba en el jabeque a Palma. Mientras veía alejarse la costa, las casas se difuminaban con el paisaje y las olas ahogaban los recuerdos de las voces del puerto, meforcé a revivir cada detalle del día en que aposté mi brazo al destino. No creo en las casualidades. No es posible que horas antes de ser fusilado una explosión hubiese abierto los muros de mi cárcel y que la brisa me invitase a escapar, recordándome con sus fríos bisbiseos aquel juramento y que haya alguien en la tierra que a esto le llame casualidad. Y si aun por esas, todo es casual, no es posible que exista el hombre que se dé media vuelta, ignorando el instante. Aquella brisa, suave, fresca y oportuna que entró por los muros rotos del calabozo parecía decir en tono de regañina: «¿Pero no lo ves? ¿Qué tengo que hacer? Te mandé la estampita de San Roque, te abro los muros de la cárcel. Deja ya de fastidiar. No puedes morirte aún porque te queda una cuenta que saldar.

Juraste ayudar a don Cayetano de Nácar con este brazo que él salvó. El general te dijo antes de morir que era inocente y que él había recibido un saco de oro por callar la verdad. ¿Todavía no entiendes, majadero, que has de ir a Palma y resolver el crimen de los Nácar?» Esto me dijo la brisa, o yo lo entendí así. Por eso me agarré a las crines de la casualidad o del destino, requisé la ropa tendida en una granja, caminé hasta una venta, confisqué un caballo, me vestí de caballero en Zaragoza, viajé con elegancia hasta Barcelona y aquí estoy. Surcando un trozo de Mediterráneo.

Era de mañana. Todos dormían en el jabeque, mareados por la resaca de la noche anterior. Tres niños jugaban en cubierta a enterrarse entre maromas. Un ama vieja derrotada por las olas, de cuando en cuando, se levantaba de su banco a echar las asaduras por la borda. Mientras se deshacía en arcadas, yo disfrutaba de la frescura de las risas infantiles y me esforzaba por recordar mi apuesta, veinte años atrás. Fue tras la catástrofe castrense de Chacabuco. La gran victoria de San Martín, general argentino y viejo camarada. Aquel soldado y caballero que por ironías del destino había sido mi compañero de armas en Bailén. Rebusqué en el petate, abrí el cuaderno correspondiente. Eran las primeras hojas de mi primer diario. Palabras escritas con olor a celda en el uniforme, horas después del intercambio de prisioneros que tras Chacabuco me llevó a luchar de nuevo por el rey, esta vez en Perú.

Batalla de Chacabuco. Chile. 1817. Nuestro ejército, derrotado. Sangradores, barberos, mujeres, saqueadores, enterradores, frailes y soldados trabajaban arduamente en el campo de batalla mientras yo le ofrecía la mano, sin ningún afán, a un cirujano español que trabajaba a destajo, ensangrentado hasta los codos, entre tajo y tajo, amputando miembros y mandando amigos a enterrar.

Este hombre singular tenía un rostro imposible de olvidar: noble, anguloso, de nariz afilada, ojos azules, robusto, cínico, bregado. Era uno de esos tipos que de muchachos se hacen con todas las doncellas y de maduros con todas las casadas. Lo pienso hoy y es como vivirlo... aunque el trance tampoco era como para que no lo viva siempre, al recordarlo. Como digo, el cirujano tenía agarrada mi mano y se proponía cortar. El dolor era verdaderamente sordo, que es como sentir el corazón en el brazo. Mientras él estudiaba los destrozos de tres sablazos criollos, yo miraba sus herramientas de cirugía. Los mangos eran de nácar. Las piezas de acero brillaban afiladas y pensé que eran bellas; bisturí, escalpelo, tres serruchos, un hacha, tijeras curvas y llanas, alicates, pinzas, punzones, aguja y sedal. Tras meditarlo mucho, pues en estos trances cualquier amago de aprensión es una afrenta, me decidí a hablar. Sospechaba que en alguna parte había de estar la frase mágica, esa palabra, el guiño que me permitiría conservar mi querida extremidad:

—Cachas de nácar... buena señal. Se conoce al artesano por sus herramientas...

El cirujano manoseaba mi mano como una improbable pitonisa, buscando información en el color de las uñas, tomando siniestras decisiones, recorriendo venas cortadas.

—Y se conoce al caballero por sus uñas y sus manos... —me dijo disimulando sus *tajantes* intenciones.

—Garamande, el corneta, dice que usted le quitó el apéndice cuando era niño... ¿Es

verdad?

Acerté con mi andanada, pues al oír el nombre de un paisano suyo, su rostro cambió. Alguien me pasó una botella de ron.

—Garamande sigue siendo un niño. ¿Está vivo, el muy pillo?

Bebí un tercio de botella. Asentí. Seguía sin mirarme.

—La corneta está destrozada, pero él, ni un rasguño. El chaval jura que si alguien puede salvar mi brazo es usted.

Apuntó con un movimiento de cabeza hacia la masacre.

—Hay que amputar, comandante. Usted necesitaría un milagro y hoy no tengo tiempo de hacerlos.

Yo, que no me arredro ante el primer revés, me dije: «Es sarcástico, por el humor me lo gano.»

El guapo cirujano palpó el hueso, dudó de la herramienta...

—Yo de usted cogería otro serrucho —le dije—. Soy un hombre muy duro.

Sonrió al fin. Sentadas las bases, desplegué el plan.

—Hagamos un trato, cirujano, ¿Qué le parece si escribimos una de esas memorables escenas del destino que se cuentan al amor de la lumbre en la vejez? Yo con mis cicatrices sobre el brazo, usted con sus cachas de nácar...

Amplió la sonrisa, pero ni por esas me miró a los ojos, y las cerraduras del corazón están en la mirada.

—Ya había oído hablar de usted —me dijo—. Garamande asegura que siempre está de buen humor y que sus hombres le seguirían al infierno... a juzgar por las circunstancias, no miente. Es el comandante Mayor y Sans..., ¿me equivoco?

—Sí, señor, ese soy yo. Disculpe que no me haya presentado, pero es que si le doy la mano, usted se queda con el brazo.

El cirujano soltó una carcajada, me miró y palmeó mi hombro sano. Había encontrado la llave a su corazón y abrir brecha es media batalla ganada. Seguí con mi estrategia.

—Escuche mi propuesta. Solo tiene que poner sobre la mesa el talento médico que los dos sabemos que tiene. A cambio, yo le juro sobre el sepulcro de san Francisco Javier que usaré este brazo para salvarle la vida cuando el destino lo decida. ¿A que es tentador? Vamos, cirujano... Pídame lo que quiera, algo imposible, y yo lo cumpliré por usted con mi mano, con esta, la misma que ya ha condenado.

—¿Pretende convocar al destino?

—No menosprecie las vueltas que dará la vida, o mejor dicho, las vueltas que dará este brazo.

El de los serruchos volvió a sonreír pero tomó en su mano una suerte de cuchillo albaceteño que daba grima.

—Es usted gallardo e inteligente, pero hasta aquí hemos llegado. Habla usted demasiado.

—¿También va a cortarme la lengua?

Rio de nuevo y tuvo que bajar la navaja. Mi brazo se alegró de esta nueva tregua y yo también. Cuando se le pasó la risa me dijo, no sin tristeza:

—Lo siento, pero nadie puede salvarme, comandante. Hace mucho que me condené... O que me condenaron.

—Ah —le dije—, luego hay condena... pues su condena es mi esperanza.

—Mi redención no vale su brazo.

—¿No lo ve? Estamos predestinados.

—Si fuera tan fácil cambiar la fortuna de un hombre...

—Fácil no es, hay que hallar la ocasión y, además, hay que saber. Pero déjeme a mí el destino y encárguese usted del milagro.

Cuando levantó la vista esta vez, supe que me lo había ganado.

—¿A qué tanto empeño? ¿Acaso lo necesita para enamorar a una mujer? No merecen la pena, se lo aseguro.

—No, no, no... Nada de mujeres. Esto es muy serio —dije borrando el humor de mi rostro—. Lo necesito para volver a España, y el día que él me perdone poder abrazar a mi hermano.

El cirujano se quedó paralizado. Hablamos con el silencio y por primera vez me di cuenta de por qué eran tan raros sus ojos. Uno era del color del cielo y el otro del color del mar. Fue como mirar al horizonte de mi querida San Sebastián. De pronto guardó su filo y escogió el sedal.

—En ese caso, comandante, acepto el trato. Voy a apostar mi salvación... a su brazo.

Tres días después, yo aún tenía dos brazos, dos piernas y suficiente opio en el zurrón como para ir flotando hasta Santiago de Chile. Avanzábamos en retaguardia, cientos de prisioneros heridos, marchando a tres columnas. A mi lado caminaba el amigo Garamande, el joven corneta mallorquín. El doctor viajaba sobre un caballo blanco manchado de sangre. Se alzaba noble, sucio y digno, a la cabeza de la nube de polvo que levantaba la infantería. La tropa le respetaba, le adoraba. Junto a él cabalgaba el mismísimo O'Higgins, general chileno y vencedor, haciéndose las cuentas del futuro de un país hermoso. Recordé los relucientes bisturís del galeno, de los que jamás se separaba, y sus cachas de nácar irisadas. Estuve seguro de que un día emplearía este mismo brazo que él había respetado para ayudarlo.

—O'Higgins le ha convertido en su cirujano personal y él va a quedarse a su lado a cambio de que le deje atender a los prisioneros españoles —me dijo Garamande.

—Un gesto noble que le puede costar la horca por unirse al enemigo —repliqué.

—Al buen doctor, la horca le debe de dar muy poco miedo.

—¿Cuál es su historia?

—No sé...

—Ese hombre tiene una historia y tú la conoces. Los dos sois mallorquines.

—No se preocupe de eso, mi comandante, el doctor no le salvó el brazo para que usted lo ayude...

—Entonces, estoy en lo cierto... Necesita ayuda...

—No hay redención para él.

—Quiero la historia, Garamande.

—Mató a su familia entera: su mujer, su hija y su hermano...

—¿El buen cirujano, un asesino? No puede ser.

—Nadie podía creerlo de una persona tan noble, pero así fue. Los Caín y Abel de Pollença, los llamaban.

—¿Y bien...?

—Pasó hace unos tres años. La mala pécora de su mujer se metió en la cama de su hermano Abel. Cayo, que así llamaban a este «Caín» desde niño, los pilló juntos, enloqueció y, zas, los mató a los dos.

—Hasta cierto punto, es comprensible...

—Ya, pero es que la hija de ambos estaba en la habitación de atrás y, en su rabia, también acuchilló a la niña. Luego, en una especie de loco frenesí, tiró los tres cuerpos al mar. La pequeña tenía seis años.

—Qué barbaridad...

—Una matanza. Pero no para ahí la cosa. En mitad del juicio, reapareció el hermano para contar lo sucedido. No tuvo que esforzarse en convencer al juez y a toda Mallorca de que debían ahorcarlo.

—¿El hermano asesinado volvió de entre los muertos?

—El mismo.

—¿Cubierto con sábanas?... ¿Arrastrando cadenas?

—Casi. Llegó como llegan los fantasmas de las tragedias, pero sin hablar en verso.

—Pues será que estaba vivo...

—Y coleando. Cuando su hermano lo arrojó al mar, el agua le despertó y nadó y nadó hasta que lo salvó un barco...

—Y al cirujano lo condenaron a muerte...

—Eso es. Pero el abogado de Cayo siguió tirando de este hilo y de aquel, cosiendo bodeques legales con virtuosa vocación, y después de un par de años entre rejas se consideró que siendo cirujano, y de categoría, no sería mala cosa mandarlo a las guerras de las colonias y dejar su destino en manos de Dios y de los cañonazos chilenos. Y aquí lo tenemos, salvando piernas, brazos y cabezas por amor al arte.

—¿Y cómo se llama?

—Nácar. Como las cachas de sus cuchillos. Doctor don Cayetano de Nácar.

—Menuda historia.

—Menuda.

—¿Y dices que todo eso sucedió en Mallorca?

—En Mallorca.

—¿Mallorca reino, isla o ciudad?

—Ciudad. Sucedió en la ciudad de Palma. Palma de Mallorca. En una gran casa junto al mar.

Dos relámpagos me devolvieron al presente. Dejé de leer y guardé mis diarios. La tormenta estaba encima, pero pronto llegaríamos a la rada. Me dije que en cuestión de horas visitaría por mis propios medios el escenario de aquella antigua matanza.

Tana trabajaba en el laboratorio. Metió su molde de cera de la huella hallada en el barro en una cubeta con yeso. Como siempre, la mar de oportuna, entró Rosa anunciando a don Gabriel. Este era aquel inquilino tísico del que le había hablado el carbonero. Venía a conocerla y

presentarle sus respetos.

—Gracias, Rosa. Dile que venga a verme aquí... como ves, estoy con las manos en la masa.

—Sí, señora.

Al poco, llegaron las toses de don Gabriel. Segundos después, entró un joven terriblemente delgado, profundamente elegante.

—Señora... Es un verdadero placer conocerla.

—Don Gabriel... Qué chocante me resulta ver que es usted tan joven...

—No más joven que usted... Qué interesante, ¿prepara un experimento?

—El molde de escayola de una huella.

—¿La huella de un criminal?

—Sí.

—¿Del ladrón que le robó la plata a...?

—No. Es el pie de la mujer que asesinó a nuestro querido carbonero.

—Ah, sí, qué desgracia. Era un tipo muy ameno.

—Bien, esto ya está. Ahora hay que dejarlo secar.

—¿Es como un molde a la cera perdida?

—Igual. Luego lo pondré al calor. Se derrite la cera y queda la impronta en escayola de la huella que hallé en el barro. El pie que encaje en este molde será el de nuestra asesina.

—La cenicienta criminal...

—Exacto. Me dijo nuestro difunto amigo que a usted le gusta la... ¿jardinería?

—Nooo... Ni mucho menos. Mi padre era boticario y yo soy botánico.

—¿Qué me dice?

—Me interesan las especies de Mallorca y todas aquellas plantas del mundo que por sus propiedades resultan medicinales, o venenosas, o purgantes.

—¿Y algo me contó de que va a menudo a Valldemossa?

—Es allí, en el antiguo huerto de los monjes, donde hago crecer mis ejemplares. Unas setecientas especies.

—Oh, pero esto es terriblemente interesante... debe llevarme un día...

—Con sumo placer, si quiere...

En ese momento unos gritos interrumpieron la conversación. Era Rosa. Gabriel contuvo la tos.

—Qué pesada es esta chica... espero que no me venga con otra historia de fantasmas...

Pero el gesto de Rosa que irrumpió en la habitación sin llamar pronto le robó la sonrisa. Se trataba de algo real y serio.

—Ay, señora.

—¿Qué ha pasado?

—El jabeque. Llegó el jabeque de Barcelona...

—¿Don Carlos está aquí?

—No, señora.

—¿Y qué me importa el jabeque?

—Un incendio.

—¿Qué incendio?

—Cayeron las vergas y el velamen, en cubierta.

—¿Hay heridos?
—Hay muertos.
—¿Y mi marido?
—¡Ay, señora!

De camino al Hospital General, Tana fue informada de lo sucedido por el mozo que les trajo la noticia. Un incendio se había desatado en el jabeque. El palo de mesana cayó sobre dos hombres que trataban de poner a salvo a dos niños. Uno de ellos murió y don Carlos, su marido, estaba gravemente herido.

El cirujano Alberto Echagüe puso a Tana al corriente de las heridas sufridas por don Carlos. El golpe le había producido fractura de cráneo y no solo estaba grave, sino que no había esperanza de salvarlo.

—Quiero verlo.
—Está... en muy mal estado... señora...
—Soy doctora en medicina.

Alberto Echagüe tardó en comprender sus palabras. Todos en la isla pensaban que Tana era una ayudante, una suerte de secretaria y esposa que a fuerza de trabajar con su marido manejaba la jerga de los galenos. Cuando reaccionó, Echagüe la llevó raudo al quirófano donde Carlos agonizaba. Su rostro, irreconocible, estaba deformado por la hinchazón. Tenía una ceja partida, la cara amoratada. En los ojos hundidos se percibía esa mirada agónica que tan bien conocen los médicos y que anuncia la muerte. Mientras Tana se ataba el mandil de cirujano, dijo:

—Antes mentí, don Alberto. En realidad, no soy solo doctora en medicina. Sobre todo... Soy cirujana.

Echagüe le mostró la hendidura del cráneo y sus hallazgos. Según él, la *dura mater*, que es la membrana que cubre a modo de forro el hueso del cráneo, se había separado de su lugar. Este tipo de heridas son siempre, indefectiblemente, mortales de necesidad. Tana estuvo de acuerdo en todo excepto en la mortalidad de la herida. Aseguró que no estando afectada aún la *pia mater*, que es la membrana más interna del cerebro, había una esperanza, y a esa única idea de salvación, peligrosa, sí, arriesgada, está claro... debían aferrarse.

En muy pocas palabras, Tana explicó que debía trepanar la cabeza de don Carlos con el fin de revertir la presión que ejercía la hemorragia sobre el cerebro. Don Alberto no estaba de acuerdo en realizar la operación. Ella insistió. No había tiempo que perder. Debía perforar el hueso del cráneo con un berbiquí para dejar brotar la sangre que se acumulaba entre membranas antes de que afectase a la *pia mater* y al cerebro en su conjunto. Su marido agonizaba.

—Si no muere en mis manos, lo matará la meningitis —dijo Echagüe—. Lo siento, señora, no apostaré mi reputación a una causa perdida.

—El día en que los médicos dejen de apostar, comenzarán a salvar vidas.
—Señora...

—No, tranquilo. Entiendo su pavor a matar a un forense. Yo lo haré. Será mi inexistente reputación la que apostaremos, solo le pido que me asista.

—No servirá de nada.

—La nada ya la tenemos. No discutamos.

Tana puso sobre la mesa su maletín de cirugía. Echagüe fue deslumbrado por un instrumental de pulido acero con cachas de nácar. No había duda. Era mujer y también cirujana.

—Lo salvaré —dijo Tana mirándolo a los ojos. Echagüe tembló por dentro. Nunca había visto tanta confianza. La confianza era de color azul intenso. Se sintió celoso del moribundo y dudó de su propio diagnóstico.

Mientras la cirujana perforaba el duro hueso, se corrió la voz en el hospital de que había una mujer en el quirófano. Como era costumbre en este tipo de operaciones, comenzó a llegar el público al anfiteatro. Desde la parte más alta de la sala que en tiempos de la vieja escuela había servido de aula de cirugía, los estudiantes a sangradores, médicos y demás curiosos observaban cada movimiento y gesto de la señora. Echagüe asistía cambiando la broca del berbiquí, usando vendas empapadoras, separando con las pinzas el cuero cabelludo, tratando de salvar lo que para él era insalvable y, sin embargo, contagiándose del entusiasmo de la dama.

Ahora, aquí tendido en mi encierro en Valldemossa, pienso en ella y me pregunto si la confianza es la madre de todos los milagros. No existe el talento sin confianza, confianza en la ciencia, la sabiduría y la habilidad manual. Con duda, con miedo, no hay talento. Tana es temeraria, valiente y confía en su habilidad más que en el amor, las personas o el pasado. Confía ciegamente en la ayuda de veinte muertas del Perú. Pone todo el peso de su alma en eso que le apasiona. Tana salva vidas y las salva muy bien, pues las salva como si su propia vida dependiera de ello.

Cuando terminó de taladrar el hueso, dijo:

—Hágase a un lado, cirujano...

Echagüe obedeció sin saber qué iba a pasar y ella penetró con una larga aguja la *dura mater*. El finísimo chorro de sangre a presión inundó su mandil, las mangas del vestido y regó el pecho de Echagüe, que, ansioso por entender lo que estaba sucediendo, no se arredró y se acercó de nuevo a la herida, fascinado, como un paseante ante la vista de un maravilloso paisaje. Echagüe, que ni extasiado por un nuevo descubrimiento perdía comba, limpió la herida. Dejaron que drenara durante un minuto. En las gradas, los mirones contenían la respiración. Hubo quien trajo prismáticos de la ópera y unos a otros se los pasaban para no perder detalle. Cuando Tana estuvo satisfecha con que la hemorragia subdural había cesado, aplicó resina de Kios y un vendaje que cubriera el agujero del cráneo.

—Hay que hacer dos curas, mañana y noche, pero nunca vendarlo con firmeza. Debe supurar. No le encargue esto a una monja. Hágalo usted, don Alberto. Si los humores no salen, todo habrá sido en vano. Y nada de sanguijuelas ni cataplasmas, ni tonterías.

—Sí, señora. ¿Y si hay fiebre?

—No habrá fiebre.

—Doña Tana, lo haré, se lo prometo pero... no debe tener esperanzas. Es probable que don Carlos no vuelva a despertar...

—Es probable, pero si queremos milagros no podemos dejárselos a Dios.

Echagüe sonrió. «¡Qué mujer!», pensó.

—Cuide de mi marido. Volveré en un par de horas.

Al abrir la puerta del quirófano, Tana se halló envuelta en una horda de médicos y estudiantes que se apretaban contra las paredes y los cristales de la sala. La miraban fijamente, sin hablar, admirados, curiosos, bloqueándole la salida. Ella contuvo el deseo de salir corriendo. Nada le daba más miedo que una habitación llena de médicos. Necesitaba aire, cielo, el sonido del mar. Se recompuso lo bastante como para poder fingir indiferencia, aunque se aferraba a la cruz de plata que colgaba de su cuello en busca de seguridad.

—¿Qué ocurre, caballeros? ¿Nunca han visto una trepanación? Ya ven que es una cuestión de pulso, paciencia y confianza.

Los hombres se hicieron a un lado. Tana, cubierta de la sangre de su marido, salió a la calle a respirar.

Se encerró en Can Belfort durante horas. Iba y venía de una habitación a otra mirándose en los espejos, encendiendo velas, mandándolas apagar. Logró ponerse al día con la *Gaceta Médica de Madrid*. Leyó varios casos de extirpación de testículos con tumores cancerosos o sobre las nuevas investigaciones de las virtudes de la belladona para expulsar los cálculos de riñón. No quiso asomarse a la ventana, ni sacar su catalejo y ver los barcos pasar. Si iba a perderlo todo debía asumir que nunca más tendría esa preciosa vista de la bahía. Vivía de prestado. Sin Carlos, nada tenía sentido. Él era el forense de Palma y ella... nadie. Una ayudante sin mentor. La doctora sin clientela. Can Belfort no existía. Le pertenecía al Banco de Comercio, prestamista de la hipoteca. Los ahorros de su vida estaban invertidos en el laboratorio. Mil ochocientos reales de láminas, una máquina de Marsh, dos microscopios, suscripciones a las publicaciones más importantes, dos balanzas de precisión, su completa biblioteca, *Eva*: una carísima escultura de cera de tamaño natural con todos sus órganos, bazo, páncreas, intestinos, corazón, pulmones, hígado, útero, riñones. Elementos químicos, minerales, mercurio, yodo, sal, tubos de ensayo, pipetas, mecheros, placas de cristal para estudiar esporas y mohos, su pasatiempo favorito... cosas inservibles, inútiles para nadie excepto ella. Alberto Echagüe estaba en lo cierto. Solo un prodigio podría salvar estos últimos ocho años de crímenes resueltos, asesinos entre rejas, respeto profesional, pasión y justicia. Doce años de estudio era decir poco. Lo suyo había sido un duro entrenamiento. A veces sentía como si hubiera atravesado a nado el océano con un cubo atado a la espalda. Desde que se casó con Carlos, alguien había desatado el cubo y ahora, más que nadar, volaba empujada por el viento. Sin él... todo se detenía. Tana caía al suelo. Se rompía en pedazos y despertaba de su sueño.

Sacó la maleta de cuero negra. El baúl de sus recuerdos. Abrió los duros correajes. De entre todos los tesoros que allí guardaba, escogió el saquito de cuero en el que una vez sus profesoras guardaron cien doblones de oro. Los mismos que Tana empleó en su educación. Sacudió el contenido sobre su falda. Veinte cruces cayeron en el regazo. Le reconfortaba mirar las veinte con sus veinte cadenas. Relucían a la luz de las velas. Las cruces de sus queridas profesoras, de sus muertas huérfanas. El recuerdo constante de que existieron. No las soñó. No las soñó aunque fue en otra vida, quince años ya. El comandante y ella las enterraron en una tarde calurosa. Yacían bajo tierra en los jardines de la misión en Perú. Pasaron cinco horas hombro con hombro, cavando. Ella bebió de su cantimplora. Él le dijo: «Los muertos son los peldaños que utilizamos

para asomarnos al otro lado del horizonte.» Los muertos, sus anhelos y sus cruces, pensó. El tacto de las cadenas era reconfortante. Las calentó con sus manos. Las había de plata —como la que ella misma llevaba siempre al cuello—, de oro, caladas, adornadas con piedras diminutas, esmaltadas. Las cruces de las niñas huérfanas de grandes fortunas y muy mala suerte. Muchachas ricas y solas porque sus familias habían muerto a causa de la guerra, la viruela, el cólera o la peste. Tana aún se sentía culpable de haber salvado la vida. Todavía soñaba por las noches que seguía en la misión de San Claudio y que el día de la matanza era el sueño. Se miró en el espejo como para comprobar que su cuello estaba intacto. ¿Por qué seguía viva cuando debía estar del otro lado? ¿Por qué murieron todas menos ella? Tenía que haber una razón. Para que hiciera algo útil, especial, diferente con su vida... como sugirió el comandante. No había otra explicación.

Tana salió de casa. Paseó por Palma y se encontró con una fiesta de calle. Las mujeres estaban sentadas en hileras de sillas que habían sacado a la puerta de sus casas. Las calles en la noche se iluminaban con quinqués de reverbero. Era después del toque de «la queda», el tradicional *seny del lladre* que marcaba el reloj *d'en Figuera*, pero nadie tenía prisa por recogerse. A las diez de la noche, la fiesta no había hecho más que comenzar. Al fondo se alzaba el tablado con los músicos. Los hombres paseaban como gallos lustrosos, luciendo afeitados y chaquetas nuevas, al son de la orquesta, repartiendo almendras aquí y allá. Los mozos más jóvenes le hacían la visita a las chicas que les gustaban y se sentaban con ellas. Cruzaban frases triviales de profundos significados amorios. De los balcones colgaban blasones, encajes y banderas españolas. Sintió que todos la miraban. Era verdad. Se paseaba por el centro de la calle como un hombre. Una señora estaría sentada. ¿Qué era ella? Una mujer que no encajaba en ninguna parte.

Echagüe tenía razón. Era un médico hábil e inteligente. Lo más probable es que Carlos no volviera a abrir los ojos. Esa noche moriría. Ni siquiera había tenido el valor de darle un beso. Ensangrentado, sucio, deformado por los terribles, nefastos golpes en la cabeza y sin nadie que le quisiera de verdad. Tana le quería pero no le amaba. Hizo lo posible por salvarlo, quizá llevada por la culpa. Carlos no era fuerte. Los años de licor y desenfreno pasarían al cobro. Trató de borrarlo de sus pensamientos. No pudo. Hizo memoria. Quería recordar la última vez que se habían besado. No fue capaz. Intentó imaginar cuándo había abrazado a un ser humano por última vez y se dijo que solo la querían los muertos. Tana no pudo más, volvió a Can Belfort. Subió a su alcoba, abrió las ventanas, respiró un golpe de viento con sabor a mar. Se aferró a su cruz labrada. ¿Por qué tuvo que marcharse de Barcelona? Allí era respetada. En Barcelona había mucho que hacer. ¿Por qué había sentido ese impulso de venir a Palma? ¿Estaría equivocada? ¿Sería verdad que pasó su infancia mirando estas mismas olas, los acantilados abruptos de Mallorca? No sabía si buscaba su infancia o, realmente, soñaba despierta un sueño más. Esta y otras cosas oscuras pensaba cuando lo vio surcando las aguas.

Era el balandro de velas rojas y madera rubia de Jaime Sarriá. Se dirigía a poniente, de vuelta de alguna correría. Tana lo observó por el catalejo de su comandante. Se acercaba inexorablemente a ella. Pretendía cazar las rachas de viento cercanas a la costa. Soplabla una brisa muy débil y el balandro surcaba la bahía lentamente. Las velas rojas, desteñidas en tonos ocre y oxidados, parecían sacadas de un paisaje veneciano, de un lienzo de Canaletto. La proa separaba en dos partes las aguas tranquilas, con la misma melancolía de los ojos de su dueño. Tana no podía dejar de mirarlo. Sarriá y su camisa blanca de navegante formaban un atractivo

misterio. Se dijo que amaba los misterios. Pensó en su soledad y en su marido moribundo y por un instante imaginó que el policía tenía las respuestas a esas preguntas que ella no sabía contestar: ¿qué es el amor? El amor verdadero. ¿Existe solo en la imaginación? ¿Qué hay que hacer para probarlo? Y más importante aún, ¿qué cerrojos hay que descorrer para ser capaz de querer? Inesperadamente, Sarriá la miró y Tana se ruborizó. Él la saludó con la mano en un gesto corto, elegante. Ella sostuvo su mirada desde la ventana. Lo tenía realmente cerca y era completamente inalcanzable. Tana levantó su mano en respuesta al saludo y él sonrió con esa boca sincera que siempre sorprendía, iluminando Can Belfort. Tana tuvo que apartarse unos pasos hacia atrás, pues su corazón comenzó a latir de la misma forma en que lo hizo aquella vez, hace tantos años, cavando junto a un comandante. A Tana le faltó el aire y se tuvo que sentar.

Doña Marta Belfort miraba a su hijo Sebastián fijamente. Había entendido lo que el joven marqués acababa de decirle pero no era capaz de añadir nada digno del momento. Marcela, impaciente, quiso zarandearla para sacudirle las palabras como cuando era niña y agitaba el ciruelo del huerto porque no llegaba a alcanzar la fruta madura.

—¿No vas a decir nada?

—Estoy tratando de escoger la frase más adecuada. No quiero decir algo hiriente —replicó doña Marta.

—Puedes decir que te alegras por nosotros —dijo Sebastián.

—Decir eso sería una estupidez, y además, mentira. Vaya. ¿Lo veis? Ya he dicho algo hiriente.

El hijo de la marquesa era un muchacho muy agradable de aspecto, de pelo ni claro ni oscuro, algo afrancesado en la pose y la indolencia, vestido a la última moda. Su piel blanca, tersa, parecía esculpida en jabón. Tenía color en la cara, rasgos anticuados, nobles, no del todo agraciados pero bastante interesantes. Según le diera la luz, parecía un personaje escapado de un cuadro de Velázquez. Unas veces Baco, y otras el conde duque de Olivares. Por este parecido, a mucha gente le daba la sensación de que Sebastián se iba a echar de un momento a otro al campo con una escopeta, rodeado de conejos y damiselas sobre un caballo encabritado, para después largarse de francachela con un borracho o un enano, a ser posible desnudo y con una corona de flores por montera.

—Madre, adoro a Marcela.

—Yo también, querido. Ese es el problema. Casándote con ella, la vas a destruir.

—Es mi vida y nos queremos —dijo Marcela.

—¡Sois hermanos!

—Adoptivos...

—Nos amamos.

—Mentira. Lo vuestro no es ni amor fraternal. Marcela, esto es una maniobra para que Sebastián acceda a su herencia y solo Dios sabe qué medios ha empleado para convencerte.

—No tiene nada que ver con la herencia, madre. Estoy loco por ella. Nunca la he considerado una hermana, es cierto. Sí una amiga, una compañera y el roce hace el cariño y el cariño...

—¿Pero me tomáis por tonta?!

Marcela miraba a doña Marta en silencio. La estudiaba con ojos nuevos. Era cierto que Sebastián y ella nunca se habían querido ni bien ni mal, pero también lo era que si algún día la marquesa moría, Marcela no tendría nada. Absolutamente nada. Toda la herencia del marqués le pertenecía por derecho propio a su único hijo legítimo.

—Madre... cuando me adoptaste, ya eras viuda. Eso significa que no tengo dote. No tengo nada. Sebastián me ha pedido que le haga el honor de ser su esposa y he aceptado. No hay mucho más que decir.

—¡Hay un mundo que decir! Sebastián te dará una dote llegado el caso... Pretendientes no te faltan. No es necesario que hagáis esta pantomima. Ni os queréis, ni os convenís, ni voy a dar mi brazo a torcer. No tenéis mi consentimiento al enlace.

—No lo necesitamos.

—Eso lo veremos. Vaya que si lo veremos.

La marquesa mandó preparar el coche y se hizo llevar al bufete de su abogado. En pocas palabras le explicó al hombre de leyes que su hijo solo heredaría al cumplir los veinticuatro años o al casarse. Como para lo primero le quedaba un año, había, de alguna manera inexplicable, corrompido el espíritu de la decentísima Marcela para que accediera a la esperpéntica boda.

—Quiero detener ese enlace. Por suerte, entre capitulaciones, permiso por parentesco y otros requerimientos, no hay cura que los case en menos de tres o cuatro meses. ¿Será suficiente?

—Ya le dije hace tiempo, marquesa, que Sebastián está dando claros síntomas de locura. Sus dádivas, sus robos, los regalos afectuosos, esos enfados que a veces le poseen, sus cambios de humor, el fanatismo religioso, las reyertas en las tabernas, que se salte algunas leyes a la torera como ese tremendo asunto de cazar sin licencia que casi nos cuesta la cárcel el año pasado... Si lo llevamos a juicio es más que probable que consigamos incapacitarlo —resumió el abogado.

—Ya, ya..., usted contésteme a lo que le he preguntado. ¿Podrá hacerlo en tres meses?

—Ufff... Creo que sí, pero saldrá caro.

—Tratando con jueces y abogados, lo daba por descontado. Haga lo que tenga que hacer. Presente la demanda correspondiente ante el juzgado. Si mi hijo está loco, ya es hora de hacerlo oficial.

—He de advertirle que... será un escándalo.

—Todo lo que merece la pena en esta vida es siempre un escándalo.

A las doce de la noche, llamaron fuerte a la aldaba. Rosa se disponía a atender a quien fuera, pero Tana quiso abrir en persona. Sospechaba que Carlos había muerto. Llegaba la temida noticia. Bajó las escaleras de piedra. Al pisar la arena de los peldaños recordó los pequeños zapatos azules de un pie infantil. Los mismos de esa niña que a veces soñaba haber sido en alguna parte de esta isla. Quizá no era un sueño. El gruñir de los granos de arena bajo las suelas la transportaba en el tiempo. Esto le daba miedo y su mente luchaba con su voluntad. Una por olvidar, la otra por destapar la caja de la memoria. Esta rara costumbre de poner arena en las escaleras de piedra solo la había visto en Mallorca. No se hacía en Valencia, ni en Barcelona y mucho menos en París o Bolonia. Era una arraigada tradición. Evitaba las marcas negras en la piedra clara que dejaban los betunes de los zapatos. Todas las casas ricas barrían la arena dos veces al día. Mañanas y tardes se esparcía una capa limpia. Tana llegó a la puerta de la calle. Abrió. Ante ella había un muchacho de no más de doce años. Sostenía una nota.

—¿Es del hospital?

—Sí, señora.

La cirujana contuvo la respiración.

Más que despertar, Carlos había renacido. A su lado, Echagüe terminaba la cura mientras le explicaba que nadie daba un real por su vida. El herido estaba desconcertado, dolorido, trepanado, mareado, hinchado y enfermo. Miraba al cirujano con los ojos achinados por la inflamación. Se llevó la mano al rostro tocándose la sutura de la ceja, las tablillas de la nariz, y entendió que estaba deformado.

—Estoy desfigurado...

—No está usted lo que se dice guapo, pero cuando baje la hinchazón en unos días, si no hay complicaciones... su rostro volverá a su estado normal.

—No recuerdo nada.

—Es lógico que se sienta desorientado, don Carlos. Lleva dos días inconsciente.

—¿Cómo me ha llamado?

—¿Tampoco recuerda su nombre? Mire... esta es su cartera, sus documentos, su reloj de oro...

Carlos abrió el reloj. Le recordó al que tenía su padre, aunque aquel era austríaco y este era francés. Leyó la dedicatoria en voz alta.

—«Para Carlos, con amor, de... Tana.»

—A su mujer no la habrá olvidado, seguro...

—No... claro que no... —mintió el enfermo—. Nadie puede olvidar a Tana.

Echagüe sonrió, terminó el vendaje y mirándole con simpatía añadió:

—Ya la hemos avisado. Está de camino.

—Preferiría que no me viera así...

—Lo siento, ya la conoce.

—A veces me olvido de cómo es...

—No creo que haya manera humana de detenerla. Imagino que estará ansiosa por darle un abrazo.

Echagüe siguió hablando y yo cerré los ojos porque el enfermo al que llamaban Carlos no era ningún Carlos. El enfermo al que llamaban Carlos era yo. Estaba agotado. ¿En qué lío me había metido esta vez? Me habían tomado por ese hombre por culpa de la cartera y el reloj parisino que había ganado jugando a los dados en el barco. La cartera de don Carlos. Me la dejó en prenda hasta que pudiera pagarme lo adeudado. El otro. El jugador. El muerto. El perdedor. Recuerdo vagamente la tormenta, el incendio, a dos niños enredados entre las maromas de cubierta, el palo desprendiéndose de las alturas, el velamen en llamas, los gritos del ama vieja, el olor a alquitrán de la madera. Recuerdo que ambos nos tiramos a salvar a los críos, que los protegimos con nuestros cuerpos y que el mundo se apagó.

Echagüe me explicaba casi todo sin que tuviera que hacerle preguntas. Los niños estaban a salvo. Bien por ellos. Terminó su cura y la charla y se marchó. Traté de incorporarme para escapar, pero las piernas no quisieron responderme. No me había sentido tan débil desde que estuve a punto de perder el brazo en Chile, o cuando un soldado de mi propia compañía me disparó en la espalda por torpeza. La que se suponía mi esposa estaba a punto de llegar y, según era mi suerte en los últimos meses, esa mujer tendría un ataque, me denunciaría a la policía por usurparle al marido y, si era entusiasta, me escupiría a la cara. En cuanto averiguasen que era un

desertor y traidor a la reina, marcharía de cabeza a la misma guerra. Esta vez del otro bando y nada de coronel de caballería, sino a ejercer la vida breve de soldado de infantería. Si tenía mucha suerte, me quedaría en la isla encerrado en un calabozo, sería juzgado por espía, acusado de ladrón. La condena a muerte era segura. Se abrió la puerta con energía arrolladora y el corazón se detuvo. Era una monja. Entró a tomarme la temperatura hecha sonrisas. Cuando la religiosa me tenía despistado, llegó ella. La reconocí de inmediato. Tana a mí no, y me alegré de estar desfigurado, pues tras mirarme largamente, se lanzó a mi cuello, a darme besos y abrazos.

—Carlos, Carlos, amor mío... gracias a Dios, estás vivo.

Tana me miró a los ojos, o a lo que quedaba de ellos. Quise decir algo pero posó el índice sobre mis labios.

—Conserva tus fuerzas, querido. Pronto estaremos en casa.

Hasta la monja se dio cuenta de que habría sido inútil protestar.

Durante aquel té con Marcela y la marquesa —el té en el que Tana probó los bizcochos llamados *cuartos* que le recordaron a su muñeca de rizos negros— surgió uno de los temas favoritos de la joven italiana de venas azules: las guerras médicas.

—Siempre que se habla de las guerras médicas me imagino a un batallón de galenos con mandil blanco, escalpelos en ristre atravesando a caballo el Peloponeso —dijo la marquesa con su buen humor habitual.

—No tiene nada que ver con médicos, madre. Esto ya te lo he explicado cien veces.

—Hija, se me olvida...

Tana sospechó que a la marquesa nada se le olvidaba, sino que fingía esos despistes porque quería darle pie a Marcela para lucir sus conocimientos grecolatinos.

—El enemigo persa era conocido por los griegos, erróneamente, por el nombre del anterior imperio de Oriente Próximo, el imperio Medo...

—Y nosotros que creemos siempre a los griegos tan cultos... Has de saber, Tana, que no todos eran filósofos, poetas y matemáticos.

Tana disfrutaba de la ironía y Marcela continuó su algo pedante pero deliciosa explicación:

—De Medos, derivó «el asunto medo», o *medikás* en griego. Media era una región que en la época de la batalla de Salamina ya estaba sometida al imperio persa desde hacía casi cien años. Así pues «las guerras médicas» no son otra cosa que «las guerras persas».

—¿No habría sido más fácil eso? Cuántos malentendidos nos habríamos ahorrado en la escuela.

—¿Has viajado alguna vez a las islas griegas? —le preguntó la cirujana a Marcela.

La marquesa y su hija adoptiva se miraron y rieron. Fue doña Marta quien contestó.

—Querida Tana, mi hija me arrastró el año pasado desde el oráculo de Delfos al Partenón y de Santorini a Salamina. Entre medias, pasamos por cada peñasco donde los griegos tuvieron la ocurrencia de levantar un templo a los dioses.

—No dirás que no aprendiste cosas interesantísimas.

—Lo más destacable que aprendí fue que en Mallorca criamos cerdos y en el Peloponeso crían cabras. Dos meses de viaje, Tana, para averiguar esto. No, de viaje, no. Usemos la palabra apropiada y además en griego: ¡dos meses de periplo! De barco en barco y de golfo a cabo,

circunnavegando el Peloponeso hasta que llegamos a Constantinopla. Ahí ya me planté. Frente a la columna de las serpientes le dije a esta jovencita: «Se acabó. Hasta aquí hemos llegado.»

—¿Qué es la columna de las serpientes? Suena terrorífico —rio Tana.

Marcela le habló del exvoto de Platea. Una de las obras más admiradas de la antigüedad, descrita por Heródoto, Tucídides. Una fabulosa columna de bronce en forma de tres serpientes enroscadas, al modo de una gruesa maroma, que fue fundida, probablemente, en honor a la victoria de los griegos en Salamina.

—La victoria de Salamina cambió el curso de la historia. Si los persas hubieran vencido... hoy no seríamos quienes somos. Realmente fue un hecho de suma trascendencia.

Ya sé que estábamos con mi convalecencia en el hospital, pero este asunto de las guerras médicas no es una divagación. Lo traigo a colación porque Tana, en este primer encuentro nuestro, admiraba las cicatrices de mi brazo, reconociendo la inmensa trascendencia de aquellas marcas en mi piel. Sabía, por supuesto, que yo no era don Carlos, también que ya había visto esas mismas cicatrices una vez, hacía muchos años. Al fin, tras recuperarse de la sorpresa y de los desbocados latidos de su corazón por haber hallado a su comandante, inició el diálogo:

—Parecen tres serpientes enroscadas unas a otras.

—Es cierto.

—Buen cirujano el que se topó con esa herida. ¿Tuvo que recomponer el flexor lateral y el hueso?

—Supongo. Lo recompuso casi todo.

—Otro habría cortado el brazo. La sutura es sobresaliente.

—Tuve muchísima suerte. Son los sablazos de un oficial criollo. Chile. Hace más años de los que quiero recordar.

Creo que fue en ese momento cuando se agarrotó de miedo a volver al pasado. Su comandante fue real durante cinco horas, cavando en Vilcashuamán, pero en estos quince años sin vernos ese soldado se había convertido en un personaje inventado al que se aferraba cuando necesitaba compañía. Tana no creía en la realidad. La fantasía era perfecta. Yo era su comandante pero sin duda, se decía, me había idealizado. Ahora tenía delante a un desertor, un ladrón incluso, que había robado una cartera y un reloj y que venía a fastidiar sus sueños... aunque... quizá podíamos llegar a algún tipo de acuerdo... Mirándome desde el otro lado de alguna almena, me dijo:

—Es mejor que no lo recuerdes, querido. Tú nunca has estado en Chile.

—¿No?

—No.

—¿Cuál es el juego?

—¿Qué juego?

—El juego al que estamos jugando... «querida».

—No hay juegos. Esto es muy serio. Un hombre murió en el incendio del jabeque y tú has estado a punto de perder la vida. Me dice don Jaime Sarriá, el intendente de policía, que ese hombre, el muerto, era un desertor y además carlista.

—¿Cómo ha averiguado tanto en tan poco tiempo?

—No lo sé pero es sagaz y bien mandado. Cuando don Jaime se pone a descubrir secretos, no hay quien lo pare. Sobre todo si yo se lo pido.

—Entiendo.

—Mi marido era el forense de Palma pero no había tomado aún posesión del cargo. Sin él, no hay empleo, por supuesto, ni sueldo, evidentemente, ni muchas cosas que me sería largo y agónico explicar pero que me abocan a la ruina moral y económica.

—Necesitas que yo me haga pasar por tu marido.

—Resumiéndolo mucho: sí.

—Deduzco que nadie me conoce en esta isla... a don Carlos, quiero decir.

—No. Solo yo. Todos te han tomado por él.

—¿Lo perderás todo, dices?

—Mi casa, el laboratorio, ocho años de reputación: mi vida.

—Entiendo.

—No, aún no entiendes nada, pero poco a poco trataré de explicártelo.

—Voy a necesitar explicaciones, sí. Lo que más me cuesta entender es cómo demonios quieres que me haga pasar por un forense. Yo no soy médico ni por el forro.

—Eso no será problema. Mi marido tampoco lo era.

La misma mañana que accedí al plan, Tana fue a ver a don Jaime Sarriá. Tenía una extraña petición.

—Don Jaime, no me molesto en preguntar por la autopsia del hombre que falleció en el incendio. He de suponer que don Braulio, con su ciencia habitual, ha diagnosticado «muerte a causa de golpe mortal».

—Es usted m... inicua.

—¿Qué?

—Perversa.

—¿Me equivoco con don Braulio?

—No se equivoca ni un poquito... ¿Acaso sospecha que fue un c... asesinato? ¿Llamo a Prihuelas para que lo arrastre por la cubierta del jabeque?

—No —rio Tana—. He hablado con el ama de los niños y otros testigos. Fue mala suerte, un rayo de la tormenta eléctrica, un incendio, la botavara asesina...

—Gracias por hacer mi trabajo. A cambio, ¿qué puedo hacer yo por usted? —ironizó don Jaime.

Pero Tana no percibió el humor pues estaba empezando a asumir la pérdida de su marido. No le amaba, pero le quería. Jaime percibió una leve emoción, el reflejo en una pupila.

—Deseo pagar el entierro de ese hombre, reclamar sus restos. Mi marido me ha dado cuenta de su valentía. Sacrificó la vida por salvar a esos niños.

—Ya le dije que era un fugitivo... un carlista... Tenemos su hatillo y sus diarios... una suerte de cuaderno de bitácora en el que exponía sus pensamientos íntimos...

—¿Y esto del diario lo sabe mucha gente?

—Lo sé yo... y ahora usted.

Don Jaime miró a Tana con ese verde oscuro veteado del pino de Mallorca. Ella aguantó sus

ojos y dijo:

—Eso está muy bien. Dejémoslo entre nosotros, entonces, y démosle digna sepultura. No era *cristino*... pero sin duda era un buen cristiano.

—Cirujana... ¿Qué me oculta?

—Nada...

—Tengo instinto y empiezo a conocerla. A usted le importa tres pitos si ese hombre era cristiano, musulmán o merovingio.

—¿Y por qué deduce usted que me importa tres pitos?

—Porque desde que ha llegado a la isla no ha asistido usted a la iglesia ni para admirar los retablos.

—Bien, admito que su cristiandad me da lo mismo, es cierto. Es una cuestión de respeto, de agradecimiento. Ese hombre me importa y me importa mucho, don Jaime. Quiero darle digna sepultura y despedirle como se merece.

Tana tuvo un quiebro en la voz. Jaime reconoció el eco de la tristeza y quiso tomarle la mano. No lo hizo.

—¿Por qué le tiene tanto afecto? ¿Lo conocía?

Tana le miró como si pensara en responder la verdad. Quería decirle la verdad. Hacía años que no se sentía en confianza con nadie, excepto con Carlos, y Carlos estaba muerto y no era ningún soldado porque el verdadero soldado estaba vivo en el hospital. Quizás a Jaime podía decirle que habían compartido una habitación en París, que al terminar la fugaz pasión siguió el respeto, que él era buen amigo de Mateu Orfila y que la había recomendado como ayudante del gran genio español. No lo hizo. Le faltó el valor a pesar de que sus ojos eran los más honestos que había conocido.

¿Cómo explicar que le había salvado la vida tras la paliza de unos acreedores, que era un mal estudiante, un viejo amante y un mal marido, pero sobre todo una buena persona atrapada por el juego, las mujeres y el alcohol? ¿Cómo hacerle entender al policía que sin embargo, a pesar de sus defectos, Carlos siempre la había respetado? ¿Cómo explicarle a Sarriá o a cualquiera que ella era la auténtica forense, la única cirujana? Yo soy la forense general de Palma, pensó. Yo pasé cada examen y oposición. Hago personalmente las autopsias, publico en la gaceta, realizo los estudios químicos, me carteo con los médicos sobresalientes en Inglaterra, Francia e Italia... Yo soy don Carlos y él solo es el hombre que yo nunca fui, que es mucho. Yo nunca creí en mí y él nunca dejó de creer. A pesar de sus defectos, Carlos me protegía y me apoyaba con lealtad. Él habría representado su papel toda la vida si la vida hubiera sido más larga. Quería decirle todo esto a don Jaime, necesitaba poder confiar, pero no sabía. En cambio, replicó:

—¿Ha aparecido alguna pieza de la plata de la marquesa en las almonedas de Palma?

—¡Caray! Eso es lo que yo llamo un golpe de timón.

—No voy a despreciar su inteligencia, don Jaime. No quiero mentir. Esto, en el mundo en que vivimos, lo haría cualquier mujer, no por maldad, sino por supervivencia. Es lo que se espera de nosotras, que mintamos, igual que se supone que el honor es monopolio de los hombres... Pero yo no soy cualquier mujer. No me rijo por las mismas reglas.

—No lo es, desde luego. No... No ha aparecido la plata.

—¿Y algo nuevo del carbonero?

—Tenía usted razón. Estaba afeitado y aseado porque pasó la velada en el segundo piso de la

casa hasta la que arrastró a Prihuelas. Allí viven tres prostitutas. Estuvo con una a la que llaman Celina. Bebió, fornicaron, pagó y, según esta chica y las otras mujeres, se marchó como a eso de las doce, empapuzado de ron. Mañana lo entierran. ¿Quiere que la acompañe?

—¿Adónde?

—Al cementerio. A darle digna sepultura a su buen amigo carlista.

—¿Haría usted eso?

—Señora... ya que se trata de alguien tan importante para usted y estando su marido en el hospital... no podría dejar de hacerlo.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por no preguntarme más.

La cirujana no esperaba tanta bondad y sus ojos se empañaron. Tana quiso que Jaime tomara su mano. No lo hizo.

Jaime Sarriá no podía evitarlo. Desde la muerte de su esposa, siempre que miraba a una mujer que le agradaba, imaginaba cómo sería su vida con ella, si era una posible candidata al amor, si la querría como a Fani. No era una cuestión de deseo sexual, se decía, tampoco de soledad. No sabía lo que era. Las mujeres también se interesaban por él, quizá por ese instinto maternal con el que se empeñan en convertir en hijos a los maridos, a los hombres, en una mezcla de afectos femenina que se intensifica ante el desvalimiento. Él no estaba desvalido en muchos sentidos, pero en otros tantos era un recién nacido. Después de veinte años de matrimonio, era un recién nacido a la viudedad, a una vida sin preguntas al llegar a casa. Resultaba difícil concebir un hogar sin amor y lo prodigaba con sus conocidos. Cuando miraba a Tana, en cambio, no la imaginaba de su brazo o en su cama. No sopesaba su vida con ella. Tampoco la comparaba con Fani. No eran hombre y mujer. Sí, en cambio, fantaseaba con una larga y fructífera colaboración profesional, e incluso una intensa amistad. Quería compartir ideas y preocupaciones con la cirujana y verla todos los días, y hablarle de muchas cosas que llevaba dentro y pecados que ahora no podía compartir, pero no sabía aún cómo hacer para que interpretara compañerismo, admiración, gusto por las mismas bromas y no algo más serio. Tana era clara, directa y entusiasta. Eso le gustaba. También era obvio que había una gran falta de sinceridad en su vida y que las mentiras en las que vivía envuelta le dolían. Sarriá se dijo que debía averiguar qué le estaba ocultando y escribió una carta solicitando información precisa sobre un militar carlista y español. Deseaba ayudarla, y ayudarla bien.

El ataúd ya estaba en la fosa. La cirujana no decía nada. Sarriá miraba los crisantemos blancos que habían nacido de forma espontánea junto a un ciprés. Le llenaron de algo parecido a la angustia. Los crisantemos florecen en noviembre y estábamos ya cerca del carnaval. Tana echó un puñado de tierra, murmuró algo, derramó una lágrima. Sus manos estaban separadas, o tal vez unidas, por media pulgada de aire. Tana podía sentir el calor del policía en ese aire. Estaba triste, necesitaba un abrazo, pero no se atrevió ni a pensarlo. Sarriá fingió que seguía mirando los crisantemos, pero supo que iba a derramar una lágrima y le ofreció el pañuelo. Ella

lo cogió y al secarse aspiró el delicado aroma de jazmín al que don Jaime era tan aficionado. Le encantaban los jazmines de Sarriá y se preguntó de nuevo quién sería la afortunada. Él, por su parte, pensó una vez más en Fani y en las flores de todos los santos. Murió en noviembre y florecían por todas partes. ¿Qué hacían ahora estos crisantemos blancos junto a un ciprés? Se dijo que Fani trataba de decirle algo. Como si Tana pudiera escuchar sus pensamientos le preguntó:

—¿De qué murió su mujer?

—De generosidad.

Tana se estremeció. Sarriá la miró con el alma.

—Tenía el corazón demasiado grande —añadió el policía.

Unos llantos de plañidera les hicieron volverse. Llegaba la comitiva de otro entierro. Varias mujeres vestidas de negro, llenas de puntillas, cerraban el séquito.

—El sepelio de Ramón Robredal.

—Mi carbonero asfixiado.

—El mismo.

—Qué feliz coincidencia...

—Feliz... lo que se dice feliz...

Tana le sonrió a don Jaime y miró fascinada los rasgos de una muy triste y muy joven muchacha. Caminaba separada de las demás. Era alta, gorda y ancha como un diplodocus, pero preciosa de rostro, al modo de un ángel de Rubens o de la blanca y luminosa Susana de Tintoretto. No tendría más de veinte años.

—¿Esa es Celina?

—Sí.

Las plañideras de mal vivir lloraban con todo el ruido del que eran capaces, excepto Celina, que derramaba lágrimas sinceras. Tana miró sus pies y todas las piezas se unieron formando una clara repuesta a la muerte del carbonero.

—Lo mató el amor —dijo Tana.

—¿Cómo dice?

—*Cenerentola*... ¿Cómo se dice *Cenerentola* en español?

—¿Ch... Ch...? ¿Quién es esa?...

—La muchacha del zapatito de cristal...

—¿La *Ventafocs*?

—Sí. En español.

—Cenicienta.

Tana asintió y cerró los ojos. Cuando se emocionaba pensaba en italiano. Se preguntó cómo haría para probarle el zapatito de cristal a esta *Cenerentola* de nombre evocador. Celina... Celina... La música de sus sílabas la llevó a su palacio de Italia. A un recuerdo olvidado. Entre imágenes confusas de su infancia, Tana se vio en una gran cama con dosel, abrazada a su madre y su muñeca de rizos negros.

—Marcela, mamá..., quiero que se llame Marcela.

—Marcela se llamará.

Tana volvió de sus recuerdos para echar otro puñado de tierra sobre la tumba de su marido.

Abel de Nácar tenía un ojo azul claro y otro añil. Los que no lo habían conocido de joven creían que era a causa del golpe, accidente o hachazo que lucía en la cara. Era una larga e irregular cicatriz. Bajaba de norte a sur, de la frente a la barbilla, e igual que la frontera que separa España de Portugal, la gruesa línea lo dividía en dos mitades similares pero opuestas. Su parte melancólica y su parte alegre. Su parte furiosa y su parte tranquila. La luna y el sol. Un país atlántico y un país mediterráneo. La noche y el día. El frío y el calor. El azul del cielo y el azul del mar. Cada mitad de ese rostro curtido y campesino tenía su paisaje, su personalidad, climas diferentes. Era un muy interesante y muy bello rostro de sesenta y tres años.

Mientras esperaba a que llegara, la marquesa recordó las palabras que una vez pronunciara la certera Adelaida:

—Señora, qué hombre. Qué rostro. Hoy se posó una mosca en uno de esos surcos que le ha labrado la vida en la cara y vi un paisaje. En el paisaje, sobre esa piel tostada como de tierra, un payés de negro rezaba el ángelus. El paisaje parpadeó, se dio una bofetada y murió el payés aplastado porque el campesino era la mosca que le digo sobre una arruga de don Abel. Jesús, señora, qué vida lleva escrita en la cara...

La *xueta* tenía razón. Uno casi esperaba ver acontecimientos, muertes, aventuras, payeses, mulas, arroyos y lances en el paisaje que era su rostro. La sutil diferencia de tonalidad en los ojos de Abel era lo más desconcertante. Decían que su hermano, el cirujano, tenía el mismo defecto o atractivo. A pesar de la marca, la cicatriz, el terrible vestigio del momento dramático, Abel era un hombre bien parecido. A menudo sonreía, pero debido a su particular frontera física entre el bien y el mal, siempre daba miedo. Ya tenía más de sesenta años pero su cuerpo era aún fuerte, elástico, moreno y musculoso. Quizá por eso se había salvado de la muerte tras la nefasta caída a la escollera que había sufrido hacía un par de días. Una caída que había dado con sus huesos en cama y que era el motivo de que sus vecinos vinieran hoy a visitarlo. El herido había decidido levantarse, pero se hacía esperar.

Los visitantes aguardaban en el salón. Doña Marta traía pastas y pasteles. Los hermanos «novios», Marcela y Sebastián, estaban sentados en un canapé, frente a ella, cogidos de la mano. Ramiro, el hijo de Abel, miraba al suelo y hacía girar el pie de cuando en cuando, negándose a ser el muchacho sociable, cariñoso y dispuesto que era cuando los de Belfort visitaban a los de Nácar. Sara, la hija pequeña del potentado, no estaba presente. Seguía arriba, ayudando a vestir a su padre, que tardaba en bajar a recibirlos.

—No voy a preguntarte qué te ocurre, Ramiro —dijo la marquesa—, porque siendo un joven orgulloso no me vas a responder, pero quiero que sepas que estás siendo muy grosero.

—Lo siento mucho, doña Marta... Es verdad que me ocurre algo y es verdad que estoy siendo grosero.

—Bien... pues ya que ninguno nos hablamos, voy a visitar a tu padre en su alcoba. Es absurdo que haya decidido levantarse. Por lo que he oído tiene la cadera fatal. Hale, a disfrutar,

¿eh? Que se os ve contentos y bien avenidos.

La marquesa se marchó sabiendo bien adónde iba pues ambas familias habían vivido pared con pared desde hacía más de veinticinco años. Al quedarse a solas, Ramiro perdió el pudor completamente.

—Todos saben que tú lo haces por heredar de tu padre y tú por ser rica y marquesa.

—No hemos venido a hablar de nuestra boda contigo.

—¿Para qué habéis venido, entonces?

—Para ver a tu padre.

—Sebastián... te creía más hombre. ¿De verdad necesitas comprarte una esposa?

Sebastián no necesitó más combustible y se tiró de cabeza contra el cuerpo de Ramiro, clavándole la testuz en la barriga como un toro embistiendo a un perro en la plaza. El hijo de Abel cayó de espaldas demudado por la sorpresa y el dolor. Marcela se quedó inmóvil mirándolos matarse, tratando de decidir en qué momento de su vida había perdido su más íntima batalla de Salamina.

Habíamos llegado al acuerdo de llamarnos Carlos y Tana, de fingir incluso a solas que éramos marido y mujer y hablarnos siempre con cariño para evitar ser descubiertos. No dormíamos en la misma cama, sí en la misma alcoba, porque Tana me cuidaba a todas horas. Ella pasaba las noches en la otomana para cederme a mí el blando colchón, y como no era el lecho más cómodo del mundo, se despertaba muy temprano y aprovechaba para ver dormir a su comandante, vigilando que no hubiera fiebre, malos sueños o infección. Durante el día, apenas hablábamos, yo por debilidad y ella por esa forzada frialdad de sentimientos hacia un fugitivo faccioso, un desertor. Me recuperaba con rapidez. Soy fuerte y tengo voluntad. Por las noches, ya digo, Tana se preguntaba por el significado de la accidentada llegada de este soldado del pasado y se decía que quizás había algún error, algo que explicara mi traición a la reina, mi cobardía. En la oscuridad vespertina, a esa hora en la que los pensamientos aún se confunden con las fantasías, la cirujana repasaba las cicatrices de mi brazo con la yema de sus dedos y yo fingía dormir, estremecido por el contacto de aquella niña de Vilcashuamán. Sus manos siempre estaban frías. ¿Por qué te salvaste de morir? Las mataron a todas y a ti... no. Tana estaba hechizada por las tres serpientes remendadas en mi brazo, como si buscara en ellas un mensaje del destino. ¿Por qué eran tres? ¿Por qué salvé el brazo? A veces la sorprendía escrutando los pliegues de mis labios y ella me cazaba contando sus largas pestañas mientras me rozaba la frente con los labios en busca de fiebre y, al hacerlo, su pequeña cruz de plata se posaba en mi pecho desnudo en un contacto que era a la vez mi tentación y su advertencia. Tana medía con palabras murmuradas y suspiros tibios las falanges de mis manos, y cuando ella dormía yo a veces buscaba lunares en un hombro, como oteando mundos en un firmamento desconocido y con la imaginación me deslizaba suavemente, de puntillas, por las cuevas de su cuello. En ocasiones me miraba tumbada en la otomana, como si verdaderamente estuviera esperando a que yo hundiese mis manos en el río de su pelo y atrajese esa linda cabeza hacia mi boca para calmar la sed con sus labios. Era su comandante. Ella es mi niña de Vilcashuamán. La segunda mujer de mi vida. Quince años después de aquel único encuentro en Perú, el destino me había sacado del pasado y me había metido en su cama junto al mar. Pero ella no estaba en la cama, sino en la dichosa otomana.

Aunque no dormía, elucubraba. Le hacía la autopsia a este tirabuzón del destino. Fueron dos semanas de intensa felicidad y sin amarnos, nunca me he sentido más metido dentro de una mujer.

La cirujana, por su parte, se decía que el duro camino de la medicina había comenzado por mí, a causa de aquel comentario de los muertos, y no podía ser casual que ahora que ella llegaba por fin a Palma, buscando su infancia, dispuesta a resolver los misterios del pasado, yo cayera en su regazo de forma prodigiosa. ¿Para ayudarla? Tana sospechaba a veces que estábamos entrelazados para la eternidad. Yo jamás lo sospeché. Siempre estuve seguro de ello. Desde el día en que la vi por mi catalejo. Cada noche antes de dormir, dolorido, angustiado incluso, rechazaba la idea de estrecharla entre mis brazos, pues sospechaba que nuestro adiós sería trágico y doloroso. Así eran estas noches.

Los días, en cambio, eran fingidos, pues escondíamos las emociones bajo las almohadas. Como cada mañana, sonreí. Siempre lo hago. Eso ablandaba un poco ese corazón suyo, cerrado con candado.

—¿Qué tal has dormido, querida?

—Fatal. He de decir que esta *cheslong* es diabólica.

—Yo ya estoy bien. A partir de mañana, te cedo la cama.

Tana me examinó la cabeza.

—El hueso soldará con la pieza de oro en un mes, quizás algo menos. No te acuerdas de mí, ¿verdad?

Habíamos hecho el pacto de no mencionar el pasado. Yo sería el forense y ella mi ayudante, y en poco tiempo, tres meses a lo sumo, debía fingir unas conferencias en la Universidad de Montpellier. Tras dejarla a cargo de todo, me marcharía de Palma, volvería a casa, a mis tierras, a la vida que había dejado en San Sebastián. A una finca que me esperaba desde hacía años y a la que nunca tenía tiempo de volver. El pacto me interesaba por varios motivos. El primero, porque Tana tenía en sus manos mi destino. Si me acusaba de faccioso, acabaría ajusticiado. El segundo y el más importante, era que yo no había llegado a Mallorca por accidente. La noche de la muerte del general Mariño supe que el destino me llamaba a ayudar al hombre que una vez me salvó la vida y el brazo. Tenía que averiguar quién mató a la familia de don Cayetano de Nácar, limpiar su nombre y conseguir que volviera a ejercer la cirugía en Mallorca si seguía vivo y era de su gusto regresar a un lugar lleno de trágicos recuerdos. Se lo había jurado. Guardar la palabra dada es algo que se debe perseguir más que cualquier otra meta. Además, ya lo he dicho, no creo en las casualidades. Alguna fuerza desconocida había hecho que Mariño me confesara, segundos antes de morir, ese asunto del oro y la carta de recomendación con la que alguien había pagado su silencio. Debía averiguar quién estaba detrás del crimen de los De Nácar.

—No... no me acuerdo de ti —le dije a Tana. Era falso, naturalmente. ¿Por qué le mentí? Quizá porque si le decía que en quince años no había podido olvidar aquella tarde enterrando cadáveres nada podría detenerme y me lanzaría a comer sus labios, besar sus brazos, posar la mejilla contra su pecho para escuchar un pequeño pero fuerte corazón que imaginaba caliente pero en espera, dentro de una caja de acero y lleno de precisas y pequeñas piezas de relojería detenidas, ignorando que alguien, un día, le dará cuerda para poder latir...

—En Perú —me aclaró, como si yo necesitase aclaraciones.

—Yo nunca he estado en Perú —interrumpí.

—Me habré confundido. Lo siento.

La decepción de su rostro me partió el alma. Quise cogerle la mano y decirle lo que una vez escribí en uno de mis diarios. Ese día no lo hice, me arrepiento, y ahora quizás es demasiado tarde.

Antes de desayunar, Jaime Sarriá abrió uno de aquellos diarios. Trataba de entender por qué había llorado Tana en el curioso entierro. ¿Quién era el misterioso soldado carlista? Hasta ahora, todo lo que había leído pintaba en su mente un ser valeroso, desgraciado, sensible, leal, triste, íntimo e inteligente. Un soldado a la fuerza, desafecto de la guerra, cultivado, solitario. Sarriá también había sido soldado, solo tenía diecinueve años al final de la guerra contra el francés. El policía dio con un pasaje que le emocionó:

¿Por qué salvaste la vida, pequeña? ¿Por qué las mataron a todas y a ti no? No te quedas sola. Volveremos a encontrarnos. La vida sucede así. Tengo experiencia. Te veo cabalgando indiferente por un camino. Llegas al campo de batalla de una guerra antigua. En la cuneta asoman los blancos huesos de un hombre. Los perros salvajes han desenterrado su clavícula, la calavera. Te detienes. Como has conocido los secretos de la vida, sientes un escalofrío y un presentimiento y recuerdas al comandante que hace tantos años te ayudó a dar sepultura a tus veinte muertas. Bajas del caballo. Le pides al criado que te busque una pala, que has de enterrar a un soldado. No necesitas recompensa o alabanzas por tu misericordia. Ya tienes todo lo que deseabas: ya eres una gran mujer. Entierras esos huesos y lo haces sin saber quién soy.

Jaime Sarriá cerró el diario del faccioso muerto. Por primera vez desde la muerte de su querida Fani, el policía estuvo a punto de llorar. La desazón se extendió por su pecho como un tintero negro derramado. Guardó los cuadernos. No podía leer aquello sin sufrir. Sintió mucho no haber conocido a ese hombre. Renegó de la guerra. Le habría gustado tenerlo por amigo.

La ciudad amaneció con tres noticias importantes. *El Constitucional*, uno de los periódicos más leídos de la isla, se hacía eco de las intenciones de doña Marta de Belfort por incapacitar a su hijo Sebastián. Corrían rumores de que había hecho llamar a un afamado especialista en enfermedades mentales de París para que examinara al joven marqués y actuara como perito en el juicio. La segunda noticia tenía que ver con los dolores de cadera de don Abel de Nácar. Desde su grave caída en la escollera, dos médicos se disputaban la supremacía en sus tratamientos. El periódico publicaba la carta de uno de ellos, don Juan Joan. En ella dirigía a otro galeno llamado don Augusto Sartorius, a quien en secreto apodaban «el César», toda una diatriba contra su diagnóstico y los tratamientos equivocados a los que había sometido al hombre más rico de la isla, acusándolo de querer sacarle los cuartos. El médico Juan Joan afirmaba que don Abel estaba siendo tratado de una rotura de la cabeza del fémur, cuando tras haberlo examinado personalmente, estaba claro para él que no tenía nada roto y solo necesitaba reposo y belladona para aflojar los agarrotados músculos de la pierna. Tras leer el periódico, Carlos habló con Tana.

—¿Conoces a Abel de Nácar?

—Es nuestro vecino de atrás, íntimo amigo de la marquesa... pero no. Personalmente no lo conozco. No le gusta recibir.

—¿Y no podríamos ir a examinar esa cadera suya tan maltrecha? Quizá debiéramos aliviar sus dolores.

—Somos forenses, querido. Nuestros pacientes están muertos.

—En esta isla no se muere nadie. No hay robos, no hay crímenes, no sucede nada.

—Comprendo. Te aburres.

—No estoy acostumbrado a esta quietud, he de reconocerlo.

—¿Qué súbito interés tienes por ese hombre?

—Dicen que una cicatriz le cruza la cara de arriba abajo, que su hermano trató de matarlo porque se beneficiaba a su mujer, que fue una matanza...

—Y es verdad.

—¿Sabes la historia?

—Desde que he llegado a Palma todo el mundo se ha molestado mucho en hablarme de la matanza de la habitación verde. Hasta dicen que la casa está maldita.

—¿Qué casa?

—Esta casa.

—¿La matanza de los De Nácar fue aquí mismo?! ¡Pero eso es estupendo!

—No lo es. No es estupendo en absoluto. Sobre todo si algún día quiero vender Can Belfort.

—¿No me digas que la casa está maldita?

—Por supuesto que no lo está, pero la gente dice que lo está, así que es igual que si lo estuviera.

—¿Y qué pasó? ¿Lo sabes?

—Abel sedujo a la mujer de su hermano Cayo. Este se enteró y, enloquecido, vino a sorprenderlos. Al hallarlos juntos, se fue a por su hermano y le dio un hachazo en el rostro. Luego mató a su mujer y por último acabó con la vida de la niña. En su locura enfervorecida, tiró los cuerpos al mar y se entregó a la policía, pero Abel no estaba muerto. Pasó horas nadando hasta que fue recogido por un barco y logró regresar a Palma para acusarlo con el dedo.

—Como el fantasma del padre de Hamlet. ¿Y esta habitación verde de la que hablas...? ¿Dónde está?

—En ninguna parte. No existe. Debe de ser una exageración. Un mito. Quizás el hacha en su día comenzó siendo un atizador. Puede que ni siquiera fuese una matanza...

—Sí... a lo mejor solo se liaron a bofetadas.

—Quién sabe lo que es fantasía y lo que es real.

—¿La cicatriz de su cara... existe?

—Eso dicen. No lo sé.

—¿No te lo has cruzado en misa?

—No voy a misa.

—Mujer, cirujana y atea. Vas pidiendo a gritos que te quemen en la hoguera.

—Qué le vamos a hacer. No me gusta fingir.

—Tampoco le gustaba a Miguel Servet.

Tana sonrió, atizó el fuego y en un gesto que más bien me recordó a Juana de Arco que a una

cirujana atea, se puso a jugar con la cruz de plata que siempre llevaba al cuello. Tras unos instantes agradables, rompí de nuevo el silencio.

—Ya va siendo hora de que le presentemos nuestros respetos a tan insigne vecino. Hablaré con la marquesa para que nos consiga una entrevista.

—No tengo ningún interés en la cadera de Abel de Nácar.

—Pero yo sí. Tranquila, no tienes que venir conmigo.

—¿Y dejarte a solas diagnosticando a un enfermo de carne y hueso? Ni hablar. Además, tenemos otras cosas más importantes que hacer.

—¿Como qué?

—Estudiar anatomía, conseguir dos disfraces de carnaval, acudir a un lupanar...

Tras mirarla largamente, repliqué:

—Me parece que está claro quién se queda estudiando y quién se va de putas...

Tana no pudo por menos que soltar una carcajada.

—*Bona nit, Celina* —dijo la cirujana.

—*Bona nit, tenga* —respondió la puta.

Siempre que Tana pronunciaba ese nombre, Celina, sentía cerca la solución a sus desvelos. No sabía por qué, pero indefectiblemente, esas mágicas sílabas la transportaban hasta aquel palacio en Italia donde fue feliz con su familia. La prematura muerte de todas sus profesoras y su huida a Europa durante la guerra de independencia del Perú le hicieron perder toda relación con su tutor, un hombre al que nunca conoció. No es que hubiera olvidado quién era, es que nunca lo supo. Tratando de recomponer el pasado familiar, Tana había llegado a la conclusión de que sus padres, adinerados igual que los del resto de sus huérfanas degolladas, habían vivido en Italia, en Francia e Inglaterra. Ella siempre habló los tres idiomas con fluidez. Más tarde, algún revés acabó con ellos, una enfermedad, quizás un asesinato, la eterna guerra... y entonces la arrancaron de su palacio italiano y vinieron los tres años negros de dolor y maltrato en Valencia. Los años más duros de su vida. Pero igual que cayó en el infierno, un día salió de él. Embarcó con un ama en una goleta, llegó al Perú y fue puesta bajo la tutela de las profesoras del internado en la antigua misión de San Claudio. Tana solo conocía un hombre en el mundo que pudiera ayudarla a saber quién era ella en realidad, pero no tenía previsto hablar con un asesino. Ya le había escrito una carta hacía años y no había obtenido respuesta. Ahora no pensaba viajar a Valencia, donde aún vivía el muy miserable. Su única alternativa estaba en averiguar el lugar, el nombre del palacio, la ciudad italiana donde había vivido de pequeña, tirar de ese hilo... y siempre que pensaba en Celina se sentía cerca, muy cerca, rozando la fruta, «Ce», como Tántalo, «Li», a punto de calmar la sed, «Na».

La habitación donde la recibió la prostituta era diminuta. La cama, poco más que un camastro, irrisoria para una mujer de su envergadura. Tana la imaginó fornicando en semejante lugar. Le dio mucha pena. Parecía más serena que el día del cementerio, pero había una grave tristeza en su mirada. Leyó en sus ojos culpa y resignación. Sintiendo cercanía a ella, fue muy amable. La prostituta no terminaba de entender por qué había venido a verla una forense y Tana le dijo que se imaginara que era una partera. Iba a examinarle la vagina y el útero en busca de signos de infección. Se trataba de una inspección de higiene y salud pública.

—Soy muy limpia. Me lavo antes y después, con agua y jabón.

—Eso está muy bien.

—Luego me doy aceite de Argán.

—Veo que has tenido hijos.

—¿Y eso en qué se ve?

—En que tienes el útero caído. Debes prevenir el estreñimiento o vas a sentir fuertes dolores ejerciendo tu profesión. Come menos dulce y más fruta y verdura.

—Tuve dos niños, pero se me murieron del tifus.

Tana sentía auténtica compasión por la gorda, que mientras se dejaba examinar no paraba de mordisquear unos hojaldres con una pinta excelente. Realmente, su cara era preciosa.

—Pruebe uno. Son receta de mi madre.

Insistió en que Tana probase el dulce. Tana lo hizo y sintió una explosión de aromas y emociones que de nuevo la empujó a su infancia en la isla.

—Celina... ¿Cuánto ganas a la semana ejerciendo la prostitución?

—Si se da bien, diez reales.

—Yo te pagaré diez reales si vienes a servir a Can Belfort. ¿Puedo coger otro hojaldre?

—¿A la casa maldita? ¿Qué cosas tiene! Coja los que quiera.

—Piénsalo.

—Mire, señora, como mujer de mala vida, soy muy buena, pero como criada de buena casa, soy fatal.

—Eso a mí no me importa. Quiero que te vengas conmigo.

—¿Por qué?

—Porque sé lo que le pasó a Ramón, tu carbonero, y te quiero ayudar.

La prostituta la miró paralizada. Dos gruesas lágrimas se pelearon por llegar al suelo.

—No te preocupes. La policía no va a seguir investigando ese asunto.

Cuando llegó a casa, Tana me encontró con una vela, a cuatro patas, arrastrándome por la alcoba. Me sorprendió mucho que supiera exactamente lo que estaba buscando.

—Viene de detrás del armario.

—¿El qué?

—Lo que buscas.

—¿Cómo sabes lo que busco?

—Porque yo también lo busqué y lo encontré...

—Trataba de estudiar, te lo aseguro, pero se apagan las velas.

—Lo sé.

—Hoy sopla la tramontana, se cuela por alguna rendija...

—Puse una toquilla enrollada, pero no ha detenido las corrientes.

—¿En dónde?

—Ayúdame con este armario...

Entre los dos movimos el ropero. Detrás había una puerta. La toquilla enrollada no tapaba del todo la rendija de tan misterioso umbral.

—La corriente sale de esta puerta.

—¿Y qué hay ahí?

—Imagino que otro armario. No tengo la llave.

—Demasiado aire para que sea solo un armario.

—Quizás es una subida al ático.

—O la habitación verde.

—No me hagas reír.

—No te estás riendo.

—Es que mira que si es la habitación asesina... No, no me pienso contagiar de las supersticiones de estos lugareños.

—¿Tienes un destornillador? —le pregunté.

—¿Acaso me tomas por un carpintero?

—Es verdad, lo siento. Tráeme el serrucho y el berbiquí.

Se rio. Se marchó. Volvió con sus herramientas. No tardé más de cinco o diez minutos en abrir la puerta. Encendimos dos candelabros de seis brazos, pues aquello no era ni escobero, ni armario. Nos adentramos en una alcoba tan oscura como las famosas cavernas de esta isla.

La luna teñía de plata la quietud de la bahía, rielando en el mar. Un balandro que regresaba de pescar calamar al curricán volvía de empopada hacia el varadero. En dos serones se revolvían quince sepias, un pulpo, dos gallos y un pez de San Pedro. Manejaban la embarcación dos pescadores, padre e hijo. Teodoro y Dorín. El mayor mandó al joven que arriara el foque mientras él cazaba cabo para virar la embarcación. Ceñían ahora hacia la Seu y al llegar junto a Can Belfort la luna se ocultó tras un nubarrón. Una luz naranja entró en la escena, tiñendo de fuego la ventana más alta y más cercana a la catedral.

—*Pels claus de Crist! És la filla de Caín!*

—*On?*

—*Aquesta llum... a la cantonada... L'habitació maleïda...*

—*Santa Mare de Déu!*

—*Passaran coses terribles a Palma.*

—*Ja han passat, pare, mira!*

El gesto de terror de su hijo le hizo volver la cabeza. Teodoro escrutó las olas hacia donde señalaba Dorín. El viento empujó las nubes y la luna brilló de nuevo, cegadora, iluminando un rostro fantasmal entre ondas saladas. Sobre las aguas plateadas de la bahía flotaba el cadáver de una mujer.

Segunda parte

Un grave tañido marcó nuestra entrada a la habitación. La campana de la torre *d'en Figuera* anunciaba la primera hora tras el ocaso. Tana me cedió el honor y crucé el umbral de aquella misteriosa puerta secreta. Doce velas iluminaron la estancia. Era una hermosa alcoba amueblada, polvorienta. Aunque estaba abandonada, el lujo no resultaba decadente. Todo había quedado perfectamente conservado. Me pareció la estancia más bonita de la casa. Igual que la alcoba principal, tenía vistas al mar. Había en ella una zona de lectura, otra de descanso y un piano. En la pared del fondo norte se alzaba la chimenea francesa, de mármol verde esmeralda. Dos bellas ninfas, talladas en mármol blanco de Carrara formaban las columnas que sostenían el manto de la chimenea. Este también era de mármol verde igual que la campana, un elegante embudo invertido con decoraciones napoleónicas, en el que se reflejaba la luz temblorosa de nuestras velas. Parecía un monumento al camafeo. El hogar de hierro de principios del XIX era de carbón e imaginé lenguas de fuego crepitando y un mastín acostado junto a los rescoldos. Al otro extremo había una cama con baldaquino de columnas salomónicas. En un rincón, una graciosa casa de muñecas, tan grande que debieron de construirla dentro de la habitación pues era imposible que cupiera por una puerta. Me enamoré de cada objeto.

—No tiene acceso al pasillo... Han tapiado la puerta —dijo Tana.

—Alguien se ha tomado muchas molestias en eliminar esta habitación de la casa.

—¿Y te sorprende?

—Me parece un crimen.

—Siendo las paredes de color verde esmeralda... sin duda hablamos de un crimen.

—No es verde esmeralda, es verde perfección —dije yo.

Tana miraba la casa de muñecas fascinada. Me acerqué a la ventana. Como la del dormitorio principal, las jambas estaban encerradas en un arco gótico de piedra de delgados nervios estilizados.

—He aquí la culpable de nuestras misteriosas corrientes. La ventana está mal cerrada.

La abrí para echar la falleba correctamente y la luna iluminó un balandro de pesca en la bahía. Navegaba el barquito a menos de cien metros de nosotros. Del mar llegaron dos gritos aterradores que me hicieron soltar el candelabro con un susto de mil demonios.

Sebastián, el joven marqués, había sido un buen estudiante, un hijo cariñoso, amante de los animales y de las mujeres, delicado con sus mayores y respetuoso de sus vecinos. De un tiempo a esta parte, sin embargo, eran constantes los incidentes que contradecían ese carácter. Había cambiado y doña Marta estaba convencida de que era a causa de alguna enfermedad. Mientras esperaban a que llegase un experto de París, dos de los más importantes médicos de Palma, Juan Joan y el doctor Sartorius, le visitaban todas las tardes, desde hacía una semana, con el fin de elaborar un informe que presentarle al juez. El domingo, no obstante, la necesidad de ese informe pareció una redundancia. Sebastián había tenido uno de sus extraños episodios. Esta vez en público. Ante mil personas.

La plaza de toros, si es que este podía ser su nombre, se hallaba a las afueras de la ciudad, más allá de la antigua muralla. Ese día luchaban toros contra perros. Al espectáculo generalmente iban los trabajadores de clase baja, pero Sebastián era propietario de tres canes de presa que cuidaba con orgullo y, aunque sus animales no pelearían hasta el intermedio, el joven marqués tenía asientos reservados en primera fila para él y sus jóvenes amigos de la nobleza. El primer bravo se enfrentaba con dos perros. Junto a la plaza, la algarabía de ladridos enloquecidos daba una escasa idea de lo que verdaderamente aguardaba. Sebastián, como otras veces, disfrutaba del espectáculo en el que los perros eran primero pisoteados, lanzados, volteados y corneados por la fuerza de la res, pero poco a poco, como pequeños Davides, con fiereza, tenacidad y cabezonería, lograban agotar a Goliat hasta ser capaces de engancharse al rostro del toro dominándolo, metiéndole el miedo de la muerte entre los cuernos, quitándole la confianza y haciendo de él una víctima improbable, como harían los lobos cazando en campo abierto. Quizá fueron las voces mezcladas con ladridos, la sangre de uno de los perros, puede que simplemente el buen Sebastián tenga un resorte que, cuando se toca, lo convierte en un anormal. Nadie conocía aún el camino a su locura. La cuestión es que, en mitad de un lance, el joven marqués se abrió paso entre las tablas que cierran el primer piso y saltó a la arena dando gritos. Como un loco, se convirtió también en perro, lanzándose contra el toro, agarrándolo del rabo y mordiéndoselo, gruñendo y ladrando, mientras los canes auténticos se tiraban a dentelladas contra el hocico del animal. La muchedumbre se alegró de aquello, aplaudiendo y riendo, hasta que quedó claro que Sebastián se creía un perro más y la emoción dio paso a la risa y la risa al miedo y este a la estupefacción y al fin a una terrible sensación colectiva de tragedia humana. Ese pavor que se le tiene a los locos y que espanta. Uno se ríe de un tonto. Nadie se ríe de un loco. Dos de sus mejores amigos se tiraron a la plaza. El mayoral y los mancebos dieron caza al toro y acabó el extraño espectáculo. Sebastián fue llevado a su casa, donde los médicos encargados de vigilar su salud mental le curaron las heridas y rasguños, le administraron un bálsamo y cataplasmas, y lo acostaron.

La marquesa mandó llamar a Marcela. La joven fue a ver a su madre, solícita, pero con esa nueva mirada que doña Marta venía notando de un tiempo a esta parte y que no lograba

clasificar.

—No te puedes casar con él.

—Este asunto ya está hablado, madre.

La marquesa no imaginaba ese tono. Una de las cosas que venía percibiendo desde hacía varias semanas era el nuevo sonido de la voz de su hija adoptiva. Cuando Marcela pronunciaba la palabra «madre», lo hacía de manera que parecía casi un insulto.

—Tengo miedo de lo que mi hijo pueda hacerte, Marcela. Está completamente descontrolado.

—Yo lo meteré en vereda.

—¡Se tiró a la plaza a morder a un toro!

—La gente exagera.

—¡Ladraba como un perro! ¡Aullaba como un lobo!

—Sé lo que hago.

—No es la primera vez que ocurre algo así. Querida... Entiendo por qué te casas con él. Crees que Sebastián será mi ruina y quieres ayudarme, piensas que una vez que tenga su herencia dejará de robarme, se calmará, que conseguirás administrar sus bienes y tratarlo como al niño cariñoso y dócil que era hasta hace poco...

—Sebastián siempre me ha tenido más respeto que a ti... incluso más que a Adelaida, con todo el miedo que da Adelaida.

—Así era antes, pero ha cambiado. Ahora te equivocas.

—¿No será que no te gusta la idea de que una plebeya se case con tu noble hijo?

—Desde hace un tiempo, dices cosas muy extrañas. ¿En qué te he ofendido, criatura?

—En nada... discúlpame, madre.

—Otra vez lo has dicho así...

—¿El qué?

—Madre.

—¿Cómo?

—Nada.

La marquesa se rindió mirando hacia otro lado. Marcela también se rindió, pero de otra manera.

—Me voy a casar con él y no quiero discutir más contigo.

Marcela bajó la cabeza honestamente afectada por los acontecimientos, las regañinas y el pasado. La marquesa asintió sabiendo que no le quedaba más remedio que seguir adelante con su demanda de incapacidad mental y enterró el sufrimiento en alguna parte. Tenía miedo de haber perdido a su hijo y sospechaba que estaba perdiendo en la misma riada a su hija del alma.

Jaime Sarriá se reunió con nosotros. Ya le había conocido el día de mi toma de posesión y me había caído muy simpático. Ambos compartíamos con Tana ese humor que da la cercanía a la desgracia. El de los soldados, los policías y los cirujanos. Al mismo tiempo, noté junto a él una corriente de camaradería sin palabras que solo siento entre los compañeros de armas. Supe nada más verle que había luchado en la guerra y se ganó mi respeto sin abrir la boca. Él me miró con el corazón, como si sospechara que yo no era un forense al uso, quizá porque percibía lo mismo

que yo, que éramos hermanos de otras luchas. Lo que sí que he de reconocer es que, aun gustándome desde el primer golpe de vista, había algo en Jaime que me irritaba: que hablaba con «mi esposa» con demasiada confianza y que los ojos de Tana siempre se reían cuando Sarriá la miraba. Aparte de esos celos nada infundados, el policía me parecía un hombre estupendo. Ahora sé que no me equivoqué al juzgarle.

Tana y yo —es decir, Tana— le habíamos hecho la autopsia a la mujer hallada en la bahía.

—¿Y bien? —dijo Jaime.

—Llevaba unas dos semanas, quizás algo más, en el agua. El estado de descomposición es notable.

—¿Sabemos de qué ha muerto? —preguntó el policía.

—Sus pulmones estaban llenos de agua, así es que ahogada.

—Era de esperar...

—Pero le dieron o se dio un fuerte golpe que no llegó a fracturar el cráneo. Justo entre la frente y el pelo.

—¿Pudo ser accidental? No sé..., ¿darse contra las rocas de la escollera?

—Pudo. Es difícil caerse a la bahía y no darse en la cabeza con alguna peña. A no ser que cayese de un barco.

—Disculpa, Tana..., señor Sarriá. Perdonad la interrupción —dije lanzándome a mi papel de forense—. No creo que una mujer de su clase viajase en barco con su mejor vestido.

—¿De su... clase?

—Clase popular.

—El vestido es de seda salvaje. No es muy típico de las clases populares —dijo Tana.

—Ya, querida, el vestido es de seda, los zapatos elegantes pero no finísimos y la ropa interior, en cambio... de pueblerina completa. Un algodón basto, sin encaje... Más aún —dije lanzado—. El tipo de camisola interior de una pieza que llevaba la muerta es muy típico de Valencia. Me atrevería a decir que esta señora es de por allí.

Sarriá miró a Tana, buscando su aprobación. Ella asentía, guardándose la sorpresa, mientras me miraba a mí algo irritada. Para mis adentros recé por que ninguno de los dos me pidiera detalles de por qué conocía yo tantos datos sobre la ropa interior de las pueblerinas valencianas.

—Señor Sarriá, como ve, mi marido es el mejor detective de España.

—Su ciencia no tiene parangón, don Carlos.

—Ahí lo tiene —dijo Tana—. Una pueblerina valenciana vestida con su mejor traje. Yo de usted, preguntaría en fondas y pensiones, a ver si en alguna han echado de menos a una pelirroja huesuda con manchas de podenca en la cara.

—Ahora mismo mando a Prihuelas —rio Sarriá—. ¿Algo más a destacar en la autopsia?

—Dos cosas que, aunque puede que no sean relevantes, son sin duda muy peculiares. La muerta tenía seis dedos en el pie derecho y el hígado muy graso.

—¿Cómo se pueden tener seis dedos en un pie?

—Es hereditario —dije yo—. Más común de lo que se piensa.

Tana volvió a mirarme alzando una ceja. Yo le guiñé un ojo. Empezaba a disfrutar del papel.

—¿Y lo del hígado graso... qué es, que estaba enferma?

—Cirrosis, sí. Andaba bastante maltrecha —replicó «mi mujer»—. Un hígado así se encuentra sobre todo en...

—... En los gansos franceses antes de que los granjeros hagan *foie gras* con ellos — interrumpí.

Sarriá se rio. Tana empezaba a estar realmente molesta.

—Iba a decir que un hígado así se encuentra sobre todo en los borrachos, pero en los gansos, querido, supongo que también.

Prihuelas, con su diligencia habitual, pronto descubrió que la fallecida se había alojado en la Fonda del Mar.

A todos nos pareció premonitorio el nombre de la hostería y reímos de buena gana. Según los testigos, hacía tres semanas que estaba desaparecida y el fondista pensaba que la pelirroja se había marchado a hacer una excursión por la isla, pues todas sus cosas seguían en la habitación. Sarriá nos explicó sus averiguaciones ante un excelente pez de San Pedro al ajoarriero, regalo de Teodoro y Dorín, los dos pescadores que habían encontrado el cuerpo flotando en la bahía.

—Fue un suicidio.

—¿Está seguro?

—No, pero encontramos esta nota en la habitación del hotel. Hemos comparado la letra con la de otra esquila que envió a una tienda de telas con un encargo. Es la suya, y escrita con la misma pluma.

—¿Y qué pone? —dije yo, mientras Sarriá se la mostraba a Tana.

—«Siento mucho tener que recurrir a esto, pero estoy desesperada. Por ello, pido perdón.»

—Esta nota no está firmada —dijo Tana.

—No, cirujana, pero está escrita por su mano. Se llamaba Narcisa Negrín y había llegado hace algo más de tres semanas. Al parecer, estaba visitando a unos familiares, aunque nadie en la fonda sabe quiénes son.

—¿Y no mandó recado a ninguna casa? Es lo que se suele hacer cuando uno llega a una ciudad a ver a algún conocido.

—Sí, sí, pero no se adelante, que tengo más datos misteriosos.

—Debió ser usted dramaturgo, qué interés le pone a la intriga —le dije sonriente.

Tana me dio un puntapié.

—En su habitación había un sobre casi completamente quemado del que hemos logrado salvar un fragmento. En ese fragmento se lee «... calle de la Iglesia, Oliva».

—Oliva es un pueblo cercano a Valencia —añadió Tana.

Sarriá sonrió, asintió, y atacó uno de los flancos del pez.

—Pero aún le queda algo más que contar... ¿No es así? —dije yo.

—Como sugirió su esposa, al poco de llegar a Palma, la muerta mandó a un mozo con una nota a una casa importante de la ciudad. De eso hará unas tres semanas.

—¿Y adónde envió la nota?

—A Can Belfort.

—¿A mi casa? Digo... nuestra... casa.

—No. A la mitad este de Can Belfort. A casa de la marquesa. El mozo del hotel no sabe a quién iba dirigida, porque es analfabeto, y como tenía prisa por hacer otros recados, la metió por debajo de la puerta.

—Esto se pone interesantísimo.

—¿Y ya ha hablado con la marquesa al respecto?

—Todavía no. Lo haré esta noche, en el baile de ca... de máscaras de la Lonja.

Esclavas árabes bailaban con magos y hechiceros, generales turcos con princesas esclavas, y yo, un bravo cosaco ruso, con la preciosa Marcela Bocacci, que vestía, cómo no, un etéreo traje de Helena de Troya. Era el baile de máscaras de la Lonja. Hay quien dice que es una pena que esta joya de edificio no se utilice más que una vez al año en las fiestas de carnaval a favor del hospicio. Yo digo que los lugares adquieren la finalidad que se merecen y un salón no puede ser mágico si está abierto todo el día y a cada hora es profanado por visitantes o comerciantes, pisoteado, desgastado y expoliado por esa sutil pero constante falta de respeto que produce la costumbre. Mirando estas imposibles columnas enroscadas que parecen altas palmeras de piedra, unas palmeras que sostienen el cielo de la cueva de Ali Babá, opino que la Lonja de Palma no es un edificio, sino un oasis que un árabe soñó, un palacio inventado en el desierto, un lugar que no existe durante trescientos sesenta y cuatro días y que de pronto, una noche, abre sus puertas al encanto de lo popular y el oropel de la abundancia. Este mágico edificio tiene casi cuatrocientos años. Desde sus ventanales góticos al mar espero avistar en cualquier momento el barco del capitán Otelio y me creo que me han transportado a Venecia, a Malta, a Chipre, a un lugar inventado por un autor teatral. Piso el suelo de mármol negro al son de mazurcas y minués y bailo con una belleza italiana. Bailo una mazurca hoy, porque hoy, solo hoy es el día, y este día, por un día, como el paso de un cometa, la floración de la orquídea africana, el eclipse de luna o la ola gigante del río Kitang, hoy estamos más vivos que ayer y menos que mañana y nos enmascaramos celebrando el presente.

—Le va muy bien el traje de cosaco, don Carlos —me dijo Marcela, con la que bailaba, ya digo, una mazurca.

—¿Usted no me va a preguntar por la muerta de la bahía?

—No.

—Qué alivio. He bailado con cuatro damas y las cuatro querían, a cada cual, más detalles escabrosos del caso.

—Debe de estar muy aburrido, entonces.

—Casi tanto como ese joven que la mira desde un rincón. Lleva pendiente de usted toda la noche y no se ha unido a la danza, ni ha bebido, ni ha probado bocado. Me pregunto si no será de piedra, como la columna en la que se apoya.

—Es Ramiro, y no es de piedra, es de... Nácar, y no quiero hablar de él.

—Pues hábleme de lo que más le guste.

—Me gusta su disfraz. ¿Sabía que *cosaco* viene de la palabra del Turquestán *kazak*?

—Esas cosas tan lindas solo las puede saber usted, señorita Bocacci.

—Note que es palíndromo. ¿Adivina por qué?

—Ah, quiere jugar a ver cómo soy de listo... o de cultivado... o de leído... Me temo que le espera una decepción.

—Use la lógica detectivesca por la que es tan conocido, adelante, no me decepcione antes de empezar a jugar.

—De acuerdo. Kazak. Ka-z-ak. Hummm... Sí... se lee igual por delante que por detrás... Intuyo que este palíndromo no deriva de un rito, o de una superstición ancestral. Conociéndola a usted, sospecho que es una cuestión filológica, pues tras la Grecia clásica, la lingüística es su gran pasión. ¿Voy bien?

—Va usted tan rápido que me mareo.

—Es el compás de la mazurca...

Marcela soltó una carcajada. Yo me alegré. Tana, que bailaba a pocos metros con un atractivo bandolero, don Jaime Sarriá, nos miró de reojo. De eso también me alegré.

—Bien, señorita Bocacci, seguiré con mis deducciones... Sabiendo que los cosacos provienen de una zona cercana al mar Negro... ¡Ah! ¡Lo tengo!

—¿Lo tiene? ¿Ya? Nadie nunca lo ha tenido hasta ahora.

—¿No me diga que esta adivinanza de los cosacos la usa con todos los forasteros?

—No puede usted haberlo deducido. No le creo.

—La palabra *kazak* es palíndromo, es decir, se lee igual de izquierda a derecha y de derecha a izquierda precisamente porque los cosacos provienen de una zona fronteriza entre dos lenguas. El eslavo y el turco. ¿Voy bien?

—Divinamente...

—El turco usa la grafía árabe y por tanto se lee de derecha a izquierda. En cambio, los idiomas eslavos, se leen igual que los latinos o anglosajones, de izquierda a derecha, aunque empleen la grafía del alfabeto cirílico en su escritura. ¿Es así?

—Así es. Le aplaudiría si no estuviéramos bailando. ¿Dónde hay más hombres como usted, don Carlos?

—Allí hay uno. Apoyado en la columna. La sigue mirando.

—¿Ramiro de Nácar?

—La mira como el mítico Paris, estudiando la forma de raptarla.

—No debí disfrazarme de Helena, entonces... Tranquilo, no me dejaré secuestrar como hizo ella.

Vi el mar de fondo en sus ojos oscuros de Botticelli. Yo le hablé de nuevo, no sin cierta preocupación:

—Está enamorado de usted y no es de nácar ni de piedra, es de carne humana y tiene cara de buena persona.

—No está enamorado. Me desprecia... y es lo mejor para él.

No dije nada. Estaba claro que Marcela estaba enamorada del muchacho, que él estaba loco por ella y que la fractura entre ambos parecía irremediable.

Dos minués más tarde, Tana, Sarriá y yo nos quitamos las máscaras para beber un ponche que he de decir que era odioso, y como según parece los forenses no podemos hacer otra cosa que no sea hablar de crímenes, salió de nuevo el asunto de la pelirroja suicida.

—¿Y bien, Sarriá? ¿Qué le ha dicho la marquesa? —preguntó mi mujer con ansia.

—Que ella no sabe quién es esa podenca pelirroja y que jamás ha recibido una nota de ninguna Narcisa Negrín.

—¡El mozo afirma que metió la carta por debajo de su puerta! —dijo Tana.

—Lo mismo le dije yo, cirujana, y la marquesa me ha replicado que si un mozo metió un sobre por debajo de la puerta, es sumamente lógico que se haya perdido porque precisamente para evitar estos extravíos la gente decente llama a las puertas y entrega las cartas en mano a los criados.

—Miente —dijo Tana con énfasis.

—Está claro —apoyó Sarriá.

—Nadie da tantas explicaciones indignadas sobre el extravío de una carta —dije yo rayando en la redundancia.

—Así opino yo también, don Carlos —añadió Sarriá para redundar ya del todo.

—Bien, pues yo le digo más: que esa mujer no se suicidó —añadí con seguridad—. La han matado.

—¿En qué te basas, querido?

—En que su maleta estaba hecha. Cuando uno va a morir no tiene cuerpo ni interés en dejar las cosas tan bien recogidas. Narcisa Negrín se preparaba para marcharse de la isla.

—No estoy de acuerdo. Y tú tampoco.

—¿Yo no estoy de acuerdo conmigo mismo?

—No, porque dijiste que ninguna mujer se pone su mejor vestido para ir en barco, y si dices que se marchaba de la isla...

—Ah, pues es cierto. Ahí me has cazado, querida. Entonces la mataron en la habitación y luego recogieron las cosas para que todo quedara ordenado y nadie sospechase de un crimen.

—Yo creo que es más factible el suicidio, mi amor.

—¿Si tú fueras a tirarte a la bahía te pasarías la tarde doblando ropa interior, colocando zapatos?

—No lo sé... Es lo más probable. No querría que me tomaran por desordenada.

—Eso lo dices desde la mente de una persona cabal, pero ¿qué pensarías si estuvieras en un estado suicida... En un estado de desesperación, de alteración absoluta del alma, de ofuscación? ¿También te pondrías a ordenar?

—Estoy con don Carlos.

—¿En dónde dice que está? —preguntó la campeona del alzado de ceja.

—Señora, no tiene usted ojos, tiene dos punzones —dijo el policía ofreciéndole esos hoyitos que desarmen a un mameluco. Tana se sorprendió tanto que se sonrojó.

—Estoy con don Carlos en que la mataron —dijo con dulzura, como si le hablara a una niña o a un animal salvaje—. Que uno no recoge, no. Que recogieron por ella. Y voy más allá, se puso su mejor vestido porque esperaba visita, y esa visita la mató.

—Empieza a ser molesta, señores.

—¿El qué?

—Esta Santa Alianza masculina a la que han llegado contra mí.

Tana no terminaba de estar bromeando, pero ambos reímos y en ese momento, como si lo hubieran convocado mis hadas enemigas, apareció el que faltaba:

—Caballeros... ¿Me permiten que les robe a su odalisca? Teníamos este baile reservado —dijo el muy atractivo y muy noble doctor Echagüe.

—Si ellos no se lo permiten, doctor, yo se lo ordeno —replicó mi mujer fulminándome con su intensa mirada azul.

Los vi marchar, los miré bailar y sentí como si una mano me estrujase con fuerza el corazón. Tana iba disfrazada de odalisca, sí, pero tenía los hombros al aire cual Desdémona descocada. El doctor Echagüe llevaba el uniforme de un coronel de caballería. No le sentaban nada mal mis viejos galones.

Dios aprieta, pero no ahoga, porque para calmar mis celos y distraerme con el verdadero asunto que me había llevado a Palma se nos acercó doña Marta, la marquesa viuda de Belfort.

—Señor Sarriá... disculpen que los interrumpa, pero tengo un dato importante sobre esta mujer muerta por la que me preguntaba.

—¿Ha recordado la carta?

—No se puede recordar lo que no se ha olvidado. No es eso. Es el nombre. Usted dijo que se llamaba Narcisa Negrín...

—Así es... y claramente, en el nombre llevaba la maldición, pues pereció ahogada como aquel tocayo mitológico que se miraba en el río... aunque en este caso no sabemos si esta señora murió de narcisismo o si la empujaron a mala leche.

La marquesa estalló en una carcajada cristalina como el chorro de una fuente y Sarriá me sorprendió gratamente con uno de esos sarcasmos que tanto me recordaban a mi hermano y que hacía sin mudar el rostro.

—Pero por Dios, señora, siga, que la he interrumpido... —dijo Sarriá como si tal cosa.

—Ay, qué encanto es usted, don Jaime... —decía doña Marta—. La cosa es que yo me quedé dándole vueltas al nombre porque me recordaba algo y no sabía qué... y ya lo sé.

—¿Lo sabe?

—Narcisa Negrín es el nombre del personaje de una novela de Juan Vilamajor que tuvo mucho éxito hace unos años. Una novela romántica.

—¿Un personaje inventado?

—Pues sí. O es una casualidad rocambolesca o esa mujer estaba en la isla con... seudónimo.

—Gracias, marquesa. Efectivamente es una información muy interesante. Si me disculpan, voy ahora mismo a hablar con Prihuelas...

A la marcha de Sarriá, doña Marta se volvió hacia mí.

—Don Carlos... al fin solos.

—Al fin, señora Belfort. Está usted preciosa de emperatriz Josefina.

—Me temo que tengo un terrible dolor de cabeza. He estado conversando con el doctor Sartorius y, válgame el cielo, que hombre tan pagado de sí mismo y tan denso...

—Es usted un claro ejemplo entonces de que la corona no quita el dolor de cabeza.

—Completamente de acuerdo —rio doña Marta—. Debí disfrazarme de María Antonieta. En su caso, fue mano de santo...

—¿Son todos los palmesanos igual de ingeniosos o es a causa del infame ponche?

—Es la mentalidad isleña. Cuanto menos trabajamos, mejor humor tenemos.

—Pues se le agradece su humor, marquesa.

—Las gracias y el donaire los tiene usted, caballero. Don Carlos... quería pedirle un favor.

—Lo que ordene.

—Mi gran amigo, Abel de Nácar, sufrió una caída...

—... En la escollera, lo sé... leo el periódico...

—Entonces sabrá que los dos médicos que lo tratan, entre los que está ese innombrable de

Sartorius al que todos toleramos porque es conculñado de un ministro... están a la greña.

—Más que a la greña. Se han apostado cinco pesetas a ver quién tiene razón y en la Academia de Medicina se han formado bandos.

—¡Jesús! ¿Y cómo le llaman a eso? ¿Jugar a las tabas?

—No, señora, los niños juegan a las tabas... los cirujanos, jugamos a las tibias.

La marquesa estuvo a punto de escupir el ponche, que a cambio se le fue por mal sitio. Disfrutaba, lloraba y sufría al mismo tiempo. Cuando se calmó, añadió:

—Hasta el gobernador ha puesto dinero en favor de Juan Joan.

—Qué terribles son ustedes, los médicos. Mire que apostar sobre los huesos de un enfermo como si fuera un caballo...

—No hay muchas distracciones en la isla, pero tranquila, yo no he intervenido en el asunto.

—Pobre Abel, tiene terribles dolores. Me gustaría mucho que usted le examinara. Es un querido, querido amigo. Sus hijos y los míos se han criado juntos, nos conocemos desde hace más de treinta años...

—No diga más. ¿A qué hora y cuándo podrá recibirme?

—Hablaré con él y se lo haré saber, y también le diré que es usted el mejor médico de toda esta reunión.

—¿Cómo puede saber eso?

—Porque usted ha sido el único capaz de quitarme el dolor de cabeza.

La marquesa sonrió amigable y la saqué a bailar.

He convencido al monje. Me ha sacado fuera. Mi cama mira al lejano mar desde este frondoso valle junto a la sierra de Tramontana. No me susurran las olas pero me hablan los árboles. Dondequiera que miro hay movimiento y cada desmonte lleva un flequillo de hierbas aromáticas despeinado por la brisa. Aspiro el perfume de las flores de Valldemossa y sospecho que no hay un paraíso mejor en la tierra. Creo que el paisaje es lo que me da fuerzas para escribir.

Los domingos llegaba el correo con los periódicos de la península y las cartas. ¡Qué trozos de papel con dobladillo son las cartas! Noticias de un padre enfermo, una madre que visita, un hijo que aprueba la oposición, un quinto que ha de presentarse a filas. Cartas. Breves bocetos de presentes que al llegar a su destino ya han cambiado. Al ver llegar el barco correo recordé las docenas de cartas que escribí en mis tiempos de guerra. Las misivas a madres, mujeres, hijos, hermanos, dando noticia de un soldado. Esa noticia, la peor, no cambia. La muerte es un continuo inamovible. Un destino cumplido.

Tana recibía muchas cartas. Mantenía discusiones científicas con el profesor Marsh, inventor de una máquina medidora de arsénico, con el doctor Orfila, gran menorquín, experto en medicina legal en París, o disquisiciones artísticas con el pintor Joaquín Espalter, a quien había conocido en Barcelona y que nos mantenía al día de las novedades en el arte. Así mismo, estaba suscrita a las gacetas médicas de Madrid, París, Londres y Bolonia. Por eso los domingos siempre llegaba algo y estos paquetitos, noticias y misivas eran para ella una alegría y convertían la casa en un remanso de paz. Yo aprovechaba para ponerme al día sobre la guerra leyendo los periódicos de Madrid. Me gustaba hacerlo en mi alcoba. Mi habitación verde. Los criados no sabían de su existencia y, para todos, yo dormía con Tana, pero por las noches atravesaba el umbral hacia ese lugar encantado para mí y maldito para otros. La había convertido en mi hogar. Dejé el periódico. Quería dar un paseo. Normalmente, cuando cruzaba de una habitación a otra, llamaba a la puerta, pero en esa ocasión olvidé hacerlo. Tana leía una carta sentada en la otomana, los ojos brillantes, el rostro amargo. Nunca antes la había visto preocupada y sentí una punzada de dolor, pues lo que a ella le hace daño a mí también se me clava.

—¿Malas noticias?

Tana dio un respingo. No me había oído entrar. La carta se cayó al suelo. Por ayudar la fui a recoger.

—¡No la toques!

Estaba fuera de sí. Me miró con odio.

—Perdona... siento haberte sobresaltado..., ¿estás bien?

—Sí, ¿Por qué no había de estarlo?

—Por lo que dice en esa carta. Te has quedado sin sangre en las venas.

—No es nada grave.

—¿Tiene que ver con tu marido?

—Con quien no tiene nada que ver es contigo. No pensarás que voy a confiar mis intimidades a un ladrón, desertor e impostor...

—Pues sí, lo pensaba... pero ya no lo pienso. Que tengas buen día.

Cuando estaba a punto de cerrar la puerta, Tana se arrepintió.

—¡Carlos!

—¿Sí, querida? ¿Necesitas algo de la calle? Voy a la Rambla.

—Necesito que me perdones.

—Aunque hicimos un pacto de no hablar del pasado, eso no significa que no seamos sensibles a lo que le pasa al otro. Yo sé que tienes dolorosos y duros recuerdos. No lo olvides.

—Lo sé... y lo siento.

Me acerqué a ella. Quise acariciar su mejilla pero pensé que si lo hacía se echaría a llorar y me odiaría por verla llorar, así que... no lo hice.

—Entonces repetiré la pregunta. ¿Necesitas algo de La Rambla?

—Ensaimadas y *cuartos*. Hoy viene Jaime a tomar el té.

Sonréí, asentí y me marché con dolor, pues al cerrar su puerta la imaginé llorando.

El joven Ramiro de Nácar acompañaba a su hermana Sara a misa todos los domingos. Ese día, a la salida del templo, como no estaba con ellos Abel para obligarlos a volver a casa, decidieron dar un paseo por el Borne. Es curioso cómo suceden las cosas. Lo que iba a ser un simple paseo se convirtió en el primer eslabón de una cadena de acontecimientos. Una sucesión de pequeños hechos en apariencia irrelevantes que nos llevaron hasta el lugar en el que estamos ahora.

La joven Sara era una muchacha menuda, delgada, muy rubia. Dicen que bebía vinagre por las mañanas para ser la más pálida y que comía lo justo para no morir de inanición. Las criadas siempre la encontraban despierta, a cualquier hora del día o de la noche, cuidando de su padre, rezando el rosario o leyendo vidas de santos y poemas de amor. Era una romántica y sabía de memoria muchos sonetos de Shakespeare, Lord Byron o Espronceda.

La joven caminaba silenciosa de camino al Borne. Ramiro, su hermano, que se había vuelto más parco aún si cabe debido a su desgracia amorosa por Marcela, la llevaba del brazo.

Frente a la *botiga* del anticuario Rosendo Miró, Sara se detuvo, cambió de expresión y sintió un mareo justo en el instante en que otro que paseaba por el Borne, don Jaime Sarriá, llegaba a su altura. Al ver a la joven desfallecer acudió en su auxilio como agente que era de la autoridad. La tomó en sus brazos y algo que no estaba planeado sucedió. Sarriá encontró una sensación perdida. Un contacto casi olvidado. El calor de una mujer desvalida contra sus costillas. El latido de otra. Diligente, llevó a la muchacha al interior de la *botiga*. Ramiro le ayudaba. Don Rosendo, el amable anticuario, le dio a Sara una copita de palo de Mallorca que en un cuerpo tan parecido al de un pajarillo desnutrido causó un efecto devastador. La muchacha se reía sonrojada mientras paseaba los ojos de unos objetos a otros, camafeos y rosarios, un clavín de marquetería, dos lámparas de pasillo de bronce, espejos y cornucopias andaluzas, una mesa vaticana de muestras de mármol, dos romanas y siete cuencos de cobre. Sarriá le dio uno de los hojaldres que había comprado para obsequiar el té al que lo habíamos invitado esa tarde en Can Belfort, y mientras Sara masticaba ese y otros cuatro como ese, el dragón de Sant Jordi moría reflejado en un espejo

veneciano, San Miguel pisoteaba al demonio, así, como si nada, junto a una romántica imagen de Lanzarote del Lago en la que tan noble caballero de brillante armadura, generoso y puro, le entregaba la dulce mano de la bella Ginebra a su gran amigo, el rey Arturo.

Sí, ese fue un momento de confluencia de astros. El feliz aroma a jazmín español de Sarriá inundaba la *botiga*, las palabras en catalán de Ramiro llevaron a Sara a su infancia y en la mente del policía se produjo una revelación. Todo aquello se mezcló en la marmita de un brujo Merlín, dentro de la mágica *botiga* del anticuario Miró, y mientras Sara calmaba con el dulce su risa de licor de quina sin apartar la mirada de una bandeja labrada, se aferraba a las manos del policía y de su hermano, tratando de no caer en el mismo abismo del que ya había entrado y salido tantas veces desde que llegara a Palma siendo una niña.

Jaime Sarriá, que ni ensartado por Cupido con doce flechas (como el patrón de la ciudad, San Sebastián), ni siendo testigo de las más inesperadas revelaciones, dejaba de ser un ávido policía, clavaba la vista en una enorme bandeja de plata que presidía el lateral del escaparate. Era una fuente de gráciles asas, decorada en relieve con flores de crisantemo. No era una bandeja cualquiera de plata. Pertenecía a la importante colección robada de doña Marta de Belfort.

Esa tarde Sarriá seguía arrugado, sentado en un rincón del laboratorio de Tana. Apenas era capaz de mirarnos a la cara. «Crisantemos, otra vez crisantemos», se decía sumido en sus disquisiciones.

Teníamos la agradable costumbre de tomar el té entre pipetas y tubos de ensayo, guarecidos por los instrumentos de ciencia y precisión, envueltos en el leve aroma a eucalipto, medicina y formol del laboratorio. Ese domingo había menos hojaldres que de costumbre. Sara de Nácar se había comido la mitad.

—¿Toda la plata? —dije yo.

—Toda. Hemos recuperado hasta la última pieza, según nos ha asegurado la marquesa, que, tras reconocerlas todas, está felicísima. Solo falta un embudo de oro para decantar el vino.

—¿Y qué dijo el anticuario? ¿Tienen al ladrón? —pregunté yo.

—Les va a sorprender. La plata se la había vendido un hombre de toda confianza, al que él conoce, y yo también, y que bajo ningún concepto es un ladrón.

—¿Quién?

—Teodoro, el padre de Dorín.

—¿Los pescadores que encontraron el cuerpo? ¿Esos hombres a cuya salud nos zampamos un exquisito pez de San Pedro?

—Los mismos. Parece ser que no solo encontraron un cadáver... sino un cadáver cargado de plata. Debieron de pensar que el tesoro se lo traía el pez.

Yo asentí sonriente, pues conocía la leyenda del pez de San Pedro. Tana no la sabía y se lo empecé a explicar:

—El pez de San Pedro tiene dos manchas negras, una en cada costado, y la gente dice que son las huellas de San Pedro.

Al ver el gesto adusto de Tana, Sarriá, dicharachero, siguió diciendo:

—Hace referencia al evangelio... Cuando Jesucristo le pidió que pescase el primer pez y sacara una moneda de su boca para pagar el tributo del templo de...

—Las huellas de San Pedro en un pez me importan tres pitos —interrumpió ella exasperada.
—... Cafarnaún.

El policía se olvidó del evangelio de San Mateo y la miró muy molesto. Se midieron. Se medían a menudo. Uno debería pensar que ya habrían de tenerse cogida la medida. Como no era así, entendí que es que les gustaba medirse. En realidad nos gustaba a los tres, pues siempre que nos sentábamos a tomar el té los domingos formábamos con las butacas un triángulo perfectamente equilátero, como si hubiésemos medido con el ingenio las pulgadas exactas para no formar ningún ángulo obtuso.

—Vamos, Tana... —dije tratando de aflojar la tenaza de sus ojos—. Esto es muy entretenido.

—No, su esposa tiene razón. Al grano, al grano. A la porra Cafarnaún. He pasado una hora interrogando a Teodoro y me ha dado hasta el más nimio detalle. Cuando izaron el pez de San Pedro no encontraron oro en su boca, pero cuando izaron el cadáver de Narcisa Negrín al balandro, descubrieron que tenía un cabo amarrado a la cintura, y que de ese amarre pendía un saco con un par de piedras y toda la plata de la marquesa. A Teodoro no le pareció que quedarse con la pl... argenta fuese robar. —Jaime me sonrió con sus hoyitos de pillo antes de seguir—. Lo consideró un rescate en el mar y según la ley del mar... quien rescata la mercancía de un naufragio, se la queda.

—No tendría la conciencia muy tranquila cuando no dijo ni pío.

—Evidentemente. T... El pescador sabe que no tiene a qué agarrarse.

—Trató de ver si colaba... y no ha colado.

—No.

—Parece claro que el asesino quiso hundir el cuerpo de esta Narcisa con el peso de la plata. ¿No?

—Sí. Y fue una idea acertada —dijo Tana—, pero a medida que se produjo la descomposición, el cuerpo liberó gases que lo hicieron subir a la superficie...

—Estoy esperando —interrumpí yo.

—¿A qué, querido?

—A que me digas que tenía razón. Yo ya dije que alguien la mató y arrojó su cuerpo al mar.

—He de admitir que como suicidio deja mucho que desear. Así que, bravo, tenías razón.

—Gracias. Sarriá, ¿qué le pasa que está tan pensativo? Parece usted Dante ante las puertas del infierno...

Tana miró hacia otro lado, como si lo adivinara. Don Jaime sonrió no sin tristeza y me sorprendió de veras citando al poeta florentino:

—*Lasciate ogne speranza o voi ch'entrate.*²

—¿Se ha enamorado? —le dije acertando de lleno.

Sarriá no contestó porque la verdad es que no podía dejar de pensar en la revelación que había tenido junto a la joven Sara. ¿Amor? Era profundo y dolía luego, sí, debía de serlo, se dijo. El policía se levantó y se acercó al ventanal. Una hoja estaba abierta para aliviar el sol. Recuerdo que pensé que era una composición bellísima para un retrato romántico. Un hombre melancólico, sumamente atractivo, mira las olas que batien contra los muros de la casa gótica tratando de decidir qué pasaría si se arrojara desde esa ventana veneciana al mar. Como si Tana leyera mis pensamientos y la tristeza de Sarriá, se levantó y cerró la balconera. Él salió de su ensoñación, que dudo mucho que fuera suicida, y sonrió levemente, sin hoyitos.

—Bien, me marchó ya. Muchas gracias por el té. Ha sido una muy agradable merienda, como siempre, y siento no haber podido traerle más hojaldres, cirujana.

—Más lo siento yo —dijo ella preocupada.

—Mañana vendré con la plata para que la examinen, si les parece.

La cirujana le miraba en silencio. Pensativa. No del todo conforme. Algo triste. Presintiendo cosas que estaban por venir, hecatombes sentimentales, resacas desconocidas en este mar que, en pleamar, parecía entrar hasta el corazón.

—Por supuesto, venga mañana y haga el favor de descansar, que le veo deslavazado, hombre —le dijo.

—Sí, sí..., gracias.

—Sarriá... —dijo yo.

—¿Don Carlos?

—No venga a primera hora. Mañana vamos a visitar al señor de Nácar por lo de su caída.

Sarriá asintió y se fue. Tana me miró contrariada.

—¿No te dije que no me interesaba ese señor?

Las voces entre Abel y su hijo Ramiro se oían desde la calle, aunque no podía entenderse el asunto que los había puesto tan frenéticos. Cuando cesó la bronca, Abel de Nácar entró cojeando en la antesala de la alcoba. Se apoyaba en un robusto bastón con incrustaciones de madreperla, haciendo honor a su apellido.

—Disculpen la espera, pero he tenido la más infame pelea con mi hijo Ramiro.

—No sabe cuánto lo siento...

—Lo que ha hecho esta vez no tiene nombre y le voy a desheredar. ¡Así es la vida! No dirá que no se lo advertí. ¡Mañana mismo cambio el testamento!

—Si prefiere que volvamos en otra ocasión...

—No, no. Me calmo enseguida. Estimado don Carlos, es un verdadero placer. La marquesa no puede hablar más y mejor de usted.

—Don Abel... le presento a Tana de Ayuso, mi mujer.

Abel alzó la vista hacia la cirujana por vez primera y el aire se cargó con esa tensión nerviosa que se siente después del trueno y antes del relámpago. Tana le miraba igual de fijo, reviviendo unos dedos infantiles que entre risas paseaban las suaves, diminutas yemas, por aquel caminito sonrosado y nudoso que era la cicatriz que le partía el rostro.

—¿Qué es esto?

—Es la frontera de mi alma.

Abel parecía haberse recuperado del dolor de su pierna, perdido las preocupaciones, conjurado sus espantos. Tana no podía dejar de mirar la cicatriz, sus ojos de distinto color, la amplia sonrisa que era como volver a una antigua cala de la infancia. Él no soltaba su mano. Yo no entendía nada.

—Es un placer, señora. Me siento muy honrado de que hayan accedido a examinarme. Había oído hablar de sus proezas y estaba ansioso por besar su mano.

—Yo no las llamaría proezas —dijo Tana, evitando pronunciar todas las palabras que se agolpaban en su garganta.

—Cuentan que le salvó la vida a su marido. Dicen que es una gran cirujana.

—Así es —dije yo, estudiando sus rostros—, Tana es la mejor cirujana que conozco.

—Quiero que ella me trate la cadera... si no le ofendo, don Carlos.

—¿Ofenderme? Me honra. —Miré a Tana. Ella habría lanzado un chascarrillo, pronunciado una excusa, esbozado un gesto, hecho un guiño, dado una patada, proferido un exabrupto... pero nada. No parpadeaba. Abrió el maletín en busca de sus medicinas y herramientas. Me hice a un lado. Me volví invisible. Tana le examinó detenidamente. Hizo las preguntas oportunas. ¿Dónde es más intenso el dolor? Le pidió que caminara. Que se tumbara y elevara la pierna. Le tocó a la altura del riñón, en la espalda, en la cadera. Daba gusto verla trabajar. Al fin...

—Es difícil decirlo, pero mi opinión es que no tiene nada roto. Probablemente sea un tendón inflamado y los tendones resultan una lata. Debe tomar baños de calor y caminar un poco todos los días. Beba mucha agua y, antes de dormir, esta noche tómese esta píldora para reducir la hinchazón alrededor del tendón.

Tana le dio una pequeña esfera de color blanco. Abel sonrió. Era un hombre intensamente atractivo. Tana le estudiaba como miraba mi padre los retratos en la Real Academia de San Fernando: transfigurado pero serio, interiorizando los detalles. Por un instante me dio la sensación de que la cirujana quería lanzarse entre sus brazos. Nos despedimos de Abel, el hombre más rico de la isla, no sin pronunciar la promesa de que iríamos a verle al día siguiente. Al marchar, escuchamos de nuevo su vozarrón hablándole al mayordomo:

—¡Manda recado al notario! Que venga al alba. He de cambiar urgentemente mi testamento.

Los dos nos apiadamos de su pobre hijo Ramiro al que las desgracias en el amor y en lo económico parecían llegarle al mismo tiempo.

A media mañana llegó Jaime a Can Belfort. Venía con Prihuelas. Este último cargaba con un saco lleno de plata. Entre todos, examinamos el botín. Encontramos a Tana meditabunda, más callada que de costumbre, sin su humor habitual. Yo, en cambio, estaba exultante. Mi ánimo parecía inversamente proporcional al de mis compañeros. Aquello de ser forense, de investigar muertes, de indagar en la miseria y hurgar en la mente criminal empezaba a chiflarme. Como quería quedar bien con mi mujer, a la que notaba más lejana cada día y con más ganas de comerse a besos a los hombres guapos de la isla —los Sarriá, los Echagüe, los De Nácar—, había realizado unos precisos bocetos del cadáver de Narcisa Negrín y de sus heridas antes de que la enterraran con cal. Cuando les enseñé mis dibujos me sentí como el jugador de cartas que muestra su mano ganadora. No es falta de humildad decir que, como mi padre y mi abuelo, tengo talento para el dibujo, que siempre lo he tenido pues me viene de casta y además estudié durante años para ello. Mi padre fue grabador, amigo de Mengs, compañero del primer Madrazo, pintor de miniaturas y decorador de iglesias. Mi tío, hombre importante de leyes fue procurador del reino y mi madre... dejémoslo. Diré solo que soy de una familia en la que se nace admirando un cuadro, se crece con un libro de leyes en el regazo y se muere con un sable en el cinto luchando por la libertad. Yo iba para pintor de talento con tan solo doce años cuando la guerra contra el francés lo cambió todo y me convirtió en soldado, escritor de pensamientos y dibujante de gente pobre. En lugar de ingresar en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, acabé con una cruz laureada de la orden del mismo santo.

—Don Carlos... estos bocetos son... magníficos.

Tana los miraba sin poder hablar. Por primera vez desde que me había convertido en su marido la había dejado boquiabierta.

—He creído útil que añada estos retratos del cadáver a su archivo sobre el caso —le dije con pompa al policía—. A veces, un dibujo vale más que cien palabras.

—Eres un genio, querido... tanto que creo que has dado con el arma del crimen.

Tana rebuscaba entre los objetos de plata.

—¿Ah, sí?

—La forma redondeada de la herida y la base de este candelabro de plata coinciden... ¿Qué opináis?

—Que está mellado.

—Exacto.

Sarriá sonrió con esos hoyitos tan pícaros que tiene e iluminó la estancia con sus dientes blancos y perfectos.

—Parece p... factible que le dieran con la base del candelabro en la cabeza.

—Es pesado, pero muy manejable.

Tana le pidió a Prihuelas que le trajera arcilla de modelar. Este lo hizo raudo. A su vuelta, mientras los hombres tomábamos jerez, Tana colocó un pellastrón de arcilla sobre una bandeja, en el mostrador del laboratorio, lo alisó con destreza, le dio un golpe con el candelabro y comparó el semicírculo que había quedado marcado en el barro con mi dibujo del cráneo de la muerta. Coincidían plenamente.

—Bien. Ya no hay ninguna duda. A esta señora la golpearon, le amarraron el saco de plata con un nudo marinero y la tiraron a la bahía. No fue un robo, por razones obvias. Estudiemos ahora la famosa carta de «adiós, mundo cruel» que dejó.

—Sabemos que no la firmó...

—Quizás iba a suicidarse y la mataron —dijo Prihuelas.

—Mata a una suicida y tira al mar un saco de plata —dijo Sarriá—. Se trata sin duda del asesino más estúpido del mundo.

—Muchos asesinos son grandes memos —sentenció Prihuelas.

—Gran verdad, Prihuelas, pero este no es exactamente un asesino —dije yo—. No fue un crimen premeditado... si yo quisiera matar a alguien no lo haría de un *candelabrazo*.

—Cierto. Es posible que los compinches discutieran por la plata y Narcisa se llevara la peor parte.

Tana nos había estado escuchando con paciencia. Al fin, intervino:

—Si hubiera sido una discusión de compinches, el otro jamás se habría deshecho de la plata. Y esa nota... «estoy desesperada»... La pusieron para despistar, claro está, pero es real, se refiere a otro tipo de desesperación, pero sea lo que sea también es importante. Hay que averiguar quién era realmente Narcisa Negrín, qué ponía en la carta y, sobre todo, quién robó la plata de la marquesa, porque ese ladrón es nuestro criminal.

En los lugares pequeños, tranquilos, suceden las cosas así. Durante meses no pasa nada, y de pronto, un lunes, ocurren tantas cosas que uno cree haber vivido meses de noticias. El juicio para

incapacitar al joven marqués Sebastián Belfort había comenzado. Una de las primeras personas en declarar fue, como era de esperar, su propia madre, la marquesa viuda. El abogado paseaba por la sala con la confianza de alguien que se ha criado entre legajos y pleitos.

—Señora marquesa... se ha dicho aquí que usted trata de incapacitar a Sebastián Belfort para convertirse en la administradora de la fortuna que por derecho le pertenece a él. Se la ha acusado de querer impedir que herede de su difunto padre. ¿Es eso cierto?

—No. Yo no tengo ningún interés en beneficiarme de la herencia de mi hijo. Lo que es suyo, es suyo. Solo trato de proteger a Sebastián y sobre todo a mi hija adoptiva, Marcela Bocacci, de que cometa el suicidio de casarse con un enfermo.

—¿En qué se basa para decir que está enfermo?

—Tiene ataques de extremada violencia. Todos saben lo que ocurrió recientemente en la plaza. Sebastián se lanzó a dentelladas contra el toro. Aullaba como un perro.

—Sus amigos han testificado que fue una broma... una apuesta.

—Sus amigos dirán lo que quiera Sebastián. Ya les recompensará o con el dinero que me roba o con la herencia que pretende conseguir. No me entiendan mal, es buen chico, es solo que está... loco.

—Gracias por su candor, señora. ¿Su hijo le roba?

—A menudo. Es otro de los síntomas de su enfermedad.

—¿No le roba para darse al vino, a las mujeres, a las cartas?

—Eso sería reprobable pero comprensible en un hombre joven y apasionado. No. Me roba para regalar el dinero a las más estúpidas causas. Mi hijo nunca ha sido especialmente devoto y ha donado dos mil reales a la cuestación para construirle un mausoleo de ónix al anterior obispo. ¿Usted sabe lo que cuesta el ónix?

—Imagino que mucho.

—Pues coja usted su mucho y multiplíquelo por diez.

Ni siquiera el juez pudo contener una breve sonrisa. La marquesa hizo una pausa, tomó aire y prosiguió.

—En otras ocasiones, se ha paseado por el Borne o la calle de San Miguel arrojando dinero a los pies de los paseantes.

—Hay quien dirá que eso es generosidad.

—Pues el que lo diga es un mamarracho. ¿Quién le tira dinero a la gente a los pies? Un loco.

El abogado de la marquesa creyó necesario endulzar la frase:

—El término legal para esto, señoría, es «pródigo».

—Estoy bastante ducho en términos legales, pero gracias, letrado —dijo el juez—. Señora marquesa, le agradecemos su declaración y su honestidad. Puede retirarse. Bien... Tengo aquí los informes de los doctores Juan Joan y Augusto Sartorius. Me temo que dichos doctores han encontrado al joven cabal en todo momento, sano de juicio y jovial, y aseguran que en su opinión el muchacho no padece ningún tipo de enfermedad mental, locura transitoria o crónica de cualquier clase. Como está en juego algo más que una herencia, pues se ha acusado a Sebastián de querer arruinar la reputación de la muchacha Marcela Bocacci casándose con ella por un interés avieso, voy a estudiar todos los datos y testimonios antes de pronunciarme. Les convoco aquí en diez días. Se levanta la sesión.

Don Jaime Sarriá recibió en domingo un grueso paquete que al fin, tras un lunes lleno de eventos, lograba abrir a la luz de las velas. En él halló toda la información que había solicitado a uno de sus contactos de la época de espía. Los datos sobre el coronel carlista que Tana había puesto interés y emoción en enterrar con dignidad.

Al parecer, se trataba de un militar de carrera. Francisco Javier de Mayor y Sans, oriundo de San Sebastián, hijo del famoso pintor Mayor y Sans y de la condesa de Siresa. Su hoja de servicios era impresionante. Comenzaba con una cruz de San Fernando por su valentía en la batalla de Bailén, hacía la guerra entera contra el francés, continuaba luchando por la constitución en contra de la Santa Alianza, por lo que recibía otra cruz a su heroísmo, y acababa con su paso al bando carlista, quizá por ser vasco y estar casado con una navarra, pues resultaba extraño que, tras una vida de defensa de los ideales liberales, se hubiese unido a los contrarios a Isabel. Aun así, era un valiente, de familia noble y estaba casado con doña Irache de Gante. Dos meses antes de su repentina muerte en el jabeque, se le había dado por muerto en el asedio, incendio y toma del fuerte carlista de Puebla de Luz.

Sarriá acarició los diarios del militar. El anagrama con sus iniciales, la F y la J superpuestas, estaba en la primera página de cada cuaderno. Lo noble, lo honrado, sería enviárselos a su mujer, pero ¿cómo explicar que habían caído en sus manos sin hablar de desertión? Lo pensó mucho antes de escribir la carta. Comenzaba, la arrugaba, tomaba una nueva cuartilla, volvía a mojar el plumín, redactaba algunas frases, se detenía. ¿Hay que decir la verdad ante todo? Él creía que sí pero en este caso dudaba. ¿Qué sería lo mejor? ¿Decirle a una viuda reciente que su marido no era un héroe sino un fugado? La realidad es que había de ser un héroe aunque fuese un desertor, pues murió por salvar a unos niños en un barco en llamas... y tenía dos cruces de San Fernando. Eso no lo conseguía cualquiera, no lo lograba nadie, y menos un cobarde. Se dijo que probablemente, lo mejor era dejar a doña Irache de Gante en la noble ignorancia, suponiéndolo un héroe, a secas, de la guerra fratricida, castrense hasta el final y arrasado como el resto de su compañía por la historia y, sobre todo, por las llamas de las tropas isabelinas. Se dijo que por hoy había tenido demasiadas agitaciones y que no era el día para tomar una decisión acertada. Se dijo que quizá la verdad no es más que escuchar la voz del espíritu y este le gritaba que no escribiese la carta. Guardó los diarios. El auténtico cuerpo del carlista ya estaba enterrado en Mallorca. Nadie lo echaba de menos ni lo buscaba y Jaime estaba agotado. Tanto, que al posar la cabeza en la almohada ni siquiera pudo pensar en la persona que había ocupado su mente como una música esclavizante desde el día anterior.

Un notario se presentó en Can Nácar a las siete de la mañana. Cristóbal, el mayordomo, que ya había llamado dos veces desde las seis y media a su amo, volvió a golpear su puerta sin obtener respuesta y, tras algunos aporreo más, dio la voz de alarma. Ramiro y Sara se levantaron y fue el propio hijo de Abel quien mandó echar la puerta abajo. Su padre estaba muerto sobre la alfombra. Los ojos inmóviles tenían una rara expresión de sorpresa y por vez primera parecían del mismo color, haciendo pensar a todos los que miraban el cadáver que, en vida, Abel de Nácar había logrado aquel extraño efecto en su mirada no por capricho de la naturaleza, sino por pura voluntad.

Jaime aún soñaba que transportaba entre sus brazos a aquel pajarillo, entre crisantemos

blancos, al interior de la *botiga* del anticuario, cuando medio dormido bajó a responder a la ansiosa llamada de su criado.

—Señor, señor... Es Prihuelas, es urgente...

Eran las siete y veinte de la mañana y le pareció que había más luz de luna que sol en el horizonte. Prihuelas jadeaba como un mastín que ha corrido toda la noche tras la montura de su amo. Por un momento, don Jaime Sarriá creyó que su fiel sargento se le moría ahí mismo, en el zaguán. Al fin le dieron un vaso de agua y el buen hombre pudo hablar.

—Ha muerto, señor. ¡Don Abel de Nácar! Como viven pared con pared, avisaron a los Ayuso y ellos dieron noticia a la comisaría. ¡Los forenses dicen que ha sido asesinado!

El primer rayo del amanecer atravesó un postigo entornado y se le clavó en el ojo como una espina. Jaime Sarriá tuvo un horrible presentimiento.

Tana y yo nos aseguramos de que nadie tocara nada en la habitación y pedimos a criados y familiares que nos dejaran a solas con el fallecido hasta que llegara el intendente. Yo saqué papel y carboncillo, me senté en una esquina de la habitación y me puse a dibujar. El sol estaba ya a las ocho y la cirujana no le quitaba la vista de encima a la impresionante estatua de un griego que sostenía a otro griego muerto, caído, desnudo. La situación era rara pues el grupo escultórico proyectaba la larga sombra de un cadáver de mármol sobre el cadáver del hombre De Nácar, el mismo que un día antes me había parecido indestructible. Recordé a mi viejo profesor de lenguas clásicas e intuí que aquella estatua tenía que ver con la *Ilíada*, pero no lograba identificar los versos. Al fin, me decidí a hablar con Tana, que parecía saberlo.

—¿Este quién es? ¿Aquiles?

—No. Debe de ser Menelao.

—¿Y el muerto que le da sombra a nuestro cadáver?

—Sé quién es, pero no me acuerdo cómo se llama. Igual que todos estos griegos, tiene un nombre bien raro.

Asentí y después, afectados por la muerte del rico señor de la cicatriz y por la sombra de aquella dramática escultura, hicimos nuestro trabajo sin cruzar una sola palabra más.

A su llegada, don Jaime casi fue derribado por la joven e impresionable Sara de Nácar, que se echó a sus brazos en el pasillo y le susurró algo al oído, justo en el momento en el que nosotros salíamos de la alcoba.

—Mi más sentido p... mis condolencias, señorita De Nácar —acertó a decir Sarriá.

—El forense no nos deja hacernos cargo del cuerpo de mi padre. Haga usted algo, se lo suplico.

—Por supuesto... tranquila...

—Queremos velarlo cuanto antes, recibir a la familia, a los amigos, acabar con este horrible sufrimiento de todos los que le querían.

—Pronto, señorita. Se lo prometo. Don Ramiro, llévese a su hermana al salón. Le pido que permanezcan todos allí hasta que sepamos lo que ha sucedido.

Sarriá estaba muy alterado pero lo disimulaba bien. Cuando nos quedamos a solas, Prihuelas me resolvió las dudas acerca de la estatua.

—Qué estampa... Menelao protegiendo el cuerpo muerto de su gran amigo Patroclo...

—¿Conoce esta escultura, Prihuelas? —dijo Tana.

—Sí, señora, el original de esta copia es una copia romana de una estatua griega. Está en Florencia. Viene en la colección de estampas del Gran Tour europeo que editan en la casa Jaime Bellver... Está en la Piazza...

—En la Piazza de la Signoria... Bajo los soportales de piedra... —susurró ella, sobrecogida.

Jaime me miró irritado. Yo me encogí de hombros, Prihuelas fue a decir algo pero el intendente se exasperó con Tana:

—¡Ni a usted le importa Cafarnaún, ni a mí me importa Menelao!

—Disculpe, intendente —dijo Tana volviendo de algún lugar lejano—. No podemos estar seguros sin hacer la autopsia, pero yo diría que es cianuro.

Sarriá escuchaba las palabras, miraba sus labios, pero estaba ofuscado por la frase que Sara había susurrado en su oído y su revelación del domingo anterior.

—¿Es... qué?

—Un veneno...

—¡Sé lo que es el cianuro, cirujana! Pero ¿un asesinato?... no es posible... Entremos.

Los tres volvimos hasta el muerto. Allí seguía, tirado, ganando en rigidez. Un hombre que había sido tan grande, poderoso, que inspiraba incluso terror en vida parecía a cada minuto más pequeño, liviano, desaparecía, como si, al desgajarse el alma de la carne, el propio cuerpo que minutos antes había sido recio, fuerte y noble, perdiera densidad hasta convertirse en un espectro vulnerable. Miré a Jaime, parecía realmente tocado. ¿Qué le sucedía al policía?

—Nos hemos asegurado de que nadie mueva nada —comenzó diciendo la cirujana—. No sé si lo notas, Jaime, pero hay en el ambiente un aroma a almendras amargas...

—Estoy acatarrado —replicó cortante—. No noto aroma alguno. Y bien... Si ha sido envenenado, ¿cómo lo han hecho?

—No lo sabemos —dije yo.

Fue Prihuelas quien pasó a explicar el dilema en el que estábamos:

—El cianuro mata instantáneamente, pero nadie pudo acceder a don Abel pues se había encerrado con llave y cerrojo. Dentro de la habitación no había una bandeja con comida, ni un vaso de vino, ni siquiera el agua de un florero. La única forma de que fuese envenenado con cianuro es que...

—Lo tomara por propia voluntad —espetó Tana.

—Un suicidio —dije yo.

—¡Válgame Dios! —exclamó el jefe de policía.

Tana empezaba a sospechar que algo grave le ocurría a Sarriá. Estaba de un humor malísimo y desde el abrazo de Sara jugaba con la leontina del reloj. Tana ya había observado que cuando Jaime se ponía tenso siempre jugaba con la leontina. Eso sin contar con que hoy el policía no la miraba a los ojos y no había sonreído con sus cálidos hoyitos ni una sola vez. Muchos hombres no la miraban a los ojos, pero Jaime siempre lo había hecho desde el minuto de conocerla, hasta ahora. Tana se sintió herida, decepcionada y triste pues realmente le había tomado mucho cariño al intendente.

—Debemos hacer la autopsia cuanto antes... comprobar si tiene restos en las manos, en la lengua... —añadió Tana.

—Y arena en el corazón —añadió un pensativo Prihuelas.

—¿Cómo? —preguntó Sarriá.

—Dicen que los envenenados por cianuro tienen arena en el corazón.

Todos miramos a Prihuelas impresionados por lo poético de la frase.

—Pues nos quedaremos sin saber si es verdad —interrumpió el intendente—. No habrá autopsia.

—¡Jaime! ¿Te has vuelto loco? —exclamó Tana.

—Señora de Ayuso, ha escogido usted un muy mal día para tutearme. Yo soy el in... el in... ¡El que manda!, y le digo que no va a haber autopsia. Este señor ha muerto de un ataque al corazón. ¡Que su familia lo entierre en sagrado!

Sentimos como una bofetada. Éramos amigos, tomábamos té con hojaldres y ensaimadas los domingos, jugábamos al mus en el casino... ¿Qué le pasaba hoy a este hombre?

Don Jaime dio orden de que, hasta que él no volviese, nadie entrase en la habitación, y puso un celador en la puerta. Pidió a los familiares que tuvieran paciencia pues debía realizar algunas comprobaciones y, tras mandar a todo el que supiese algo a que hiciera una declaración al cuartel, se marchó al puerto. Cuando tenía uno de sus presentimientos, solamente había una manera de soltar los pensamientos y desenredarlos: hacerse a la mar.

Jaime llegó al varadero. Se sintió culpable al mirar su balandro. Parecía decirle, pero Jaime, ¿cómo has tardado tanto en volver? Llevo semanas aquí amarrado a una argolla, muchacho. Por suerte el barco nunca se enfadaba con él. Bueno, no importa, ya estás de vuelta, ¿adónde vamos? Porto Cristo está lejos, lo sé, pero hace mucho que no ponemos rumbo a levante, podemos fondear antes en Cala Mondragó, donde hibernan los pesqueros del este. ¿Circunnavegamos la isla? Ah, que son muchos días, no puedes desaparecer ahora que eres un hombre importante... ¿Qué tienes? Pareces preocupado... Olvídate de esas corazonadas tuyas. Ni siquiera sabes qué es lo que te inquieta... ¿Una revelación? No digas sandeces. Anda, vámonos entonces a poniente, a Portals Vells, que a estas horas sus aguas son doradas y los acantilados del color de las rosas secas. La arena está caliente y huele a pino. ¿Te acuerdas de cómo te gustaba de pequeño excavar un poco, enterrar los pies y dejar que te hicieran cosquillas las pulgas marinas? Veo que tampoco te tiento con eso. Estás realmente mal, muchacho...

Mientras enarbolaba el barco, este dejó de hablarle con voz de balandro y fue ella quien tomó el relevo: Mi amor... ¿Sigues sin ser libre? ¿Ya no me quieres? Dime, ¿para qué sirve un hombre importante? ¿Adminstras justicia? ¿Qué justicia? De acuerdo, hay un asesino en la isla, pero ¿a qué viene esta preocupación? Ambos crímenes parecen relacionados, seguramente lo están, pero no te encabezones, cariño, puede ser casualidad. No pienses en pajarillos, ni crisantemos. Deja en paz los dichosos crisantemos. Olvídame ya. ¿Qué te inquieta de esta forma? ¿Te sientes culpable? ¿De qué muerte, esta vez? Tú no eres responsable de mis decisiones. Te lo dije antes de morir, te lo repetí docenas de veces antes de morir. Tú no eres responsable de esta muerte.

El balandro se llamaba *Estefanía*. Un poniente cálido de marzo agitaba los cabellos de Jaime Sarriá. El barco hendía su proa hacia Porto Pi, costeano, como si huyera de la isla y pretendiese tomar la derrota de mar abierto, dejar Dragonera a estribor, abandonar en la solitaria *Gimnesia* sus tribulaciones y continuar de través hasta Francia, Córcega, Italia, Sicilia, en busca del fin de los pesares... Le pasaba muchas veces. En el Mediterráneo se sentía libre porque el mar no es un

lugar. Es un paréntesis. El rumbo está claro. El viento te pide la acción y la decisión y el agua es un universo de pensamientos, lugar abstracto, medido por las olas. En ellas se disuelven las mentiras, desaparece el dolor, se hunde la vergüenza, se blanquea la mente. Los diálogos en los que el amor nunca contesta son algo cuerdo y normal. O quizás es que el amor siempre contesta en el mar aunque sea mudo en la tierra. Cuando navegaba volvía a ser un niño, un marido, un padre, y hablaba con los muertos. El mecer de la marea le emborrachaba más que el ron. Era un hijo y, junto a la mano del maestro, aprendía a virar en redondo controlando el balandro y la fuerza de la percha. Era un segundo de emoción, ese instante aguardando el golpe de viento en la vela... Esperando, ya llega, ya llega. ¡Plaf! Se tensa el trapo. ¡Caza mayor! No, no, Jaime, no tan firme que puedas volcar ni tan suave que pierdas el cabo. Siega cabezas la botavara como el mandoble de madera de un dios vikingo. Navegando estaba vivo, siempre había algo que hacer, decisiones que tomar, ángulos que medir. El barco nunca es solitario pues el viento es un compañero o un enemigo que no se puede ignorar. La vela parece el pecho de un muerto que inesperadamente hincha los pulmones y sorprende a los vivos. Fani respira de nuevo. La vida súbita. El primer llanto de un recién nacido. Unos ojos cerrados. Hay crisantemos en febrero, en marzo. Crisantemos repujados en una bandeja de plata. ¿Qué significa todo eso?

—¡¿Qué es lo que quieres decirme?! ¿Por qué los crisantemos?

El viento sacó las lágrimas que se empeñaban en no salir de sus ojos y, mientras luchaba contra el abatimiento del balandro, se dijo: «Todo está igual. Las lomas sombreadas por los árboles y las peñas doradas, la canción de las olas... Si estas rocas hablaran... Todo está igual, mi querida Fani... pero tú no estás.»

Prihuelas tomó declaración a los criados. Cristóbal, el mayordomo, era un lobo de mar maduro, con más orgullo que atractivo, que había dejado las drizas y las jarcias para llevar una vida cómoda sirviendo al potentado. Era él quien llevaba la voz cantante. A mí me resultaba sospechosísimo, pero todos coincidían con su testimonio. Según explicó, el señor De Nácar había cenado frugalmente a las diez y se había encerrado en su habitación, donde estuvo escribiendo a la luz de las velas por espacio de dos horas.

—A eso de las doce me llamó —dijo el mayordomo—. Me entregó una gruesa carta y me dio orden de que la llevara al barco del capitán Legreux, que salía por la mañana para Valencia. Se la di al capitán en mano, con una peseta para que se asegurase de que la carta llegaba a su destino.

—¿Y esa carta tan importante?... ¿A quién iba dirigida?

—No leí el nombre del destinatario. Con don Abel aprende uno a no ser curioso. Lo que sí puedo asegurarle es que era bien gorda.

—Conforme... Siga, Cristóbal... —dijo Prihuelas imitando el tono de su jefe.

—A eso de las dos de la mañana oímos un grito ahogado y un golpe... Pero pronto volvió la calma a la noche. Ahora sabemos que fue en ese momento cuando debió de morir.

—¿Hay cianuro en la casa?

—Siempre ha habido cianuro. El señor lo emplea en sus minas de oro de Nueva Granada. Se usa para sacar el metal de la tierra, no me pregunte cómo, y don Abel siempre tiene cianuro para echarlo por las esquinas de los sótanos. No encontrará usted una sola rata en Can Nácar. El señor decía que donde hay ratas hay peste, y él le tenía mucho miedo a la peste porque sus padres

habían muerto en la plaga de Pollença.

—¿Y no es más seguro para la salud darle el trabajo de matarratas a un gato?

—¡Uy, no! ¡El señor odiaba a los gatos aún más que a las ratas! Eso ya... no sé por qué, pero era un odio cervical. Gato que pescaba, gato que despellejaba.

Prihuelas tomó nota de este detalle, mientras se decía que lo que es cervical no es el odio, sino el miedo, pero no era el momento de poner en claro los sentimientos de los ciervos.

—¿Y está seguro de que el señor De Nácar siempre estuvo en la habitación, encerrado, solo?

—Completamente.

—¿Nadie le trajo nada de comer? ¿Algo de beber?

—Ya lo he dicho. Nadie. Después de darme la carta se volvió a encerrar y esta mañana temprano los cerrojos seguían todos echados por dentro. Tuvimos que tirar la puerta abajo.

—¿Y la ventana?

—Como la encontraron. Cerrada con las contraventanas, las fallebas echadas por dentro también. Le digo que es imposible que nadie entrase o saliese de su alcoba.

Ya en Can Belfort, como alguna vez tenía que ser la primera, Tana y yo tuvimos nuestra primera discusión.

—Pues yo te digo que lo han asesinado. Abel de Nácar no se tomó el cianuro por propia voluntad.

—¿Y cómo han podido matarlo? ¿No ves que es imposible?

—Una autopsia me ayudaría a demostrar lo que digo. ¿Por qué se pondría Jaime así? —me preguntó Tana.

—Daba la sensación de que sabe algo que le altera muchísimo...

—Lo único que sabe Sarriá es que se ha enamorado de Sara. ¿No te diste cuenta de cómo se abrazaba a él? ¿De cómo juega con su leontina cuando la tiene cerca?

—Sí...

—Hay algo entre ellos.

—En ese caso, quizá tengas razón. Quizá lo mejor sea echar tierra sobre esta muerte cuanto antes —dije yo—. Quiere proteger a Sara porque piensa que es un suicidio...

—Me pregunto qué le dijo Sara al intendente al oído... pareció afectarle mucho.

—Tana... estoy preocupado.

—Por Jaime, ¿verdad? Debo averiguar qué le dijo al oído... Es lo que le puso así de energúmeno...

—No, no es Jaime. Lo que me preocupa es que solo haya una manera de que Abel de Nácar fuese asesinado y lo que estoy pensando se me clava en el alma.

—Sé lo que piensas.

—¿Estás segura?

—Piensas que yo...

—¿Dónde estuviste anoche? No te oí salir pero te oí volver a eso de las dos de la mañana. La hora de su muerte. Curiosa coincidencia.

—Sigue... Di lo que te mueres por decir...

—Tú le diste una píldora, le dijiste que se la tomase antes de dormir... ¿Qué contenía esa

pastilla?

—¿Crees que yo le envenené?

—Creo que es la única forma de administrarle un poderoso veneno a un hombre en una habitación cerrada.

—Estás lanzado... Sigue, sigue elucubrando...

—No nací ayer. Vi cómo reaccionabas cuando os encontrasteis por primera vez. Tu mirada se le clavó en la carne y le llegó hasta el corazón. También vi cómo te miraba él. ¿Qué os paso por la cabeza? ¿De qué os conocéis?

Tana comenzó a jugar con la cruz que colgaba de su cuello.

—No sé de qué hablas. Ves fantasmas.

—Veo fantasmas.

—Donde no los hay.

—Sarriá juega con su leontina cuando se pone nervioso y tú con la cruz de plata. Te agarras a la cadenita de tu cuello para no caer.

—Qué tontería —dijo soltándola de golpe, como si el metal se hubiera puesto al rojo vivo.

—¿Y Menelao?

—¿Quién?

—El tipo griego de la escultura. Tú ya conocías esa estatua y pareció afectarte mucho.

—De pequeña viví en Florencia. Era un recuerdo olvidado, nada más.

—Tana... ¿Quieres de verdad que le hagamos la autopsia al de los ojos raros o es todo una pantomima para despistar?

—¿Qué te puede importar lo que me pasa por la cabeza? ¿No te estás creyendo demasiado el papel de marido inquisitivo?

—Tienes razón, es un papel. Pero tranquila, que pronto podré marcharme. En poco tiempo te has hecho con la isla entera. Con los vivos y con los muertos, a pesar de tus mentiras y tus secretos, de tus pastillas y tus desapariciones a media noche...

—Yo no sé nada de esta muerte pero me niego a decirte adónde fui anoche. No es asunto tuyo.

—¿Quieres esa autopsia?

—Sí, quiero esa autopsia... Pero conozco a Jaime mejor que tú. No podrás convencerle.

—Olvídate de él. Si tú quieres esa autopsia conseguiré que lo ordene el mismísimo gobernador, aunque es más que posible que todo esto acabe llevándonos a la cárcel. Ojo a mis palabras.

Aquel fue un día muy completo. El apuesto intendente navegaba entre el cielo y el infierno, con la camisa blanca de algodón ondeando al viento, deshojando crisantemos fuera de temporada. Sara lloraba en brazos de Marcela como si se hubieran abierto las compuertas de su alma. Su hermano Ramiro preparaba un entierro. La marquesa organizaba un velatorio en el que aún no sabían si tendrían cadáver y una boda para la que no estaba claro si podrían contar con el novio. Sebastián, el tal novio, dormía la borrachera de una noche de farra con sus amigos. Tana había ido a casa de Celina y yo me hacía el contradicho en la Academia de Medicina con el doctor don Juan Joan.

—Parece que va a ganar la apuesta su contrincante... —le dije a mala uva.

—¿Cómo?

—¿No lo sabe? Ha muerto el señor De Nácar.

—¿Cuándo?

—De madrugada.

—¿De qué?

—No puedo decirlo oficialmente.

—¿Por qué?

—Porque es probable que no haya autopsia. Algo que, a mi parecer, puede causarnos a todos los médicos de Palma serios problemas, y en especial... a los que le trataron recientemente de su caída en la escollera...

—Yo le traté...

—Ah, pero claro... ¡Muy cierto!

—Si ha muerto... no es por un medicamento erróneo o un mal tratamiento.

—No... seguro que no...

—¡Yo tenía razón y nunca se fracturó el hueso! —gritó don Juan Joan.

—Y la mayoría de los médicos de la academia apoyan su diagnóstico con sus apuestas... Pero ya... nunca lo sabremos...

—Pues eso no puede ser... hay que saberlo. Aunque solo sea por dirimir...

—¿Las apuestas? —le dije guiñándole un ojo. El doctor carraspeó y asintió. Yo sonreí. Le tenía donde quería: en el disparadero.

—¿Quién ha tomado la decisión de que no se practique la autopsia? —me preguntó.

—Sarriá. El pobre se ha ofuscado temporalmente. No quiere que la familia sufra con el escándalo de un posible... suicidio.

—¿Y qué dice a eso el gobernador?

—No tengo confianza con él... yo hago lo que me dicta el intendente Sarriá.

—¡Ah, pues eso ni hablar! ¡El gobernador apostó cinco pesetas a mi favor! Él encargará esa autopsia, don Carlos, y si no al tiempo. No vamos a dejar que el imbécil del doctor Sartorius se salga con la suya.

Don Juan Joan salió de allí a toda prisa y yo me sentí muy satisfecho, claro que eso fue antes de que el gobernador, efectivamente, desautorizase a Sarriá y dijese que había que hacerle la autopsia al magnate fallecido, pero con la condición de que, para evitar favoritismos en esta absurda competición médica sobre los huesos de don Abel, había de ser yo, y solo yo, sin ayuda de ninguna clase, quien realizase la disección del cadáver bajo la supervisión de dos testigos: el jefe de policía, Jaime Sarriá, y el jefe de cirugía, don Alberto Echagüe, ambos en concepto de ser los únicos prohombres de la isla que no se habían apostado nada sobre el fémur de un difunto.

Esa noche, Tana se preparaba para dormir cuando entré en la alcoba. Ella miró al suelo. Es orgullosa y tras las discusiones le cuesta muchísimo trabajo iniciar la retirada, así que hablé primero.

—Cualquiera que nos viese ahora pensaría que somos realmente marido y mujer...

Conseguí que sonriera. Me senté cerca.

—Fui a ver a Celina —me dijo.

—¿Cómo?

—Hoy y... anoche. Por eso desaparecí hasta las dos de la mañana. No estuve atravesando la puerta cerrada con llave de Abel de Nácar, ni administrándole píldoras venenosas. Fui a atender a Celina. Me avisó su amiga Brígida, otra de las prostitutas que viven con ella. Un cliente la había maltratado. Tiene quemaduras por todo el cuerpo.

—Pobre chica... ¿Se lo has contado a Jaime?

—Sí. Mientras estabas consiguiendo que el gobernador autorizase la autopsia, Sarriá vino a verme para disculparse por cómo me habló y por haberse tenido que marchar. Nos dio permiso para la necropsia sin saber que tú estabas apuñalándole por la espalda. Creo que echa de menos a su mujer. Empiezo a ver que Jaime es un hombre mucho más complicado de lo que parece.

—Como todos en Mallorca. ¿Qué tendrán los aires de estos mares?

—Misterios y nostalgia.

—¿De qué murió su esposa? —dije, evitando pensar en mis propios secretos.

—Tenía el corazón enfermo, más grande de lo normal, y el esfuerzo de dar a luz fue demasiado para ella.

—Pobre Jaime... ¿Y el niño?

—No lo sé. Nunca habla de él. Bastante que me ha contado todo eso. ¿Y tú?

—¿Yo, qué...?

—Me acusaste de ser una mentirosa llena de secretos y es verdad, pero tú también lo haces. A veces hay que mentir.

—Eso no significa que sea bueno. Vivir en la mentira es parecido a tener un tumor en el alma —repliqué mientras veía el rostro de mi hermano gemelo reflejado en el espejo.

—¿Qué más secretos tienes tú, aparte de ser un desertor carlista?

—Muchos más de los que yo mismo soy capaz de entender. ¿Quién crees que lo mató?

—¿Ya no piensas que fue un suicidio?

—No. Creo que alguien le dio una pastilla o que le echaron algo en la bebida o la comida o, simplemente, todos se equivocan y dejó entrar a alguien en su habitación... ¿Cómo puede escapar un asesino de una habitación cerrada?

—¿Esperando escondido a que echen la puerta abajo y escabulléndose cuando los demás se han ido?

—No sirve... no dejaron solo el cadáver en ningún momento.

—Su hijo Ramiro tenía un motivo poderoso. Abel pretendía desheredarlo a la mañana siguiente. Tú y yo oímos cómo mandaba recado al notario.

—Cierto. Habría que saber por qué discutieron.

—Sarriá lo ha averiguado ya.

—¿Qué hombre tan eficiente...

—¿Estás celoso del policía, marido mío?

Miré a Tana a los ojos. Lo estaba, por supuesto que lo estaba, porque era capaz de ver lo que ella aún no sabía.

—Mi padre aseguraba que era muy religioso pero nunca iba a misa porque decía que se acatarraba si se quitaba el sombrero. Yo soy igual con los celos. Lo soy, y mucho... pero no practico mi religión.

A Tana le gustó la comparación. Nos miramos a los ojos. Había momentos así, instantes que uno quería escribir para poder releerlos. Segundos que deseábamos eternos. Quise cogerla por los hombros y posarme en su cuello, estuve a punto de hacerlo, pero yo no era yo, yo era el otro y el otro no lo habría hecho.

—Al parecer Ramiro había desafiado a un duelo al hijo de la marquesa.

—Caray. En esta ciudad nadie se anda por las ramas.

—Sebastián no aceptó el desafío. Dijo que él no se bate en duelo en mitad de un juicio en el que se está dilucidando si está en sus cabales o no.

—Loco, pero no tonto...

—Tú lo has dicho —rio Tana.

—Volviendo a Abel de Nácar... Hay algo que no te he contado.

Saqué del bolsillo el objeto que había robado de la alcoba del muerto mientras nadie miraba. Era un embudo de orfebrería, con forma de tulipán. Estaba hecho de oro puro. Al verlo, Tana me miró sobrecogida, pues aunque yo en ese momento aún no sabía nada de sus recuerdos olvidados, ella lo reconoció de su infancia en Italia.

—Es para decantar el vino... ¿De dónde ha salido?

—Estaba en la lista de los objetos robados a la marquesa. Se recuperó toda la plata, pero faltaba este embudo de oro...

—¿Cómo lo tienes tú?

—Lo encontré en la habitación de Abel de Nácar.

—¿Estás loco? ¿Por qué te lo llevaste?

—Porque Sarriá se había marchado a navegar, tú estabas muda y medio ida, sus hijos me parecen los dos mentecatos, el mayordomo es avieso, mentiroso y oculta algo, y yo me dije que este embudo era realmente importante.

—Lo es. ¡Por supuesto que lo es! Es la prueba de que Abel tuvo algo que ver con el robo y, por tanto, con la muerte de Narcisa Negrín. ¡Establece una relación entre ambos!

—Justo lo que yo pensé.

Tana y yo teníamos un serio problema. En menos de tres horas, yo solito debía realizar la autopsia de don Abel de Nácar. Durante mis casi veinticinco años de guerra había visto muchos cuerpos mutilados, miembros amputados, vísceras por los suelos y sesos sin tapas, pero nunca había tenido en la mano un bisturí con la pretensión de sacarle los órganos a un cadáver. La Academia, y en especial el gobernador, me habían dado a mí la responsabilidad de hacer ese examen y debía realizarlo a solas, con dos testigos, Echagüe y Sarriá, para evitar que nada pudiera enturbiar mi imparcialidad. Tana estaba empeñada en que no nos quedaba otra opción. Tenía que hacer lo que me habían ordenado.

Durante el escaso tiempo del que disponíamos, Tana me aleccionó sobre los pasos a seguir. Dictó las frases que debía recitar. Repasamos los momentos clave, el orden de incisiones y acontecimientos. Pulimos cada movimiento con Eva, la mujer más fácil que he conocido, una figura de cera a la que se le pueden sacar los órganos. Memorice el nombre de las herramientas. Por último, me encomendé a san Roque, ya que era el santo de mi buena suerte.

—No conseguiré engañar a Echagüe —le dije a Tana—. Nos descubrirán...

—Si tú mismo no te crees el papel, por supuesto que nos descubrirán.
—Yo no soy cirujano.
—Un oficial del ejército y un cirujano son cosas muy parecidas, es una cuestión de mostrar marcialidad y confianza.
—Confianza...
—Confianza.
—Madre mía.
—Eso digo yo. Dios nos pille confesados, querido. Nos esperan.

En el mismo instante en que vi aquella tribuna llena de médicos me sentí desfallecer. La sala estaba abarrotada. No soy un hombre cobarde. No sentí miedo. Aún no lo sabía, pero esta extraña debilidad que notaba por vez primera era el inicio de mi rara enfermedad. Tana me miró con decisión desde la primera fila de esa grada llena de trajes negros y no sé de dónde saqué fuerzas para seguir adelante. Me dije que no era más difícil que descuartizar un ciervo, cosa que había hecho cientos de veces en la guerra, o quitar la piel a un conejo, algo que sabía hacer desde niño con los ojos cerrados, o abrir en canal a un enemigo. Estábamos a punto de saber si Prihuelas tenía razón y había arena en el corazón de un hombre envenenado con cianuro.

Hoy me siento a las puertas de la muerte. Hay días en que no puedo sostener el lápiz por más de quince minutos sin hacer un descanso. Tras pasar el día acostado en la terraza de Valldemossa, oteando el pequeño triángulo azul en la lejanía, ese triángulo equilátero de mar y cielo, enmarcado por frondosas montañas verdes, mi monje me llevó de nuevo adentro. Una hora más tarde, la puerta de mi celda se abrió con un chirrido de goznes. Esperaba como siempre al cuidador embozado con mi sopa de pasta italiana. Sorprendentemente, era don Alberto Echagüe.

—Alberto... ¿Qué haces aquí? Te vas a contagiar...
—Hemos descubierto la causa de tu enfermedad. No es cólera.
—¿No? ¿Qué me sucede, entonces?
—Me temo que...
—No me gusta tu cara. ¿Dónde está Tana? ¿Por qué no ha venido?
—Carlos...
—¡Habla! ¿Qué ha pasado?
—Es complicado... Ten paciencia...
—¡Responde! ¿Y mi mujer?
—Tana ha sido arrestada por... por tratar de matarte con... arsénico —me dijo.
Me esperaba cualquier cosa menos eso.
—¿Qué?
—El nuevo forense general ordenó que tomásemos muestras de tu sangre, de tus uñas y del pelo. Lo han analizado con la máquina de Marsh. Al parecer ese aparato no engaña...
—Arsénico...
—Él mismo ha realizado las pruebas personalmente...
—¡El nuevo forense es un imbécil! ¿Quién va a querer envenenarme, y por qué? ¿Tana?

¿Arrestada? ¿Y Jaime qué hace? ¿Qué demonios ha estado pasando en Palma mientras me habéis tenido desterrado?

—Las pruebas se hicieron correctamente. Carlos... es cierto, te han envenenado con arsénico... y ya sabes lo que ocurre con el arsénico...

No era el momento de decirle que no soy médico y que no tengo ni la más remota idea de qué carajo pasa con el arsénico. Sé que es un veneno, así que supuse que uno se acaba muriendo. Preferí no tomar esa ruta.

—¿Quién es el nuevo forense?

—El hijo del doctor Sartorius, que es sobrino de don Braulio, quiso usurpar la plaza... pero de momento ha tomado el mando el cirujano mayor de la tropa, que es un hombre justo y cabal.

—Cielo Santo... así que es eso... Van detrás de ella porque quieren su plaza... Sartorius me odia desde la autopsia de Abel de Nácar. Me odia a muerte, y el otro, odia a Tana.

—Por desgracia, Sartorius no ha tenido acceso a tu bebida ni tu comida. A Jaime y a mí nos encantaría poder echarle el muerto.

—Y el muerto soy yo...

—Lo siento, lo dije sin pensar.

—Sartorius es vengativo y poderoso...

—Estoy convencido de que es él quien espolea la acusación contra Tana. Carlos, esto es muy grave. Te han estado envenenando desde hace meses y...

—Alberto... dímelo claramente. ¿Me voy a morir?

—Ya lo sabes...

—¡No, no lo sé!

—Sí.

—¡Que no lo sé!

—He dicho que sí a lo de que te mueres, no a lo de que ya lo sabes.

Hundí la cabeza en la almohada. Miré al techo encalado de blanco. Alberto resopló sintiéndose culpable.

—Todos sabéis que Tana jamás me haría daño...

—Lo sabemos, pero hay pruebas contra ella. Encontraron tres manzanas envenenadas en la despensa.

—Sartorius...

—Lo más probable, sí. Tana te quiere y te necesita.

—¿Cómo está?

—Sufriendo por no poder estar a tu lado. Jaime Sarriá y yo hacemos lo que podemos para animarla...

—¿Vas a llevarme a Palma?

—Si tú quieres... por supuesto. ¿Podrás con el viaje?

—¿Sabiendo que volveré a verla una vez más?... Por supuesto que podré.

Pero me adelanto, cuento la historia en desorden. Volvamos a la autopsia, a don Abel de Nácar. A mi bautismo de fuego como forense en solitario. Ya dije que solo tuvimos tres horas para practicar la disección del magnate y sin embargo, esa tarde, sucedió un milagro. Resultó que

como alumno soy excepcional. También, que le puse picardía al asunto, recordé las palabras de mi falsa esposa: ser cirujano es como ser militar, una cuestión de confianza y autoridad, así es que a la primera duda hice lo que hacían los generales conmigo cuando no querían pasar por tontos explicando la estrategia. Conseguir que trabaje el que sabe:

—¡Oh, por Dios! ¡Tana, haz el favor de bajar de esa tribuna! Esta autopsia sin ayudante es de mentecatos. ¿Queremos saber, caballeros, la verdad sobre la muerte de Abel de Nácar? Pues para eso necesito hacer las cosas con profesionalidad y los genios policiales no sajamos, señores, pensamos. Tomamos notas, bocetos y pensamos...

Le pasé los escalpelos, le cedí mi puesto y me puse a escribir y a hacerle preguntas ensayadas de antemano mientras ella recitaba esas cosas que dar grima y que iba hallando en el interior de aquel cuerpo muerto. Abel de Nácar estaba sonrosado como si aún estuviera con vida, algo en verdad escalofriante. También hallamos una suerte de quemaduras en su lengua y esófago características de la ingesta del cianuro. Tenía De Nácar las pupilas dilatadas, motivo por el que, a su muerte, sus ojos eran del mismo color y así, en general, presentaba todos los síntomas de la asfixia, con sus esquimosis en los pulmones, superficiales y profundas, viscerales y en los tejidos. Horroso. Quizá lo más determinante de todo y lo que más repelús me dio fue que su sangre estuviera licuada, sin cuajo, otra prueba fehaciente del cianuro. No había por tanto arena en su corazón. El olor a almendras amargas que desprendía su boca fue anotado y comprobado por Echagüe, que asentía a casi todo y al fin, tras una precisa incisión a un muerto que no dejaba de sangrar, la autopsia pudo contestar a la verdadera incógnita que se pretendía dilucidar:

—La cabeza del fémur no está fracturada —dijo Tana.

Hubo vítores y abucheos.

—¡Don Juan Joan es el ganador de la apuesta! —confirmé con aplomo. No sé por qué añadí lo que añadí. No pretendía tomarle el pelo a Augusto Sartorius, pero él se lo tomó como un insulto personal cuando dije...

—Al César lo que es del César.

«El César» era su apodo. No le gustaba su apodo. Le enfurecía su apodo y yo no sabía entonces ni que tenía un apodo. Los médicos de Palma se rieron y aplaudieron al ganador humillando al perdedor. La noticia fue enviada al gobernador. Las apuestas se saldaron y el doctor Sartorius, ridiculizado ante los médicos de Mallorca y expuesto en la prensa local, se convirtió en nuestro peor enemigo. Ese mismo día comenzó su campaña para destruirnos.

Tana se quedó recogiendo, anotando y hablando con unos y con otros. Los ayudantes remendaron el cuerpo para entregárselo a la familia y yo salí a un callejón a vomitar. Me sentía cansado, sudoroso, mareado. El fresco de la brisa me sentó bien. ¿Cómo iba a imaginar que alguien me estaba envenenando?

—Nunca pensé que un comandante de caballería se pondría malo ante la vista de un cadáver —me dijo Tana con una sonrisa.

—No me quedé en comandante, señora. Llegué a coronel.

—Más a mi favor.

—¿Lo he hecho bien?

—Cometiste muchísimos errores, pero creo que nadie lo ha notado.

—¿Siempre tienes que ser tan sincera? Un «sí, querido, estuviste genial», habría bastado.

—Lo siento... en cuestiones médicas, miento fatal.

—Si tú notaste los errores, también los tuvo que ver Alberto Echagüe. Parece un hombre muy inteligente.

—Lo es...

—Claro que solo tiene ojos para ti... con un poco de suerte, estaba distraído, admirando tu gesto desaprobador...

—No sé cómo un hombre tan bien parecido, con una profesión como la suya no está casado.

—No habrá encontrado el amor.

—Los cirujanos no se casan por amor.

—¿Hablas por experiencia?

Tana rio, me ofreció su brazo. Me agarré a ella sin decirle cuánto la necesitaba de muleta y nos fuimos a ver a Sarriá.

—¿De verdad opinas que es bien parecido? —le pregunté.

—Todos los hombres de esta isla lo son.

—Vaya por Dios...

En realidad el cargo oficial ya no era intendente sino comisario, pero Sarriá se había acostumbrado al nombre, al igual que los habitantes de la isla, y todos le seguían llamando así. Además, la C se le atascaba más a menudo que la I. En la comisaría de Palma las cosas eran nuevas. Los muebles, los cuadros, las alfombras, las fallebas de las ventanas, los galones. No se había reparado en gastos para dotar a la ciudad de la mejor policía y un buen cuerpo de celadores y peritos forenses y legales. Jaime, hijo de juez, nieto de notario, biznieto de médico, había sido la obvia elección como comisario, pues tras estudiar leyes en Barcelona y servir en el ejército contra Napoleón, se había casado con una Company. Don Eugenio Company no solo era un prohombre palmesano, nuevo gobernador, isabelino, bravucón y honrado. También era el tío paterno de Estefanía, su difunta mujer.

Prihuelas estaba muy decepcionado.

—¿Entonces... no había arena en su corazón?

—No, ya le digo.

—Ah, qué pena...

Jaime miraba por la ventana. Parecía lejos de allí y le hacíamos abrazando en sus sueños a la joven y desgraciada Sara de Nácar. Al fin, tras mucho elucubrar, se volvió hacia Tana.

—Es un asesinato imposible.

Ella le sostuvo la mirada. Por un instante pensé que le iba a abofetear. Tana tiene esas cosas. Nunca sabes en qué momento terminará sonriendo o soltando un exabrupto, sobre todo cuando mira a Jaime, con el que parece eternamente indignada. Mi falsa esposa no solo no se enfadó sino que sonrió.

—No puedo estar más de acuerdo contigo, Jaime..., si me permites que te tutee.

—Me chifla que me tutees. De nuevo te pido disculpas por lo de ayer.

—No, no te lo disculpo, pero te perdono. Es un asesinato, en apariencia imposible, pero es un asesinato.

—Y ahora me dirás que en cuanto c... puedas probar la posibilidad de lo imposible, tendremos al asesino.

—Algo así.

—Carlos..., ¿dónde encontraste a esta mujer?

—Cuando os veo discutiendo de esta manera, me digo que la encontré en el lugar en el que la perdiste tú. ¿No os conoceréis de otra vida?

—Mi marido es celoso, Jaime, pero no te preocupes, al parecer no practica su religión.

—Es cierto, estoy celoso de todos estos mallorquines, que se empeñan en susurrarte palabras bonitas entre el murmullo de sus olas.

—No te extrañe, Carlos. Esta mujer es una en un millar.

—¡Oh, Jaime! ¡No me menosprecies así! Lo menos soy una entre un millón —dijo ella. Los tres reímos. Prihuelas incluido.

—Bien, ahora que volvemos a ser amiguitos... —dije yo—. ¿Puede alguien explicarme por qué este convencimiento de que Abel de Nácar no se ha quitado la vida? Sabemos que escribió una larga carta que envió antes de morir... no sería una locura pensar que quizás en esa carta esté la explicación a su muerte...

Jaime tomó la palabra:

—Amigo Carlos, después de escribir la carta, el de Nácar puso al día la contabilidad de sus negocios. Como tú mismo dijiste en referencia a Narcisa Negrín, nadie es tan fastidiosamente ordenado con cuestiones sin importancia momentos antes de quitarse la vida. Yo estoy con Tana en que lo mataron.

—Y yo —dijo Prihuelas.

—Gracias, Prihuelas —sonrió mi falsa esposa.

—Soy un incondicional, señora.

—Además —prosiguió Sarriá—, está el asunto de la acumulación de eventos misteriosos y sobre todo de mi c... mi c... presentimiento —añadió Jaime Sarriá.

—¿Perdón?

—No sé cómo explicar esto sin parecer idiota.

—Jaime, querido, no parecerías idiota ni aunque lo fueras —dijo Tana.

—Digamos que no creo que sea casual que una forastera llegue a la isla, le envíe una misteriosa carta a la marquesa de Belfort, que es la vecina y mejor amiga de Abel de Nácar, al tiempo que su hija adoptiva se convierte en la prometida del joven marqués, el mismo que se tira a morderle a los toros y que hasta ahora ha sido su hermano, hecho que causa un juicio escandaloso y un duelo entre Ramiro y Sebastián...

—Recuerde que no hubo duelo...

—Carlos, mi amor, esa no es la cuestión... ¿Verdad que no es la cuestión, Jaime? Sigue, que enumeras muy bien...

—Empieza a cargarme esta complicidad cariñosa...

—Por mucho que este duelo no tuviera lugar, Carlos, a todo lo que he mencionado se añade que el hombre más rico de Palma decidiese desheredar a su primogénito, que a la marquesa le robaran su plata, que esta plata apareciese atada con un nudo marinero al cuerpo de la pecosa podenca muerta *enviadora* de cartas y que el hombre sobre cuyo fémur se apostaba la dignidad y la honra profesional de los dos médicos más poderosos de la isla haya muerto de una manera tan

fulminante y tan extraña.

—¿Y el presentimiento? —le dije.

—Presiento que, si me concentro, me vendrá a la cabeza el nombre del asesino y eso solo me sucede navegando... De ahí que me diera a la vela... y por eso solo hay una forma de resolver este misterio.

—¿Cuál?

—Navegar aún más.

—De cajón, querido —me dijo Tana.

—Obvio —añadió Prihuelas.

—Si es que no soy lo que era desde que mi mujer me trepanó la cabeza...

—Hoy mismo nos haremos a la mar. Hace un día espléndido, me atrevería a decir que el tiempo se quedará así de bueno toda la semana y quiero invitaros a Son Perelada, la heredad que tengo en Porto Cristo. Ya va siendo hora de que visitéis el Jardín del Edén.

La excursión con Sarriá no podía ser más oportuna. Nos cargamos con buena repostería para el viaje, echamos a un pequeño baúl los cambios de ropa necesarios para muchos días y nos embarcamos en su *Estefanía*, que más que balandro era un muy buen barco de regatas rápido y manejable. Allí fui feliz. Lo éramos todos. La camisa blanca de Sarriá ondeaba al viento como la bandera de mi esperanza, la guitarra amena de Prihuelas ponía música a mis recuerdos, recuerdos de infancia, infancia en el mar con el espíritu lleno de sal, en un balandro de regatas, junto a la camisa blanca de mi propio hermano.

Iríamos a Porto Cristo por el rumbo más largo. ¡Qué placer, circunnavegar la isla! Tomamos la derrota de poniente, dejando la sierra de Tramontana a estribor, hasta llegar a Sóller, primera escala de nuestro viaje. El puerto es un círculo perfecto de roca, abrigado, enmarcado por montañas, un malecón natural de verdor. Los barcos cargados de naranjas salen de este lago transparente hacia Europa. Parejas de altísimas palmeras aquí y allá me hacían pensar que Mallorca era un oasis africano a la deriva. Hacía frío pero el sol me calentaba el rostro y sentí una paz inexpresable. En Sóller hicimos noche en una fonda regentada por un tal tío Pilo, barbudo como un chivo, que no se sabía quitar el chambergo ni para dormir y que por tanto imagino que, como mi padre, nunca habría asistido a misa. El tío Pilo tenía rostro de solemne perillán y, basándome en la cuenta que nos presentó a nuestra marcha, puedo concluir que soy un gran fisonomista.

Como oficialmente éramos un matrimonio, nos adjudicaron la habitación con la cama más grande. Tana y yo nos miramos, tratando de imaginar cómo saldríamos del trago esa noche. Supuse que me tocaría dormir en el suelo, aunque secretamente albergaba la esperanza de abrazarla y convertirla en mi mujer en todos los sentidos, a pesar de que ella no daba muestras de afecto, ni me lanzaba esas miradas cargadas de mensajes que en tantas ocasiones me han ofrecido las muchachas que buscan un beso. En cambio, yo rara vez podía pensar en otra cosa más que el tono, sonido, color, temperatura o gusto de esa prometedora piel dorada.

Mi vida sentimental ha sido azarosa, por no usar otro adjetivo. La que estaba destinada a ser

mi esposa, por designios familiares y de fortuna, la preciosa Irache de Gante, mi prometida en la guerra de la independencia, fue de una manera extraña quien me ha traído a Mallorca de aventura en desgracia, hasta convertirme en un hombre, principalmente, bueno. Por aquella época descubrí que escribir desde la batalla me mantenía vivo, o cuerdo, o acaso las dos cosas son lo mismo. En mis cartas se desarrolló este amor profundo por Irache, un deseo, una esperanza que no contaba con un pañuelo perfumado, o un mechón de sus cabellos, ni mucho menos el recuerdo de un solo beso real. A Irache le explicaba lo más íntimo, y sin ella, en esos años, mi alma habría muerto demasiado joven. Estaba enamorado. Loco, literariamente, con mis pensamientos y las palabras, prendado en letra azulada de tinta y la deseaba con el verbo, tras los renglones, con la añoranza de un hogar que había perdido entre cañonazos y juegos de la infancia. Tres años después de partir, logré permiso de mis superiores —ya era teniente después de Bailén— para volver al norte a casarme. A falta de padres, pues habían sido asesinados, mi tío y mi hermano gemelo Francisco, inseparable compañero de armas y de vida, organizaron la boda. Ella era de Lizarra. Llegamos al altar en la iglesia de San Pedro, de la que solo recuerdo las retorcidas columnas de un claustro medieval. Irache era blanca, pura y perfecta. Me encontraba al borde del cielo, que era su frente; rodeada de pequeñas nubes, que eran los vahos de su respiración. Hacía un frío húmedo del norte. Irache temblaba. Faltaban segundos y pocas palabras, «sí, lo tomo por esposo», para abrazarla, alcanzarla, amarla. Me miró, se volvió al sacerdote y, con un gemido, cayó al suelo fulminada de amor. Esa noche oscura de luna nueva, Irache y mi hermano Francisco escaparon juntos. Él sí la convirtió en su esposa y yo me trastorné. Creo que todo el odio de mi infancia, del dolor tras el fusilamiento de mis padres, de los compañeros caídos en el barro que había encerrado en un rincón del alma, me hicieron enloquecer. Urdí un plan. Un plan terrible. Simulé perdonarlos para tenerlos cerca y mi hermano gemelo y yo volvimos a la guerra, a la camaradería de una fogata que en realidad me consumía por dentro. Con mi primer permiso, fui a verla fingiendo ser él y la hice mía. Me marché, y a mi vuelta al frente me miré en ese espejo humano que era Francisco y con frialdad le expliqué lo que había hecho. Tras mi venganza, mi gemelo juró matarme y yo, odiando aún, pero sin honor al que agarrarme, me uní al ejército en las Américas buscando la muerte. Él hizo toda la guerra contra el francés en España y ganó dos cruces. Yo me fui con la de Bailén, dudando hasta de la patria. Huyendo del pasado, cargando con este dolor que es la venganza, escapando de la furia de mi hermano y de la vergüenza de mi estocada. Llevo veinte años huyendo, embarcándome lejos, en busca de infortunios. Acabé en Argentina, pronto en Chile, llegué al Perú de comandante, sin deseos de ascender... Lo que es la vida. Allí me reencontraría de enemigo con San Martín, que en Bailén había luchado a mi lado y ya era general. Siempre he pensado que media Sudamérica es independiente a causa de todo lo que San Martín cabalgó con nosotros en España y de su trato con una nobleza antigua y rancia a la que ni él ni yo queríamos pertenecer. Es lejos de casa cuando se alcanza a ver el hogar. Le pasó a San Martín en mi patria y a mí en la suya... Y tiempo después, mientras nos corría como un valiente desde Argentina hasta Perú, sucedió algo que me hizo entender no solo la estupidez de mi marcha y de mi odio. Me hizo comprender que el amor no se escribe, no se pide, el amor se lo encuentra uno dentro y, simplemente, se da o no se da.

La mujer de tu vida, dicen, aparece solo una vez. No es cierto. Yo tengo dos mujeres de mi vida. El día en que encontré a la segunda, acampábamos en un alto cerca de Vilcashuamán, en la provincia de Huamanga. Dos días antes habíamos batido a una pequeña columna liderada por

aquel lejano compañero de armas, San Martín, y estábamos eufóricos. No eran muchos independentistas pero los seguían ochocientos indios. La lucha fue en los altos de Pomachoca. A su paso en retirada por la antigua ciudad inca, habían quemado, violado, robado, saqueado y matado realistas, europeos e incluso *morochucos*. Con el catalejo de campaña que me regaló mi hermano por mi 17 cumpleaños la noche antes de mi nefasta boda, miraba hacia los jardines de lo que parecía una congregación religiosa, un convento. Conté veinte cuerpos envueltos en veinte sudarios blancos, alineados a la sombra de un largo soportal de piedra. En el jardín, ella cavaba. Era una joven fuerte y delgada con pañoleta en la cabeza. Vestía ropas de hombre al estilo de la Pampa y sombrero de montar de señorita. Abría con determinación la primera fosa.

—¿Cree usted en el amor a primera vista, don Carlos? —me preguntó Prihuelas sacándome de mis recuerdos.

—No creo en ningún otro amor.

—¿Fue así, Tana? —preguntó Sarriá—. ¿A primera vista?

Tana me miró con esa impertinencia azul e intensa, parecida al berbiquí de cirujana, y dijo:

—El amor a primera vista es un instinto, una reacción química, animal, que se percibe con mayor rapidez dependiendo de la capacidad del cerebro para analizar posibilidades y aceptar estas posibilidades o rechazarlas en un segundo. No hay nada místico en ello, ni poético.

—Esta mujer acaba de hacer la necropsia de una mirada —dijo Sarriá.

Todos reímos. Jaime y ella se retaron unos segundos y pensé en Francisco. Enseguida volví de nuevo al presente de manos de Prihuelas.

—Déjeme ver si la sigo —intervino el sargento—. Cuando mejor funciona un cerebro, más rápido se enamora uno.

—Es una teoría, sí.

—¿Los lerdos no sufren flechazos?

—Digamos que los inteligentes se enamoran más deprisa.

—Qué interesante, aunque me inquieta saber que siempre he sido un mentecato para el amor —añadió Prihuelas.

Reímos de nuevo. Reíamos mucho cuando estábamos juntos. Reír refresca el alma. En ninguna parte del mundo me he reído tanto ni he sufrido tanto como en esta isla. Tana siguió con su disección del amor:

—Enamorarse de un flechazo no es diferente de sacar el resultado de una compleja ecuación al primer golpe de vista. Los grandes hombres de ciencia se enamoran así, por instinto... A no ser que estén ocupados mirando por el microscopio. Por otra parte... lo hacen por motivos egoístas, pues se enamora el que lo necesita.

—¿Nadie se enamora sin necesitarlo?

—Uno no bebe un vaso de agua sin tener sed.

—El amor no es un vaso de agua —dije yo—. El amor es, por lo menos, un café.

Les hice reír. Jaime me miró con renovada simpatía y se volvió a ella.

—¿Y los grandes hombres... estos hombres inteligentes... por qué necesitan del amor? —le preguntó.

—Porque echan de menos una ayudante, el complemento a sus investigaciones, esa mujer que les arregle ropa, casa y comida, que dirija sus horarios, que incluso sea mecenas de sus locuras. Esa persona, en suma, a quien dejar admirada con sus masculinas genialidades. Cuando

termina la necesidad, ya sea de organizar un hogar o unos apuntes, las galeradas de un libro o el impulso de hacerse inmortal mediante la concepción de un hijo... el hombre pierde el amor. A esto sigue la herida de la mujer que descubre esta tragedia y la señora deja de admirarse del genio, rehúye al hombre y cesa el amor por partida doble. Acaba el amor, sí, y comienza el engaño. Así, en este teatro de falsedades, el rescoldo del amor, en venganza: mata, roba, envenena, asesina, o como poco, pide cuentas.

—Su mujer, don Carlos, es la persona menos romántica del planeta... y sin embargo, por su vehemencia, cualquiera puede ver que está muy enamorada. ¿Es posible que ella misma no lo sepa? —dijo Sarriá con lo que me pareció una pizca de dolor.

Tana trató de disimular su desconcierto. Exploré sus ojos de nuevo. Los vi sin armas, como dos cañones descargados. El policía había dado en la diana. Tana estaba enamorada. ¿De mí? ¿De él? ¿De los dos?

Recordé a aquel joven comandante, con un catalejo regalado por el hermano del alma que le birló el amor. Sin ese instrumento jamás la habría visto. Miraba a la muchacha en la lejanía, desde mi campamento, en uno de los lugares con más historia del planeta. Vilcashuamán, en el frondoso valle del río Pampas, tan parecido a Valldemossa.

—Nos conocimos cavando —dije como si no supiera que hablaba en voz alta.

Tana se estremeció al escuchar mis palabras.

—¿En dónde cavabais?

—En un lugar llamado Vilcashuamán.

Mi falsa mujer me miraba fijamente, con ojos brillantes. Su rostro cambió de tono, como si la palabra hubiera activado un viejo hechizo indio. Vilcashuamán. La tapa de la caja. Jamás pensó que volvería a escuchar una palabra que significaba tanto para ella. Se abrió la caja. Era el comandante. Escapaban los males de la Tierra. Estaba ante el fantasma del hombre que siempre la acompañaba. Su muleta. El bastón. Comandante de sus tribulaciones y recuerdo de su cojera y de su culpa. ¿Era eso amor? No, pensaba Tana. Perdía la seguridad. Vilcashuamán. Voló de nuevo junto a sus hermanas muertas. Ana, Raimunda, Pilar, Consuelo, Elena, Ascensión, Esperanza, Rosalía, María del Son, María de la Cruz, María de la Pasión, Herminia, Belén, Roberta, Pastora, Manuela, Susana, Juana, Josefina y Henar. Ella no murió porque en su espíritu rebelde había desafiado las normas. A pesar de las advertencias, del peligro que corrían, ella se había escapado hasta la vera del río, en plena noche, para ver la luna llena sobre las montañas. Allí lloraba a veces, emocionada por la belleza y se quitaba del cuello su crucifijo de plata para mirarlo con atención pues le traía recuerdos de un palacio italiano, del Ponte Vecchio sobre el Arno, de las esculturas de la Piazza de la Signoria y, sobre todo, de un padre con ojos de distinto color. A su vuelta, ya de amanecida, las encontró. Todas estaban muertas sobre un lago de sangre. Tana no sabía querer porque nadie que la hubiera amado seguía con vida. El pasado dolía. Yo le dolía.

Pensé que la cirujana desviaría la conversación, en cambio dijo:

—*Wilcahuaman* en idioma inca significa «halcón sagrado». Es una ciudad de Perú, edificada sobre las ruinas de los antiguos templos.

—Así es que cavando en Perú. ¿Qué hacían, arqueología? —preguntó Sarriá simulando ingenuidad. Hay que ver lo bien que pretende ser lo que no es, este amigo.

Miré a Tana. Ella a mí. Prihuelas y Sarriá esperaban la respuesta con interés.

—Esa sería una larga historia, señores —dijo Tana—, que nos alejaría terriblemente de este fascinante asunto del amor a primera vista. Dime, Jaime... ¿Cómo fue en tu caso?

—Teníamos el mismo preceptor. Yo odiaba las matemáticas y Fani, el latín, así que nos intercambiábamos las tareas por debajo de la mesa. Me enamoré de ella con ocho años.

—Tú le declinabas las rosas, le conjugabas el verbo amar... y ella te hacía las sumas. Precioso —dijo yo. Jaime y yo nos miramos como dos que se entienden.

—¿Lo ven? Es justamente lo que yo decía. El amor comienza cuando uno sufre una debilidad —dijo Tana—. Nos aferramos a aquello que necesitamos, que nos completa y da seguridad. Cuando cesa la necesidad, con la madurez, la autosuficiencia, acaba el amor. Al dejar de cojear, la muleta estorba.

—Lo pinta usted, señora, que dan ganas de salir por piernas, aunque sea a la pata coja.

Qué razón tenía Prihuelas. Tana nos tenía acoquinados. Yo me negaba a admitir una teoría tan terrible, porque hacerlo era perderla:

—La clave de mantener el amor está, entonces, en que nunca acabe la necesidad. O hacer de la necesidad virtud... —le dije.

—Ah, pero eso es tanto como decir que nunca debemos curarnos de una pierna rota. Que siempre hay que buscar ayuda para caminar.

—Querida Tana, me temo que has asesinado el amor para poder examinarlo bajo los escalpelos... —dijo Sarriá.

—Sin duda hay que matar para diseccionar —añadí yo.

—Habláis del amor como si fuera algo real. Igual que la felicidad, el amor verdadero no existe más que a ratitos sueltos.

—Lo que debe de ser vivir con esta dama, don Carlos —dijo Prihuelas.

—Y no sabe ni la mitad... —dije yo—. Por suerte, Tana aún me necesita, si no, ya se habría marchado con otro. ¿Verdad, querida?

—Las mujeres, por desgracia, necesitamos mucho más que los hombres porque se nos niega todo eso que ellos reciben sin pedirlo o incluso desearlo. Estudios, fortunas, poder, lecturas, montar a horcajadas, asientos cómodos en las iglesias, viajes, guerras, pantalones... Hasta se nos niega la charla después de una cena entre iguales. ¿Sabían que no se nos permite la entrada en la sala de fumadores del casino? Se supone que para que no rebajemos el nivel de la conversación... ¡Si hasta la legítima heredera al trono ha de ir a la guerra para gobernar!

—No todas las mujeres son como usted, doña Tana —dijo Prihuelas—. Si no le ofende que lo diga... Usted es casi, casi, un hombre.

—Pero no quiero serlo, ni lo soy, caballeros, aunque si lo fuera no requeriría un marido... Y por tanto, no necesitaría este dichoso bastón que es el amor.

Volvían los mareos, no quería que me notaran enfermo.

—Creo que voy a echarme un rato —dije verdaderamente agotado.

—Me uno a usted, don Carlos —me dijo Prihuelas.

—¿Es que no ven lo que digo? Las mujeres amamos y somos románticas porque no tenemos más remedio que buscar el bastón masculino que nos ayude a vivir en sociedad. Es en lo único en lo que realmente nos diferenciamos de los hombres.

Jaime Sarriá miraba a Tana como un hermano regañón.

—Has ofendido a tu marido y, con ello, casi puedo decir que me has ofendido a mí. Le has

llamado... bastón.

Yo añadí con todo el sarcasmo del que fui capaz:

—Al menos ha dicho bastón, mi querido Jaime. Ha dicho bastón y no garrote.

Prihuelas debió abandonarnos para encargarse de los asuntos policiales en Palma y nosotros tres nos levantamos temprano y nos dimos a la vela desde Sóller cargados de perfumadas naranjas, como hacen los navegantes transoceánicos para combatir el escorbuto. Teníamos dos días de travesía por delante. Rumbo a Porto Cristo, Sarriá iba nombrando cada monumento natural, porque este hombre ha memorizado las bellezas de su isla. A veces fondeábamos en la garganta de esos puertos excavados por los cíclopes y mientras borneaba el barco merendábamos en cubierta. Jaime y yo nos hablábamos en la jerga de mar, que es un idioma aparte, y poníamos a Tana al borde del colapso. Le tomábamos el pelo, ella fingía enfadarse, reíamos, y así. Navegar con Jaime era como estar con mi hermano, y siguiendo la analogía de la forense me preguntaba si no había sentido yo un flechazo al conocerlo. Un flechazo de amigo, de compañero de embarcación, de necesidad, para llenar el terrible vacío que había dejado Francisco. Jaime le tomaba el pelo a la cirujana a menudo. Le gustaba ofuscarla con cosas como esta:

—Tengo que entalingar... Bornea el balandro y es molesto... ¿No te parece que bornea, Carlos?

—Sí, sin duda bornea —decía yo.

—¿Qué? —gemía ella.

—Cirujana, amarra la guindaleza.

—¿Cómo?

Cómplice con Sarriá, yo seguía la broma:

—Ahí, junto a la gatera... Con un ballestrinque. ¿Esa guindaleza, Jaime, seguro? —decía yo inventando situaciones náuticas improbables—. ¡A ver si vamos a garrear...!

Jaime aguantaba la risa y me contestaba otra patochada mientras Tana giraba la cabeza de un lado a otro hasta que decía:

—¿Qué pasa?

—¡Garrear, ¿no te digo?!... —me abroncaba de broma Jaime en nuestro teatrillo—, ¿no querrás que amarremos el chicote del calabrote al anclote...?

Y Tana seguía mirando a todas partes hasta que nos reíamos aguantando las lágrimas mientras ella nos creía mentecatos.

—Estoy en China y tenéis doce años —decía ella dándonos por imposibles, y nosotros nos mirábamos con la complicidad de una pareja de mus y luego le explicábamos lo que era un cabo y en qué se diferencian unos de otros, y lo que son las *amuras* y qué es el *abatimiento* del buque o un barco *apasionado* o estar al *socaire*... y ahora me pregunto si Jaime, Tana y yo no nos convertimos en esa travesía en los tres cordones que se enroscan a ese cuarto hilo central que se llama *el alma* para formar los fuertes cabos, que son las venas de un barco y que, cuando menos te lo esperas, te salvan la vida.

Durante la travesía me enamoré también de Mallorca. Jaime saludaba por el nombre a cada pescador o marinero con el que nos cruzábamos y nos describía con anticipación la ensenada donde esperaba fondear, pues las calas son para él como las mujeres, todas de mar pero ninguna

igual que la anterior, y con cada una de ellas Jaime tenía una anécdota, una historia de amor, un desliz o una aventura. Divisamos los desfiladeros de Sa Calobra, donde desemboca el Torrent de Paréis, los dientes de sierra de granito de la cala de Sant Vicenç, cuya arena parece el serrín dejado por algún dios tras una épica construcción. Este dios desordenado se olvidó allí las herramientas, pero hay caos perfectos y se lo perdonamos ante la belleza de esta cantera de turquesas submarina. Al día siguiente, nos separamos de la costa para rodear cabo Formentor, mascarón de proa del valiente barco fondeado que es Mallorca... horas más tarde, morenos de vida, henchidos de mar, con las camisas de algodón de nuevo al viento, entre palabras de mi infancia como *embicar*, *trasluchar* o *ceñir*, vimos de lejos Pollença empleando el famoso catalejo que ahora era de Tana. Pollença, una belleza en la que me habría gustado detenerme para investigar sobre los De Nácar. El pueblo de mi amigo Garamande, donde quizás aún vivían su madre y su hermana Catalina. Esa muchacha a la que yo conocía por las dulcísimas canciones que mi amigo entonaba entre toques de corneta. Con el mismo catalejo perfilamos Sa Mantellina, Alcúdia, Son Serra de Marina, Cala Ratjada, la Costa dels Pins, Cala Millor, Cala Petita y al fin... tras nuestra circunferencia, Porto Cristo.

Son Perelada, la heredad del policía, era una finca entre retorcidos pinares cercana al mar. Nada más entrar, nos recibieron las carcajadas de un niño rubio como un sueco y blanco como su madre. Lucía los mismos hoyitos del padre, con la diferencia de que el pequeño iluminaba el día constantemente mientras que la sonrisa de Sarriá se hacía, muchas veces, de rogar. Al niño, que no hablaba mucho porque solo tenía año y medio, claramente le gustó Tana. Nada más verla se agarró con sus manitas a las faldas de la cirujana para ponerse en pie.

—Os presento a Esteban. Mi hijo.

Por fin entendimos a qué habíamos ido a Son Perelada. Estábamos allí para conocer a Fani, pues claramente, Jaime la buscaba en los cabellos rubios de aquel pequeñín que se criaba entre niños sanos de campo con un preceptor de latín, un ama de cría francesa y toda la arena de playa que sus lindas manitas pudiesen abarcar.

Al cabo de un rato, me disculpé y le pedí a los criados que me mostraran mi habitación, pues llevaba ya una hora fingiendo que seguía en pie. Mi falsa esposa y Jaime decidieron dejarme descansar y se marcharon a solas, a caballo, hasta las cuevas del dragón.

2 ¡Oh, vosotros que entráis, abandonad toda esperanza!

Siempre he querido creer que tenía una salud de hierro, así que cuando Echagüe me comunicó que no tenía cólera, que alguien se había esmerado en envenenarme con arsénico, me alegré. Qué tontería. El médico me confirmaba la muerte próxima y, sin embargo, yo me alegraba de que no fuera a causa de mi propia debilidad sino por culpa de una mano ajena.

Entre el monje que no era realmente un monje desde la desamortización y Alberto me sacaron de mi celda en Valldemossa y me pusieron sobre un colchón en un carro. El cirujano fruncía el entrecejo, convencido de que me moriría antes de llegar a Palma. Yo solo quería ver a Tana una vez más y ni me planteaba la posibilidad de que no le permitieran salir de su encierro para decirme adiós. Un beso. Un único beso. O ni siquiera un beso. Un abrazo. Creo que el verdadero amor está en los abrazos, el temblor interno de un círculo impenetrable, muralla defensiva de emociones asustadas. Los abrazos son dos corazones que se hablan y se escuchan al mismo tiempo a través de las paredes de dos cuerpos.

Llegamos a una pequeña cala de la que no sabíamos el nombre. La vista del barco de Sarriá allí fondeado al abrigo de las rocas me dio alas para seguir. Un barquero ayudó a Echagüe y entre los dos, no sé aún cómo demonios, lograron meterme en la chalupa que nos llevó hasta el balandro de mi amigo.

—¿Tienes fuerzas para leer? —me dijo Jaime.

—Depende de si es un periódico o es mi testamento.

Alberto rio por primera vez en todo el camino.

—Es una carta de la cirujana.

—Eso ni se pregunta.

—Pues toma. ¡Nos damos a la vela, Echagüe! Caza cabo, larga el foque... Rumbo a Palma.

La carta de Tana era extensa, pero estaba escrita con una letra clara y precisa.

Querido Carlos,

Mientras espero el juicio, solo puedo pensar en ti. Las visitas se suceden, no me dejan sola. Hablo con Gabriel... de ti. Viene a verme la marquesa... hablamos de ti. Hablo con Pablo... de ti. Me visita Alberto... por ti. Jaime, que no ha faltado una mañana ni una tarde y que más parece mi abogado que un amigo, se ha hartado de que hable tanto de ti y nos quiere tanto que ha decidido traerte a mi lado. Aguanta, por favor, no se te ocurra dejarme antes de que pueda besar tus labios otra vez... pero por si acaso las cosas se tuercen y nos fastidia de nuevo el destino, quiero decirte que me arrepiento de muchas cosas. La primera, de no haberme hundido entre los brazos de un sucio comandante una tarde polvorienta en Vilcashuamán. Me arrepiento de no haberme enfrentado al mundo con la verdad y dejar que los hombres me juzguen o maltraten conforme a mis auténticas virtudes de mujer, cirujana,

médico, ciega o esposa. Me arrepiento de no haberte besado en Sóller, evitándote una dura noche entre mantas en el suelo de una inmunda fonda. Me arrepiento de no haber hablado más claro.

¿Recuerdas el día que llegamos a Porto Cristo? Tú ya estabas muy enfermo, pero igual que te lo ocultabas a ti mismo, yo me ocultaba el amor. Jaime, en su inmensa generosidad, quiso enseñármelo. Esa mañana fuimos a visitar el lugar mágico donde uno puede ver la suciedad del alma reflejada en la pureza de un inmenso lago subterráneo rodeado de silenciosos órganos de iglesia petrificados. Se llaman las cuevas del Drach y es un monumento a la eternidad o la guarida de un dragón que en esa impenetrable oscuridad debe de estar ciego. Yo lo estaba y Jaime me puso la luz de su tea ante los ojos. En aquella solitaria cueva del Drach, donde nadie pisa jamás, junto a ese espejo negro, iluminados por temblorosas llamas, Jaime Sarriá me mostró lo que para él era el amor.

Caminábamos entre gruesas columnas con forma de platos apilados o de hongos, o de lluvia detenida en el aire por un encantamiento. En ese lugar se pueden tocar los milenios, medidos en gotas de agua. Si el tiempo tuviera cuerpo, sería este reloj de piedra.

—Esto es lo que te quería enseñar —me dijo Jaime.

Sarriá me mostró una estalagmita y una estalactita que parecían a punto de tocarse. Para que ambas se unieran quedaba tan solo el espacio para introducir un dedo.

—Fani y yo veníamos aquí cuando éramos niños. Solo juntando nuestros dedos podíamos completar la columna. En treinta años, los dedos crecieron, pero este hueco apenas se ha cerrado. Quién sabe si tardará doscientos años o dos mil en hacerlo... Algún día ocurrirá, pero yo no lo veré y ahora, para completar la columna, solo cabe mi dedo. Fani decía que no eran una estalactita y una estalagmita, sino dos amantes condenados a estar separados, que a fuerza de lágrimas, al fin, pasados los siglos, purgado el pecado de no haber reconocido a tiempo su amor, lograrían unir sus cuerpos para siempre.

Me estremecí.

—Fani era realmente especial —logré decir, celosa de unos sentimientos que aún hoy soy incapaz de abarcar.

—El amor no es una necesidad que nace de la debilidad, cirujana. Tú nunca has sentido el verdadero amor. Hay quien cree haberlo conocido y reniega del amor y dice que es dolor... pero en ese caso es lo que tú dices, no se trata de amor, sino de egoísmo. El verdadero amor nunca duele. No duele porque el verdadero amor ni espera ni antepone ser correspondido. El verdadero amor nace de la fuerza y es acción. El amor simplemente es... un baile. Si lo hubieras conocido, sabrías todo esto.

—Puede que lo haya sentido, lo haya tomado por debilidad o enfermedad y me haya empeñado en curarlo...

—Aquel soldado... el desertor carlista...

—¿Qué pasa con él? —le pregunté temerosa de que hubiera dado con nuestro secreto.

—Me han enviado informes sobre él. Seguí investigando.

—¿Por qué lo hiciste?

—Tenía curiosidad. Era una gran persona. Un héroe de varias guerras. Hijo de familia noble. Imagino que no lo sabrías pero... estaba casado.

—¿Qué?

—Estaba casado con una mujer llamada Irache de Gante. Le habían dado por muerto tan solo un par de meses antes de su llegada a Mallorca, así que he preferido no explicarle a una pobre viuda desolada que su marido era en realidad un desertor. ¿Crees que hice lo correcto? Necesito tu consejo.

—Hiciste lo correcto. Eres un buen hombre, Jaime Sarriá.

Mi querido Carlos, ¿ves?... Todo eso me dijo Jaime, haciéndome temblar por dentro. En el fondo, ya sabía que te quería como dice él, sin egoísmo, pero no era aún capaz de verlo. Aún me cuesta, soy nueva en esto. Solo sé que no me importa quién seas, ni tus guerras, esposas o pasados. Ahora me siento como ese carámbano de piedra blanca, que a fuerza de lágrimas trata inútilmente de alcanzarte y cada noche, mientras me esfuerzo por entender cómo salvarte, me digo que nunca es demasiado tarde. Déjate llevar por Jaime, Alberto, nuestros amigos, por el mar, hasta mis brazos. Ellos ya conocen todos los secretos y se los callarían hasta la tumba por protegernos. Te quiero. Ven pronto, mi comandante. Sea lo que sea esto del amor, yo solo sé que te quiero.

Cuando terminé de leer la carta de mi falsa esposa y mi verdadera amante, volví mis ojos a aquellos hombres que darían su vida por Tana. Por sus distintas formas de mirarme, supe a ciencia cierta cuál de los dos me sustituiría a su lado. Es raro, me alegré por ella y también por él.

Una vez más mezclo los tiempos. Como narrador soy impaciente. Volvamos a Palma, al regreso de nuestro viaje por la isla.

Llegábamos a puerto renovados, más morenos y con ganas de resolver todos los crímenes y misterios de un plumazo pues Sarriá tenía razón y de alguna manera inconsciente habíamos ordenado los pensamientos navegando. Al entrar en la rada, avistamos enseguida Can Belfort y fue Tana quien me dijo al oído que solo desde ese ángulo podía verse la ventana de la habitación verde. Esto inmediatamente me dio una idea:

—Jaime... ¿Y si la caída en la escollera no fue un accidente?

—¿Qué caída?

—Estoy pensando que Abel de Nácar no parecía el tipo de persona que pega un tropezón y se cae cinco metros por torpeza... ¿Y si lo empujaron?

—Sí... pinta bien... pero ¿por qué no lo denunció?

—Porque sin duda conocía a su atacante... No quería un escándalo... quizás una amante, una amiga, una cómplice en un robo...

—Piensas en la pelirroja...

—Es extraño que el hombre más acaudalado de la isla quisiera robar la plata de la marquesa —dijo Tana.

—Recuerda el embudo de oro. Lo tenía Abel...

—Y solo un rico tiraría al mar un saco de plata —añadió Sarriá.

—Estoy de acuerdo... Si hubiera testigos de esa caída...

—El mejor punto de vista es este. Desde el agua.

—¿Quizás algún navegante vio algo! —dijo Tana alegre—. ¡Un pescador, o un pasajero de un barco! Cuando la gente viaja en barco siempre va mirando a la costa.

—Correré la voz. Merece la pena intentarlo.

Aunque no era domingo, Tana recibió un paquete. En realidad, una maleta. Pensando que se trataba de algún instrumento que había encargado a Barcelona, yo mismo lo llevé a su despacho. Se quedó a solas y, al abrirlo, halló dentro la triste mochila de un soldado con un anagrama bordado por la amorosa mano de una mujer. Las mismas iniciales que estaban grabadas en su catalejo de campaña:

—F. J. Mayor y Sans —dijo en voz alta.

Sin duda se lo enviaba Jaime. Tana abrió la mochila y de ella sacó mis más preciados objetos. Los mismos que yo creía perdidos para siempre. Seis cuadernos de diarios, un tubo de mapas, la miniatura pintada por mi padre de una hermosa condesa: mi madre.

Tana había echado el cerrojo de sus sentimientos hacia mí al enterarse de que el desertor era un hombre casado. Yo la notaba más distante, apenas cordial, y cada día que pasaba me temía con más fuerza que andaba enamoriscada de Alberto o de Jaime, sobre todo de Jaime. Ahora ella tenía los diarios en los que encontrar respuestas... pero, por desgracia, no era una entrometida y aunque por un segundo acarició la idea de leer mis pensamientos en busca de esa otra mujer, no lo hizo. En cambio, sí abrió el tubo de mapas. En él encontró mis dibujos de la guerra. Los verdaderos amigos que siempre me acompañaron: indios guapos y feos, Garamande y su corneta de llaves, muchachos vivos o muertos, sonrientes y desdentados, un fusilamiento, campos de batallas perdidas y generales con plumero, tres capitanes borrachos junto a una hoguera, un monje dando la extremaunción... y el cirujano de campaña, con un ojo de cielo y otro de mar, armado con su bisturí y el torniquete. Al darle la vuelta al retrato en busca de información, Tana leyó: don Cayetano de Nácar.

Salíamos de revisar una polacra con patente sospechosa de cólera. Como forenses de Palma era nuestra responsabilidad desviar al lazareto a aquellas embarcaciones que pudieran transmitir plagas o enfermedades. Jaime Sarriá nos esperaba en el muelle.

—¡Ha dado frutos! —dijo sonriente mientras nuestros zapatos golpeaban la pasarela de madera.

—¿Qué ha pasado?

—Revisé la salida de los buques de ese día, y en la hora a la que Abel de Nácar caía en la escollera había tres barcos, uno entrando en la bahía y dos haciéndose a la mar. Uno de ellos, el *Desquite*, destinado en la derrota de Valencia a buscar a los quintos...

—El *Desquite* ha arribado esta mañana...

—Y el oficial de la tropa vio a un hombre y una mujer discutiendo y forcejeando junto a la escollera, así que...

—¿Y bien?

—Y bien... ¿Qué?

—El hombre sabemos quién era... ¿Y la mujer?

—Ah, ni idea.

—¿Pero ha logrado describirla? ¿Dar pistas?

—No lo sé. Vengo a...

—¿Entonces?

—¡Entonces nada, carajo!... ¡Si me dejáis acabar de hablar, os podré decir que este militar está en el barco, que es un comandante del destacamento, que aún no he hablado con él, que es Prihuelas quien lo ha encontrado y que vengo a interrogarlo!

—¿Podemos ir contigo? —dijo Tana entusiasta.

—¡Pues claro!

Siempre que me acercaba a una guarnición o a cualquier lugar en el que se concentraban militares, me ponía nervioso. Tras veinticinco años de guerra en guerra, uno se ha encontrado con tantos rostros que la frase: «¡Mi coronel, ¿me recuerda? Serví a sus órdenes en Tegucigalpa... Mi capitán, ¡qué casualidad! Estuve a las órdenes de su hermano en Espinosa de los Monteros! ¡Mi general, qué días aquellos de Rioseco! ¡Mi teniente, lo he visto y no he podido dejar de saludarlo! ¡Mi cabo! Mi lo que fuese», era inevitable... La suerte de tener un hermano gemelo estaba en que si el encuentro era incómodo, siempre podía uno decir que no, que uno era el otro, pero la otra cara de esta moneda era precisamente que la moneda tiene dos caras y que a uno no solo lo reconoce un regimiento, también lo identifica el del hermano.

Con pies de plomo y mirada baja, seguí a Jaime y Tana a bordo de la fragata de guerra. Me animaba saber que estaba llena de quintos y habría en ella pocos oficiales. Las cuadernas olían a vinagre y alquitrán y ese aroma me llevó a los recuerdos de un coronel al que a veces quería olvidar. El que ya no soy, el que fue suplantado hace tanto, tanto tiempo, que apenas puedo recordar. Al bajar hacia el interior del buque otro aroma me invadió de melancolía: el del tinte de los uniformes nuevos de los soldados. Haciendo a un lado las viejas fragancias, penetramos en la oscuridad del comedor de oficiales. Allí había un capitán y lo que yo más temía: una cara conocida. En el escalafón de caras conocidas, yo la clasificaría en la categoría de caras archiconocidas. El comandante de la tropa se llamaba Antonio José de la Piedra. Un nombre así no se olvida. Un hombre así tampoco. Este muchacho, de soldado, me había metido un tiro en la espalda. De eso haría ya unos ocho años. Antes de que pudiera gemir de sorpresa, le estreché la mano con entusiasmo y gritándole como si fuera sordo, dije:

—¡Carlos Ayuso, jefe forense de Mallorca!

—Señor... —acertó a decir el oficial, que me había reconocido de inmediato y creía estar viendo un fantasma. Yo se la apreté con fuerza y lo miré a los ojos, hablándole con las señas del mus. El hombretón entendió y respondió.

—Comandante De la Piedra a sus órdenes. Un honor conocerle mi... forense.

Tana se percató del extraño momento, pero por suerte Sarriá estaba ese día algo distraído, ya contaré por qué.

—Díganos, comandante... —preguntó Jaime—. ¿Qué es lo que vio usted hace un mes?

—Un hombre y una mujer hablaban junto a la escollera. Ella le daba muchas explicaciones, gesticulando con las manos y él negaba con la cabeza y movía el dedo así...

El comandante sacudió el índice de adelante atrás, como se hace a veces cuando se regaña a un niño, y siguió contando su historia.

—Ella se arrodilló en el suelo, implorándole. Él la levantó sujetándola de los antebrazos.

—¿Había violencia en su comportamiento?

—No.

—Dígame una cosa, comandante... —intervino Tana—. ¿A usted qué impresión le daba la escena? Un momento, no conteste, déjeme que le explique mejor lo que quiero decir... Cuando uno observa algo así, una escena entre dos que discuten, uno trata de adivinar, ya sabe, uno se dice: «anda, mira, unos novios que discuten, o vaya... dos hermanos que pelean...».

—Ya la entiendo, señora. A mí me parecieron un padre y una hija.

Sarriá se quedó tieso. Nunca antes le había visto perder el color de esa forma.

—¿Por qué tuvo esa sensación? —acertó a decir.

—Pues no lo sé. No digo que fueran padre e hija... es lo que yo compuse en la cabeza, como dice la señora. Ella parecía suplicarle algo y él trataba de convencerla a ella de que no a lo que fuera aquello que ella solicitaba con vehemencia.

—¿Por las buenas o por las malas? —pregunté.

—Yo diría que por las buenas pero con firmeza, mi... forense.

—Y dígame una cosa... ¿Lo vio usted caer? —inquirió Sarriá.

—No. No vi cómo acababa la cosa.

—¿Podría describir en algo a la mujer? Ya sé que estaba usted lejos... —le dije yo.

—Lo siento mucho mi... forense. Solo puedo decirle que llevaba una capa roja con capucha. Eran personas de clase alta. Él me pareció mayor, pero fuerte, ella joven y más bien flojucha.

—Ha sido usted de gran ayuda... Muchas gracias, comandante —dije yo guiñándole un ojo.

De camino a nuestros quehaceres, estudiamos la situación. Tana estaba empeñada en que había que interrogar a la dulce Sara. Jaime seguía lívido y no quería saber nada del asunto. Discutían.

—¡Que este comandante diga que a él le parecieron padre e hija no significa...!

—Solo he dicho que le pregunes a su doncella si Sara tiene una capa roja.

—¿Y qué excusa le pongo? ¿No entiendes que la sola sospecha de que ella arrojó a su padre en la escollera puede arruinar para siempre su reputación?

—Es que a lo mejor lo arrojó... y luego lo mató con cianuro...

—No lo hizo.

—Pudo hacerlo.

—No lo hizo.

—A veces estas mosquitas muertas...

¿Noté un punto de celos en la voz de Tana? Sí. ¿Presentía lo que estaba por venir? No lo creo. ¿Se enfrentaba a Sarriá por instinto? Imagino.

—Deja ya en paz a Sara de Nácar. Ella no empujó a su padre y lo sé y no quiero decirte por qué lo sé.

—Solo hay una manera de que estés tan seguro y solo hay un motivo por el que no quieras decírmelo...

—Dejémoslo...

Tana acosaba a Sarriá. Yo me ponía celoso.

—A la hora en que Abel de Nácar caía en la escollera... tú estabas con la pálida Sara de

Nácar.

Pasé de los celos a la sorpresa en un segundo.

—¡Está bien, confieso! Es cierto. Estaba con ella —dijo zanjando la cuestión. Yo me sorprendí aún más. Después, Sarriá apretó el paso y se perdió por las callejuelas en dirección a su casa. Miré a Tana. La mezcla de sentimientos que leí en sus ojos se me clavó fuerte en el alma, pero lo peor fue ver que se marchaba en pos de Jaime, dejándome plantado junto a la catedral. Miré hacia la Seu. Dicen que cualquier día la fachada principal se va a derrumbar. Las grietas de la pared confirman algo que anuncian todos los expertos. Un temblor, un temporal y adiós catedral. Por un instante pensé, ¿y si se cae ahora y me mata como mató el muro de mi cárcel al general Mariño? Una voz del pasado vino a rescatarme de mis ruinosos pensamientos.

—Mi coronel... —me dijo el comandante De la Piedra—. He esperado hasta ver que estaba usted solo.

—¿Dónde podemos hablar en confidencia? —le dije.

—Podemos entrar a la Seu —sugirió.

—¿Usted ha visto esas grietas? De la Piedra, con un nombre como el suyo, eso sería, cuando menos, suicida. Mejor cojamos aquella calesa, dije mirando hacia un cochero que esperaba clientes haciendo calceta.

Tana alcanzó a Sarriá llegando ya a su casa. Él no quería hablar más del asunto, y menos con ella, pero no sabía negarle nada. Jaime se veía en secreto con Sara.

—No hacemos nada malo. Me habla de amor. Me lee poesías que escribe...

—Para estar tan preocupado por su reputación me extraña que no hayas caído en la cuenta de que verte a solas con una muchacha de diecisiete años no pinta bien a ojos de cualquiera.

—Aún estoy de luto pero hoy le he pedido que se case conmigo y ella ha aceptado.

Tana soltó una carcajada.

—Si supieras lo que te acabo de entender...

—¿Qué?

—Que vas a casarte con Sara de Nácar.

—Es justo lo que he dicho.

Tana sintió una daga. Le faltó el aire. Por supuesto, disimuló su desconcierto, aunque lo disimuló fatal, pues se aferró a su cruz y Jaime conocía bien sus manías.

—Carlos y yo lo habíamos adivinado pero nunca... pensé... en fin. Estábamos seguros de que te habías enamorado de ella el día en que la salvaste de aquel desmayo en el Borne... El día que se comió mis hojaldres favoritos en casa del anticuario...

—No, no... Crees que sabes, pero no sabes nada.

—Que sí, que ese domingo estabas rarísimo, recitando a Dante en italiano, acuérdate, tú allí, destrozado sin hojaldres, a las puertas del infierno...

—Ese día ya llevábamos dos o tres meses viéndonos. Es una muchacha muy inteligente pero terriblemente frágil. Su madre los abandonó cuando era niña, su padre siempre la ha atado muy corto... y se ha enamorado de mí y yo...

—Ah, por supuesto... Resuelto el misterio del perfume de jazmín.

—¿Cómo?

Tana rio. Quería alegrarse por él aunque no podía.

—El día que te conocí en Can Belfort lo primero que me pregunté es por quién te ponías ese agradable perfume a jazmín.

—No se te escapa nada, sabuesa —dijo él pensando que ella no sabía nada de nada.

—¿Estás enamorado?

—Yo pensaba que quizá la quería... Creía que sí, en gran medida... Y el día del anticuario... Cuando la cogí en brazos... Al ver los crisantemos... No, déjalo.

—¿Qué crisantemos?

—No sé explicarlo.

—¿Qué es lo que te trastocó así ese día en el anticuario?

—La c... c... El presentimiento.

—¿Qué presentimiento?

—Tuve un presentimiento y una revelación. El presentimiento ya os lo expliqué. Que sé, sin saberlo, quién mató a la podenca.

—¿Y la revelación?

—Que no quería a Sara. Que había estado jugando con sus sentimientos. Que deseaba el calor de otro cuerpo contra mis costillas... Que estaba enamorado de otra mujer.

—¿Qué mujer?

—Eres muy pesada.

—Yo nunca me enamoraré ni me he enamorado, pero eso no me impide dar buenos consejos.

—Como detective de asuntos propios dejas mucho que desear.

—De asuntos... ¿propios?

—*Los días noches son, si no te veo, y cuando sueño en ti, días las noches.*

Tana le miraba aún sin comprender.

—¿Citas a Shakespeare?

—Aunque no lo parezca, soy mucho más shakespeariano que dantesco. Creo.

Ella seguía mirándolo con intensidad y total ingenuidad. Sarriá se exasperó.

—¡La mujer eres tú, cirujana!

Tana se cayó del guindo con tal batacazo que a punto estuvo de partirse la boca. Sintió una extraña mezcla de sentimientos. Culpa, alivio a sus celos, alegría, desgracia, pena, ganas de besar a Jaime y de echarse en sus brazos, necesidad de tomar un jerez o, como poco, de tomar asiento...

—Tenías razón, mejor era no haberlo dicho.

—Porque..., ¿estás casada?

En ese momento Tana supo dos cosas. Que le importaba la felicidad de Jaime más de lo que jamás había podido sospechar y que él lo sabía absolutamente todo.

—Fani es la mujer de tu vida y siempre lo será, así que... todos estamos casados.

—Unos más que otros —dijo él muy sereno.

Jaime la miró hablándole con su silencio. Era un caballero elegante y discreto, pero solo le gustaba pasar por tonto cuando quería él y este no era el momento de aparentar ignorancia. Ella se dio cuenta de que hasta ahora le había mirado sin ver. Con prejuicios y tonterías.

—Te he subestimado desde el primer día, ¿verdad?

—Diría yo que sí —respondió valiente, aguantando la emoción—. Hagamos una cosa. Olvidemos esta conversación. Yo solo quiero que todos estemos bien. Quitémonos de en medio

estos crímenes y tan farragosos sentimientos, y sobre todo las mentiras. Ayúdame, Tana, no luches contra mí.

—Busca en su pasado.

—¿Cómo?

—Si quieres resolver la muerte de Abel de Nácar busca en su pasado. Ahí hallarás la clave.

—¿Cómo estás tan segura?

—Un crimen es el final de una historia, el colofón, no su principio. Para llegar a entender los crímenes de la pelirroja y de Abel de Nácar hay que buscar en el pasado. La vida de un hombre tan rico, que, sin embargo, no nació con cuchara de plata, no ha de tener desperdicio.

Esa noche en Can Belfort cenábamos en silencio, enterrados en nuestros pensamientos. Ella rememoraba su conversación con Jaime, atrapada entre dos corazones, y yo la mía con el comandante De la Piedra.

—Comandante, necesito que envíe recado a San Sebastián, pero nadie debe enterarse. ¿Podrá hacerlo con discreción?

—Mi coronel, en el cuartel tengo palomas mensajeras entrenadas para llegar a los principales puertos de España. Puedo enviar un mensaje y hoy mismo llegará a su destino.

—No me ha preguntado qué hago disfrazado de forense.

—Antes de eso le habría preguntado qué hace usted vivo. Todos en el regimiento creían que lo había matado su hermano tras aquella batida cerca de San Sebastián. ¡Yo estuve en su entierro!

—Ya... es una larga historia.

—Que no me incumbe, señor. Yo por usted hago lo que sea y a ciegas. Si me lo permite, mi coronel, debo decirle que me siento muy afortunado de poder, al fin, después de tantos años, resarcirle.

—Fue sin querer, comandante... deje ya de culparse por aquello.

—Sin querer o queriendo, la cosa es que estuvo usted a la muerte y el tiro salió de mi fusil.

—No fue para tanto.

—Le dieron la extremaunción.

—Es verdad. Sí fue para tanto.

Volví del recuerdo de mi conversación con Antonio José de la Piedra a un asado que perfectamente podía haber llevado el mismo apellido. Cada día estaba más débil y empezaba a sufrir hasta para cortar el cordero. Mi falsa mujer seguía en silencio, pensando en los labios de otro hombre, o los de todos, o los de nadie. Tras la cena, nos retiramos a nuestros aposentos. Antes de desaparecer hacia la habitación verde, me volví. Ella se cepillaba el pelo, mirándose en el espejo.

—¿De verdad piensas que el amor es el reflejo de una debilidad?

—Completamente.

—¿Y eso qué importa?

—¿Cómo?

—¿Qué importancia tiene ser débil, un poco, en algo, a medias? Lo único que importa es ser feliz.

—La felicidad no existe.

—En tu vida no, pero sí que existe en el amor.

Tana me miró de nuevo con ojos desarmados. Esta mujer es como el terrible frío del hielo, que de tan intenso quema, o el sordo ardor del hierro candente, que parece frío al contacto. La indestructible muralla de Tana es su mayor debilidad. Me decidí a besarla. En el momento en que mis labios tocaron los muros de su prisión, supe que tenía razón. Nunca me había sentido tan débil, expuesto, vulnerable, a tiro de las balas enemigas, pero era feliz en el río de su boca. Creo que la felicidad consiste en saborear por igual los segundos dulces y los tragos de quina amarga que reparte el reloj del día a día. Al separar nuestros rostros, las llamitas del candelabro se reflejaron en sus ojos azules. Parecían dos hogueras en el mar. Pensé en aquellas piras que encendían los bandoleros en las costas de la muerte para confundir a los barcos y hacerlos encallar con el fin de robar su cargamento. Dos fogatas en la costa... Las miré brillar fascinado, atraído hacia esas rocas... hasta que parpadeó.

—Hace quince años que te busco.

—Me encuentras demasiado tarde.

—Solo es tarde después de la muerte.

—Yo no sé vivir con los hombres. Tengo demasiado miedo.

—Déjame enseñarte.

Se apartó de mí. Bailábamos lentamente por la habitación.

—¿Por qué no me dijiste que conocías a Cayetano de Nácar?

—Él fue el cirujano que me salvó el brazo. Su instrumental era igual que el tuyo.

—¿Con cachas de nácar?

—Sí.

—¿Por qué viniste a Mallorca?

—Cayetano de Nácar no mató a su familia.

—¿Cómo lo sabes?

—Serví a las órdenes de un general que antes de morir me confesó que le habían pagado un saco de oro por guardar el secreto.

—¿Y qué más?

—No sé más. El general murió. Y también Abel de Nácar antes de que pudiera hablar con él del pasado y de su hermano. ¿Y tú? ¿Por qué viniste a Palma?

—Creo que fui niña en esta isla.

—¿No lo sabes?

—Saberlo, lo sé. Es solo que no lo recuerdo.

—Quiero besarte otra vez.

—No. Sería un grave error.

—Y no besarte sería una majadería.

La volví a besar. Noté que se deshacía en mis brazos, pero enseguida se heló de nuevo. Me creía casado y yo eso no lo sabía.

—Tú tienes tu vida en otra parte. Hay quien ya sospecha que no eres lo que pareces y debes marcharte pronto.

—¿Ya he cumplido mi función? ¿Me despides?

—Te lo he dicho, tengo miedo. La mascarada está a punto de terminar. Ya me he ganado la

confianza del jefe de la policía y, a excepción de don Braulio y del majadero de Sartorius, los médicos de Palma me aprecian.

—¿Quieres a Jaime?

—Yo no sé querer.

—¿Si supieras querer... le querrías?

Sonrió. Seguíamos bailando de un rincón a otro. Ella escapaba. Yo perseguía.

—Él contestaría con un verso de Shakespeare: *no he venido, señores, a robarles el corazón*.

—No se lo pregunto a él, sino a ti.

—Si supiera amar no sería quien soy y los que no me querríais seríais vosotros. Os atrae la conquista.

No deseaba indagar en esa nueva y compleja mirada. Me sentí incapaz de encontrar la llave. Llegué a pensar que no había cerrajero en el mundo capaz de abrir esa caja de acero en la que guardaba el corazón.

—Comprendo. ¿Cómo sabes que conocía a Cayetano de Nácar?

Tana abrió una maleta de cuero de gruesos correajes. De ella sacó mi mochila de campaña. O mejor dicho... La mochila de mi hermano.

—Esto es tuyo. No he leído los diarios pero he visto los dibujos. Son muy buenos. Debiste ser pintor y no soldado.

—Lo mismo digo.

Me alegré de recuperar mis cosas, le di las buenas noches y aún con el recuerdo de su boca en la garganta entré en mi secreta alcoba. Me dije que sus besos eran del sabor de la granada, que al principio es dulce pero luego amarga.

A la mañana siguiente, mi esposa había desaparecido. Una escueta nota anunciaba que se había embarcado a Valencia por unos días. Abrí mi viejo compañero, el diario, y comencé a escribir de nuevo. Me gusta hacerlo para explorar mi interior. «Dicen que en la vida hay un gran amor. Yo creo que no es así y que todos tenemos dos amores. El primero, que queda para siempre tatuado en el alma, y el segundo, que es algo maravilloso que no sé explicar. Igual que un padre quiere a dos hijos de diferente manera, no podemos poner nuestros amores en una balanza para decidir cuál es mayor. Son distintos, son los dos de verdad y hoy pienso que no podrían existir el uno sin el otro.»

Tras acomodarse en su alojamiento de Valencia, Tana se dirigió a ver al alcalde de las Torres de Quart. Aunque era una cárcel militar, habían encerrado allí al asesino para evitar las represalias de otros presos o carceleros.

Convertirse en una mujer a prueba de humillaciones había requerido muchas armas. El humor, la eficacia, las miradas asesinas y una sonrisa amable, sin coqueteo, que sin embargo nos enamoraba. Tana, en cambio, no sabía enamorarse, o sabía, pero con un bisturí imaginario extirpaba el tumor del amor antes de que creciera en su interior de forma irremediable. Viéndola ahora, frente a aquel hombre barbudo como el zamarro de un bandolero, al que no en vano llamaban «el Zamarro», un tipo de ojos negros, algo achinados, medio calvo, viejo pero fuerte, ajado pero ágil, violento, maligno y borracho, uno podía entender que para ella el amor fuese un lujo que no se podía permitir... o que no se merecía alcanzar. El rufián que tenía delante era el viudo de una prima de su madre. La tía Eladia. Este asesino había tenido a Tana bajo su bota y su vara durante tres años. De los siete años a los diez.

Como era mujer y ayudante del forense general de Barcelona, y como este forense, el verdadero Carlos, había colaborado desinteresadamente en la investigación de tan terribles asesinatos ejerciendo de perito judicial, el alcalde de la cárcel le permitió ver al preso. Faltaban solo dos días para la ejecución. Este hombre asqueroso y decrepito se llamaba Conrado Ventero y, haciendo flaco honor a su apellido, había regentado durante casi veinte años una fonda costrosa en la ciudad. Un lugar de aromas ácidos, pobre, nada honrado. El Zamarro, haciendo en cambio elevada apología de su apodo, había matado a tres huéspedes para robar sus pertenencias y después vender sus cuerpos a un profesor de anatomía.

Tana sostenía su mirada con dificultad. Después de tantos años, no era capaz de soportarla sin temblar por dentro.

—Estás muy guapa —le dijo él.

—Recibí tu carta y... aquí estoy.

—Yo recibí la tuya... la que me mandaste hace cinco o seis años...

—A la que no contestaste. Debías de estar ocupado violando y matando.

—A ti siempre te respeté.

—Sí... me respetaste a palos y a bofetadas, a trabajos forzados y a vejaciones. Tienes un extraño concepto del respeto.

—Podía haberte metido en mi cama. Dios sabrá por qué no lo hice. Eras flacucha y pequeña, supongo.

—No lo hiciste porque estabas en la cama de una puta con la barriga llena de ron. Solo un ser humano puede tener peor calaña que una bestia.

—Responderé a todas las preguntas que me hacías en aquella carta.

Tana aguantó la esperanza. Sabía que había sido inútil ir hasta allí en busca de información. Lo había olvidado todo, pero al mirarle a los ojos recordó bien al auténtico Zamarro. Sí, él conocía su pasado. Él sabía cómo se llamaba su madre, su padre, el tutor que la había llevado desde Italia a España para ponerla en brazos de su querida tía Eladia, pues a la muerte de esa maravillosa mujer, el Zamarro ocultó su desaparición para seguir recibiendo el dinero que su protector enviaba cada día siete de cada mes. No, Tana no diría nada, no mostraría su ansiedad por recuperar la memoria. No se hizo ilusiones. Esperó a que el rufián enseñara sus cartas.

—Sé muchas cosas. Solo tienes que ayudarme.

—¿Yo... ayudarte?

—Eres la mujer de un forense muy importante. Él testificó en mi juicio. Me dio la estocada final...

—Mataste a cuatro personas.

—Tres.

—También asesinaste a mi tía.

—Eladia me abandonó.

—Ella nunca se habría marchado sin mí.

—Puedo devolverte los recuerdos. Tus sueños italianos, todo. El nombre de tu verdadera madre. El porqué de tu orfandad...

—¿A cambio de qué?

—Sácame de aquí.

—Habla.

—Sálvame primero.
—¿Cómo se llamaba mi madre?
—Cecilia.
—Cuéntame el resto.
—Solo si me ayudas.
—No ayudaré a un asesino, y menos a ti.
—Te mueres por saber la verdad.
—Y tú te mueres mañana.

Tana se levantó, llamó al carcelero y se marchó atravesando la misma lluvia de silbidos y gestos obscenos de los demás presos que había soportado a su llegada.

Los criados no sabían nada de la habitación verde, así que durante la ausencia de Tana me había trasladado a su alcoba para que las sábanas no amaneciesen sin deshacer. He de decir que me gustaba dormir sobre su almohada, aspirando el aroma de una mujer que jamás ha usado una sola gota de perfume.

—No se puede ser buen forense y perfumarse —decía ella—. La colonia enmascara los olores. Cada veneno tiene un aroma: el cianuro a almendras amargas, el arsénico a ajos, la nicotina a tabaco..., las distintas enfermedades tienen sus aromas también... La fiebre de Malta, por ejemplo, se sospecha con facilidad por el olor a oveja del enfermo, un olor putrefacto es indicio de pus e infección...

—No eres una cirujana —le dije riendo—, eres un lebel.

Tana asintió, tomándolo como un piropo.

Desde su marcha a Valencia y mi cambio de alcoba, había recobrado bastante las fuerzas. No me mareaba, ni me flaqueaban las piernas y podía salir a mi tarea habitual, que no dejaba de ser un mero trámite burocrático, pues en esta isla la gente se quiere tanto que nadie se muere. Según pensaba esto, que todos se quieren, Gabriel, nuestro inquilino botánico, que ya era un habitual, entró en la casa, tosiendo como de costumbre, llamándome a voces, con una muchacha más gorda que un elefante pero preciosa como un ángel de Ghirlandaio. La criada Rosa le ayudaba. Era Celina y casi no podía caminar. Le habían dado una somanta de cuidado.

En estas situaciones es cuando realmente me doy cuenta de que no seré médico por elección, pero sin duda soy enfermero por accidente. Una cosa que hay en la batalla, a puñados, son heridas. De bala, cimitarra, espada, bayoneta o de cañón... las he visto todas, vendado, cosido y apañado como buenamente he podido hasta la aparición del cirujano o hasta la muerte del desdichado. Ahora que he de demostrar un talento que no creía tener, el oficio sale solo de entre mis vendas como si esto yo lo hubiera hecho toda la vida, y me doy cuenta de que es que... lo he hecho.

El estado de Celina no era malo y, a un tiempo, era terrible. Tenía el blanco cuerpo cuajado de cruces cristianas, sajas en la carne con cuchilla de barbero. Sin ser heridas profundas, eran los signos de una clara sesión de tortura de algún fanático religioso.

—¿Quién te ha hecho esto?

—No lo sé.

—¿Un cliente?

—No lo sé. Cuando me desperté ya las tenía.

—Estás mintiendo.

—¡Yo le juro que no sé quién me las hizo!

—¿Quién fue tu último cliente de la madrugada?

—No lo recuerdo.

—El que te ha hecho esto bien puede hacérselo a otra.

Gabriel, hijo de un boticario de los de antes, de esos farmacéuticos clásicos con bata de indiana, gorrito de algodón y lentes sin patillas, honraba la memoria de su padre preparándole a la puta un jarabe tonificante de Hongo de Malta, que dicen que detiene las hemorragias pero que yo nunca he visto que sirva para nada.

—Hay que coser alguna de estas heridas. ¿Puedes prepararle una infusión de adormidera?

—Volando voy.

Gabriel desapareció a su casita y a los quince minutos volvió con un bebedizo que consiguió lo imposible, volver a la enorme Celina ligera de cuerpo y pesada de alma. La muchacha quedó plácidamente dormida. Gabriel miraba la mole desnuda como un sediento un oasis. Pero un sediento elegante, de clase alta, que bajo ningún concepto habría dado nota de su ansiedad. Aquella piel blanca, llena de cortes sangrantes, siete u ocho cruces de penitente, parecía el extraño lienzo de un macabro Murillo... o el clásico lienzo tenebroso de cualquier artista religioso, pues las iglesias y las casas de alcuña están llenas de Sebastianes ensartados, San Pedros crucificados cabeza abajo, San Lorenzos fritos en parrillas y de sangrantes cabezas de San Juanes cogidas por los pelos.

En la noche, tras la infusión de quién sabe qué hierbas preparadas con tos, ciencia y amor, Celina tuvo fuerzas para levantarse y me explicó que Tana le había pedido que fuera su doncella y que deseaba quedarse en Can Belfort para siempre y servirnos y hacernos hojaldres. No lo puse en duda y acepté, sobre todo después de esta conversación:

—¿De dónde eres, Celina?

—De Pollença.

—¿No me digas? Oye, entonces... ¿Tú no sabrás de aquel crimen que sucedió hace más de veinte años...?

—¿El de Caín y Abel?

—¡El mismo!

—¡*Claaaarooo!* —dijo con una voz dulce, firme, fuerte, de mezzosoprano. Al hablar, Celina parecía cantar con pena como hacen en la era los labradores de Mallorca, que entonan unas baladas que son como un lamento dulce y resignado... con la diferencia de que ella le quitaba la pena con su sonrisa rústica y mallorquina y su fina piel de cortesana noruega.

—Don Cayo, que aún se dice en mi pueblo que ha sido el hombre más guapo que ha pisado la tierra, era bueno, generoso, cirujano como usted, don Carlos. Estaba casado con otra señora primorosa, que se llamaba Cecilia y tenían una niña que se llamaba... Se llamaba... Ay esta no sé cómo se *llamaaaaba*... Bien, lo que sucedió es que se declaró un brote de peste en Pollença y nadie podía salir ni entrar del pueblo. El doctor, que era un *saaaanto*, atendía a los enfermos, que por suerte no eran muchos, se encargaba de reclutar voluntarios y enfermeros, organizó un

lazareto... Un santo que todavía es famoso en la comarca. Mientras esto sucedía, Cecilia y la niña, que habían ido a Palma a... a no sé qué, se quedaron sin poder volver a Pollença para no contagiarse de la plaga y se alojaron en esta misma casa, en la habitación verde de Can Belfort. Aquí, claro, los visitaba el cuñado, que era el Abel de esta historia y que ya de entonces era el vecino de atrás... Abel... Ay el *Abeel*... que no era el hermano bueno, que no seguía el dictamen del nombre, que era el *liaaaante*, el *requeteliisto*, el *rencoroooso* y que en verdad no se llamaba Abel sino Avelino de Nácar. ¿Me siguen ustedes?

—Divinamente.

—A mí me tiene sin toser —dijo el joven don Gabriel.

—Lo que sucedió entonces fue que dos meses después o así, se acabó la peste y don Cayo vino a buscar a su familia... ¿Pero qué encontró? A su Cecilia en la cama... con su *hermaaaano*. El hombre se ofuscó, agarró el atizador de la chimenea —que cuentan que es una chimenea de mármol verde que es un monumento de elegancia y que es la razón del nombre de la habitación —, y ¡zatatamba!

—Zatatamba, don Carlos —dijo Gabriel.

Yo asentí. Me sabía la historia aunque no con tanto detalle. Mentalmente rogué que Celina supiera algo más de lo que ya me habían contado dos veces.

—¿Y luego?

—Luego don Cayo se marchó vagando por las calles hasta entregarse al cuartel de la policía y les dijo a los carabineros que había matado a su hermano. Cuando llegaron todos a la habitación verde, encontraron sangre por todas partes, en las paredes, sobre la chimenea, por todo el suelo, pero nada de cadáveres... un misterio *espeluuuuznaaaante*.

—¿Y la mujer... y la niña? —dijo Gabriel.

—Ni rastro. Ni de Abel, ni de las mujeres. Bueno, rastro sí, rastro de sangre. Los buscaron durante una semana. Por los campos, las acequias, los espigones... El asesino, encarcelado, estaba mudo, enloquecido o simplemente asustado, quién sabe, y como desde pequeño le llamaban Caín de broma porque al hermano lo llamaban Abel... pues con el sambenito se quedó y cuando salió de su estupor y dijo que era inocente, pues ya nadie le creyó porque, verán ustedes, dicen que el hábito no hace al monje, pero un *cualquiera* vestido de monje engaña muchísimo y un hombre bueno, llamado Caín, también.

—Cuánta sabiduría hay en el pueblo —me dijo Gabriel admirado.

—No hay romana en la tierra para medirla —repliqué—. ¿Y después...? Sigue, que nos tienes en vilo.

—Después pasó lo que conoce toda Palma, que volvió de la mar el hermano con la cara rota en dos mitades y dijo que los mató a todos don Cayo, y hasta don Cayo empezó el pobre a dudar de su salud mental cuando un muchacho de la isla testificó que él había encontrado su balandro lleno de sangre y ropas de las muertas y dijo que, sin duda, alguien se lo había llevado esa noche para arrojar los cuerpos mar adentro...

—¿Este muchacho... se llamaba, por un casual, Lucas Mariño?

—¡El mismo! Era buen chico, estudioso pero pobre y contrabandeaba con su balandro entre las Pitiusas para mantener a la familia. Su padre era un coruñés que se había comido unas setas venenosas en una fonda y se había quedado paralítico. Su madre era una hirsuta palmesana.

—¿Hirsuta? —dije pensando que la muchacha no sabía lo que eso significaba. Pero lo sabía,

porque me aclaró:

—Bigotuda.

Yo aguanté la risa pero a Gabriel le dio un repentino ataque de tos. Celina nos siguió contando de este muchacho.

—Desde siempre soñaba con ser general de caballería... Desapareció años ha y quién sabe... quizá sea gobernador de alguna provincia, porque según me han dicho ni el talento ni las ganas de ascender le faltaban.

—¿Y tenía familia este muchacho?

—Tenía y tiene —dijo Gabriel—. En Valldemossa. Una hermana que se llama Virtudes Mariño y que con la desamortización compró dos celdas de la cartuja para alquilarlas a los forasteros en el verano...

—¿Tú la conoces?

—La conozco muy bien. La finca donde tengo mis preciadas plantas está en Valldemossa. Yo también compré una celda y tengo tratos con el monje que queda, que se encarga de la farmacia.

—Dime una cosa, Celina... ¿Cómo puedes saber tantos detalles de todo esto? Tú no habías ni nacido...

—Ay pues mire, don Carlos, me podría hacer pasar por una erudita de los asuntos de la isla, pero la verdad es que ha ido usted a preguntarme por lo que mejor me sé, porque esta historia a mí me la contaba mi madre, Sandrina, que fue cocinera de doña Cecilia y que vivió todos los detalles de primera mano. Por eso cuando la señora Tana me quería hacer venir a Can Belfort le dije que naranjas de la China... pero ahora, mire usted, prefiero *a la nena de l'habitació verda* que a un loco con un cuchillo.

—¿Y esa madre tuya... sigue viva?

—Uy, no, señor... Mi madre murió hace cinco años.

—Descanse en paz.

—Mi madre siempre decía que los De Nácar eran opuestos, pero los dos habían encontrado los más importantes antídotos a las plagas de la humanidad. El hermano médico, el de las enfermedades, el otro, el ladino... El de la pobreza.

—¿Y cuál es este antídoto, según tu madre?

—*Qual va a ser, senyors?* El único antídoto que existe para la pobreza... es el oro.

El cadalso tenía ocho escalones. El público se agolpaba desde bien temprano en la plaza del mercado. Por un real, podía tomarse una carreta desde los pueblos cercanos para asistir a la ejecución. La mayor parte del gentío era de fuera de Valencia. A Tana le habían permitido colocarse junto al cirujano y el sacerdote. Los tambores sonaban con sus cajas destempladas, como era tradición. Dos rebuznos anunciaron la entrada del burro en la plaza, que llegaba con el reo mirando a la grupa. Era el garrote vil. El destinado a los pobres y los más abyectos criminales. El Zamarro estaba irreconocible. Lo habían afeitado y, por primera vez, Tana vio que tenía medio rostro destrozado por la viruela. Se leyó la sentencia. El verdugo tenía orden del juez de matarlo lentamente. No todos los reos sufrían el mismo garrote. El Zamarro no tendría la fortuna de que le rompiera las vértebras de un eficaz giro de tuerca. Moriría sin clemencia. Sería

estrangulado, despacio, tal y como él había hecho con las víctimas de sus atroces crímenes.

Bajo los zapatos del reo, los escalones huecos del patíbulo sonaban más armónicos que los tambores militares, hasta que las piernas no quisieron seguir y dos celadores lo cogieron en volandas para salvar el último peldaño. Una suerte de pregonero leyó sus crímenes con cantinela y rememoró a las víctimas por sus nombres y apellidos. Tana pensó en la pobre Eladia, de la que nadie se acordaría jamás. Lo sentaron en el garrote. Vendaron sus ojos y la memoria de la cirujana voló hasta el romántico cuadro de Delaroche que había admirado en el Salón de París recientemente. Se trataba de la *Ejecución de Lady Jane Grey*, en la que la noble muchacha, que tan solo había sido reina durante nueve días, busca la mayor dignidad en la muerte, antes de que le corten la cabeza. Delaroche mismo les contó la historia a ella y a su amigo Espalter el día de la inauguración. Admirando la fragilidad y la dulzura de esa pálida joven, vestida de blanco pureza ante su última hora, el pintor les relató cómo Jane Grey tuvo la presencia de ánimo de pronunciar un breve pero emocionante discurso de arrepentimiento, aunque al ser cegada por la venda no fue capaz de encontrar la picota para reposar su cabeza y temblando, a punto de derrumbarse, dijo: «¿Qué debo hacer? ¿Dónde está? ¿Qué debo hacer?»... Tenía dieciséis años. Después, cuidadosamente, las manos firmes de sir John Brydges, que la tratan en la pintura como un delicado padre envuelto en ricas pieles, pero que no era más que el teniente de la torre, la guiaron hasta el bloque de madera, quizá con algún susurro tranquilizador... Ese es el instante que quiso mostrar Delaroche, y lo hizo con maestría de romántico... En el vaporoso vestido, en la oscura celda, en el temblor de unas manos de ciega que buscan a tientas su último asidero entre paredes de piedra, en el desmayo de una elegante dama de la corte. ¿Su ama, su madre, su dama de compañía? En la lucha entre el miedo y la conciencia y en la amorosa amabilidad de los verdugos. No, a nada de esto se parecía la ejecución del Zamarro en la plaza del mercado de Valencia. El asesino no fue capaz de pronunciar últimas palabras ni discursos de arrepentimiento y tardó en morir diez minutos, ahogado por el verdugo, deliberada, lentamente, en vengativa agonía, sin frases de aliento o de consuelo. Cuando el público se disolvió, Tana, con un nudo en el estómago, se retiraba ya hacia la casa de doña María de Lopera, amiga del alcalde de la prisión de las Torres, que había sido tan amable de darle hospedaje.

—¿Qué cosa tan tremenda —dijo el cura deteniéndola—, pero no merecía misericordia.

—No la merecía —replicó ella, nada locuaz.

—Espere, doña Tana, no se marche aún. Debo hablar con usted, señora —dijo el hombre de Cristo.

—¿Qué sucede?

—Hace una hora, confesé al Zamarro y le di la extremaunción. Me dio permiso para hacerle públicas unas palabras importantes. Me dijo que Eladia estaba en el viejo aljibe del aceite y que le diera cristiana sepultura para que su alma pudiera descansar por fin en paz. ¿Quién es esta Eladia, hija mía?

—Su esposa. Desapareció hace... Quién sabe ya los años que hace.

—Hay hombres viles... y hay zamarros.

—Sí, padre.

—Luego me dio esto para ti.

El cura le entregó un sucio papel doblado en dos. Tana, sorprendida, lo leyó. En su interior, el reo había escrito con un carboncillo estas palabras:

Mauro Santolini. Abogado. Valencia.

Tercera parte

La marquesa de Belfort solo había estado en la habitación de Adelaida en dos ocasiones. La primera, cuando su fiel criada estuvo a punto de morir una noche de tormenta, dando a luz un bebé hermoso. Hoy, décadas después, entraba en esa alcoba abuhardillada por segunda vez.

Los pájaros del huerto dormían. La luna entraba por el ventanuco. La criada se despertó tras escuchar un crujido en la silla y al ver la expresión solemne de su señora, recién sentada en un rincón de la alcoba, no dijo nada. Se levantó y parsimoniosa comenzó a arreglarse para un día de trabajo como si la marquesa no estuviera presente.

—No te enseñé a escribir para que me dejaras una nota como esa.

Adelaida no respondió. Parecía sopesar su vida entera antes de escoger las palabras. Se quitó el camisón, se aseó con agua y un chorro de vinagre, y comenzó a vestirse. Doña Marta la miraba tranquila, sin perder detalle, hablar o apurarla con suspiros y gestos de impaciencia. La melena suelta de Adelaida era digna de las historias que se contaban por la isla. Su pelo mediría dos varas de largo y no de las varas españolas que son más cortas, sino de las que los ingleses llaman yardas. A pesar de que era un pelo muy rizado, clásico de los habitantes del Call —el barrio de Palma donde los hijos de Leví tienen sus hogares desde la Edad Media—, el enorme peso de aquella eterna melena estiraba sus bucles, dándoles la apariencia de una ondulada y suave cascada que se desparramaba por la alcoba como el tocado y la cola de una extraña y oscura novia fantasmal. Se vistió de azul y Adelaida se quedó en pie frente a su ama. Ninguna de ellas hablaba y un observador imparcial habría necesitado de mucho esfuerzo para entender la escena. Tras otro eterno silencio, Adelaida le ofreció a doña Marta su báculo. La marquesa nunca lo había tenido tan cerca. Miraba desconcertada aquella herramienta hermosa, fijando su vista en la empuñadura de oro desgastada por incontables generaciones. Al fin, la criada *xueta* comenzó a hablar.

—Quiero que lo tenga entre sus manos mientras le cuento una historia.

La señora obedeció. No esperaba que fuese tan pesado. Estaba hecho de ébano y era negro, y era grueso y robusto aunque extrañamente elegante. Sin duda venía de Oriente, Asia, Persia o Senegal. La empuñadura de oro tenía grabados unos impenetrables caracteres sefarditas y, sin poder evitarlo, doña Marta recordó que las monjas decían que el demonio escribía en hebreo. Sabía, por supuesto, que esto era una idiotez que reflejaba además la incultura de las religiosas, pues el idioma original de la Biblia era el hebreo, pero aun sabiéndolo sintió miedo al ver aquellos caracteres prohibidos durante siglos. Su estimada Adelaida comenzó la historia.

—Este bastón ha pertenecido a mi familia, que se sepa con seguridad, durante once generaciones, pero estuvo setenta y cinco años desaparecido. Mi tatarabuela, mi bisabuela y mi abuela no lo conocieron, aunque sabían de su existencia.

Adelaida hizo una pausa, se sentó y comenzó a trenzar aquella cascada de sortijas negra, densa como los lentos arroyos de lava de Catania.

—Mi abuela fue nieta de Antolín Cortés, que murió en la hoguera en el año 1691, quemado

por el Santo Oficio, acusado de haber recaído en el judaísmo. El sambenito de este tataratatarabuelo mío estuvo colgado, para escarnio de mi stirpe, en el claustro del convento de los dominicos, hasta que los chuetas mallorquines estallamos como había de ser hace quince años y destruimos con nuestras propias manos ese nefasto estandarte palmesano a las vejaciones, el miedo y el desprecio que era el claustro de esos seres infernales.

—Adelaida...

—Es lo que siento y lo que opino, y estamos solas. Con usted no voy a fingir. Ese monasterio era el símbolo de la injusticia, un corazón gótico que repartía alimentos de odio a los cristianos... Así que, no, no me frene.

—Disculpa. Sigue a tu aire.

—A la muerte en la hoguera de aquel *tataratatara* mío...

—Antolín Cortés.

—Ese, es usted buena alumna, el báculo, que estaba a su cuidado, desapareció sin que mi familia supiera cómo ni por qué. Antolín lo perdió todo pero el bastón ni se lo pudieron quemar ni se lo pudieron confiscar porque resulta que él lo había puesto a salvo. Mírelo bien. Como ve, señora, no es un bastón cualquiera. ¿Y sabe por qué? Porque los objetos son el refugio en el que buscamos a nuestros antepasados...

—Y cuantas más generaciones los han cuidado, más nos reconfortan.

—Estamos de acuerdo, pues. Cuenta la leyenda en mi familia, y yo me creo las leyendas... que cuando Israel fue invadido por los asirios allá por el setecientos antes de Cristo, diez de las trece tribus judías desaparecieron.

—¿No eran doce?

—Para unos son doce tribus y para otros son trece. Se trata de un asunto farragoso que ahora no viene al caso, pero si tiene curiosidad puede preguntarle a su hija Marcela, que de estas cosas sabe más que tres catedráticos. La cosa es que las tribus se disgregaron por el mundo. Una se cree que acabó en la India, otras en distintos puntos de África. Lustros después, el jefe de una de estas, imposible decir cuál, pero a mí me apetece que fuera de la de Manasés, se hizo con este bastón, y luego lo pasó a su hija, y de su hija al siguiente hijo de esta y de este al que vino más tarde, hasta que en el báculo se concentraron las almas de sus ascendientes, la riqueza de los espíritus, historias y leyendas de la tribu, su memoria.

—¿Me estás diciendo que tu bastón tiene dos mil años?

—No. Le estoy contando una leyenda. Siga atenta.

La marquesa asintió y Adelaida retomó la historia mientras trenzaba aquella melena, que bien podía haberle servido a Teseo de hilo de Ariadna en el laberinto, o de vestido a una Eva friolera para tapar sus vergüenzas tras el archiconocido incidente de la espada flamígera, o de hilo de bordar a la interesante Penélope, para hacer y deshacer su labor como primorosa alumna de un colegio de señoritas... o de lana para todos los cocheros de Palma y las labores de calceta a las que dedican las horas de espera entre clientes.

—Las tribus se disgregaron. Los judíos, siempre perseguidos, viajaron por el mundo. Se establecieron en lugares de comercio, cálidos, mediterráneos, como Mallorca... Pero en el siglo...

—Ahorrémonos la clase de historia. Sé lo que pasó con los Reyes Católicos.

—¿Y lo que pasó hace poco más de cien años? Cuando se quemaba en la hoguera a un cristiano converso acusado de judaizante, señora, no solo se le arrebatava todo lo suyo: la

hacienda y la vida. En la condena, se castigaba también a sus hijos y a los hijos de sus hijos, inhabilitándolos para cualquier oficio público o cargo de honor. Tres generaciones, señora. Esos hijos e hijos de sus hijos no podían montar a caballo, utilizar seda en sus vestidos, tampoco les estaba permitido poseer ni lucir alhajas con perlas, piedras preciosas, coral o, mucho menos, oro. No se les permitía poseer tierras o hacienda. Pero eso no es lo más tremendo. Según dictaban estas mismas sentencias, los huesos de sus ancestros habían de ser desenterrados y quemados, borrada de Palma cualquier señal, en piedra o en sepulcro, en escudo o adorno, en libros bordados o retratos... de su estirpe. De su estirpe, señora. De su linaje y su pasado. Del manantial de su cultura y de su esperanza. La historia y el legado, quemados. Ese era el destino de Antolín Cortés y de su báculo. Ambos habían de ser borrados de la faz de esta isla, de este mundo, de su patria, quedando por toda memoria suya entre los vivos la de sus más íntimos allegados. Muertos estos, su eterna perpetuidad sería la del sambenito del día de su hoguera. La maldita casulla de su última hora, con su nombre, quedó expuesta para escarnio público en el monasterio de Santo Domingo durante ciento treinta años. ¿Se pierde usted, señora?

—Jesús, qué horror... No me pierdo, no, Adelaida. Aunque me gustaría perderme y realmente no sé adónde va esta historia... Pero yo he visto esos sambenitos. He leído los nombres *xueta* allí expuestos: los Cortés, los Piña, los Pomar, los Miró...

—Termino enseguida pues, ya albea el día.

—Tómate el tiempo que necesites.

—Antes de que se ejecutara la sentencia, mientras Antolín Cortés yacía en una mazmorra inmunda, rogando a su Dios que se lo llevara al otro mundo antes del auto de fe en el que sería montado en un burro con su capirote, su sambenito y su velón, paseado por Palma entre avemarías y abrasado vivo... un hombre bueno, un médico piadoso, lo quiso ayudar. Le preguntó qué podía hacer por él. Todo el afán del joven *xueta* era poner a salvo el objeto, el receptáculo de su estirpe, de su madre y su padre, de su abuelo y bisabuelo y de todos los judíos cristianos de su sangre hasta llegar a la tribu perdida y a la vieja religión y al mismísimo Moisés. Hombres inteligentes, plateros, *botiguers*, mercaderes, sastres, esparteros, hombres de bien, hombres de mal, hombres. No cosas, señora, no animales, señora, no gárgolas, señora... hombres y mujeres palmesanos.

—Y este era el objeto. Un bastón —dijo la marquesa emocionada mirando el báculo que pesaba en sus manos como el alma de todos los muertos sefarditas.

—No es un bastón, señora, ¿aún no me entiende?... Es un testigo.

La marquesa tembló por dentro, comprendiendo la injusticia del universo.

—Siendo de ébano y de oro... y valioso, y representando lo que representa, se puede usted imaginar qué destino le aguardaba al objeto. También qué castigo le tocaría a aquel que interviniera en ayudar a un Leví. El buen médico le prometió que lo rescataría y que lo escondería hasta que pasaran las necesarias generaciones para poder retornarlo a sus justos dueños.

—Y lo hizo. Por lo que veo.

—Si señora. Casi un siglo después, el nieto de este buen médico se lo devolvió a mi madre con esta historia. Y ese es el porqué, señora marquesa, del crimen que cometí ayer contra usted y el porqué de que yo contara todos los secretos que conté cuando el intendente Sarriá me preguntó por el pasado de don Avelino de Nácar.

—Confieso que ahora sí que me he perdido.

—Don Jaime me pidió que le dijese todo lo que supiera sobre el pasado de Abel de Nácar, sus secretos, cómo hizo su fortuna, a quién amó, a quién hirió, pues está seguro de que en el pasado están las respuestas al crimen... y yo traicioné a mi ama y le expliqué al intendente lo que sé. Primero, porque yo nunca miento, que una mentira te puede llevar a alguna parte, pero jamás te trae de vuelta, y segundo porque fue el abuelo de don Jaime, médico también, de los generosos, quien le contó a mi madre esta leyenda increíble que le he referido y le entregó el báculo de su antepasado, el tal Antolín Cortés, quemado en la hoguera, en auto de fe, en el año 1691. Esto sucedió ayer y como mi traición a usted, señora marquesa, no tiene perdón, pues sus secretos son suyos y no son míos para contar... le escribí como pude esa nota de renuncia a mi puesto en su noble casa.

La marquesa viuda de Belfort miró a su criada con emoción. Por primera vez en los treinta años que habían estado juntas, observó una rara humedad en sus pupilas. La chueta iba a llorar. Fue doña Marta, en cambio, quien se desbordó primero y le dijo:

—¿Y te crees que yo puedo prescindir de la mujer más honesta, digna y verdadera que haya pisado esta tierra?

Adelaida se volvió de espaldas para que la marquesa no la viera emocionarse. Doña Marta la sentó frente al espejo, y agarrando aquella inextricable mata de pelo se puso a trenzar del otro lado. Quedaban aún muchos ríos de lava por recoger.

—Y eso solo por no hablar de lo bien que limpias la plata o lo útil que eres para asustarme a las visitas cuando se ponen pesadas...

La sefardita parpadeó y unas lágrimas hermosas como diamantes se desgajaron de sus ojos. Las trenzas iban tomando forma. Marquesa y criada parecían dos amigas al telar, intercambiando pensamientos sin hablar.

Desde la marcha de Tana a Valencia me sentía mejor de salud pero fatal de ánimo. Había días en que dudaba de mi papel en esta representación. Llevaba tanto fingimiento a las espaldas que empezaba a no saber dónde estaba el norte, pues creía que mi norte era Tana y, sin embargo, ella daba claras muestras de buscar otras latitudes. Para distraer las largas horas sin la cirujana, invité a Sarriá a billar, copa y puro en el Casino de Palma.

—Tengo información muy jugosa —me dijo en cuanto nos sentamos.

—¿Sobre la muerte de De Nácar?

—De joven, muy joven, hace cuarenta y cinco años, Abel estuvo en prisión.

—¿Qué me dices? ¿Cuál fue el crimen?

—Deshonrar a una muchacha. Se fugó con una joven de clase alta de esta isla. Llenaron un baúl de ropa, se hicieron a la mar y pasaron dos semanas de amor, hasta que él dio con sus huesos en la cárcel y ella volvió para casarse con su prometido.

—¿Y quién fue la joven?

—La marquesa de Belfort.

—¡Caray!

—Chsss... es secreto, hombre, no alces la voz... No quiero que la historia corra por Palma como la pólvora.

—¿Y qué más has averiguado?

—Que Abel hizo su fortuna para tratar de recuperarla. Era un hombre sin recursos y escasa hacienda, así que, emborricado por casarse con ella, se marchó a Filipinas, donde traficó con licor, mujeres y esclavos... de ahí viajó a las Américas, acabando en Nueva Granada, donde se hizo con una explotación de oro y traficó con armas...

—Y cuando tuvo suficiente, regresó en busca de su amada.

—Así es, pero doña Marta ya estaba casada y tenía un hijo.

—Sebastián solo tiene veinte años y dices que esto sucedió hace cuarenta...

—El niño de la marquesa de Belfort nació hace treinta y cinco años pero murió de viruela a los diez.

—Qué tragedia...

—A Sebastián lo tuvo después, para consolarse de su terrible dolor. Abel trató de seducirla de nuevo y se compró la hacienda vecina a la marquesa. Tras la muerte del marqués, retomaron una cierta relación, ahora de amistad.

—¿Y qué más?

—Hará algo más de veinte años... hubo un terrible crimen en Mallorca...

—El de la habitación verde. Me lo sé de pe a pa.

—Bien, lo que seguramente no sepas es que tras testificar contra su hermano Cayo, Abel de Nácar desapareció de esta isla.

—¿Volvió a Colombia?

—No. Se había enamorado realmente de Cecilia, la cuñada asesinada, y para olvidar su pena se embarcó a Francia, a Inglaterra y por fin a Italia. A Florencia, por ser precisos. Con el oro de sus minas, vivió a cuerpo de rey durante un tiempo.

—Salió viajero, el finado.

—Viajero, aventurero, mujeriego... son años de excesos y lujos hasta regresar a España y caer en el más negro abismo.

—¿Y dónde estaba la sima?

—En Valencia. Junto a una mujer más infumable que este puro.

—Es malo, ¿verdad?

—Horroroso.

—¿Y esa nueva hembra... quién era?

—Laura Delgado. Una tabernera que se enamoró de él... Los abogados llevaban sus negocios y Abel, aunque estaba podrido de oro, vivía como un muerto de hambre en brazos de esta señora, que no sabía de su fortuna ni de su infortunio. Por ese entonces se hacía llamar Avelino.

—Su verdadero nombre...

—Sí. Bien, pues Avelino, enamorado verdaderamente de la botella que compartían, tuvo dos hijos con esta Laura, sin casamiento, emborrachado y tiempo después...

—Se hartó de esa vida y se volvió a Palma.

—No tanto. Dejó la botella en el momento en que la mujer golpeó al primero de sus hijos, preparó el equipaje, cogió a los niños y regresó a P... Mallorca. Aquí ha vivido los dieciséis años siguientes sin interrupción, siendo un hombre de bien, pr... preocupado por sus semejantes, educando a Ramiro y Sara con firmeza, amor y dedicación.

—El amor de madre está sobrevalorado.

—Justo lo que diría la cirujana. ¿Sabes algo de ella? —me preguntó el intendente.

—Está... ocupada con unos asuntos en Valencia, pero la espero de regreso cualquier día.

Ambos callamos. Cada uno pensaba en ella de distinta manera. Quise preguntarle si la quería. No me hizo falta. Su rostro había cambiado al mencionarla.

—Se echa de menos su olfato de lebel —dijo disimulando—. ¿Tú estás bien? Te noto apagadillo.

—Es este puro. ¡Mira que sabe rancio! —dije apagando aquello. Me revolvía el estómago.

—No, no es el puro —dijo Jaime en un intento de sonsacar una verdad que yo no sabía que él ya sospechaba con puntería de tirador franco.

—Esta bien, confieso, Jaime, la verdad es que no estoy bien. Pero me temo que no hay nada que tú puedas hacer.

Jaime me miró preocupado. Yo también me miré preocupado, reflejado en uno de los enormes espejos del salón de fumadores.

Sí, preocupado. Lo que me ocurría, creo, además del famoso envenenamiento del que aún no sabíamos nada, era que la echaba de menos. Las noticias e incidentes se acumulaban en su ausencia y me moría de arsénico y de ganas por contárselo todo. Al mismo tiempo temía su vuelta porque sabía que no iba a poder contenerme. Lo tenía todo planeado, sería en la habitación verde, sobre unas pieles, junto a la chimenea, al anochecer, con calma, como se hacen estas cosas. Le hablaría de San Sebastián, de Córdoba de Tucumán, del bombardeo de Callao, de mi hermano entre la niebla, de Irache de Gante y de las locuras que se hacen por no perder a un ser querido. Tana se fundiría entre mis brazos, comprendiéndolo todo, entendiendo mis mentiras, y yo me dejaría tragar por sus ojos.

Sí, tenía mucho que contarle y ella mucho que contarme a mí, pero aún pasarían algunos días antes de que pudiera tenerla.

—¿Adónde fueron? —le pregunté asaltado por una idea.

—¿Quiénes?

—Los fugados. Doña Marta y Abel... Esas dos semanas de amor...

—A un pueblo cercano a Valencia llamado Oliva.

—Ah...

—¿Ah?

—No puede ser casualidad... Recuerda el sobre casi quemado que apareció en la habitación de la podenca...

—Lo mismo pensé.

—¿Qué ponía exactamente en ese sobre?

—Calle de la Iglesia, Oliva.

—¿Y sabemos qué hay en la calle de la Iglesia de Oliva?

—Algo totalmente inesperado.

—¿Qué?

—La iglesia.

Me reí. Se me atragantó el humo. Con nadie me he reído tanto como con Jaime Sarriá en este trozo del paraíso.

—Ah... ¿Y qué hay en las iglesias...?

—Hemos llegado a la misma conjetura. Que la pelirroja vino a chantajear a Abel de Nácar o

a la marquesa o a los dos. Que en esa fuga de dos semanas se casaron y la huesuda lo descubrió y el sobre quemado que encontramos en la Fonda del Mar era del párroco o diácono o de alguno con acceso al libro de registros matrimoniales... y que quizá la marquesa le pagó en plata y fingió un robo... y que quemaron sobre y documento...

—Pero no.

—Pero no.

—¿Seguro?

—El cura no sabe quién puede ser la pelirroja y mis hombres han comprobado el libro de matrimonios. Sus nombres no constan ni tampoco hubo boda alguna en aquellas fechas.

—Oh.

—Oh.

Jaime quiso aspirar algo de humo pero lo pensó mejor. Él también se vio preocupado en el mismo espejo y supe en qué medida echaba de menos a la cirujana. Curiosamente, no sentí celos, aunque me sentí un poco como uno de dos catetos sin su hipotenusa.

Gabriel se moría por encontrar excusas para sentir de cerca el aliento de Celina, pues, como niño bien criado en buena casa, entendía el concepto de que las obras de arte se miran pero no se tocan, por muy puta que sea la gorda de Rubens. Así es que, cuando me invitó a visitar su terreno en Valldemossa y la Cartuja desamortizada y el renombrado valle fragante y risueño de la sierra de Tramontana, mi corazón dio un brinco de alegría. Como hombre de costa que soy, no sé vivir sin el mar. En Can Belfort lo tengo a la mano cada mañana desde mi ventana triste y solitaria, pero no es lo mismo verlo que vivirlo, así es que, aunque Valldemossa no está al borde del agua, me negué en redondo a que fuéramos a caballo, en burro o carreta. Sarriá tuvo a bien cederme su embarcación, pues había aprendido en nuestra correría alrededor de Mallorca que además de buen dibujante, de niño fui un excelente marinero y todos sabemos que navegar nunca se olvida. Me hice con dos muchachos que sirvieran de manos en cubierta y preparamos la excursión.

Celina se puso muy contenta de que quisiéramos llevarla. Dejó a un lado esa tristeza que siempre parecía caminar junto a ella desde la muerte del carbonero y organizó una repostería para el viaje de las de quitar el hipo. Panecillos caseros, ensaimadas, sobrasada mechada, arenques franceses, sardinas, pularda y sus hojaldres. Era temprano, las seis, cuando salíamos ciñendo hacia poniente desde Palma. Íbamos en busca de ilusión, amistad y una mujer. La hermana de mi general Mariño, que según Gabriel era tan hirsuta como su santa madre.

La señora nos recibió en su casa, una heredad llena de arcos de piedra, que es como debe ser cualquier casa mallorquina que se precie cuando el dueño es de altura. El general había sido generoso con la familia y con el dinero que envió, ella había hecho como en el cuento de doña Truhana pero con final feliz, es decir, sin que se le rompiera el cántaro lleno de miel. Había comprado un terreno y criado conejos y vendido lebreles y adquirido dos cerdos y crio cochinillos, escogió a los mamones, los convirtió en emperadores del campo y reyes de la cochiguera, los vendió para crianza y, con el dinero, compró una vaca y un panal y de la leche hizo el mejor queso de la isla y lo endulzó con miel. Tras la venta del queso, los conejos risueños y cerdos retozones, ocas noctámbulas y gallinas ponedoras, se agenció un toro, vendió los huevos sin romperlos, llegaron tres tristes terneros y dos yeguas en celo... para qué seguir. El

hecho es que la señora era de campo, pero quería ser granjera y hacendada y lo había logrado a base de empeño, buenos cálculos y, por qué no decirlo, a base sobre todo de... bigotes.

Como Gabriel tosía mucho menos desde que estaba junto a Celina, los mandé a admirar las plantas venenosas que el tuberculoso cultivaba en el antiguo huerto de los monjes. O mejor será decir de «el monje», pues desde la desamortización aquí solo queda uno: el farmacéutico.

Doña Virtudes Mariño y yo entramos en la casa. Enseguida me llamó la atención la espada que lucía, algo herrumbrosa, sobre la chimenea. Ella siguió mi mirada.

—¿Le gusta?

—Es muy antigua...

—Mi hermano la encontró de chaval excavando en el *claper dels gegants*. De pequeño decía que era *Excálibur*.

—Ah —dije nostálgico—, cuando éramos niños, mi hermano jugaba a ser el Cid Campeador y yo me disfrazaba de rey Arturo.

Sonreí inmerso en mi infancia, hasta que ella añadió:

—... pero yo le decía a Lucas que aquí no hay más rey que don Jaime. Jaime I el Conquistador.

Se me quitó la sonrisa. Una criada puso viandas en la mesa y agua fresca y conversamos de esto y de aquello, de cerdos y gallinas, hasta que saqué de forma más directa el asunto del general.

—Sí, sé que mi hermano murió, pero no conozco muchos detalles —me dijo—. ¿Quién le ha dicho a usted que era carlista?

Mentí malamente:

—Yo... acudí de cirujano... tras una batalla... por humanidad... y allí lo conocí.

—No sé qué busca de él pero preferiría que nadie supiera estas cosas. Aquí la gente no lo ha visto desde hace veinte años y yo no le he contado a nadie nada. Ser carlista es una traición a la reina muy grande.

—Por eso esté tranquila. Nadie sabrá nada. Lo que yo necesito de usted es la verdad sobre algo que sucedió precisamente hace veinte años. Su hermano me contó que él acusó falsamente a un inocente a cambio de un saco de oro y una carta de recomendación para entrar en la Academia Militar...

—¿Le atendió usted en su lecho de muerte? ¿Estaba con él? Solo pudo contarle algo así si sabía que iba a morir.

Me abstuve de explicarle que creíamos que el que iba a morir era yo cuando Mariño «se confesó».

—Sí —dije sin sentir que me alejaba demasiado de la verdad—. El estallido de la santabárbara lo mató. Tuvo tiempo de confesarse y no sufrió.

—Gracias. Una se pregunta las cosas... Pero no se atreve a nombrarlas.

—Necesito saber la verdad sobre aquel crimen.

—Todo eso pasó ya en otra vida. ¿Qué bien puede hacer que yo le hable de algo tan antiguo?

—El general quería resarcir a un hombre inocente. Don Cayetano de Nácar. Él no mató a su mujer ni a su hija y creo que usted sabe quién lo hizo.

—He oído que Abel está muerto... Que lo envenenaron.

—Sí.

—Entonces... quizá ya es tiempo.

—Ya es tiempo, señora, para don Cayetano. Quiero poder ayudarle a recuperar su vida... y su isla si así él lo desea.

—¿Qué es él para usted?

—Me salvó de morir desangrado.

La mujer asintió. Una payesa muy joven, cargada de cruces de Malta, vestida como van ellas, con el rebozillo blanco purísimo y descalza, nos trajo una jarra de limonada fresca y se marchó enseguida. Todo allí era de pueblo, pero sano, pulcro, bonito y generoso.

—¿Usted cree que se puede hacer algo muy, muy malo y en cambio ser buena persona?

—Creo que a veces la bondad es matadora.

—Y la maldad... no es para tanto.

—¿Don Abel era buena persona?

—Lo era, luego dejó de serlo, más tarde lo volvió a ser... No sé si se puede ser un hombre tan inteligente, apasionado y poderoso, enamorado del arte y de la vida y del oro y del presente y ser buena persona... Era un hombre aparte que a veces hacía las cosas muy mal y otras... todo lo contrario.

—Parece que lo conocía usted de maravilla.

—Fue pretendiente mío, o yo lo pretendía a él... de muy chavales. Niños, casi.

¡Maldita sea! ¡No pude evitarlo! Recordando lo apuesto que era el hombre de los ojos de distinto color, traicioné mis pensamientos mirándole directo al bigote. Ella se dio cuenta y alzó una ceja, irritada, pero de buen humor.

—No era tan peluda cuando bailaba *sa primera mateixa*.

Me reí.

—¿Eso qué es? —pregunté sin hacer más referencia a su problema facial.

—En las fiestas de los pueblos se subasta el primer baile entre los mozos y la enamorada del muchacho que gana la subasta baila con un hermano o un cuñado mientras el mancebo le sostiene el pañuelo y la mira. Abel, Cayo y yo crecimos juntos. Entre los dos, subastaron a todas las mozas de Pollença.

—Debieron de ser muy guapos.

—Tanto como lo es usted, don Carlos.

Me sonrojé. Yo, piropeado por una vaquera arrugada y... En fin. Simplemente sonreí. Cambié de asunto.

—Dice usted que hizo algo muy malo y que luego se volvió bueno...

—Toda la vida fue mejor persona por tratar de enmendar lo que hizo. Ya sabe que a Jesucristo le gustaba acercarse a los pecadores porque estos, en su afán por redimirse, se vuelven mejores personas. Hay que practicar la maldad para ser realmente bueno.

—Muy cierto —dije mientras me preguntaba cuándo perdimos los hombres de ciudad este arrollador sentido común pueblerino.

—Abel hizo algo muy malo. Se enamoró de la mujer de su hermano y se la robó y le mandó a la cárcel por un crimen que no cometió.

Pensé en Francisco y en Irache y me di cuenta de que mi fascinación por la historia del cirujano no solo tenía que ver con que me hubiera salvado el brazo y la vida, sino con el hecho de que su sufrimiento fuera un reflejo de mi propio dolor. Una guerra entre hermanos.

—¿Mató él a las mujeres?

—¿Abel? No. Él no las mató —dijo sacudiendo la cabeza con fuerza. Clavaba en el suelo los ojos como si buscara en las baldosas de barro las frases que salían de sus labios.

—Si no fue él... ¿Quién lo hizo entonces?

—Nadie. Mi hermano los sacó a todos de Palma en su balandro. La sangre que encontró en el barco la policía fue cosa de Abel, que quiso convencer a toda Palma de que el buen Caín las había arrojado al mar. En lo que a mí respecta, Cecilia de Nácar y su hija siguen aún con vida en alguna parte.

—¿Recuerda cómo se llamaba la hija?

—Por supuesto... ¿Cómo no lo he de recordar? Se llamaba como su padre el cirujano: Cayetana de Nácar.

Solo una vez sentí un impacto parecido. El de la bala lanzada por el fusil de mi querido De la Piedra. Después, la granjera y yo seguimos hablando de los dos Nácar, de su infancia, de su relación como hermanos, de Caín y Abel, y entendí tantas cosas que no sería capaz de ponerlas todas por escrito. Por la tarde, Gabriel y Celina volvieron para buscarme. Al marcharnos, cargados de miel y requesón, hortalizas y un par de conejos, dije:

—*Bona tarda, senyora.*

Me volvía ya cuando dijo:

—*Tenga.*

Estaba tan distraído por mis pensamientos sobre Abel, Cayetano, Cecilia y Cayetana, que por un segundo olvidé las costumbres locales, pensé que Virtudes trataba de darme algo y me volví hacia ella esperando eso que me ofrecía, pero ella no se movía.

—¿Sí? —preguntó desconcertada.

—¿Qué quería darme?

—Nada.

—¿No ha dicho *tenga*?

Gabriel, Celina y Virtudes se miraron y al caer en la cuenta de mi equivocación, lanzaron una carcajada. Este malentendido lingüístico —que no me paro a resolver, pero que lo entenderá cualquiera que pase un tiempo en Mallorca— provocó una extraña situación. Virtudes, al ver mi rostro desilusionado ante sus manos vacías, me pidió que esperase un momento, salió de nuevo, y esta vez sí que dijo *tenga* mientras me ofrecía un objeto. Era la herrumbrosa espada celta de mi general Mariño.

—No, señora... No puedo aceptarla.

—Por favor... En nombre de lo que hizo por mi hermano. A él le gustaría que usted la tuviese.

Me dije que sí, que mi amigo el general Mariño aprobaría que yo le quitara la herrumbre a su *Excálibur*, y sintiéndome un poco como el rey Arturo, tomé de las manos de esta improbable Dama del Lago bigotuda, la vieja, viejísima espada del soldado milenario. La misma que probablemente había inspirado en el general las ansias de caballero por las que envió a la cárcel a un inocente.

Tana estrujaba en su mano la mugrosa nota del Zamarro. No le había costado trabajo

encontrar el bufete del abogado italiano, pero sí conseguir cita para visitar a un hombre tan ocupado. Al fin se hallaba frente al letrado Mauro Santolini. No sabía muy bien por dónde empezar, pero él aguardaba sus palabras paciente, sin imponerse. Tana optó por la verdad, que era algo que no usaba a menudo.

—Días atrás, un asesino apodado el Zamarro fue ajusticiado en la Plaza del Mercado.

—Sí, lo sé —dijo Mauro Santolini.

—Hace veinte años, ese hombre estaba casado con una mujer llamada Eladia. Los huesos de esta persona, a la que también asesinó, fueron hallados ayer y enterrados en sagrado.

Tana tomó aire. El abogado la miraba frunciendo el ceño con interés.

—Esa mujer era mi tía.

Las cejas del abogado se alzaron por la sorpresa. Tana observó su reacción, expectante. La ilusión de que este hombre de leyes supiera quién era ella o algo de su pasado, empezó a latir en su interior, acelerándole el corazón. Apenas le salió la voz del cuerpo al abogado cuando susurró:

—¡María Valent...!

—Ese era el nombre que yo tenía cuando viví en Florencia y en Perú... —dijo ella en el mismo tono ahogado.

—... en la escuela para señoritas huérfanas de Vilcashuamán.

—Pero no es mi nombre real...

—No.

Tana sintió la necesidad de tirarse a los brazos de este señor, como si fuera su padre perdido. Era muy extraño que alguien supiese más que ella de ella misma, y daba miedo, pues temía hacer preguntas, no descubrir más allá, sumirse en la frustración. Él estaba muy excitado:

—No sabe usted lo que he rezado por que llegara este día. Llevo todos estos años tratando de encontrarla.

—¿A mí?

—A usted. Su tutor nunca la dio por muerta. Nos dijeron que todas las alumnas del colegio habían sido asesinadas, pero él jamás lo aceptó.

—Si tanto me estima este protector...

—No la estimaba, la quería. La quería mucho, señorita.

—Entonces... ¿Cómo es que en todos los años de colegio nunca supe quién era?

—Eso tendría que preguntárselo a él. Aunque me temo que ya no será posible.

—¿Por qué no?

—Ha fallecido.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Hace poco tiempo. Asesinado...

Tana supo en ese instante de quién se trataba. Lo sopechaba, lo sentía, lo sabía, lo recordaba desde el día en que vio como en un sueño unas manitas recorriendo su cicatriz y columpiándose en una sonrisa. Un ojo de cielo y un ojo de mar. Un hombre alto, apuesto, que le regaló una muñeca de ojos verdes y rizos negros en aquel palacio que había de ser real.

—¿Abel de Nácar era mi tutor?

—Así es.

—Vivíamos en un palacio... ¿Qué palacio? En Italia. ¿Cómo se llamaba ese lugar?

—Lo desconozco.

—Y mi madre... y mi padre... ¿su apellido? Mi nombre real...

—Don Abel era un hombre muy rico, un magnate, pero realmente misterioso y celoso de su pasado. Nunca supe los detalles referidos a usted. Solo que debía enviar dinero a sus tíos cada día siete de cada mes para el cuidado y manutención de María Valent y también que ese era un nombre falso para ocultar un secreto. En una de sus visitas, don Abel descubrió que su tía había desaparecido y que vivía usted bajo la bota de ese espantoso Zamarro. Inmediatamente la mandó sacar de allí y la envió...

—... al lugar donde fui feliz. Donde todas éramos huérfanas y éramos queridas.

—De todas formas... si usted quiere puedo tratar de buscar más información sobre su madre.

—Se llamaba Cecilia. Me lo dijo el Zamarro. Vivíamos en algún lugar de Italia. Tengo que saber... No quiero vivir más tiempo sin saber.

—Yo puedo añadir algo, pero no nos va a ayudar demasiado. Sé que su madre falleció al dar a luz... no es mucho, sobre todo sin tener alguna referencia de la ciudad o conocer el nombre del palacio... Italia es muy grande.

—¿Murió al dar a luz? No... No puede ser... yo la recuerdo. Sus abrazos, sus carcajadas, los besos... retazos de conversaciones...

—Pues debió de ser al dar a luz a un hermano o hermana de usted...

—Un hermano... Esto es demasiado.

—¿Se siente mal?

—¿Mal, yo? No. O sí... un poco, no lo sé. Enseguida se me pasa. O quizá nunca se pase esta desazón. Por favor, necesito más. Llevo veinte años viviendo en la oscuridad. Le pagaré bien. Ya no soy aquella niña huérfana. Tengo otro nombre, una profesión, soy cirujana...

—¡Prodigioso...!

El abogado la miraba pasmado, tanto que Tana se ofendió:

—Llegará un día en que nadie se asombre de que una mujer maneje los bisturís mejor que un hombre.

—Estoy seguro de que es una virtuosa del escalpelo. Mi asombro no es ese. ¿Acaso se llama usted ahora doña Tana de Ayuso?

—La misma.

—¡Prodigioso!

—¿Le importaría decirme cuál es el prodigio?

—La ayudaré en lo que pueda, por supuesto, y su dinero no será necesario...

—¿No?

—No... Buscaré toda la información sobre su madre y si no le importa, mis honorarios saldrán de la herencia de don Avelino. A fin de cuentas, es usted una de las beneficiarias de su hacienda.

—¿Lo soy?

—¿Pero no lo sabe?

—¿Tengo yo cara de saber nada?

El abogado sonrió sin terminar de comprender que Tana era el Etna a punto de estallar.

—El día antes de morir, como si presintiera lo que se avecinaba, el señor De Nácar me envió un nuevo testamento escrito de su puño y letra. En él figura usted, Tana de Ayuso, cirujana forense de la ciudad de Palma, como una de sus principales herederas.

—Así que eso es lo que escribía esa noche... ¿Puedo ver una copia?

—No, lo siento. El testamento no será leído o ejecutado hasta que no llegue a España, en concreto a Mallorca, su principal beneficiario. Don Avelino fue muy estricto en ese punto. Quería que todos estuvieran reunidos para que pudiera leerles la muy extensa carta que acompaña sus últimas voluntades.

—¿Y esto lo sabe la policía?

—Sí. El intendente Sarriá está al tanto de que hay un testamento nuevo, y de la carta, pero no de su contenido. Lo único que pude decirle es que don Avelino no había desheredado a su hijo. ¿Le conoce?

—¿A Ramiro de Nácar?

—No. A don Jaime Sarriá.

—Creía que sí, pero empiezo a no estar segura...

—¿Cómo?

—Nada. No salimos de un misterio para entrar en otro... —murmuró Tana entre dientes.

—¿Qué?

—Pensaba en esa persona misteriosa, a la que esperamos.

—Vive en un lugar muy remoto, en la isla de Vanitú...

—Haala... —replicó ella no sin pitorreo.

—¿Perdón?

—Nada.

—Y como se puede usted imaginar, es imposible predecir cuándo llegará...

—Imposible de todo punto, natural... —dijo ella cargada de ironía.

—Entretanto, yo me sigo encargando de todos los negocios del finado como he venido haciendo desde hace veinte años y así he informado a los herederos. Le envié a usted una carta, pero deben de haberse cruzado.

—Así será, sin duda. Estos cruces son la historia de mi vida.

—¿Cómo dice?

—Señor Santolini... ¿Dónde demonios está Vanitú?

El veneno había destrozado mis riñones, inmovilizado las piernas, hinchadas y doloridas, aplacado la valentía y matado tantas esperanzas... Gabriel y Celina pasaban las horas preparando infusiones que yo llamaba sus bálsamos de Fierabrás. Con ellos, mantenían mis alientos. En ocasiones, me miraba a mí mismo desde la araña de la alcoba, viendo a un náufrago en mitad de un mar desierto. Se aferraba a la risa y las visitas de los amigos como única tabla de salvación. Alberto Echagüe me sangraba lo justo y yo tomaba estas drogas y otras, quién sabe cuáles, con anécdotas de don Pablo en la Academia o en el Casino que solían ser amenas. Sus polvos misteriosos me recomponían durante una o dos horas, para sumirme luego en largos sueños, no del todo auténticos o reparadores. Prihuelas se presentaba algunas tardes con su guitarra y tocaba las tonadas de mi gusto y me hablaba de sus hijos. El mayor quería ser militar y yo me mordía la lengua hasta hacerme sangre por no decirle que era y será siempre un soldado. Por suerte, De la Piedra, enterado de mi estado, se prodigaba también y entablaron amistad y aconsejó a Prihuelas mejor de lo que yo podría haberlo hecho. Jaime, entretanto, llegaba con las cartas. Cayetana de Nácar me escribía desde su celda, todos, todos los días.

Me habían dicho que me iba a morir, lo aceptaba, lo sabía, aunque me resistía a creerlo. Este día, en cambio, tenía la certeza de que no se equivocaban. Cuando se termina la fuerza, se agotan también las ganas de tenerla. Llega un momento en que es más apetecible nadar hasta la otra orilla que tratar de alcanzar la que se ha dejado hace tanto tiempo.

—Los veo esperándome, Jaime. Están aquí mismo, a mi lado. Pasean por la habitación, un tanto impacientes.

El amigo se sentó a mi lado y me cogió la mano. Noté su amor y su agradable aroma de jazmines.

—¿Quiénes? —susurró.

—El corneta, Garamande, y mi hermano. Toca retreta... No hay corneta más dulce que la de mi amigo Garamande...

—Carlos...

—No me llamo Carlos ni soy forense... soy coronel de caballería. Tengo la cruz de San Fernando.

—Lo sé. Eras un coronel carlista...

Sacudí la cabeza negando. Me arregló las sábanas. Me tocó la sien en busca de fiebre, como haría con su hijo.

—Mi buen amigo... No sabes nada de nada —le repuse.

—Y tienes dos cruces de San Fernando, no una, no te quites méritos.

—Ese era mi hermano Francisco. Él era más héroe que yo y carlista por matrimonio. Siempre me ganó en lo más importante: en la guerra y en el amor.

Jaime pensó que deliraba. Me dolía verlo morir... a mi hermano, digo. No le cerré los ojos. Quedaron abiertos. No he aceptado su marcha en todos estos meses. Cerré frustrado los míos, en

cambio, agotado por una pena que había llevado encima demasiado tiempo. ¿Era posible explicarle a Jaime algo tan imposible de entender?

Como si leyera mis pensamientos, fue Sarriá quien habló.

—No te preocupes ahora de carlismos o «isabelismos». Para mí eres el doctor Ayuso, y para toda la isla. Tus secretos se encuentran a buen recaudo.

—Te quiero, Jaime Sarriá.

—Yo te quiero aún más. Si fuera mujer, te haría mío en este instante. —Me reí. Él me acarició la cabeza como hacía mi propio padre. Lloré. Siempre me hace reír y llorar en el peor momento, el muy puñetero.

Jaime notaba que me rendía. Era verdad, estaba cansado. Vi de nuevo a Francisco junto a Garamande, sentado a mi lado. Los muertos se acercaban... O yo me acercaba a ellos.

—Prométeme una cosa.

—¿Qué?

—Que te traerás al niño a Palma. A tu hijo Esteban. Tenlo siempre a tu lado, Jaime, el amor no es una teoría, es una práctica. Dale ya, hoy, la única herencia que merece la pena en esta vida, la del ejemplo y los recuerdos de un padre inteligente, inteligente y constante como las mareas.

—Deja de hacer esto.

—¿El qué?

—De morirme entre mis brazos.

Reí de nuevo. Nunca me he reído tanto como en Mallorca. Jaime iluminó la estancia con sus hoyitos de seductor por accidente. Se levantó para aguantarse la emoción pues pensaba en Fani y en los crisantemos blancos del día de Todos los Santos. Se recompuso y sacó de su chaqueta la carta de Tana.

—Tú prométemelo —le insistí.

—Te lo prometo. Me traeré a Esteban. Ahora deja de engatusarme. Voy a leerte la carta.

—El momento más dulce del día...

Jaime sonrió, desplegó tres páginas que ya me sabían a poco, se aclaró la garganta y me leyó esto:

Un día me dijiste que acabaríamos entre rejas y mira, tuviste razón. Cuando se ha vivido tanto, la intuición se llama memoria. Hoy somos como la estalagmita y la estalactita de la cueva del dragón. Tú encerrado en Can Belfort y yo aquí, no demasiado lejos de una ventana que no puedes alcanzar, en un calabozo, esperando mi juicio y mi hoguera. Sí, es una caza de brujas pero estos mentecatos no cuentan con que efectivamente soy hechicera y puedo deshacer maleficios. El doctor Sartorius y don Braulio se han aliado en el auto de fe contra nosotros, pero yo llevo toda la vida sorteando médicos y ya no les tengo miedo. Resolveré el acertijo del arsénico, recuperaré mi plaza de forense y me casaré contigo en secreto, aprenderé a jugar al mus, tendremos tres hijos, compraremos un balandro y haremos regatas contra Jaime y Echagüe que siempre ganaremos. Descubriré al culpable, cariño, y me enseñarás a navegar por la vida y por el mar, bebiendo café.

Cuando se ha vivido tanto no es intuición, es memoria. Yo te digo que no puede acabar mal una historia tan bonita. Me crees, ¿verdad? Es memoria. Ahora entiendo por qué el destino quiso que estudiara medicina. Para que pudiera llegar hasta ti. Tú tenías razón. Jaime

tiene razón. El centro del alma es el corazón y, si lo encerramos, nos convertimos en suicidas del espíritu. ¿Quién me quiere tanto que te puso en mi camino? Ah, si... cachas de nácar... Te salvó de morir para que pudieras protegerme.

En Valencia descubrí que Abel de Nácar fue aquel tutor perdido. Ese día solo podía imaginar mil maneras de arrojarme entre tus brazos. Mientras cruzaba el estrecho hasta esta Mallorca que ya para siempre será nuestra isla, trataba de buscar un sentido a mi larga peripecia. ¿Cómo había pasado del calor de Italia, al frío en Valencia, al dolor en Vilcashuamán, al tedio en París, a la resignación en Barcelona, hasta acabar aquí? Tú fuiste mi sombra desde el día en que enterramos a las muertas. Estabas conmigo, oculto, como una semilla arraigada en las profundidades de mi conciencia. Ante el abogado Mauro Santolini, confusa y desordenada, pensaba en demasiadas cosas a un tiempo: en mi madre muerta de parto, en un hermano o hermana desaparecido, en un padre..., ¿difunto? ¿Fugado? Al descubrir que Abel me dejaba su herencia sospeché que él era mi padre y sin embargo... ah, sí... cachas de nácar. ¿Comprendes algo de todo este barullo que te escribo?

En la travesía se ponen en orden los pensamientos. Jaime tiene toda la razón. El que quiera respuestas, que se haga a la mar. Querido Jaime, gran amigo y mejor policía, ¡qué haríamos sin ti! Estás leyéndole esta carta, ¿verdad? Haz el favor de no tartamudear, que me ha costado mucho encontrar las palabras justas y no quiero sinónimos.

Durante ese tiempo yo no sabía nada pero lo intuía todo. ¿Por qué invertí una cantidad absurda de dinero en mis herramientas de nácar? Las cachas de madera no tienen nada de malo y cuestan la décima parte... ¿Por qué nos aferramos a los objetos, nos enamoramos de ellos y no los cambiaríamos ni por todo el oro del mundo? En tantos años de forjarme a mí misma, he pasado por hosterías de todo pelaje, habitaciones alquiladas, lugares siempre de paso. Solo una condición buscaba. Que hubiera una ventana. Al colocar úteres, salía de mi maleta, el primero, un objeto: el catalejo de campaña de un comandante español. Abría esa ventana si el cristal estaba sucio y miraba con el catalejo buscando en lejanía. ¿El qué? Oteaba el mundo por aquel agujero sin saber que en realidad te buscaba, no en la lejanía, no en el horizonte sino entre las lentes del instrumento. Todas las habitaciones fueron siempre de paso, hasta arribar a Palma, donde mi verdadero puerto fueron tus brazos. Donde llamado por su dueño, el catalejo te encontró.

Jaime se detuvo. Las lágrimas inundaban el papel. Mi amigo se rompía.

—No puedo seguir...

—No me falles, Jaime...

La felicidad sí que existe y es muy sencilla: en la soledad de la celda, cuando está oscuro y hace frío, me envuelvo en una manta, pienso que estamos abrazados y me duermo en la calidez de tu cuerpo... pero a veces me despierto en medio de la noche gritando: Por el amor de Dios, pero, ¡quién! ¡¿Quién me odia tanto que te ha apartado de mi lado?! No pienses que desespero. Al contrario, soy feliz, inmensamente feliz de haber encontrado al fin el... a... el a... el a...

Jaime me miró apabullado y casi en un susurro, me dijo:

—¡Carajo! No puedo decirlo...

—Tranquilo, lo entiendo —le dije a mi amigo—, por más que lo pienso, yo tampoco encuentro alternativa para el *amor*.

Jaime se echó a llorar en silencio, mirando hacia la muralla batida por el mar. Francisco Javier de Mayor y Sans cerró los ojos y ya no los volvió a abrir. Al fin, el soldado carlista... había muerto.

Celina era una excelente cocinera y una mejor comedora. Siempre preparaba más de la cuenta porque atracarse a sobras era el mayor placer de su modesta pero corpulenta vida. Pronto se hizo a Can Belfort y organizó a criadas y mozos con una dulzura y una mano izquierda envidiables, por cualquier ama de llaves. Tenía, lo que se dice, *gravitas*. Aunque seguía sufriendo ataques de pena que achacábamos a la súbita muerte del carbonero, los curaba mucho mejor ahora que no le faltaba jamón en la despensa. Fue precisamente metida en la fresquera de la fruta donde escuchó a los amantes por primera vez.

En esa alacena de cuerpo entero había una rejilla que daba a un hueco muy grande o patio minúsculo en el que confluían cuatro paredes de las tres casas que estaban pegadas. El ala oeste de Can Belfort, el ala este, residencia de los marqueses y Can Nácar. Fue tarde, por la noche, en la recena de la una cuando escuchó como un lamento:

—Tisbe... Tisbe...

A la dulce gorda se le cayó una manzana de la mano y gimió para sí:

—*La nena de l'habitació verda...*

Paralizada, dejó de masticar y prestó atención. Enseguida reconoció la voz de Marcela Bocacci.

—Por el amor de Dios, Ramiro... no me persigas más o mandaré tapiar la rejilla.

—Eres mi Tisbe... y siempre lo serás.

—No, no, no.

—Sé que me quieres. No entiendo esta locura...

—Sebastián y yo nos casamos en dos semanas.

—Si no le dan por loco...

—No le darán. Ha hecho promesas, tiene muchos amigos, los médicos...

—Ha comprado a Sartorius y a todos los demás... pero está enfermo, doña Marta tiene razón, no es el que era. Es peligroso.

Celina aguzó el oído. El asunto le interesaba, y mucho. Las voces de los jóvenes llegaban con gran nitidez, como si estuvieran metidos en la despensa de la fruta con ella. Se dio cuenta de que en cada pared había una rejilla como la suya y que los muchachos se hablaban sin verse y sin salir de sus respectivas casas.

—No está tan loco si no aceptó tu guante. Retarle fue una estupidez. Lo nuestro es imposible y tú lo sabes.

—No lo hice porque quiera que seas mía, es que no quiero que seas suya. Lo nuestro...

—Nunca hubo nada «nuestro»... en realidad todo fue una ilusión infantil. Me hizo gracia que fuéramos como los amantes de la leyenda, hablándonos a través de una rendija con aroma de frutas, pero ni tú eres Píramo ni yo soy Tisbe, además, el amor los llevó a la muerte más

sangrienta y no tenían ni la mitad del problema que nosotros tenemos...

—Yo moriría por ti, me dejaría azotar por ti, iría a la cárcel por ti... no puedo vivir sin tus rizos negros y tu piel transparente. Esas venas laten por mí... Olvidemos lo que sabemos... Soy el heredero de una gran fortuna, no necesitas que te compre un marqués, podemos fugarnos juntos, cumplir nuestro plan....

—¿Lo ves? No puedes contenerte y lo peor es que no sé si yo puedo resistirme. Debo poner un marido entre nosotros y Sebastián necesita su herencia. Dime una cosa, y quiero la verdad...

—Lo que sea.

—¿Mataste tú a tu padre?

—¿Por qué había de hacerlo?

—Por... por sus mentiras...

—No. Llegué a pensarlo, pero no lo hice.

—¿Es cierto que estaba encerrado solo? ¿Qué nadie pudo darle el cianuro?

—Eso parece... Fuguémonos...

—¿Es verdad que escribía una carta?

—Lo es.

Marcela gimió, y de golpe un llanto desesperado invadió la aromática despensa. Fue como el aleteo de una paloma alzando el vuelo. Un largo silencio le indicó a Celina que Marcela se había marchado.

—Tisbeee... no me dejes, mi Tisbeee, querida...

El dolor de ese muchacho verdaderamente partía el corazón.

A su vuelta de Valencia, lo primero que hizo Tana fue ir a buscarme a la habitación verde para arrojarse en mis brazos de una de esas mil maneras que meses después mencionaría en su dulce carta... pero no me encontró por ninguna parte. Lo que halló en cambio fue una casa perfectamente organizada, a dos criadas nuevas muy discretas y eficaces y a una Celina a su servicio y a sus pies. Tana estuvo encantada de encontrarla en su casa, aunque se sintió apenada de que hubiera sufrido una vejación tan terrible.

—Ya estoy bien, señora. Su marido me curó de maravilla. Es un cirujano excelente.

—Sí, lo mismo vale para un roto que para un descosido. Me gustaría que me dijeras quién fue el sádico que te cortó esas cruces en el cuerpo...

—No, señora. No me acuerdo. Estaba borracha.

—No me lo creo.

—Podemos discutirlo media hora, pero la respuesta será la misma. ¿Le parece que nos ahorremos la media hora? ¿La damos por discutida?

—Me dejas sin argumentos, tú ganas... ¿Dónde está don Carlos?

—Salió a la ópera, aunque no se encontraba bien. Entre usted y yo, señora, para ser un hombre tan guapo y tan fuerte, está muy enfermo...

—¿En qué lo ves?

—A veces se sujeta a las paredes, ha perdido el apetito, se va a la cama temprano y se despierta temprano para luego caer rendido en cualquier rincón. Ayer mismo pasó la noche echando las asaduras... Por eso hoy ha salido con la fresca a retomar fuerzas, o eso me ha dicho,

pero estoy preocupada. Gabriel le prepara infusiones, le da reconstituyentes, y no le hacen nada.

—No te preocupes, me encargaré de examinarle hoy mismo. Gracias, Celina.

—¿Usted está bien? ¿Liquidó sus asuntos en Valencia?

—Liquidados quedaron —dijo Tana pensando en el cadáver del Zamarro.

Tana no podía estar consigo misma. Necesitaba contarle a alguien sus hallazgos, explicar lo que había averiguado, desahogarse, y sin embargo debió esperar más de tres horas a que yo reapareciera. Cuando llegué era de noche. Al entrar en el zaguán me la encontré en el patio, suspirando. Los corazones se desbocaron en un mar de palpitaciones. Un fuerte viento mistral enturbiaba los pensamientos, se colaba por las grietas y hacía batir las contraventanas, enroscando las olas. Tana estaba despeinada, su moño deshecho. El aire jugaba con ella. Los mechones eran hilos de titiritero. Nos miramos quietos entre las columnas de aquel desproporcionado patio de jaspe. Las arquerías me recordaron el claustro de San Pedro y mi boda con Irache. Vino hacia mí. Llevaba días sin dormir. Le flaquearon las piernas del agotamiento y al reposar su mirada en la mía se dejó vencer. La tomé en mis brazos. Se aferró a mi cuello. Las fuerzas me volvieron como si nunca hubiera estado enfermo. Cargando con ella, subí tres tramos de escaleras hasta su alcoba. Entramos en la habitación verde. Le quité las sedas con delicadeza, paseándome por sus hombros. Expuso el cuello a mis labios. Hicimos el amor.

Celina dormía justamente encima de nuestra alcoba, aunque esa noche no pegaba ojo. Leía fascinada el diario de un soldado:

Mi madre no podía tener hijos, así que tras peregrinar a Navarra, la tierra de sus ancestros, le hizo la promesa a san Francisco Javier, patrón de su tierra natal, en la mismísima iglesia del mismísimo Castillo de Javier, que si le concedía su deseo abriría un hospicio para niños pobres en San Sebastián y le pondría de nombre a su hijo Javier en homenaje a su bondad. El santo le concedió la petición. Se produjo el milagro. La condesa de Siresa quedó embarazada y se financió el hospicio. Un lugar alegre, limpio y pequeño. El bebé se llamaría Javier. Alegría, humildad, generosidad, perfección. El inconveniente, nada grave, llegó cuando mi madre dio a luz, pues no tuvo uno, sino dos varones, dos niños gemelos. Así pues, al primero en nacer lo llamaron Francisco Javier, en honor al santo, y al segundo, Javier Fernando, en honor al santo y a su abuelo, don Fernando, conde de Siresa. Puestos los dos juntos, los niños honraban al patrón de Navarra por partida doble, pues uno se llamaba Francisco de primer nombre y el otro Javier. Una idea brillante a ojos de mis progenitores. Sin embargo, hay ideas geniales que de simples que son, y de tanta simpleza a la que aspiran, se convierten en un lío de narices. La confusión comenzó en el mismo instante en que entramos en la escuela.

No solo éramos gemelos. Mi hermano y yo éramos clavados. Nuestra ama de leche fue siempre la única capaz de distinguirnos, y para hacerlo tenía que pincharnos y hacernos llorar. Mi madre nos vestía igual, nuestras iniciales eran las mismas al revés y nos divertía engañar a todo el mundo pues éramos pillos, listos, cómplices y liantes. Como compartíamos

el mismo nombre y la gente encuentra siempre un atajo a esos pequeños inconvenientes que entorpecen las relaciones, no había alma en el condado que no nos llamase «los Javieres». El individualismo no nos llegó hasta bien tarde, a los catorce años, entrada la guerra, y para ese entonces yo era Javier, pero mi hermano también y de cualquier manera, fuera como fuese, siempre éramos «uno de los Javieres». De tanto dejarnos llamar igual, intercambiarnos en exámenes, citas amorosas o peleas de muchachos, hasta nosotros dudábamos a veces de quién era cual o si en realidad no éramos los dos a la vez o quizá no éramos más que uno solo. Un Francisco y un Javier reflejado en el espejo.

Con la guerra contra el francés y nuestra entrada en el ejército, la cosa no cambió demasiado. Ya no escogíamos las mismas ropas para ser gemelos, pues el uniforme de húsares de caballería bien se encargaba de ello. No teníamos marca en la cara, lunar, golpe o señal que nos diferenciase y realmente nos divertía y nos era útil este don de la bilocación. Perteneciendo al mismo regimiento, mantuvimos la picardía de toda una vida y cuando uno obtenía un permiso, se lo permutaba al otro, o lo compartíamos, haciéndonos pasar por el hermano en nuestra compañía. Con este lío, no es de extrañar que Irache se enamorase de uno pero se fuera a casar con el otro... o se enamorase de los dos, o ni ella misma supiera de cuál se había enamorado.

Los gritos desesperados de Tana interrumpieron a Celina en su apasionante lectura del diario misterioso. Rosa lo había encontrado entre las sábanas de los señores, al hacer la cama, y la chica lo había dejado sobre una repisa. Celina lo movió al posar un candelabro de plata limpio y, como le había llamado la atención y no había podido evitar abrirlo, tras leer la primera página, aunque sabiendo que estaba fatal lo que hacía, no había sido capaz de contenerse a leer el resto, pues el estilo, aventuras y pensamientos que aquel soldado contaba estaban escritos con una soltura y una gracia que atrapaban, literalmente, desde la primera página, y dos pasiones tenía Celina: la comida y la lectura. Igual que no podía evitar comerse las sobras de todo el mundo, tampoco podía evitar abrir la tapa de cualquier libro, legajo o panfleto que cayera en sus manos. Nadie le había enseñado a leer, al menos eso le había contado siempre su madre. Simplemente, un día, recitó las letras. El día menos pensado, las letras se hicieron palabras, algunas incomprensibles pero fascinadoras. Meses más tarde, ya navegaban sus ojos con destreza por el *Quijote*, o *El conde Lucanor* o el *Amadís de Gaula* o don Lope de Vega... Los gritos se repitieron, y un llanto:

—¡Celina, ayuda, por favor, alguien!

La preciosa gorda, dentro de la agilidad que le permitía su enorme peso, bajó las escaleras del ático de dos en dos hasta llegar junto a su señora. Al entrar se sorprendió de ver que en la alcoba no había nadie, pero sí una puerta. Cruzó el umbral.

—Santa Catalina incorrupta nos asista... *L'habitació verda*...

El apuesto don Carlos, es decir, yo mismo, estaba inconsciente, en la cama deshecha, junto a la gran chimenea de mármol verde. Ardía en fiebre. Celina sintió un dardo en el pecho al ver el sufrimiento de la cirujana, que trataba de despertarme a besos.

—¡Se muere, Celina... Avisa a don Gabriel, al doctor Echagüe...!

—Hay que sacarlo de aquí —dijo la criada—. ¡Es la habitación maldita!

Entre las dos me sacaron a la alcoba aneja. Tana mandó traer agua helada del aljibe, llenar un baño. Gabriel llegó de prisa y se fue volando en busca de sales y hierbas. Tana me abrazaba,

hablándome amorosa, mojando mi rostro dormido con las lágrimas. Entre los tres me metieron en el agua. Notaba que la vida se me escapaba entre sus manos. Pronto empecé a temblar de frío. Castañeteaban los dientes. Me sacaron del agua, me envolvieron en sábanas.

Media Mallorca se despertó esa noche. En casa de la marquesa se hizo vigilia, don Alberto, que vivía por suerte a dos calles, hizo lo que pudo, que fue muchísimo. Fueron horas de angustia y desesperación. Al fin, abrí los ojos, tan solo para vomitar las hierbas *valldemossinas* del hijo de boticario y los fármacos de don Alberto... seguido de todo lo que había comido en mis cuarenta y tres años hasta llegar al primer pecho de mi áspera ama de cría.

—Hay que aislarlo. No podemos poner en peligro a toda la isla.

—No es cólera —decía Tana, cabezota.

—Es lo que parece.

—Pero no lo es.

El divertido doctor Bretón, experto en miasmas y epidemias, vino también a comprobar el estado del enfermo. Cada uno que llegaba se fascinaba a la vista de la habitación contigua. La voz de la maldición corrió por la isla. La niña de la habitación verde me estaba matando. Solo yo sabía que no existía tal maldición y por qué, pero también era el único que no estaba en condiciones de explicar que Cayetano de Nácar jamás había asesinado a nadie. Que *la nena* ya era mujer y que la teníamos delante. Los médicos de Palma, al menos los buenos, hicieron piña a mi lado. Respetaban a Tana.

—Querida, estoy con Alberto... —decía el bueno de Bretón—. Si no fuera por la fiebre podríamos pensar que es un alimento en mal estado... pero no debemos arriesgarnos.

—Al lazareto, no, Bretón, te lo suplico. Allí morirá de otras cien cosas... y no es cólera. Creo que no lo es, al menos... pero ya no estoy segura de nada.

—Tana, escucha, aquí hay trasiego de criados, las viviendas están muy próximas. Una epidemia podría matar a miles de personas... Tú lo sabes.

Gabriel tosió, no por enfermedad, sino para interrumpir. Tana, Bretón, Echagüe y Celina le miraron. En ese instante llegaban Jaime y don Pablo, el comandante De la Piedra y Prihuelas... que, para no molestar, se sentaron a la mesa redonda del comedor.

—¿Qué os parece si lo llevo a mi celda, en Valldemossa? —dijo el amable tísico—. Allí vive el monje «desamortizado» que podrá encargarse de él. El lugar está muy retirado y el aire de mar y de campo... por no hablar de mis cuidados...

—¡Qué gran idea! —dijo Tana risueña.

Todos se sintieron aliviados. Era lo mejor para el enfermo y para Palma.

—Preparemos un coche, con un buen colchón, mantas y limonada. Que no deje de beber sorbos de limonada en todo el viaje.

—Gracias, Alberto. Gracias a todos —por primera vez entre tanto médico, Tana se sintió hallada, querida, emocionada, en su hogar.

Con pañuelos sobre la boca, embozados y encapotados, me sacaron al alba, de contrabando. Fugazmente vi los ojos de Jaime, de Tana, de Echagüe, que tuvo que sujetarla con dulzura para impedir que me besara los párpados. En la guerra me han herido seis veces, dos graves: los sablazos y el disparo de De la Piedra. Nunca me había sentido tan cerca del otro lado y sin

embargo, al cruzar mi mirada con aquella Tana embozada... pensé que podríamos vencer todos los males.

—Te curaremos, te lo prometo —me dijo.

Luego gritó algo más, pero el ruido de los cascos sobre los adoquines me impidió estar seguro. Aun así, juraría haber escuchado un «te quiero».

Tana mandó hervir todas las sábanas, limpiar suelos y mármoles con jabón y vinagre. Salieron los líquidos antimiféticos de los armarios del laboratorio. Los criados que habían estado en contacto con el enfermo o con las habitaciones de los señores, se lavaron con jabón de fregar. Tana se encerró en el laboratorio. Celina, Celina, Celina... No podía sacarse de la mente el nombre de esta muchacha. Desde el primer momento, nada más conocerla, tuvo esa sensación, como una campana conocida, lejana, que repicaba en su memoria cuando la preciosa gorda sonreía. Tana abrió sus gacetas médicas, leyó sobre el cólera y los últimos remedios conocidos... Pero con el cólera no había más remedio que en la Edad Media: el de rogar. Si el enfermo no era lo suficientemente fuerte como para soportar la enfermedad, moriría. Aún podía sentir el calor de mi cuerpo, la humedad de esa boca deseada durante tantos años, los labios sobre las serpientes de mi brazo... No tuvo ocasión de contarme nada de lo descubierto en Valencia. De sus miedos y locuras o su infancia desgraciada. Quería ir a Valldemossa, cogerme la mano, pero Palma no podía quedarse sin forense.

Celina llamó a la puerta por si quería un té o una infusión, y de pronto, al dejar de pensar en ello, que es como suceden siempre estas cosas, llegó el nombre buscado como una llave que abría una puerta en la conciencia: Linace. ¡Palacio de Linace! Celina es un anagrama de Linace.

—¿Cómo dice, señora?

—Ce-li-na... Li-na-ce...

Tana comenzó a reír y llorar mientras manoseaba su cruz de plata, recordando paisajes de colores pastel pintados sobre las paredes, y Celina solo supo que debía abrazarla. Dos horas después, cuando la cirujana había soltado la pena de varias generaciones, Celina le habló preocupada:

—Señora... dígame qué puedo hacer por usted. Lo que sea.

—Abrazame de nuevo, Celina... Abrazame.

La catedral comenzaba a engalanarse para una boda. El joven marqués de Belfort y Marcela Bocacci iban a casarse muy pronto. De nada habían servido las demandas de la marquesa, ni el testimonio de un especialista francés. El juez no había encontrado pruebas suficientes de enajenación y había autorizado el enlace y dispuesto que a la mañana siguiente al registro en el libro, tras la consumación del sacramento, se diera curso a la ejecución de la herencia. El muchacho lo celebró con una correría y durante tres días estuvo desaparecido en Artá.

—¿Por qué te preocupa tanto? —le dijo Tana a su fiel Celina—. De todas las personas que podían tomarse mal la noticia de esta boda, tú eres la última de la que esperaba esta reacción tan oscura...

—Me dan mucha pena, mucha pena, Ramiro, Marcela y qué quiere que le diga, hasta el

pobre Sebastián, que está loco de atar pero que siempre fue un muchacho cariñoso y generoso. De verdad que lo fue, señora.

—Hablas como si lo conocieras de primera mano.

—Si hay alguien en la isla que conoce a todos los hombres de primera mano, señora... esa soy yo.

—Se me olvidaba el oficio...

—¿Usted sabe quiénes son Píramo y Tisbe?

—Tendrás que preguntárselo a Marcela. Ella es la experta en clásicos y leyendas.

—No, si yo sí lo sé. Se lo pregunto a usted.

Tana se sorprendió y, algo a contrapié, comenzó a buscar por la librería hasta encontrar un libro sobre mitología. Celina negó con la cabeza.

—No, ahí no viene. ¿No tiene a Ovidio?

Tana la miró estupefacta. Celina alzó mucho las cejas como si pensara: «¿Pero es posible que no tenga cebollas en esta cocina?! ¿Y a esto le llama usted una despensa del saber?»

—Caray, con la puta... A ver Celina, sí, sí... Paciencia... ¿Te vale un libro sobre *Las Metamorfosis*?

—Naturalmente.

—Naturalmente... —rezongó Tana entre dientes mientras buscaba el pasaje requerido en el índice.

—Veamos, aquí está... Píramo, Píramo... Píramo y Tisbe. ¿Para qué aprender las cosas si están en los libros, eh? Bien... Píramo y Tisbe eran dos vecinos que se enamoraron. Como sus familias les prohibían verse, se hablaban cada noche a través de una rendija de la pared sin poder verse ni tocarse... ¡Qué bonito!

—¿A que sí?

—No pudiendo más de amor, Píramo la convenció para escaparse y establecieron un encuentro en el bosque, junto a una fuente, donde crecía un moral. Mientras Tisbe esperaba, apareció una leona a beber a la fuente... Caray, Celina, en Mallorca no estaban, desde luego. ¿Qué país es este en el que hay leonas sueltas por los bosques?

—Siga leyendo, señora...

—A ver... Sí, aquí. La muchacha se escondió pero se le cayó el pañuelo. Cuando llegó Píramo, vio a la leona jugando con el pañuelo desgarrado, lo reconoció, creyó que Tisbe estaba muerta y desesperado se clavó su daga... ¡Vaya por Dios! —dijo Tana alzando la vista hacia Celina.

—... y tenemos servido el drama. *Romeo y Julieta* acaba exactamente igual de mal.

—Es cierto.

—Además de comer, tengo la manía de leer. Cuando Sebastián tenía comercio conmigo, me traía lecturas, sobre todo libros de los que le gustan a Marcela. A cambio yo le horneaba los hojaldres que me enseñó a hacer mi madre, que era la mejor cocinera de Pollença y de Mallorca. Decía Sebastián que no podía vivir sin mis dulces.

—Celina... Que yo me entere bien: ¿acaso tú has leído a Shakespeare? —dijo Tana apabullada.

Celina sacó esa voz de mezzosoprano para hacer uno de sus musicales discursos.

—Huy, señooora... ¿Con lo que me gusta la cocina y la lectura? Pues naturalmente. No hay

novela romántica de hoy día, ni de ayer día, la verdad... que se le pueda comparar. ¡Lo he leído de cabo a *raaaabo*, de la cabeza a los pies! El ritmo de su verso, las comparaciones, las metáforas, los *aforiiiismos*, las genialidades que sueltan por esa boca todos los personajes, frases certeras como pizcas de sal y regadas de la inteligencia de ese autor que ha vivido muchas vidas en un mundo y que, sin salir de su cabeza y sus lecturas, coge un poco de aquí, de unos y de otros, otra miasca de allá, tomando piezas del pasado perfecto y el pluscuamperfecto: autores españoles, calabreses, ingleses, franceses o venecianos, y los utiliza como condimentos de boticario en fórmulas magistrales. Shakespeare es tan sencillo, y sin embargo parece tan rico, tan complicado como un *estofat de bou*... Un poco de amor, un tanto de venganza, muchos secretos, que siempre son agradables de encontrar entre niscalos y salsa de estragón, una cierta tensión a causa de los malentendidos que causa tanto secreto, o una mucha tensión, y belleza y ese amor, amor y más amor y sobre todo... *Humor y risa* que son las esencias de la felicidad. Shakespeare no es escritor, señora..., es un gran cocinero y sus obras alimentan porque en su marmita habita la inmortalidad de los clásicos y el gusto por la vida y las buenas palabras sacadas de la despensa del saber.

Tana miró a la cantarina Celina pasmada. Tras la más brillante descripción de Shakespeare que nadie había hecho jamás en su presencia, la prostituta gorda, metida a ama de llaves con vocación de cocinera, engulló las sobras de la mesa y recogió los platos.

—Pero me he desviado del asunto, señora... Lo que yo quería decirle es lo que escuché en la fresquera de la fruta, porque pienso que puede tener que ver con la muerte de don Abel y porque me apeno por dos muchachos enamorados.

Tana la miró aún más sorprendida, dispuesta a escuchar.

Tras enredarse en las serpientes de mi brazo, Tana había descubierto el amor y sus virtudes. Pero no el amor de enamorados. El amor en la amistad, en los brazos de Celina, que muchas tardes la recogían para calmar su ansiedad, el amor por los pacientes, el amor del día a día. Salía a pasear a la Rambla o hasta la plaza del Cort y se quedaba quieta mirando a las madres con sus hijos, llenas de amor, y a los abuelos estrictos derrochando cariño disimuladamente. El amor no es algo evidente pues se da a menudo por hecho. Hay que observarlo. Probarlo. «El amor no espera ser correspondido», como le dijo Jaime en las cuevas del Drach.

Pero además estaba el amor por su profesión. Una dedicación y una pasión que ya todos entendían como propia y no prestada de su marido. Tanto que el gobernador la nombró, por decreto, forense legal de la ciudad durante el tiempo en que su esposo se encontrase enfermo. Mientras esperaba las escasas noticias que le llegaban de Valldemossa, Tana revisaba patentes de barcos, dirigía a sus empleados, burócratas, jóvenes forenses y un secretario y paseaba con Alberto. Nunca había sido tan feliz ni había sufrido tanto, pero al menos sabía que yo llevaba días sin fiebre. No parecía cólera. Probablemente no lo era. Quizá fuese un brote de paludismo. Las tercianas son comunes en la isla. Bretón no lo creía. Era extraño.

Echagüe le traía noticias a través del monje, que era el único al que se le permitía un contacto directo. Ese día, paseaba con ella. Alberto y Tana llegaron caminando hasta la fachada de la Seu cuando se encontraron con Sarriá y la joven Sara. Una pequeña daga se clavaba siempre en su pecho al verlo con otra e inmediatamente disimulaba su disgusto pues sabía que no tenía derecho

a estar celosa. Primero, porque a quien amaba con toda su alma era a su falso marido, y segundo, porque Jaime se merecía ser feliz y no debía percibir nunca esperanzas en su rostro contraído por los celos. Ella sabía que el policía la buscaba siempre con el corazón y con la mirada. Aun así, le costó mucho trabajo sonreír alegre cuando les anunció que Sara y él habían hecho público el compromiso. La muchacha, feliz, les enseñó un bonito anillo que había pertenecido a la madre del intendente, y la ya conocida daga mallorquina se retorció muy cerca del corazón. Al examinar mano y diamante, Tana hizo un descubrimiento y ya no se pudo contener:

—Querida Sara, qué alegría, otra boda más... Jaime, enhorabuena. Me encanta que mis amigos sean felices y tener así excusas para encargarle a la modista vestidos de baile. Perdona que te pregunte, Sara... Tú tienes una capa roja, ¿no es así?

Jaime Sarriá la fulminó con la mirada, enfadado, pero Sara de Nácar no se inmutó. Inocente y perfecta replicó:

—No. Tenía una pero la dejé olvidada en algún salón o un teatro y nunca la recuperé... ¿Por qué?

—Sí... ¿Por qué? —dijo Jaime con creciente molestia.

—No, es que me pareció verte el otro día en la plataforma del Rosario, pero debió de ser otra persona.

Tana sonrió con tal dulzura de Gioconda que Sara no percibió segundas intenciones. Echagüe en cambio, que sabía que la cirujana no daba puntada sin hilo, esperó a que se marcharan para preguntar.

—Es verdaderamente extraño este compromiso... ¿Tú qué opinas?

La misteriosa respuesta de Tana fue:

—Espero que sean muy felices. Jaime se lo merece. Lo ha pasado mal estos años sin Fani.

—La cambiada por respuesta... Eres única. Pero sí, tienes razón. Tú no la conociste, a Fani, digo, pero era una mujer magnífica. Estefanía Company tenía lo que los griegos llaman... *Areté*. Temo que Jaime cometa un error casándose con esta muchacha.

—Es un hombre inteligente... Parece que la quiere mucho.

—Se culpa, ¿sabes?

—¿De qué?

—Él convenció a Fani de que tuvieran un hijo aun sabiendo que el parto la mataría.

—No lo creo...

—Se castiga alejándose del niño, como si pensase que no tiene derecho a disfrutar de él. Me preocupa que no sepa perdonarse. Tú también te preocupas por él, ¿verdad?

—Sí. Llegué a esta isla sin una sola preocupación en la maleta y en cambio, si tuviera que marcharme hoy, no podría levantar del suelo mi equipaje. En fin, mejor no pensarlo. Oye... Una curiosidad... Al ver sus manos de cerca me he dado cuenta de que tiene una señal de cirugía, y no es pequeña. ¿Tú sabes qué le pasó a Sara?

—Lo sé muy bien. Fui yo mismo quien la operó.

—No... no me lo digas... ¿polidactilia?

—¿Seguro que eres forense y no adivina?

—Tengo intuición.

—Un profesor mío decía que la intuición es la memoria y que solo con larga experiencia se puede recordar.

—Qué gran verdad. A partir de ahora te robo la frase. «La intuición solo es memoria.» Me encanta.

—No me la robas. Yo te la regalo. Era un gran catedrático en la Universidad de Barcelona y era mi padre —dijo Echagüe—, volviendo a Sara de Nácar... Don Abel me la trajo para que le extirpara el sexto dedo hará diez años. Era una niña... tendría siete años, si mal no recuerdo.

—Sí, diecisiete tiene ahora. ¿Sabes algo de su madre? Dicen que era una hostelera...

—Posadera. Un espanto de mujer. Pegaba a los niños, era pendenciera, siempre metida en problemas a causa de la bebida... Al menos eso es lo que se contaba en voz baja.

Ambos se detuvieron frente al zaguán de Can Belfort.

—Bien... hemos llegado..., gracias por el paseo y gracias otra vez por traerme noticias de Carlos.

—No hay por qué darlas. Si necesitas ayuda contra esos dos ineptos... menudos tipejos.

—¿Sartorius y el sobrino de don Braulio? No, tranquilo... Es lógico que hayan impugnado mi nombramiento. A fin de cuentas, soy mujer.

—Una mujer que vale más que diez de ellos. Prepara bien ese examen, saca la plaza por méritos propios y déjalos a la altura del betún. Pero por Dios... no te metas a estudiar en la habitación verde.

Tana y Echagüe rieron y ella subió a su despacho para encerrarse entre libros de leyes, legajos y gacetas de dos continentes... no sin antes escribir una nota para invitar a don Jaime Sarriá a cenar con ella esa noche. Tenía que hablar con él de algo sumamente importante.

Celina estuvo encantada de que su señora la despidiera temprano, pues tras mucho buscar había encontrado la mochila llena de diarios y se estaba pegando dos panzadas. Una a comer peras en vino dulce y otra a leer todos los pensamientos de aquel magnífico soldado cuya vida parecía digna de un drama de Shakespeare.

Ocurrió en nuestros prados infantiles, a dos leguas de tu antiguo hogar, nuestra casa de siempre. Las partidas de facciosos hacían incursiones a los pueblos fronterizos de vanguardia, matando, robando, buscando llenar el estómago de vino y la cabeza de los gritos de las mujeres violadas o los de los niños abofeteados frente a sus abuelos. Robaban oro, placer. Vivir la vida, lo llaman los soldados de fortuna. Los asesinados eran campesinos de mis tierras, amigos, vecinos, y aunque yo llevaba un mes retirado del ejército, me acerqué hasta mi antiguo destacamento y pedí permiso al general para que me dejase organizar una batida con algunos de sus hombres y otros muchachos de la comarca. El general, buen amigo, se vino a bien darme gusto. Todos los de Sanse, cuatro soldados y dos capitanes, se unieron a mi cacería. Serían las cuatro o las cinco cuando dos grupos de soldados se encontraron en la niebla. Ellos, carlistas, nosotros, *cristinos*. ¡Quién va! ¡Enemigos! Disparos, gritos, un espeso y frío vapor entumecía las entrañas. Yo perseguía asesinos, tú también. Carreras, ramas partidas, un caballo al galope. Seguí bultos en la niebla por instinto, cruzándome el rostro con las ramas de una muy vieja y muy conocida encina. No estábamos lejos de casa. Al subir un repecho aclaró la niebla, se ocultó la luna, atisé una grupa, el uniforme oscuro de un oficial. Disparé. El caballo perdió pie. Un relincho, un resoplido, un resuello. Desde lo alto de la

loma vi el cuerpo del oficial rodar por la colina como tantas veces rodamos nosotros de niños, cuesta abajo, entre carcajadas y griterío, a tumba abierta sobre la hierba húmeda hasta llegar a la orilla del arrollo donde nos bañábamos desnudos. Silencio. Me acerqué hasta el animal esperando ver un guerrillero. Era *Filibustero*, tu caballo. Otro amigo. Mi corazón empezó a latir con miedo. A la vera del arrollo, un hombre jadeaba junto al laurel de nuestra niñez. Se arrastraba con dos tiros en el cuerpo buscando el tronco de aquel árbol, mi árbol, su árbol. Era el coronel carlista con el que tantas veces había temido encontrarme en el frente. La luna salió de entre las ramas y vi mi propio rostro cubierto de sangre. Eras tú, hermano.

—¡Francisco!

Me miraste herido de muerte y valiente.

—Reconocería esa cara en cualquier parte —dijiste sonriendo.

—Con buen humor hasta en el infierno.

—Ya sabes el dicho —tosiste—. Cuanto más dramática la situación, más gracioso el soldado.

Me miraste con cariño. Te agarré de la mano. Éramos iguales en todo: en el humor, en el amor, en los ojos verdes y risueños y tú eras el único en el mundo capaz de ver siempre la más mínima diferencia.

Nos envolvía la niebla y jadeabas con ese estertor de los muertos que tan bien conocemos los dos. Han sido más de veinte años de guerras. Sabemos de esto. Recuerdo bien cada pliegue de tu piel, los mechones sucios, lisos, cayendo sobre tus ojos rebeldes, enmarcando esa sonrisa. Te morías, hermano, me mirabas y sonreías. Apreté fuerte esa mano.

—¿Son mis balazos? —te dije.

—¿Eras tú quien nos perseguía?

—Somos varios, todos de Sanse.

—No llevas uniforme.

—Dejé el ejército.

—Es verdad lo que dicen. Cuando te estás muriendo, no duele.

—No te vas a morir. Vamos a casa...

—Prefiero hablar aquí a morirme en tu grupa. Si dejaste el ejército, es que estaba de Dios que esto pasara... al fin.

—Nada está escrito.

—Aun así uno es tuyo, creo. El otro disparo es de una partida de bandidos, supuestamente de los nuestros. Unos polacos que saquearon San Juan... Mataron a tres mujeres.

—Nosotros perseguíamos a los mismos.

—Siempre hemos perseguido lo mismo, Javier. Hasta en bandos opuestos. ¿Estamos bajo nuestro laurel?

—Sí.

—Qué bien huele.

Cuando éramos muy niños mi hermano me retó a escalar aquel laurel. El primero en llegar a lo más alto, lo reclamaría como propio y tendría derecho a grabar sus iniciales en él. Mi hermano me ganó y yo me eché a llorar porque quería que el árbol llevara las letras de mi nombre. Francisco, para pacificarme me dijo:

—No llores, Javier. Yo grabaré la F y tú grabas la J. Si las ponemos una encima de la otra, da igual cuál va primero...

Te morías en mis brazos. Miré aquellas letras que habían ido creciendo con el tronco y con nosotros, como las cicatrices de las batallas. La Efe y la Jota superpuestas, tanto monta, monta tanto Francisco Javier como Javier Fernando... siempre entrelazadas en nuestras mochilas de guerra o en los uniformes, en los libros de la escuela, en un catalejo, una sobre la otra, inseparables.

—Ahora es tuyo el árbol. Cuídalo bien —me dijo mi propio rostro.

Mi hermano me agarró de la pechera. Se moría por mis balas.

—Irache... dile que la quiero. Dile que al final de la vida... se acaba el odio, el resentimiento, la idiotez... Dile que lo único que nunca termina es el amor. Dile que el amor está siempre. Y tú... perdóname.

—Lo que te hice nos ha llevado a esto.

—Yo te quité a Irache. No... no fuiste tú quien me empujó al bando contrario. Me apunté con los perdedores para que, por una vez en tu vida, pudieras ganarme en algo.

Yo me reí. El se rio.

—Prométeme una cosa —me dijo Francisco.

—Lo que sea.

—Que no me cerrarás los ojos.

—¿Ahora tienes miedo a la oscuridad?

Rio de nuevo.

—No. Es que quiero ver hasta el final.

Me aguanté las lágrimas, Dios sabrá cómo, y se lo prometí.

—Cerramos siempre los ojos de los soldados para no ver sus muertes... Pero... ¿Y si los muertos desean seguir mirando hacia la vida? Ya llega... No está mal... Irache... Javier...

Su alma entró en mi cuerpo. Le abracé bajo nuestro laurel... Me abracé fuerte a mi hermano muerto y lloré.

La heredad familiar estaba a muy poco de allí. Lo llevé, por fin, a su hogar en mi caballo. Mis criados dormían. Hoy creo que sé por qué hice lo que hice. Entonces no pensaba, solo hacía. Mi hermano me enseñó a actuar así. Siempre decía: «Los que pensaron en la guerra ya están muertos.»

El tiro salió de mi pistola, y al matarlo me convertí en él. Le quité el uniforme ensangrentado, me lo puse, le vestí con mis ropas... Le expliqué a Antonio, el viejo mayordomo... que había matado a Javier. Subí a su caballo, llené su mochila con mis cosas... me uní a su regimiento, y yo comencé a ser Francisco y a luchar contra mí.

El destino no nos enfrentó, hermano. Nos enfrentamos nosotros. Tú me robaste a la novia y me tomé la revancha. Pero el amor no se roba y mi revancha no tuvo ni la nobleza de las grandes venganzas novelescas. Seduje a Irache haciéndome pasar por ti, te lo conté entre carcajadas de odio, me tiraste al suelo de un puñetazo y te uniste a mi enemigo con la promesa de encontrarme un día en tu punto de mira. Yo, arrepentido, me escapé de todos los frentes en los que sabía que te hallabas porque no quería matarte... Pero no pude escapar de esta última escapada y hoy, de madrugada, hermano, junto al arrollo de nuestra infancia, bajo el laurel, al fin llegué al destino que te puso en el camino de mis balas.

Mientras Celina leía entre lágrimas emocionadas, Tana y Sarriá le daban al jerez en el despacho de la cirujana. El intendente no estaba nada contento con lo que él llamaba «su acoso a la preciosa Sara».

—Mi querido Jaime... Tengo que explorar todas las callejuelas de este intrincado mapa criminal. Una de ellas es la capa roja de la joven que fue vista junto a don Abel de Nácar el día que cayó a la escollera.

—Sara estaba conmigo esa noche. Ya te lo dije.

—¿Qué hora era?

—Las diez y media, acababa de repicar la campana *d'en Figuera*. La capa se la dejó en mi casa. Es roja, de terciopelo.

Tana sintió esa daga de nuevo. Jaime sostuvo su mirada.

—Ah.

—No te daré más detalles.

—Comprendo. No te los pediré. Pero no te he llamado para hablar de la capa sino de la madre de la dueña de la capa. Sé quién es la pelirroja.

—¿Narcisa Negrín?

—La seis dedos, la cirrótica podenca. Nuestra asesinada es, mejor dicho, era, una tabernera de Valencia bebedora y pendenciera con polidactilia. Se trata de una condición hereditaria que consiste en tener más dedos de la cuenta.

—Esto empieza a preocuparme...

—Preocúpate, porque vas a tener que darle tú la mala noticia a Sara.

—¿Narcisa Negrín y la madre de mi prometida son la misma persona?

—Tu prometida... Qué raro me suena.

—¿Qué tienes contra mi boda?

—No estoy en contra, querido, es solo que no estoy, en absoluto, a favor.

—¿Cómo has podido averiguar que la muerta y la madre de Sara son la misma?

—Tu joven nacarina tuvo seis dedos hasta los siete años, momento en el que su padre se cansó de mandarle hacer los guantes a medida y escogió amputación. Echagüe la operó. También me contó que la madre era una pendenciera bebedora de Valencia. Recuerda lo pachucho que tenía el hígado nuestra pelirroja.

—Cirrosis, ya. ¿Estás nerviosa? Das vueltas en círculos.

—Mismamente.

—Es la primera vez y no me gusta.

—¿El qué, querido amigo?

—Que veo en tus ojos desaprobadores miradas de mujer.

Jaime le dio la espalda a Tana y su vista se posó por accidente en un libro de medicina, uno de tantos, abierto sobre la mesa del despacho. Las flores secas de nomeolvides asomaban bajo la página abierta. Era el ramillete que Jaime le dio a Tana el día en que se conocieron. Pero el mayor golpe no fue ver que ella había guardado sus nomeolvides. El título del capítulo que señalaban estas flores fue lo que más le impresionó: «Preparado de Crisantemos para los dolores de corazón.»

—Oh, Fani, no. No, no, no... ¡Déjame tranquilo!

Sarriá se paseó un rato, gesticulando con la muerta. Tana se dijo que se habían pasado con el

jerez. De repente, el policía se dejó caer en el sillón, hizo rodar los ojos en sus cuencas, resignado, y con un gesto animó a la cirujana a que siguiera hablando. Tana retomó el hilo.

—Narcisa Negrín, es decir, Laura Delgado, madre de tu prometida, vino a chantajear a la marquesa de Belfort. ¿Estás bien?

Jaime la miró cansado y negó. Le señaló la botella y ella alcanzó el jerez, pero Tana lo pensó mejor.

—Sé exactamente lo que necesitas.

Jaime pensó que ambos lo sabían, pero no dijo nada. La cirujana abrió un armario, y de un rincón sacó un coñac Remy de 1813. Él lo miró impresionado y la fecha le llevó a sus últimas escaramuzas en la guerra de la independencia, cuando perseguía franceses a través de los Pirineos. Tana sirvió dos copas y un aroma intenso a canela, roble, alcohol y frutas dulces de otoño les hizo detenerse en reverencia. Jaime tomó la copa con ambas manos, calentando un líquido tan oscuro como la caoba. La nube perfumada invadió sus conciencias y la habitación.

—La podenca pelirroja era la madre de los hijos de Abel —dijo ella—. Vivieron amancebados hace mil años. Me he informado con un espía que tengo en Valencia y que mañana por la mañana irá a Oliva a comprobar en la iglesia si...

—No hubo matrimonio.

—¿Cómo?

—Entre Abel y doña Marta Belfort.

—¿Crees que llegará el día en que nos los digamos todo sin hablar?

—Ya ha llegado. Sé adónde vas a parar y...

—Solo necesitamos un poco más de práctica y ya no tendremos más que mirarnos a los ojos para resolver los más complejos crímenes y misterios... ¡pero será terriblemente aburrido comunicarse con las señas del mus! No me gusta el mus.

—¿Cómo no va a gustarte un juego en el que la mejor mano se avisa con un beso?...

Tana tuvo que sonreír. La indirecta o la estocada era perfecta y bebió, huyendo de sus ojos. El aroma afrutado enturbió sus sentidos.

—¿Ya lo comprobaste? ¿Seguro que no hubo matrimonio?

—¿Por qué sospechabas que la podenca le hacía chantaje a la marquesa y no a cualquier otra persona?

—No es una sospecha, es una certeza. La marquesa es quien más tiene que perder de haberse casado con otro, pues eso anularía la boda con el marqués y convertiría a Sebastián en ilegítimo. Esa esquila que metió el mozo de la fonda por debajo de la puerta iba dirigida a ella y además... he averiguado que la supuesta nota de suicidio que dejó la podenca era la segunda página de esa carta de chantaje. Cuando decía «siento recurrir a esto pero no tengo elección» se refería al chantaje que detallaba en la primera página de la misma nota. ¿Sigues el razonamiento?

—¡Por eso no tenía firma! Porque era un anónimo...

—Haz el favor de venir un momento.

Tana se situó junto a su microscopio y le hizo un gesto al policía para que se acercase junto a ella a ver algo. Sarriá, cargado de alcohol, aromas y sentimientos, la miró con resquemor.

—No sé si quiero.

—No estás tan borracho. Ven, necesito que veas la nota al microscopio y, sobre todo, quiero enseñarte lo lista que soy.

Jaime se levantó y se colocó frente al instrumento. Puso el ojo contra la lente. Tana se situó tras él.

—Lo de siempre, cirujana. Lo veo todo negro.

Tana rio y ajustó el aumento, rozándole con sus manos. Jaime se estremeció. Ella, que ni buscaba el contacto ni entendía que estaba también bastante cargada de oporto, jerez y coñac, sintió un leve derrumbe interior, aunque no se alejó de él. Le reconfortaba su cercanía. Su delicado aroma a jazmín.

—Es una letra... —dijo él, que aún miraba por la lente.

—Son muchas letras. La presión de la pluma marcó el folio de debajo. En esta segunda página está grabado el mensaje completo de la primera hoja.

—Eres genial.

Jaime se incorporó rápido, alegre, ella asintió excitada. Se miraron con una mirada de ida y vuelta. Tana miró a Jaime, Jaime miró a Tana. Sus rostros se acercaron por una fuerza extraña o sumamente conocida. Jaime besó a Tana y Tana besó a Jaime.

Fue un beso íntimo y largo, muy largo. Sus labios no querían separarse porque sabían que en ese único roce se concentraba todo su amor, pasado y futuro, principio y final. Ellos dos eran el beso. Un beso dulce por lo inesperado, tranquilizador por lo deseado, doloroso por la despedida que anunciaba y cariñoso y cálido por todo lo demás. Eran dos corazones encerrados en un beso. Sería imposible decir cuál de los dos se separó del otro primero. Tana le miró a los ojos. Habían adquirido el mismo color del coñac. Nunca lo había tenido tan cerca y temía que jamás volviesen a estar así. Eran de licor y almendra y del verde de la sierra. Casi siempre, los ojos de su amigo parecían de un verde con caramelo que cambiaba con la luz o las emociones, como las hojas de los árboles con las estaciones. Pero cuando la miraban a ella se convertían en ojos de hoja perenne, como los pinos de Mallorca. Ojos seguros, sabios y penetrantes, capaces de aguantar cualquier tormenta. Los ojos de Jaime Sarriá eran la llave de un corazón cerrado.

—Ahora sí que me gustaría hablarlo todo sin hablar.

—Carlos tiene razón, él te encontró en el lugar en el que yo te perdí. No me importa que le quieras. Es mejor hombre que yo y tú te mereces al mejor de los dos.

—Carlos es mi vida. Lo es todo para mí... pero no deseo que acabe este momento entre nosotros. Jaime, yo te...

—Chsss... No digas nada más. Este instante es nuestro. Dale un sorbo a tu coñac. Aspira el aroma. Haremos el beso inmortal.

Tana obedeció, los dulces perfumes la arroparon tras el beso. Se sintió profundamente desgraciada e inmensamente feliz.

—¿Crees que se puede amar a dos personas a la vez? —le dijo en un susurro.

—Esta dulzura la guardaremos de nuevo en la botella de coñac, como a un geniecillo atrapado, y en las horas oscuras tomaremos un sorbo, aspiraremos su fragancia y reviviremos un beso. Te prometo que este instante será así: eterno.

—No me has contestado.

—Se puede.

—Cuando estoy con Carlos solo quiero estar con él. Amarle, hundirme en sus brazos. No existe nada más. Pero cuando tú y yo... ¡No entiendo nada! ¡Es muy injusto! Siento que te conozco desde siempre... ¿Qué es lo que me ocurre?

Jaime hubiera querido abrazarla. Hubiera querido recitarle los versos de Shakespeare que llegaron a su mente como traídos por el viento: «Si no quedara la estival esencia, en los muros de cristal cautivo líquido, la belleza y su fruto morirían sin dejar ni el recuerdo de su forma. Mas la flor destilada, hasta en invierno, su ornato pierde y en perfume vive.»

No lo hizo porque eso habría sido traición. A sí mismo y a su honor, a la amistad, al cariño que sentía por mí, al mismo aroma que respiraba junto a ella. Tapó la botella, enterró en su pecho el soneto y guardó en el armario de la cirujana las esencias de su amor.

—Yo ahora soy él. Lo único que te pasa es que le echas de menos. Tienes miedo de perderle. Necesitas sus brazos y su aliento y lo has buscado aquí.

—Sabes mucho de amor —dijo ella sabiendo que Jaime mentía por darle una salida honorable.

—Lo sé todo sobre el amor. Fani es la mujer de mi vida y siempre lo será... por eso yo también la busco en otras miradas, y en ti, milagrosamente, la he encontrado. Lo único que no logro entender es qué trata de decirme con este maldito asunto de los crisantemos.

—¿Qué crisantemos?

—Oh, da lo mismo. Volvamos al microscopio.

—Olvídate del microscopio. He dejado mi mejor truco para el final. Mira.

Tana calentó la página con un mechero de alcohol. Esa mañana la había rociado con jugo de limón y puesto a secar. Al calor, las palabras del chantaje se hicieron visibles como por arte de magia.

—Nunca dejarás de admirarme.

Jaime leyó la nota:

Querida marquesa, usted no sabe quién soy pero tenemos un buen amigo común: Avelino de Nácar. Por él conozco un suceso que pasó hará cuarenta años y que de hacerse público los arruinaría tanto a usted como a su hijo Sebastián, dejándola en la más indigna posición ante la sociedad palmesana. Si no desea que este delicado incidente vea la luz, deberá reunir ochocientos reales de vellón y venir a mi encuentro en la muralla, esta tarde, en la plataforma que llaman «del Rosario» diez minutos antes del toque de «la queda». Traiga esta esquila con usted.

Siento mucho tener que recurrir a esto, pero estoy desesperada, por ello, pido perdón.

—Precioso —dijo el policía mirando a Tana a los ojos.

En la tarde anterior a la boda entre Marcela y Sebastián, una paloma blanca surcó el cielo de Palma y llegó al palomar del destacamento. El encargado de los mensajes le llevó despacho urgente al comandante De la Piedra, y este, raudo, se presentó ante Jaime Sarriá, que manoseaba irritado su invitación para la ceremonia del día siguiente.

—Comandante De la Piedra... Pase, hombre... ¿Busca noticias de don Carlos?

—Si las tiene...

—Solo sé que está mejor, descansando en Valldemossa. Parece que ha desaparecido la fiebre y, aunque sigue muy enfermo, hay esperanza de que se trate de algo pasajero... pero usted no

viene por eso, ¿no es así?

—No exactamente. Antes de que tuvieran que llevarlo a Valldemossa, la tarde antes para ser precisos, le pregunté a don Carlos si quería ir conmigo a la ópera, pues tenía dos entradas regaladas por un subalterno. Le pareció una feliz idea y asistimos al teatro, donde se representaba la famosa obra de...

—Se han hecho muy amigos y muy rápido.

—¿Perdón?

—Don Carlos y usted...

—Sí... nos caímos simpáticos aquel día que hablamos de lo que vi en la escollera y hemos trabado amistad.

—¿Era buen oficial?

—¡El mejor! —De la Piedra, con la pierna metida hasta el fondo, calló de golpe y miró a Jaime con el rostro del hombre que desea que se lo trague la tierra. El policía sonrió amable y no entró a matar, pues era un caballero.

—Solo quería que todos sepamos en todo momento con quién estamos hablando. Don Carlos es mi amigo y yo también le soy leal. ¿Qué me trae ahí?

De la Piedra, aliviado, siguió con su historia.

—Estábamos con lo de la ópera.

—Ah, sí. La ópera.

—Se representaba esa ópera *buffa* tan famosa de Domenico Cimarosa...

—¡*El matrimonio secreto*! ¡Seré imbécil! ¡Por supuesto!

—¿Sigo?... ¿Le busco un flagelo?

—Siga, siga —rio Sarriá.

—Don Carlos me dijo que ustedes, es decir, la policía, habían buscado un matrimonio en las actas de la iglesia de Oliva pero que ahí no constaba. Esa tarde él andaba muy molesto pues pensaba que tenía que haber un error. De pronto, al ver el título de la ópera, recordó que la ley establece que los matrimonios pueden llevarse a cabo en secreto por razones de fuerza mayor, o seguridad o simple deseo explícito de los contrayentes... en cuyo caso, estos matrimonios...

—¡Se registran en un libro especial, privado, al que nadie tiene acceso! ¡El libro de matrimonios secretos! Sin duda yo soy un imbécil.

—No lo es usted, ni mucho menos.

—No... es cierto. Pero estaba ciego.

—Eso sí.

—Siga.

—Mandé mensaje a un teniente de Valencia, compañero de afición, que ha podido averiguar que el libro especial del registro fue robado de la iglesia de Oliva hará cosa de cinco años. Se lo llevaron entre una barahúnda de objetos, con varios incunables y algunas joyas de la iglesia y un par de cuadros...

—Un expolio.

—Exacto. Durante años, nadie se acordó más del tal libro robado hasta que hará cosa de un año el párroco de Oliva recibió de una mujer —pecadora, seguro— mensaje de que había hallado en una almoneda un libro de matrimonios de su iglesia y si quería que fuera devuelto debía describírselo de pe a pa, para estar segura de que era suyo y no enviarlo por error a otro lugar. El

párroco, que tenía interés en recuperarlo, efectivamente, le escribió a la señora una carta confirmándole la desaparición de un libro de registro. En concreto, el libro de matrimonios secretos. Un importante documento por el que, dada la delicadeza de la información contenida, sería recompensada con una peseta caso de enviarlo a su destino a toda prisa.

—¡Qué lista! Consiguió que el cura, sin saberlo, le confirmara en una carta qué tipo de documento tenía entre manos... Su chantaje no serviría de nada si arrancaba la página que le interesaba o si el libro no era depositado de nuevo en la iglesia para poder ser consultado llegado el caso...

—Como puede imaginar, en el libro de registro consta perfectamente dicho matrimonio secreto. Marta Martorell y Avelino de Nàcar se casaron en el año 1798. Ese matrimonio nunca fue disuelto. Así que...

—Siga, siga...

—No, si ya no hay más. Eran unos puntos suspensivos... retóricos.

—¿Cómo diantres se ha enterado usted de tanto en tan poco tiempo? La representación de la ópera fue hace cuatro días...

—Colombofilia. La afición que comparto con ese teniente amigo es la colombofilia. Las palomas mensajeras no son cosa del pasado, señor Sarriá.

No estaba muy claro por qué Sarriá había querido hacer llamar a Tana para que el propio De la Piedra volviera a explicar sus averiguaciones. Yo diría que Jaime no quería traicionarse ni traicionarme, pues no solo somos amigos y me quiere, también seguía deseando casarse con la joven y cariñosa, dulce y calmada Sara de Nàcar a pesar de los importantes sentimientos que albergaba por la cirujana. Tras la narración del comandante, Tana debió reprimirse para no dar saltos de alegría.

—¡La marquesa de Belfort es la asesina! Tuvo que ser como suponíamos. La podenca la chantajeó con hundirla, la marquesa le llevó la plata, la seis dedos dijo que no era bastante, discutieron, doña Marta se hartó, se enfadó y le pegó un candelabrazo. Ató la plata al cuerpo de la huesuda y lo tiró al mar. Crimen resuelto. ¡Venga, Jaime, tienes todas las pruebas! ¿Qué esperas para detenerla?

—Mañana temprano se casa su hija. Su hijo. Sus hijos, y estamos invitados... ¡Vaya boda rara en la que dos hermanos se casan!

—Hasta yo voy a ir —dijo De la Piedra—. Soy el jefe del destacamento. Me han invitado por compromiso. No creo que nadie en Mallorca se la pierda.

—Solo Carlos...

—Doña Tana, en su ausencia, será un placer para mí ser su escolta en el convite.

—Qué delicadeza de hombre, muchas gracias.

Una costumbre palmesana que irritaba profundamente a la cirujana era que en las iglesias, las normas de la caballería estaban al revés. Los bancos de madera se destinaban a los hombres y las mujeres que no quisieran sentarse en el duro suelo, habían de traerse de casa su propia silla. Esta costumbre, que algunos decían que venía de la herencia árabe de separar los géneros, se

practicaba también en la catedral. Como en esta ocasión se celebraba una boda, la marquesa lo había organizado todo a su gusto, y por una vez, hombres se mezclaban con mujeres por afinidades y familias y no por pertenencia a un sexo o el contrario. La Seu, templo de naves amplias y gráciles y altísimas columnas octogonales, es una metáfora de Dios, pues no hay nada en apariencia más simple y más complejo, en verdad, que una catedral. Los rayos del amanecer entraban por el rosetón más grande del mundo y a medida que avanzaba la misa el juego de luces corría por la pared de piedra como un reloj de sol policromado. Marcela era una novia triste y bonita y Sebastián le echaba breves miradas tiernas de apoyo que le hacían recordar a la marquesa el niño cariñoso y feliz que había sido hasta hacía bien poco. Ramiro sufría, como siempre, sentado junto a su hermana, y don Jaime, muy cerca de Sara, tomaba su mano.

No caeré en los tópicos del tipo «en la Seu se concentraba la flor y nata local...» porque esto no sería en absoluto descriptivo del densísimo ambiente que se respiraba bajo las nervaduras del templo. Se casaba un marqués con fama de loco, con su hermana adoptiva, con fama de cuerda, y los trapos sucios de la familia se habían aireado en un juicio. Así pues, diré que en esta boda se hallaba la flor y nata y la ralea y el putiferio y la payesería y la crema, la soldadesca y las damas y los caballeros dueños de perros y los oficiales y los funcionarios honrados y, sobre todo, los médicos corruptos como Sartorius, artífice de la cordura legal del novio. En esta Seu preciosa pero agrietada, que cualquier día podía desplomarse, se hallaba toda Palma, y los que no estaban era porque vivían en el cementerio o andaban a punto de trasladarse allí... como yo.

Todo lo que describo es importante porque el drama que se desarrolló más tarde, en el convite, ante cientos de testigos, sería fundamental a la hora de que un fiscal se propusiera condenar al garrote a mi querida Tana.

Tana llevaba varios días muy alterada. Durante las noches no pegaba ojo y si lo hacía tenía pesadillas que Celina debía calmar. Durante los días, se aferraba a sus cruces y a mi catalejo, buscando consuelo en los objetos de muertas y ausentes. Era lógico. Al fin había encontrado a su comandante y el destino se lo había arrebatado para enviarlo a Valldemossa. Buscó amistad y el destino le había hecho probar un beso inolvidable con aroma al más raro coñac. Había encontrado a su protector, para perderlo envenenado con cianuro en una habitación cerrada por dentro y descubrió el nombre de su madre y del palacio donde fueron felices unos años, en esta ocasión para lograr averiguar que Cecilia había muerto un mes después de dar a luz una niña de la que no se encontraba ni el menor rastro. Una hermana perdida. Un nuevo misterio se abría. A todo esto se añadió algo más: Celina.

—Señora... usted no puede seguir así.

—No pego ojo en toda la noche.

—¿Quiere que le pida a Gabriel un bebedizo de adormidera? A Sara de Nácar se lo recetó hace unos meses y le ha funcionado a las mil maravillas.

—No, gracias.

—Se va a morir de preocupación y de pena.

—No sé qué hacer, Celina... Tienes razón, creo que yo también empiezo a estar enferma.

—Quizá... la verdad le cure esta intranquilidad.

—¿La verdad?

—Señora: la oscuridad reina a los pies del faro.

—¿Qué faro?

—Usted es el faro... pero no se ve los pies.

—Madre mía.

—Es capaz de ver todita la verdad de los demás, a un golpe de vista, pero cuando se trata de usted misma, permíname que se lo diga, pero está más ciega que los ciegos de la conocida parábola de los ciegos.

—Ah, entiendo. Eso nos pasa a la mayoría.

—Yo sé cuál es mi verdad. Usted la vio mirando una huella en el barro y aun así, me protegió, me acogió en esta casa y me ofrece su cariño cada día cuando cualquier otra persona me habría mandado tras una reja.

—No fue culpa tuya.

—Yo quería a Ramón. Le quería mucho. Era un hombre divertido y bueno y lo maté.

—Trata de olvidarlo.

—No, señora. Eso no se olvida. Esa noche cenamos, fornicamos, nos emborrachamos y nos quedamos dormidos, y cuando despertamos... solo desperté yo porque lo había sofocado con mi cuerpo.

Tana miraba a la triste Celina con mucha pena. No había nada que pudiera hacer para que se sintiese mejor. Al fin, solo pudo decir esto, que a mi juicio, es genial:

—Celina, eso es cierto, pero recuerda siempre una cosa: Ramón sabía de sobra el riesgo que corría acostándose con un elefante.

Celina la miró muy sorprendida y, de pronto, el llanto se transformó en carcajada y Tana se rio también, y durante largos minutos no pudieron parar, desahogando sus penas con lágrimas de risa. Cuando se calmaron, fue Tana quien la abrazó.

—Te prometí que nadie más sabría lo ocurrido con tu carbonero y siempre será así.

—Nadie más excepto el intendente Sarriá.

—Yo no se lo he contado.

—Ah, pero... ¿No sabe usted que él lo sabe? Don Jaime fue el primero en averiguarlo todo.

—¿Cómo?

—El intendente fue a verme al día siguiente de la muerte de Ramón. Después del entierro. Me dijo que lo sabía todo pero que no me preocupara que a los ojos de las autoridades lo había atropellado el carro. Me advirtió, eso sí, que no volviera a dormir *arrejuntada*. Viene de buena casta, don Jaime. Los Sarriá son gente de una madera especial. Como los De Nácar, señora, si me permite decirlo...

Tana quedaba siempre muy desconcertada cuando comprendía cosas que no había percibido. ¿Qué más secretos guardaba Jaime? ¿En cuántas cosas más se había hecho el despistado por proteger a alguien? Empezaba a dudar hasta de que fuera tartamudo.

—Por cierto, señora, aunque no es un «por cierto», pues viene a propósito de nada... Hay una cosa que debe usted ver.

Celina abrió un armario y sacó la mochila con los diarios de un militar.

—¿Cómo tienes tú eso?

—No me regañe. Se los traigo porque los debe usted leer.

—¿Por qué? No, no... eso son cosas privadas de un soldado...

—Del soldado que se está haciendo pasar por su marido y que la quiere y que se va a morir por haber vivido en la habitación verde, que está maldita pero no de fantasmas ni de maldición. Yo lo he leído entero y se lo juro, doña Tana, no tiene desperdicio.

Tana tomó los diarios, mirándolos con prevención. Después se volvió hacia Celina, que ya se iba.

—Celina... una vez más disculpa mi ignorancia, pero... ¿Cuál es la fábula de los ciegos?

—Fábula no, parábola.

Tana estaba encarcelada, yo me moría y Francisco Javier Mayor y Sans había cerrado al fin sus ojos en presencia de Jaime Sarriá. Yo le había cerrado los ojos para siempre. Eran momentos de verdades. Para enterrar definitivamente a mi hermano, le pedí al amigo policía que se sentase, pues deseaba explicarle una historia.

—Querido Jaime... si voy a morir, que es bien probable, necesito que sepas toda la verdad.

—Ya te he dicho que conozco la verdad.

—Y yo que el coronel carlista era mi hermano gemelo Francisco Javier. Mi nombre es Javier Fernando Mayor y Sans, y durante seis meses me hice pasar por él. Éramos idénticos.

Jaime se levantó, cerró la puerta con llave y se sentó junto a mi cama.

—No soy un desertor. Al menos, no exactamente. Yo maté a mi propio hermano.

—¿Qué pasó?

—No tengo fuerzas para empezar desde el principio pero todo está escrito en mis diarios. ¿Los has leído?

—No. Leí algunos fragmentos, lo suficiente como para creer que eras el desertor carlista... y se los mandé a Tana.

—Bien, léelos, están por alguna parte, en esta casa.

—¿No me puedes dar un avance?

—Mi hermano y yo nos enamoramos de la misma mujer, él me la robó en el mismísimo altar y yo me vengué de los dos cuando se me presentó la ocasión. Después, aunque somos de familia de liberales, se unió al carlismo por revancha, para matarme. En cuanto tuve ocasión, me salí del ejército para no matarlo a él... pero un día organicé una partida para perseguir forajidos, soldados de fortuna que saqueaban y mataban en la noche, como asesinos. En la niebla, creí ver un uniforme carlista, disparé...

—Y era Francisco.

—Era mi hermano, sí. Esto ocurrió hace seis meses. Después de matarlo... me cambié por él. Fue mi forma de recuperarlo, revivirlo, de no aceptar su muerte. Me puse su uniforme y me uní a su destacamento. Enloquecí, supongo.

—Así que no eres carlista, ni desertor, ni forense... ¡Pero eso es magnífico!

—No sé si es magnífico... pero es lo que es.

—¿Lo sabe Tana?

—No.

—Ha de saberlo.

—Tú se lo dirás cuando salga de la cárcel.

—Lo harás tú.

—Ya, bueno. Ya te he contado la verdad y ahora quiero que hagas tú lo mismo. ¿Estás enamorado de ella?

Jaime me miró con un dolor que conocía bien. Lo había visto en el rostro de mi hermano

cuando le pregunté la noche antes de mi boda si estaba enamorado de Irache. Me dije que Sarriá era el mejor amigo que nunca había tenido. También me pregunté si no trataba yo de sustituir a Francisco. Creo que él se preguntaba lo mismo sobre Fani y Tana y barajaba en su mente conceptos que son la esencia del hombre: el honor, la lealtad, el cariño, la generosidad... unos sentimientos que no sabía desenredar. Mientras trataba de hacerlo, tomó *Excálibur* en la mano, como buscando en el filo herrumbroso de aquella espada celta las palabras.

—Puedo darte una respuesta muy larga y una muy corta.

—La quieres... —dije suspirando.

—Sí.

—¿Y me la vas a quitar?

—Jamás.

—¿Ella te quiere a ti?

—No. Me voy a casar con Sara de Nácar. La haré f... dichosa.

—Confórmate con hacerla feliz.

Me regaló sus hoyitos y dejó de nuevo la espada en su sitio. Si yo fuera mujer, también me enamoraría de este perfecto tartamudo. Soy hombre y le quiero como a nadie. Me preocupó que fuese a casarse sin amor, pero como no es idiota, imaginé que sus razones tendría. Tras una larga pausa le pregunté:

—¿Cuándo supiste que yo no era realmente don Carlos?

—Tenía mis sospechas, por eso organicé nuestra aventura alrededor de la isla. Las cicatrices de tu cuerpo no se correspondían con las de un forense estudioso. Un disparo en la espalda, cortes de bayoneta en los costados, tres sablazos en el brazo, marcas de metralla en el hombro... Pedí informes a Barcelona sobre don Carlos Ayuso. No luchó en la guerra... Eras mi principal sospechoso.

—Tú siempre a la chita callando —repuse.

—Sí. Después, en Sóller, hablaste de Vilcashuamán y ya amarré todos los cabos. Había leído en alguna parte de tus diarios unos párrafos sobre la guerra en Perú...

—¿Por qué no me detuviste entonces o me interrogaste?

—Porque, por primera vez en dos años, me sentía feliz entre felices compañeros de viaje.

Me emocioné. En ninguna parte he sido tan feliz como con Sarriá en su balandro, ambos cuidando de Tana, que realmente se manejaba en ese barco lleno de amor como pez fuera del agua. Cerré los ojos. Recordé a un antiguo amigo. Le hablé de él a Sarriá.

—Garamande cayó en una refriega, antes de Vilcashuamán. Tenía una bala en el estómago. Es una muerte lenta, pero segura. Yo le quería como a un hermano, o como a un hijo, pues era mucho más joven que yo. Mientras moría, empezó a entonar una nana en mallorquín, una nana que le cantaba su madre de niño.

—¿Murió cantando?

—Sí. Entonando las notas más bellas que jamás he escuchado. Tenía una voz preciosa, el corneta Garamande. Se me quedó grabada en la cabeza para siempre aquella melodía. Necesito que busques a su familia y les digas que siempre fue un hombre jovial, valiente, entregado, y que su alma nunca abandonó Mallorca. Lo he encontrado aquí, en cada cala, un poco en ti y un poco en la arena de las playas.

—¿De dónde era?

—Pollença. Su hermana se llamaba Catalina y era una niña pequeña.

—La buscaré mientras tú te recuperas. Cuando pase todo esto.

Jaime me cogió fuerte de las manos, como solo sabe hacerlo otro que ha visto morir. Imaginé su dolor al perder a Estefanía. ¿Cómo no nos íbamos a comprender? Su Estefanía era mi Francisco.

—Llévale *Excálibur* a Esteban. No es valiosa pero le hará mucha ilusión jugar con ella.

—Sí, hale, ahora deja de repartir la herencia. Quedémonos así. Cazando el viento con la vela. Tranquilos. Navegando.

—Sí...

—Hay resaca. La marea se retira...

—Llévame a puerto, Jaime. Llévame a una de tus calas de Mallorca. Tana necesita unos años conmigo, unos años, al menos.

Jaime asintió muy serio, pensativo, y supe que este hombre tenía que tener buena sangre en las venas.

—Unos años conmigo y luego... quién sabe —le dije convencido de ello—. Si os seguís queriendo...

Jaime aguantó mi mirada, luchando por no ser el primero en llorar, y como siempre le ocurría en estas situaciones del amor, vino a su mente uno de los sonetos del inglés inmortal: «Pero esta es mi alegría: que al ser yo y mi amigo uno solo, dulce lisonja, es a mí solo a quien ella ama.»

Cuando acabó la aburridísima ceremonia en latín, trescientos invitados se acomodaron en Can Belfort. La verdadera Can Belfort, el palacio de los marqueses, y no la humilde residencia de mi querida cirujana. Tras atravesar el patio, el huésped es recibido en un vestíbulo de mármol rojo con doble escalinata, una a derecha y otra a izquierda. Por la de la izquierda se llega a un pasillo cargado de Grecos y Van-dykes del que se desgajan los muchos aposentos de la marquesa. Si uno sube, en cambio, por la derecha, pronto se da de bruces con los imponentes salones. El de baile tiene una anchísima entrada sin puertas. Su arco de medio punto bendice al invitado, que siente que debe inclinar la cabeza en señal de respeto al pasar por debajo. El vano está enmarcado por bellas columnas de mármol y arquitrabes. En el techo hay un cielo con ángeles y paraísos. Uno siempre quiere tocar estas columnas, pues en el rarísimo jaspe extranjero nadan atrapados los fósiles de aquel primigenio mundo del quinto día, en el que no existían más que las aves, la luz de Dios y los monstruos marinos. Se servía allí el primer refrigerio de una jornada de comilona, discursos y diversión. Las paredes de espejo doblaban el número de invitados, y de velas, y de criados con bandejas, y por supuesto... de cirujanas.

Tana se miraba sin verse, reflejada también, tratando de entender un asesinato imposible, toda su infancia y su juventud, el significado de un beso, un testamento, la verdad en el amor y la ciencia. Le ocurría algo útil en estas ocasiones multitudinarias. Tana se desdoblaba. La mujer del espejo era capaz de seguir una largísima conversación sin el menor interés sobre las arañas de cristal de Murano o el encaje francés de la novia, mientras que la verdadera Tana, la de carne y hueso, analizaba cada trazo del bodegón humano que evolucionaba ante ella. Lo llamaba: resolver sumas y ecuaciones. Sabía que iba a llegar a la respuesta y anticipándose a ese *heureka* arquimedianos, saboreaba la paz del momento. La marquesa le pidió ayuda para el festejo, por lo

que había tomado prestados a los criados de la otra Can Belfort. Celina pasaba entre invitados con la gracilidad de una sílfide mientras recogía copas vacías y entregaba copas llenas. No paraba ni un momento, la gorda, y se enroscaba entre grupos de conversadores, arbustos humanos cargados de diamantes, cual colibrí criselefantino... pero en un lugar, en el rincón donde Sebastián charlaba con varios prohombres entre los que estaba el despreciable Sartorius, no se aventuró una sola vez. Esto irritó al novio, que se moría por intercambiar el cristal hueco de su copa por otro más opaco, y constantemente la perseguía con los ojos esperando que le mirase. Celina, al fin, llegó junto a él, atemorizada, y Tana encajó una pieza de su cálculo mental: primera suma planteada. Luego dirigió la vista a la joven Sara, acompañada de su prometido, en busca de más ecuaciones... qué guapo estaba Sarriá de verde ahora que se había quitado el luto, se dijo Tana, y qué poco le gustaba este compromiso y qué «nada» lo entendía en un hombre tan inteligente. Era absurdo, se dijo, buscar el motivo del noviazgo con Sara en un intento de separarse de Tana. Sarriá no necesitaba barreras morales pues tenía la fuerza de la tierra, la sal de la isla y la conciencia... conciencia... era una cuestión de conciencia, de honor. Pensó en la capa roja. Sara se la dejó en su casa. Jaime estaba siendo imbécil, ¡por honor! La cirujana se quitó el resquemor, el prejuicio, como si los dejase sobre una de las bandejas que volaban ante ella, y entonces vio a Gabriel, el boticario experto en filtros y pócimas, capaz de dormir a un rinoceronte con sus plantas *valdemossinas* y una segunda suma comenzó a resolverse... Cristóbal, el mayordomo de Abel de Nácar, también andaba entre bandejas, cortando jamón sin parar, echando miradas aquí y allá. Una de ellas coincidió con Sara, otra de Sara se posó en él y Tana pescó una seña de mus. «Tres reyes y un as.» La jugada le hizo entender el desmayo de Sara frente a la tienda del anticuario, un trozo de un crimen y el anillo de Sarriá en su mano. ¿Pero se había vuelto loco este hombre? ¿Era el más generoso o el más tonto? Era un caballero inteligente, obnubilado ante la desesperación de otra mujer y a causa de los filtros de adormidera de un inocente tuberculoso. Un antiguo engaño de alcoba. Otra ecuación resuelta.

Así siguió Tana, sumando miradas, pasando notas, calculando idas y venidas de criadas y señores, muchachas y mayordomos, maridos y mujeres. La marquesa bailaba con el pesado de Sartorius, que sin duda la pretendía, sin saber que al final de la noche sería detenida por asesinar a la podenca. Marta Belfort era una mujer de cierta edad, pero tan delgada, atractiva y elegante como un junco oriental. Sus miradas de amor hacia Marcela no dejaban duda: era su madre aunque la hubiese recogido en un orfanato italiano. ¡Y qué miradas de cariño y complicidad hacia Adelaida! Estaba claro que no podía pasarse sin ella y la admiraba. La *xueta* tenía un báculo y Adelaida era el báculo de la marquesa y las dos eran igual de nobles. Marcela evitaba los ojos de Ramiro y Ramiro miraba a los pies de los señores o los zapatos de seda bordada de las muchachas, enamorado con una pasión juvenil desmesurada y bella. Cientos de velas centelleaban en los espejos, en el mármol, en las pupilas de los poderosos y de algunos pobres, los sirvientes de Palma. Todos pasaron al comedor, pero Tana se negaba a moverse pues sabía que ya llegaba la solución, un par de sumas más, quizás alguna resta y caería en la cuenta, en todas las cuentas. ¿Hacia dónde debía mirar para cazar este último guarismo? Entró un lacayo vestido de otra época. Sostenía un repujado, pesado, apagavelas de bronce. Empezó a «matar las arañas». Ahogaba llamitas con suma paciencia, allá arriba, con su copita invertida. Arriba, abajo y una voluta, arriba, abajo y una voluta. Ascendía el humo blanco y denso. El aire se hacía

irrespirable. La cirujana estaba hechizada, ¿por qué? Porque era precioso. Un minué. Una repetición. Arriba, abajo y una voluta... Y así, sin esfuerzo, acabó de resolver el problema. Tana se dijo: *Heureká*.

Antes de sentarse a cenar, excitada por sus deducciones, se acercó al oído del policía.

—No detengas a la marquesa esta noche. No fue ella.

—¿Cómo?

—Sé quién mató a la podenca y cómo murió Abel.

—¿Quién?

—Ah... y el niño no es tuyo.

—¿Qué?

—Me encanta el mus. Jugaremos grandes partidas Carlos, Echagüe, tú y yo.

Tana se sentó a cenar al otro lado de la mesa, sonriéndole al amigo Alberto Echagüe y al amor, a la amistad, a la esperanza. Pensaba en mí, Javier de Mayor y Sans, conde de Siresa, y en lo orgulloso que habría estado de ella.

—Señora... Cuéntenos un chiste de esos de médicos por los que es usted tan famosa.

Tana creía que no le gustaba ese humor, pero la verdad es que entre estos queridos doctores empezaba a disfrutarlo absolutamente todo, así que dijo:

—Doctor, tengo algo en la cabeza. ¿Ah, sí? Pues demuéstremelo y dígame ya qué le pasa.

Hubo risas, se sirvió más vino. Jaime Sarriá, a pesar de sus pesares, no pudo evitar mirarla con ternura, con afecto.

—Otro, Tana... ¡Otro! —dijo don Pablo.

—No sé...

—Vamos, solo uno más y la dejamos tranquila —animó Bretón.

Una bandeja con huevos de perdiz se posó frente a ellos. Tana recordó un antiguo ingenio que se le había ocurrido en la Universidad y con el que había terminado de ganarse a los últimos enemigos.

—Está bien, pero se lo cuento bajito. Un hombre acude al médico y le dice:

»Doctor, anoche cené huevos y me dieron una tremenda patada al hígado... Pues ha tenido usted suerte. ¿Suerte?... no lo entiendo... ¡Imagínese la patada de haber cenado hígado!

Los hombres tronaron en una risotada. Tana se convirtió en el centro de atención. Sartorius, de lejos, la odió aún más. Sarriá la miró cómplice, aliviado, feliz. Sara se dio cuenta de que Tana le hacía a su novio una seña de mus. Supo que le había perdido y no precisamente a las cartas.

Tras la cena, hubo baile y vino y licor y la música daba alas al más pesado. Tana percibió un nuevo gesto entre Celina y Sebastián, la caída de ojos, una fuerte agarrada de mano. Supo que debía interrogar a su hermosa criada, así que se la llevó a la cocina, donde se acumulaban bandejas llenas de sobras. Celina en un principio se negó a confirmar lo que Tana ya sabía, pero tras un breve atracón, al fin lo admitió todo y Tana resolvió la última ecuación de una noche de matemática exacta. Estaba resuelta a hacer algo pero no sabía cómo ni cuándo. Debía evitarle la muerte a la joven Marcela... No había terminado la fiesta cuando el novio, muy pagado de sí mismo, mandó parar la orquesta.

Cesó la música, los grupos miraron hacia el novio y Bretón le susurró a Echagüe y a don Pablo:

—Atención que este va a hacer alguna locura.

A lo que don Pablo replicó:

—Ah... ¿Y quién no está loco el día de su boda?

—Quizá casarse estando uno loco te vuelve cuerdo... —añadió Echagüe. Los tres rieron. Tana los reconvino con una mirada y los tres callaron sin dejar de sonreír.

La marquesa, que sentía los mismos temores, miró a su hijo con precaución. Marcela, con cierto miedo. Celina agachó la cabeza y el joven comenzó a hablar.

—Queridos amigos, conciudadanos... Gracias por un día inolvidable. Me habéis hecho muy feliz. Ahora, es mi turno de hacer que la noche sea inolvidable para mi mujer. ¡Vamos, Marcela, a la alcoba, no voy a esperar ni un minuto más para consumir este matrimonio!

Todos se quedaron de piedra. Sebastián clavó su mirada en Celina, que bajó la vista al suelo. Sin duda buscaba dañarla. Él miraba, ella rehuía. ¿Por qué? Porque confundimos amor con posesión y humillación con resarcimiento y porque Sebastián se casaba para heredar pero también por despecho pues... amaba a una prostituta a la que, sin embargo, martirizaba. La marquesa clavó la vista en su hijo, desfallecida por lo grotesco y populachero de su pregón. Marcela, medio muerta por lo que a todas luces no era parte de su pacto con Sebastián, clavó la vista en Ramiro, que a su vez estaba a punto de lanzarse contra él o por la ventana... y Tana, que jamás pensaba primero en sí misma o en el efecto que causaba en los demás, inmersa en este oleaje de emociones, ya no pudo aguantarse más. Era volcánica y tenía estos fallos. Delante de —esta vez sí— la flor y nata de Palma, la cirujana gritó:

—Lo siento, Sebastián, como forense de la ciudad, debo impedirlo.

—¿Qué dice, señora? —rugió el joven marqués.

Se oyó el galopar de las moscas. Las olas apedreaban la muralla. El crepitar de las velas era un bramido.

—Acaban de llegarme pruebas que me indican que padece usted una enfermedad contagiosa y debo impedir que consume su matrimonio.

—¿Qué pruebas? ¿Qué enfermedad? ¡Hable claro!

—Usted tiene arranques de locura y de violencia porque padece sífilis. Sífilis en estado muy avanzado.

Jaime supo en ese momento que los poderes fácticos de Palma crucificarían a Tana, pero admiró su valentía.

Cuarta parte

El gobernador de la isla, don Eugenio Company, no había tenido hijos, pero a la muerte de su buen hermano Rodrigo, que vivió desde joven aquejado de una grave enfermedad de corazón, se hizo cargo de su sobrina de ocho años: Estefanía Company. La niña siempre fue una fuente de felicidad para don Eugenio. Inteligente, prudente, bella, fuerte, cariñosa, honrada, divertida y seria. Un día, la pequeña Estefanía de ocho años, a la que todos llamaban Fani, dio tres golpecitos con sus diminutos nudillos a la puerta del despacho de su tío, que por aquel entonces era uno de los más importantes jueces de Palma. Venía muy seria para hacerle una petición:

—Querido tío, me gustaría tratar con usted un asunto, si puede dedicarme unos minutos.

A don Eugenio le encantaba que esa niña tan diminuta hablara como un catedrático y lo fomentaba, siguiéndole la corriente:

—Por supuesto, señorita Company, tome asiento y dígame qué le inquieta.

—En realidad, señor juez, no tengo inquietud alguna. Es que hoy he aprendido de mi ama que en las clases altas de la sociedad se acostumbra arreglar los matrimonios de las damas con caballeros apropiados por su fortuna y su linaje. ¿Es esto así?

—Suele serlo, sí. Es lo acostumbrado.

—¿Y entiendo que nosotros somos de la clase alta?

—Sí. Burguesía acomodada... hidalgos... clase... alta.

—Ah, qué maravilla. Entonces, querido tío, yo querría avisarle de que tiene usted una preocupación menos al respecto de ese asunto de encontrarme un marido.

Don Eugenio aguantó la risa. Le resultaba delicioso que una miniatura de su calibre le hablara con frases grandilocuentes.

—¿Y eso cómo puede ser, señorita Company?

—Porque yo ya sé a quién quiero por esposo cuando sea mayor.

El buen juez no pudo evitar una carcajada.

—¿En serio? ¿Y quién es el afortunado?

—Don Jaime Sarriá Herbutz.

—Ah... Don Jaime... Es un muchacho muy guapo...

—Sí, pero tiene otros atractivos, como por ejemplo que es hijo de juez y único heredero de su hacienda. Yo pienso que también es de... clase alta.

—Sin duda lo es...

—Solo hay un inconveniente.

—¿Cuál?

—Don Jaime es más joven que yo.

—Ah, sí, podría ser un problema... ¿Y cuántos años tiene ahora don Jaime?

—Los mismos que yo. Ocho. Pero no cumplirá nueve hasta mayo, cuando yo, en cambio, los cumpla el mes que viene.

—Hum... sí, es un cierto inconveniente —dijo el juez, fingiendo preocupación.

—¡Aunque es muy maduro y muy serio para su edad! ¡Y tenías que verle, tío, manejando el florete...!

—Bien... —dijo el juez, simulando gravedad—. Pues no se hable más... Me parece una feliz elección. Es un muchacho agraciado, responsable, inteligente..., ¿es inteligente?

—Muchísimo...

—... hijo único de un muy respetado juez y nieto de escribanos y militares... Pero veo yo un problema que quizá sea importante...

—¿Qué es....?

—¿Él está de acuerdo con este enlace?

—Precisamente por eso he venido, señor. Como mi ama me ha explicado que los matrimonios los arreglan los padres y usted es mi tutor legal, deseo que arregle usted el matrimonio aunque Jaime no me quiera.

Otra carcajada le calentó los carrillos y el corazón al buen juez.

—Entiendo... No vamos a darle escapatoria a tan espléndido partido...

—No.

—Pues no estoy seguro.

—¿No? —dijo la niña abriendo mucho los ojos.

—A mí... no me gustaría que te cases por conveniencia. Eres una mujer inteligente, no nos falta hacienda... realmente puedes escoger a un hombre por amor. Amor verdadero. No... pensándolo bien, no voy a dejar que te comprometas con don Jaime por mera conveniencia.

La niña no pudo fingir seriedad ni un minuto más y estalló:

—¡Pero si yo le escojo con el corazón! ¡Es que le quiero, tío! ¡Le quiero muchísimo! ¡Por favor, tío, por favor!

Fani perdió toda seriedad fingida y la pequeña se refugió en los cálidos brazos de don Eugenio.

—Está bien... no llores... vamos, chiquitina, no llores... yo te prometo que hablaré con su padre.

—¿Y podría decirle que le diga a Jaime que desde ahora soy su prometida y que tiene que cogerme de la mano?

Don Eugenio volvió a reír y la abrazó fuerte, sintiendo su pequeño corazón golpear emocionado contra su gruesa barriga.

—Mi querida Fani... yo te prometo que se lo diré.

El gobernador de Mallorca, don Eugenio Company, sostenía en su palma una miniatura de la bella mujer en la que se había convertido aquella pequeña sobrina. La echaba tanto de menos... Don Jaime Sarriá entró en su despacho. Le miró nostálgico.

—Nunca vi una novia más feliz ante el altar. Recuerdo cada detalle... el aroma de los lirios en la Seu, el azahar del ramo y el brillo de los ojos tras el velo... ¿Te he contado que con ocho años me pidió que hablara con tu padre para que fueras su prometido?

—No solo me lo ha contado, señor gobernador, sino que lo hizo. Habló usted con mi padre y mi padre contó la anécdota cada Nochebuena hasta su muerte. Pero eso usted... ya lo sabe.

—Me gusta recordarla en voz alta contigo. A veces te miro y pienso que parte de su alma se

quedó dentro de ti.

—Y así es, señor gobernador. Cuando Fani murió, su alma se me metió dentro y me cambió para siempre. Yo, ahora, soy los dos.

—¿Cuándo dejaste de llamarme Eugenio?

—El día en que se convirtió usted en mi superior.

—Ah. Hum... No me acostumbro a esta falta de reciprocidad. Tú eres como un hijo y nadie llama a su hijo por el don....

—Pues tiene usted un dilema.

—Más de uno, yo diría.

—Imagino que la respuesta a mi petición es... No.

—Lo es. No puedes realizar una investigación paralela. Me acusarían de favoritismo. Por mucho que ahora te hayas convertido en el héroe de Palma.

—Señor gobernador... es una caza de brujas. Doña Tana de Ayuso no ha envenenado a su marido.

—Don Carlos se muere. Tiene arsénico hasta en las cejas. Encontraron tres manzanas envenenadas en su casa. La cirujana no cuenta con avalistas o tutores, se han descubierto toda clase de esqueletos en sus armarios, incluyendo esa nefasta habitación verde, y la única familia que le quedaba era un asesino de Valencia llamado el Zamarro... Con esos mimbres...

—Con esos mimbres se ha prendido una hoguera sin pruebas reales. Los testigos han hablado de su carácter, de su falta de recato contando chistes, de su altanería... de su inteligencia. ¿Hemos vuelto a los años oscuros del absolutismo? ¿Es un crimen ser brillante?

—¡Le dijo a toda Palma que el marqués de Belfort es sifilítico! Para ser una mujer brillante... tiene tela.

—Pero era verdad. Tiene sífilis. Tres médicos lo han confirmado. ¿Es una asesina porque es mejor que los Sartorius de esta isla? ¿Si ni siquiera ese inepto logró diagnosticar correctamente lo que le pasaba al fémur de Abel de Nácar...!

—No me lo recuerdes, que ella realizó la autopsia de Abel contraviniendo lo que yo había estipulado... Yo te entiendo, Jaime, te entiendo y te quiero como a un hijo. Has sufrido mucho en estos dos años, primero con lo de Fani, luego con este desgraciado asunto de Sara de Nácar, pero no puedo acceder a tu petición de volver a tu puesto. Casi te pierdo a ti también. ¿No ves que estuviste a punto de morir?

Jaime asintió. Sabía cuánto le quería el tío de Fani. No podía culparle de tratar de protegerle, pero no era de justicia.

—La van a crucificar solo porque los Braulios, los Sartorius y sus seguidores tienen un odio resentido a todo lo que no sea mediocre.

—¿Qué tienes con esa mujer?

—Es la mejor forense que ha tenido Palma. Resolvió sola los crímenes.

—¿Mejor forense que su marido?

—Cuando enfermó él, ella hizo el examen como demandaron los otros candidatos. Consiguió la plaza por méritos. Lo ha dicho el tribunal examinador... no lo digo yo.

—Más motivo para querer matar al marido y quedarse con la plaza de forense en posesión.

—¡Pero si quiere salvarlo!

—Ahora, sí. Para salvarse ella.

—¿Para esto dejó usted de ser juez?! ¿Para convertirse en el abogado del diablo?! ¿Es que no ve lo que se tuerce usted tratando de ser el más recto?

Don Eugenio le miró dolido, pero no por la acusación. Por la verdad que encerraban esas palabras. Calló. Se sentó y volvió a mirar a Fani.

—Déjeme volver —dijo Sarriá suplicante.

—Lo siento, Jaime. Entiendo que me pidas lo que me pides, pero no puedo dártelo. Sartorius tiene amigos muy poderosos. Vuelve a Porto Cristo con el niño, que necesita a su padre, y deja que la justicia siga su curso. Si es inocente, lo sabremos. Tiene un buen abogado...

—De acuerdo... solo quiero pedirle una cosa... solo una cosa.

—¿Qué?

—Quiero que imagine que es Fani quien está a punto de morir.

—Pero no lo es.

—Para mí, señor, es como si lo fuera. Es como si el amor de mi vida volviera a morir y yo no puedo dejar que eso ocurra dos veces. Esta vez, señor gobernador, lo voy a impedir, porque si se comete esta injusticia, el asesino seré yo.

El gobernador le miró dividido. La cabeza decía una cosa y el corazón la contraria. Su alma sabía que Jaime Sarriá, igual que su padre el juez, como su abuelo el notario, o igual que su bisabuelo el médico, siempre abrazaba la peor causa, o lo que suele ser lo mismo, la más justa.

Pero vuelvo a contar las cosas en desorden y quizás alguien se pierda. Mucho antes de que sucediera el encuentro de Jaime con el gobernador, antes de que Tana fuera detenida, tres médicos examinaron al marqués. Efectivamente, tenía sífilis. Cinco prostitutas, entre las que se encontraba Celina, testificaron que había tenido graves altercados con ellas. El joven pasaba de la suavidad y la amabilidad más tierna a un intenso resplandor de odio. La sífilis, en sus estados más avanzados, afecta al cerebro y la locura estaba en sus primeras fases. A pesar del escándalo que supuso que toda Palma se enterase de golpe de la vergonzosa afección del muchacho, la marquesa se sintió aliviada. Al fin entendía la irascibilidad, los momentos de locura, el desbocado fervor religioso y los encargos de tumbas de ónix para obispos sin santidad. Marcela fue liberada del matrimonio, que se anuló en un abrir y cerrar de ojos, y Sebastián, enviado a La Font Santa, donde comenzó a recibir el mejor tratamiento para su dolencia. Un tratamiento hecho a base de arsénico que le daba un nuevo aliento... con olor a ajos.

Pero en estas fechas Jaime Sarriá aún no había tenido que saltar al mar desde la ventana de Can Belfort, yo seguía en Valldemossa, nadie había averiguado todavía que estaba siendo envenenado y, a pesar de que la fiebre había desaparecido, seguía condenado a una cuarentena que ya se hacía cincuentena, o *sesentena*, débil y dolorido, mientras en Palma, Jaime y Tana reunían a todos los implicados en la muerte de Laura Delgado alias Narcisa Negrín y a los familiares o afectados por la muerte de Abel de Nácar. Tenían que compartir con ellos varias revelaciones. Había que mandar a prisión a un criminal.

Marta Belfort, Marcela Bocacci, Gabriel el botánico, Sara de Nácar, Ramiro de Nácar, un mayordomo llamado Cristóbal y una criada llamada Luisita, una Celina y una Adelaida,

Prihuelas y Jaime Sarriá habían sido convocados a un agradable té con ensaimadas, *cuartos* y esos maravillosos hojaldres, receta de Sandrina, la madre de la primorosa elefanta blanca, que tanto les gustaban a Tana y a Sarriá y al loco, pero no tonto, de Sebastián. Trato de imaginarme la reunión y dos maravillosos óleos románticos vienen a mi memoria. El primero podría describir mi situación. Es un barco hundido en un mar de hielo, del maestro alemán Caspar Friedrich. Rememoro esos bloques fríos, como lajas de mármol blanco ascendiendo hacia el cielo sobre el horizonte desolado, pálido. La popa del barco apenas es visible. Parece el destruido mausoleo del dios de la belleza, en absoluta soledad. Se llama *El naufragio de la Esperanza* y creo que el alemán calcó sin ningún reparo la magnífica y colosal obra de Géricault: *La balsa de la Medusa* y la vació de figuras para llenar, efectivamente, de desesperanza, su frialdad. El segundo lienzo que me viene a la cabeza es precisamente el de Géricault y es la escena que imagino en casa de mi cirujana. El cuadro de este francés es una de esas genialidades del arte en las que lo pictórico transciende la tela para convertirse en literatura, historia, humanidad, virtuosismo, franqueza, crítica social y metáfora de la condición humana. La *Medusa* fue un barco francés que encalló en la costa africana debido a la torpeza de un capitán inepto, un Sartorius de los mares, destinado a una grandilocuente misión colonial por favoritismo. Los náufragos, varados en un arrecife aislado, forjaron un plan de esos que se forjan cuando no hay más remedio. Los oficiales se harían a la mar en las lanchas y la chalupa del buque y para todos los demás construirían con tablones una balsa de unos veinte metros. La idea era remolcar la temible balsa, pero esta a duras penas se mantenía sobre el agua. Pronto se soltó el cabo... o alguien lo cortó y los pobres diablos fueron abandonados a su suerte.

No había víveres, y luchando por el agua potable... los dos barriles que tenían cayeron al mar. Los náufragos de tan precaria embarcación, un pedazo desgajado del infierno, pasaron trece días en el mar. De los ciento cuarenta y seis hombres y una mujer que iniciaron la travesía, solo volvieron quince. Canibalismo, luchas por la supremacía, complots, muerte, vida, la belleza de una mariposa junto a un mástil y... al fin... esperanza. Esperanza, la más inalterable característica humana. Esperanza y no desolación rezuma el cuadro de *La balsa de la Medusa*, pues Géricault nos muestra el instante en que los supervivientes, rodeados de cadáveres, avistan el *Argos*, la fragata que los rescataría. Puedo verlos en pie, esperanzados, creyendo que al fin volverán a la vida.

La primera en llegar a la rara reunión *medusiana* que se celebraría en la parte este de Can Belfort fue la marquesa. Tras las frases de recibimiento acostumbradas, unas sobre lo conseguido del moño, otras sobre lo templado del día, otras sobre el agradable aroma del laboratorio, doña Marta Belfort fue a lo importante:

—Querida... No sé qué va a suceder aquí. Te has mostrado muy misteriosa y, después de tu última revelación, miedo me da la escena que se pueda representar, pero una cosa tienes seguro: todo mi apoyo.

—Gracias, marquesa...

—Mi hijo padece una grave enfermedad que lo estaba volviendo loco. Es posible que no se recupere, que muera desquiciado, pero gracias a ti está mejorando y gracias a ti... He vuelto a quererlo y a desear estar a su lado.

—Querida marquesa... Ojalá pudiera hacer algo más...

Llegaron los otros náufragos. Celina los fue sentando en canapés y cómodas butacas en el

laboratorio. Jaime se quedó junto a la gran biblioteca de caoba, desde donde podía verlos a todos y evitar que se fijaran demasiado en él. Prihuelas se acomodó a la vera de la puerta, por si a alguno le daba en algún momento por querer poner pies en polvorosa. Cuando el té estuvo servido y la conversación de frases de circunstancias llegaba a su fin, Tana tomó la palabra.

—Hay una parábola hindú llamada «seis ciegos y un elefante». Es un cuentecito moral que sirve para ilustrar las discusiones sobre política o religión y la cabezonería de algunos que no ven más allá de sus narices. Yo quiero emplearla en otro sentido. Deseo que entiendan por qué les hemos reunido aquí a todos. Se trata de resolver dos muertes que han afectado profundamente a la ciudad de Palma. Dos muertes sobre las que los presentes tenemos algún dato que no ha salido aún a la luz. Debemos atar los cabos, seguir los hilos, entresacar mentiras de verdades. La parábola que ilustra esta reunión se la haré muy corta: Un rey invita a seis ciegos a palpar un elefante. Uno de ellos se topa con la trompa, la toca, la estudia, otro con la cola, otro con las posaderas, otro con una pata, y así. Cuando el rey le pregunta al primer ciego cómo es el elefante, este dice que es un animal alargado, blando y móvil como una serpiente. Cuando le pregunta al segundo, este dice que el primer ciego es un imbécil, pues el elefante es recio, vertical, duro y redondo como una columna, el siguiente ciego se enfada... ¿Se hacen una idea?

—Nos hacemos la idea completa. Todos conocemos una parte importante en estas muertes y venimos a juntar trompas con posaderas y a ponernos verdes en el proceso —dijo la marquesa.

—Eso es.

—Pues adelante, querida, que empiece la sesión de *paquidermia*. Creo que estamos cansados de fingimientos, de sospechas y de miradas suspicaces. Entre todos dibujaremos un buen elefante.

—He de advertirles que será como una travesía dura en una precaria balsa, entre borrascas y calmas chichas, en la que alguno se revolverá con violencia tratando de salvar la honra a costa de los demás. Otros llorarán lágrimas de vergüenza o de amor o de pena... Pero solo saldrá bien parado aquel que se aferre a la verdad.

Prihuelas estudió los gestos. Unos miraban al suelo. Otros a la librería y alguno, como Adelaida, a los ojos de la cirujana.

Tana se volvió a Jaime y él le hizo un gesto para que abriera brecha.

—Todo comenzó con una hija que soñaba con la libertad y con dos enamorados que ansiaban estar juntos. La verdad es que no sé por dónde empezar... Quizá por la niña. La niña preciosa, delicada, romántica, pálida... aspiraba a ver el mundo y hacerse a la mar de la mano de una persona querida, comenzando una vida de amor, una vida tejida en la imaginación desde sus antiguos juegos con muñecas. Esa niña insegura, tímida, frágil, asustadiza, nunca se había atrevido a preguntar por el pasado, por su madre desaparecida. No se atrevía porque, cuando se aludía a ella, el padre enfurecía y respondía sin tapujos que su madre nunca la quiso. Pero una niña sin madre imagina cuentos de princesas, yo lo sé mejor que nadie, y no acepta esas verdades como puños dichas por un ser amargado. Una niña se inventa otra historia. Y un día... el sueño se cumple. Su madre viene a verla, le dice cuánto la ha echado de menos todos estos años, le explica que todo ha sido culpa del horrible padre que los ha mantenido separados. La hija es feliz, siempre lo supo, estaba segura, el sueño es real, van a marcharse, vivirán juntas, libertad, se quieren, serán felices, recuperarán los años, el tiempo. ¿Y qué sucede? Que la madre es pobre. Carecen de dinero para la huida, ¿con qué van a vivir? La madre quiere estar con ella, no tiene

buena salud... pero si la hija consiguiera oro... su padre es un gran magnate, nadan en la abundancia, no es justo que él tenga tanto y ellas tan poco... Sí, es rico, piensa la niña, pero no guarda su oro en la casa. Carece de objetos valiosos. Nunca le han gustado las joyas... ¿Qué puede hacer?

—¡Robarme la plata!

Todos rieron. La marquesa se sintió satisfecha de su intervención.

—Llegamos al asunto de su plata, así es —dijo Tana—. Luisita... esa noche la marquesa te entregó su llave y te pidió que se la echases al cuarto de la plata. ¿Lo hiciste?

—Sí, señora.

—Y luego se la devolviste a la marquesa.

—Sí, señora.

—Yo estaba presente —dijo doña Marta—, pero sostenía un candelabro, por eso cerró la criada.

—Marquesa... ¿Hace cuánto que no utiliza usted misma su llave del cuarto de la plata?

—La llevo siempre conmigo. En la faltriquera.

Sacó un llavín que enseñó a todos.

—Le he preguntado que hace cuánto que no la utiliza «usted misma», no dónde la lleva.

—Ah, pues... mucho. La verdad es que yo no tengo necesidad de entrar y salir de ese cuarto, lo hace Adelaida.

—¿Y su llave y la de Adelaida son las únicas?

—Lo son.

—Sé que es un incordio, pero ¿le importaría acercarse con Prihuelas hasta el cuarto de la plata y echarle la llave?

—No, no me importa en absoluto. Vamos, sargento.

Ambos salieron momentáneamente de la habitación. Los demás comenzaban a entender que Tana no solo tenía dotes de deducción, también mostraba talento para el drama.

Se hizo el silencio. Batían las olas. Sonaba un reloj. En esos minutos que a alguno se le hacían eternos, Jaime no era capaz de dejar de mirar aquel libro en el que un día vio asomar la flor seca de nomeolvides sobre la página de un remedio de crisantemos para los dolores del corazón. Recordaba ahora, por relación de ideas, las últimas palabras de Fani. Las sábanas revueltas, las cuatro almohadas... Mientras su mujer se apagaba lentamente entre sus abrazos y sus besos y una manta, señalaba el jarrón con las flores que alguien le había traído.

—Un jarrón... Un jarrón con crisantemos...

Jaime miró hacia donde ella apuntaba, pero no eran crisantemos. Eran rosas de otoño. No dijo nada. Supuso que la mente de su querida Fani... divagaba.

—Cariño, estoy aquí, a tu lado. Agárrame fuerte.

—No quiero dejarte... Creo que son crisantemos... Busca los crisantemos...

La enferma cerró los ojos. Esbozó una suave sonrisa. Se cogió de las dos manos de su marido y su corazón dejó de latir.

Jaime se desembarazó de los recuerdos, pero no de la emoción y tuvo que encararse con un busto de mármol de Hipócrates para disimular. Esto, que no le había pasado nunca, las emociones repentinas, comenzaba a sucederle muy a menudo y, si bien lo disfrutaba, entendía que a los demás podía parecerles cuando menos raro y cuando más embarazoso.

La marquesa y Prihuelas volvieron. Ella venía contrariada.

—La llave no funciona o la cerradura está estropeada. No hemos podido cumplir lo que nos encomendó, doña Tana.

—¡Ah... Justo lo que me pasó a mí! —exclamó Luisita. Todos la miraron censurándola y la criada pasó a explicar su metedura de pata.

—Yo... no pude echarle el cerrojo a la habitación y como no quería que me regañaran por torpe, pues... pues hice como que la echaba. ¡Nunca había pasado nada y es un incordio abrir y cerrar el cuarto cuando una va cargada de bandejas y teteras y cacharrería!

—Le ha llamado cacharrería a mi plata antigua...

—¿Ve ahora lo que le decía, marquesa? —dijo Adelaida—. Hay que hacer sobrasada con esta muchacha.

Todos rieron.

—Doña Marta —dijo Tana—, la llave que usted tiene no es la llave de ese cuarto. Alguien sabía que usted no la usa nunca, pero que la echaría de menos si se la robaban, así que ese alguien, el ladrón, la cambió por otra llave similar, robó la plata y luego le echó el cerrojo de nuevo al cuartito.

—¿Y el tal «alguien» mató a esa cual... Narcisa Negrín?

—Paciencia. Bien... Volvamos a la niña que quería fugarse con su madre. Esta muchacha, que es Sara de Nácar, escucha a su hermano Ramiro en la fresquera de la fruta. Habla de amor con Marcela. Desde niños se les ha prohibido quererse, ¿por diferencia de clases? No le encuentran sentido, no saben por qué, da lo mismo. El amor no conoce de prohibiciones y fronteras... y Ramiro tiene un plan. Robará la plata de la marquesa, toda la plata, y se marcharán lejos a comenzar una nueva vida. Un plan, ironías de la vida, que se parece mucho al mismo que hace cuarenta años llevaron a cabo dos enamorados: doña Marta Martorell y Abel de Nácar. ¿No es así, señora?

—Hace tantos lustros... Pero nosotros no le robamos nada a nadie.

—Y los demás, en cambio, les robaron la felicidad.

—En aquel entonces, eso nos pareció. Ahora no lo sé.

—¡Pero siga, doña Tana! —protestó Prihuelas, que estaba ya enganchado a este drama cual calamar al curricán.

—Marcela, tras muchas negativas, al fin... accedió a escaparse con Ramiro. Le quería demasiado. Por su parte, el joven justificaba el robo, se decía que, siendo su padre rico y buen amigo de la marquesa, él compensaría a doña Marta de cualquier inconveniente. Los muchachos se convencieron de que todo vale en nombre del amor y diseñaron el golpe. Ramiro y Marcela se hicieron con la llave. Ahora solo debían esperar a que todos se quedaran profundamente dormidos. A la hora convenida, marcada por la campana *d'en Figuera*, Ramiro entró en la casa con ayuda de Marcela y metió la plata en un par de sacas. Pero... no se conformó con coger lo del cuartito, no, ya puestos, también agarró un candelabro de la antecámara de la marquesa, un par de adornos de la ménsula del pasillo y un pastillero del siglo XVII que vale un fortunón... ¿Voy bien, Ramiro?

—Va perfectamente, por desgracia, aunque me alivia que todo se sepa al fin.

Marcela bajó la cabeza y comenzó a llorar en silencio. Sara pareció animarse, aunque los tragos de té ya le sabían tan ácidos como el vinagre que se tomaba por las mañanas.

—¿Quieres seguir tú, Ramiro? C... relátanos qué pasó —dijo Jaime.

—Robé la plata como ha dicho la cirujana y la llevé a la fresquera de la fruta. Allí hay una rejilla que se puede desmontar para llegar a una especie de patio muy estrecho o hueco de ventilación, entre las tres casas... Metí en ese lugar la plata, coloqué de nuevo la rejilla y me marché. Marcela puso la escalera junto al ventanuco, forzó una puerta trasera de las caballerizas para que pareciese que el ladrón había entrado por el huerto y volvió a echar por dentro todos los cerrojos de la casa. El plan era tener los objetos escondidos una semana y después, cuando las cosas se calmasen, marcharnos juntos a Venecia, vender la plata, casarnos y establecernos en Italia.

—Oh... Ramiro... —dijo la marquesa.

—Nos queremos —dijo él.

—¿Por qué no acudisteis a mí?

Tana volvió a tomar la palabra.

—También llegaré a eso, doña Marta. Un porqué que tiene mucho que ver con el envenenamiento de Abel de Nácar. Bien... ¿Y qué pasó al día siguiente, Ramiro?

El muchacho bebió un sorbo de agua. Miró dolido a Marcela, que a su vez miraba al suelo.

—Marcela me preguntó qué había hecho con la plata y se lo expliqué, pero me dijo que no estaba en el patio de la fruta y que además me había llevado un candelabro de la antecámara de la marquesa que no tenía por qué haber cogido y se puso furiosa conmigo y discutimos y me dijo que no quería volver a verme y que devolviese la plata. Pero yo no podía devolverla porque era verdad que alguien se la había llevado.

—Sara se la había llevado. ¿No es así?

—No sé quién se cree usted que es para reunirnos aquí y tratarnos como criminales...

—Sara, bonita... —interrumpió la marquesa—, de momento doña Tana ha encontrado a dos ladrones que han admitido su culpa, creo que insultarla a ella es como querer matar al pregonero. Siga, que es usted una cirujana del Renacimiento, una políglota de las bajezas humanas, la mujer universal.

Jaime y Prihuelas intercambiaron una sonrisa. Doña Marta no perdía el humor o la clase ante nada ni ante nadie.

—Gracias, señora. Como Sara no parece muy dispuesta a contarnos la verdad, lo haré yo —dijo la forense—. La hermana de Ramiro, que es una romántica incurable, a menudo espiaba a los amantes. Escuchó sus planes y no podía creer su suerte al encontrarse con la oportunidad para marcharse con esta querida madre perdida y recién hallada.

—La podenca.

—Sí, señora. La pobre madre frágil, víctima del horroroso Abel, delicada de salud, que había regresado, según pensaba Sara, para darle todo el cariño y el amor que siempre siente que le falta. Por la noche, tras el robo, la joven entró en el patio a través de la rejilla de su casa y se hizo con la plata. Estaba desesperada por marcharse con Laura Delgado y perseguir su sueño de amor filial, pero la escurridiza madre le había pedido paciencia y ella es muy obediente, así que esperó. Mientras tanto sucedió lo que explicó Ramiro. Los amantes secretos discutieron y la joven Marcela se comprometió con Sebastián, que de pronto parecía tener mucha prisa por heredar...

Tana, que es mucho más ladina que yo a la hora de contar las historias con truco para atrapar al más avezado lector, se detuvo. Tomó un sorbo de agua y luego abrió un cajón del escritorio y

puso sobre la mesa el embudo de oro con forma de tulipán. Jaime examinó los rostros de los presentes. La marquesa contenía la respiración. Se alegraba de verlo. Era un encuentro con un viejo amigo. También Sara estaba sorprendida. Los demás no mostraban más que una lógica curiosidad.

—¿Quién conoce este objeto?

La marquesa luchó con su conciencia unos instantes, pero pronto decidió que era el día de las confesiones.

—Yo lo conozco.

—¿Era suyo?

—Abel lo compró con el primer oro que salió de su mina y me lo envió como regalo de boda —dijo doña Marta.

—Un regalo muy generoso...

—Fue digamos... un regalo irónico. Quería demostrarme que era rico y que me despreciaba por haberme casado con el marqués... Pero también me anunciaba su amor.

—¿Puede leernos la inscripción?

—*Odi te amo, Quare id faciam, fortasse requiris, nescio sed fieri sentio et excrutior.*

—Marcela, ya que eres la grecolatina de la familia, ¿se lo puedes traducir?

—Es el conocido poema de Catulo sobre el amor: «Odio y amo, me preguntas por qué es así. No lo sé, así lo siento y sufro.»

Ramiro parpadeó y los dragones rampantes de la alfombra se tragaron sus lágrimas.

—Hace cuarenta años, Abel y doña Marta huyeron juntos a Valencia, recalando en un pueblo llamado Oliva... aunque enseguida los encontraron. Él pasó un tiempo en prisión por rapto y ella volvió a Mallorca, donde se casó con el que ya era su prometido, el marqués de Belfort... Pero esa boda no es válida... ¿No es así, señora?

—Jesús, cirujana, ¿puede haber algo que usted no sepa?

—No sé muchas cosas, me las van diciendo ustedes con sus miradas.

Todos miraron instintivamente al suelo. Fue Jaime quien rompió la tensión.

—Doña Marta, c... relátenos lo del chantaje.

Y doña Marta se dio cuenta de que ya no tenía nada que proteger. Su hijo moriría antes de disfrutar del marquesado y Marcela parecía dispuesta a vivir en cualquier parte del mundo alejada de ella... Así que lo contó. Habló de la carta recibida por debajo de la puerta y de la mujer pelirroja con pecas de podenca y de su desprecio por un objeto tan bello y tan valioso y de las ganas que tuvo de darle un par de bofetadas a la muy huesuda. Ahora era Sara quien se iba ablandando, como si la hubieran marinado con su propio vinagre, ese que bebía por las mañanas para ser tan blanca como la pobre Jane Grey, aquella muchacha que fue reina durante nueve días y acabó perdiendo la cabeza en la Torre de Londres.

Sara cruzó una mirada temerosa con el mayordomo de su padre, Cristóbal, que de pie junto a la ventana veía los barcos pasar.

—Así que antes del crimen Laura Delgado tenía ya en su poder el embudo de oro. Bien... ¿Quién la mató entonces, señoras, señores? ¿Cómo acabó ese embudo en manos de don Abel?

—Él la mató, don Abel —dijo Cristóbal.

—Ah... El mayordomo del muerto rompe su voto de silencio —clamó la marquesa—. ¿Acaso puede tener este las orejas del elefante?

—El señor De Nácar también recibió la visita de esa horrible mujer —dijo Cristóbal—. Quería dinero a cambio de su silencio. Él fue a verla, pero en lugar de darle el oro que le reclamaba, la mató y se llevó el cacharro ese. El embudo.

—No, señor. No fue así —dijo Jaime.

—Me lo confesó a mí —insistió el mayordomo.

—¿Y también robó don Abel la p... argenta? ¿La encontró en la fresquera de la fruta y dijo... ¡hombre, mira qué bien me va a venir a mí esto para hundir en la bahía de Palma el cadáver de la podenca pelirroja a la que voy a asesinar precisamente de un *candelabrazo* dentro de diez o doce días!

El criado calló, sabiendo que para el asunto de la plata no había explicación.

—Don Abel recibió su visita y le pagó para que se fuera y para que le devolviera el tulipán de oro. Por eso lo tenía él —añadió la cirujana—. Le pagó muy bien a cambio de que dejase en paz a la marquesa y a Sara y, sobre todo, de que desapareciera de Palma. No, Abel no la mató, Cristóbal, y usted lo sabe mejor que nadie.

Cristóbal y Sara cruzaron una mirada que no le pasó a nadie desapercibida.

—Qué agonía, señora cirujana, sáquenos ya de este sin vivir... Sara, hija, ¿te ánimas a confesar como los demás? Se siente una mejor, te lo aseguro. Va a resultar que todos somos culpables de algo terrible. Yo de bigamia, mi hijo de locura sifilítica, Marcela y Ramiro de robo mezclado con tragedia y quién sabe qué más, porque ya Tana viene anunciando que hay más, y que la cosa es seria... ¿Y tú, Sara, preciosa? ¿Qué hiciste, criatura?

Sara trataba de tomar un sorbo de su té pero el pulso le temblaba y tuvo que dejar la delicada taza de Limoges sobre el platito. Al fin, no hallando la manera de arrancar, fue leal a su romántico carácter y se desmayó.

Mientras Cristóbal corría a socorrerla, Adelaida, sería como una pared de ladrillos persa, no pudo evitar el comentario:

—La más joven y la primera en caer. ¡Qué mundo!

Aquí debo hacer un inciso, dejar un instante la reunión *medusiana* y relatar cómo y cuándo rompió Jaime su compromiso con la romántica muchacha y qué se dijeron. Tras la boda de los Belfort, en la que Tana le espetara al policía aquella simpática frase: «El niño no es tuyo», mi amigo se presentó en casa de los De Nácar muy temprano. Venía furioso a hablar con Sara, pero se contenía con elegancia.

—Sé que el hijo no es mío.

—Jaime... ¡Cómo puedes acusarme de algo así! —decía fingiendo indignación la muy pálida y muy ladina—. Vamos a tener un bebé... Me sedujiste, me robaste lo máspreciado de una mujer, ¿y de esta forma me lo pagas?

—Ayer... una persona en la que confío me dijo una frase que se me ha quedado: a la intuición, le llamo memoria.

—No lo entiendo.

—La intuición a los cuarenta no es otra cosa que recordar lo que uno ha aprendido a fuerza de años, de golpes, de vida. Le llamamos intuición porque nos parece un pensamiento que llega sin esfuerzo, directo al corazón. Yo intuía que no había podido ser capaz de hacer lo que a todas

luces había hecho: deshonrar a una muchacha de diecisiete años... pero no era capaz de recordarlo, así que, ante la inminencia de un hijo, frente al honor de una dama, por evitar el escándalo, hice lo que creía más apropiado y te puse un anillo en el dedo. Pero al fin he entendido que la intuición es memoria y por eso debo confiar ciegamente en mis instintos.

—No te comprendo, Jaime, Jaime... ¿Habías olvidado nuestra noche junto al fuego de la chimenea, sobre mi capa roja?!

—Todo eso fue el invento de una mujer desesperada. Una mujer que, embarazada de un criado al que no ama, trató de hacerse con el frágil viudo protector. He recordado que jamás en toda mi vida he sido capaz de deshonrar, de mentir o mancillar la honra de nadie. He recordado que ni amando profundamente soy capaz de romper mi palabra y de traicionar mi honor. He recordado lo que me decía el instinto: que nosotros jamás hemos yacido como hombre y mujer ni en un lecho, ni mucho menos encima de una c... un manto de terciopelo en el suelo de un salón. ¿Qué tenía aquel vino? ¿Adormidera? Es lo que te receta Gabriel para dormir... Recuerdo un sopor, un mareo, una extraña sensación, tus labios lanzándose sobre los míos, los míos quietos, sin poder evitarlo y... nada más. El resto fue una hábil puesta en escena. Confiéalo, Sara, salgamos de la c... cima de las mentiras porque en las s... cuevas, ¡hace un frío infernal!

Ella enmudeció y al fin, confesó.

—Es cierto. Estaba desesperada. El mayordomo de mi padre... El mayordomo... me forzó y al darme cuenta de que iba a tener un hijo...

—Aprovechaste para querer cargárselo al bueno de Jaime, del que te habías encaprichado con ese espíritu tuyo tan apasionadamente romántico.

—Sí. Lo había planeado hacía días, pero nunca encontraba valor para ir a tu casa con el vino... Al fin, una tarde, junto a la escollera, discutí con mi padre. Se había enterado de que veía a escondidas a Cristóbal y me dijo que iba a mandarme lejos, a estudiar a un convento. Estaba muy enfadado, le supliqué, pero de nada sirvió. Así que me fui corriendo, llorando, a casa, cogí el vino y fui a tu encuentro. Te dije que estaba apenada, que necesitaba hablar y, como siempre, me acogiste cariñoso y saqué el vino y bebiste y, cuando perdiste el sentido, preparé la escena. Te desnudé, hice lo propio, preparé la capa de terciopelo a modo de cama junto al fuego y me abracé a ti hasta que despertaste en medio de la noche. Lo demás ya lo conoces.

Sara se quitó el anillo, lo dejó sobre la mesa.

—¿Eras tú la mujer que discutía con Abel junto a la escollera?

—Mi padre y yo discutimos junto a la escollera, pero eso fue hacia las diez. Él no tuvo su accidente hasta las diez y media. Yo ya estaba contigo.

—¿Y Cristóbal, el mayordomo? ¿Es cierto que te forzó?

Sara no se atrevió a contestar más mentiras, negó con la cabeza y echó a correr. Jaime salió de la casa de los De Nácar con la cabeza bien alta y recorrió los quince pasos que le llevaban al zaguán de Can Belfort.

Tana estaba en la biblioteca, buscando una solución a mis aflicciones. Jaime llegó hacia las doce. Acababa de visitar a Sara de Nácar y necesitaba poner en común con la cirujana algunas cuestiones del corazón. Celina les sirvió el té y enseguida se retiró, aunque le hubiera encantado quedarse a escuchar, porque el rostro de Sarriá le decía que traía noticias importantes. Tana quiso

decir algo pero Jaime levantó la mano. Solicitaba silencio.

—Sé por qué mentía Luisita y quién asesinó realmente a la podenca pelirroja. También vengo a hablarte de Sara y de su embarazo.

—¿Has estado en su casa?

—Sí.

—¿Tenía yo razón?

—En todo.

—¿Has roto con ella?

—Para siempre.

—¿Estás bien?

—Mejor que nunca. Acabo de resolver el crimen, como te he dicho, de Laura Delgado, alias Narcisa Negrín, alias la podenca pelirroja.

—¿Y no lo había resuelto yo?

—Lo habías resuelto a medias. Yo he deshecho todos los nudos, literalmente.

—¿Qué nudos?

—Para ser precisos, un nudo de ballestrinque. El del cabo con el que el asesino, antiguo hombre de mar, amarró la plata a la cintura de la muerta —dijo Jaime—. Yo, personalmente, habría empleado un as de guía, pero soy muy particular para los nudos.

—No me entero de nada, pero lo cuentas... que es una delicia.

—Te lo pongo difícil, igual que haces tú conmigo cada día. También deliciosamente, por supuesto. Dime una cosa... ¿La primera vez que me viste... qué pensaste de mí?

—Nunca me pareciste una persona a la que le importe lo que piensen los demás.

—No lo soy. No se puede ser tartamudo y ser feliz si uno se preocupa de lo que piensen otros.

—¿Por qué?

—Porque todos creen que la tartamudez es la cojera de la mente.

—Yo no pienso eso.

—Ni Fani tampoco. Por eso no sé vivir sin vosotras.

Tana le miró tocada. Quiso cogerse a la mano de este hombre de hoja perenne. No podía. Amaba a otro primero. Era fiel a una vida de ensoñaciones. Yo soy su comandante. Me metí en su corazón una tarde caliente en Vilcashuamán, así que se agarró a su cruz de plata.

—Bien... Contesta. ¿Qué pensaste? —insistió el policía.

—Como dice a veces un policía amigo mío, puedo darte una respuesta muy larga y una muy corta.

—La larga creo que dolerá más. Dame la corta.

—Al verte pensé que quería quedarme en Palma para siempre.

Ambos se miraron disfrutando del cosquilleo de sus sentidos. Jaime sonrió con esos hoyitos que son como las estrellas.

—Ahora dame la larga.

Tana soltó una carcajada. Si hubiera estado con ellos, yo también habría reído. Nos reímos mucho los tres. Aún con la sonrisa a cuestas, la cirujana respondió:

—Que eras el intendente más atractivo que jamás había visto. Un buen hombre, irónico y diferente. Me dije que te habías quedado viudo y que echabas de menos a tu mujer aunque te

perfumabas por otra con un suave aroma de jazmín. Me pregunté todas las preguntas y quise contestarlas. Me dije que quería que me apreciaras y que tenías unos ojos seguros y una tartamudez inteligente y exquisita...

—Sí era larga, sí. ¿Siempre piensas tantas cosas de un golpe de vista?

—Solo cuando el paisaje me fascina.

A Jaime a veces le costaba mirarla a los ojos, pero jamás dejaba de hacerlo. Sintió que el viento eran las miradas de la cirujana y que no podía perder la atención o su balandro se iría al garete.

—¿Recuerdas el día de la muerte de Abel de Nácar? No... Mejor dicho, ¿el día en que aquí mismo, junto a esa librería, Carlos me preguntó si me había enamorado? Esa mañana Sara de Nácar se desmayó frente a la *botiga* de don Rosendo Miró...

—No lo olvidaré. Se comió casi todos mis hojaldres, la muy desnutrida. También recuerdo que citaste en perfecto italiano un verso de Dante. El final de la inscripción en las puertas del infierno...

—Qué memoria.

—Te vi con otros ojos desde ese momento... Eres un paisaje cambiante, Jaime Sarriá... Un paisaje distinto según las estaciones de tu alma. Tú eres esta isla.

—No, no soy la isla, cirujana, ¿lo ves? Te equivocas de nuevo conmigo. Solo soy un velero que lucha por llegar a tierra y ya no puedo con este viento... Es una galerna que siempre arrecia desde el noroeste...

Jaime borró dos lágrimas de su rostro. Sentía que el mistral furioso soplabá desde los párpados de la cirujana y que el barco se abatía más y más a sotavento. Se acercó a las estanterías en busca de un libro.

—Ese fue el día de mi premonición. El día en que los astros confluyeron. Sara se desmayó, se acurrucó entre mis brazos, sentí el calor de su cuerpo, miré la bandeja de plata y los crisantemos, pensé en mi amor por Fani... y supe que me había enamorado de la segunda mujer de mi vida y que la joven con la que llevaba viéndome unos meses tenía demasiado que ver en el crimen de la podenca...

—Y te fuiste a navegar.

—No. Pasé un día en el purgatorio, Abel de Nácar murió esa noche y al amanecer, cuando llegué al lugar del crimen, Sara se colgó de mi cuello y me dijo algo al oído. Algo que terminó de cerrar detrás de mí las puertas del infierno con un aldabonazo.

—Ah... ¡Entiendo...! ¡Lo hizo en ese momento...! Por eso estabas de tan mal humor, te negaste a la autopsia, mirabas al suelo... Sí, recuerdo que te susurró algo al oído...

Jaime encontró al fin el libro que buscaba: *La Divina Comedia* de Dante, y lo abrió por el lugar adecuado. Como en un trance, herido pero resignado, comenzó a leer:

—«Por mí se va a la ciudad del llanto, por mí se va al eterno dolor, al lugar donde sufre la raza condenada, la justicia animó a mi sublime Arquitecto, la suprema sabiduría y el primer amor, y no hubo nada que existiera antes que yo, a excepción de lo inmortal y yo soy eterno...»

Tana terminó el último verso en italiano, conocía bien la cita. Era el mismo que Jaime suspiró aquel día, cuando Carlos, entre hojaldres y ensaimadas, le preguntó si estaba enamorado.

—*Lasciate ogni sperantza o voi ch'entrate.*

—«Oh, vosotros que entráis, abandonad toda esperanza» —dijo Jaime, y cerró el libro—.

Sara me dijo al oído que estaba embarazada... y por eso me puse tan cerril con lo de la autopsia. Me fui a navegar y a hablar con Fani, confuso, herido, abatido por un viento inesperado que alejaba mi barco de tus ojos. Es un viento que persiste desde hace meses. ¿Lo ves...? No puedo mirarte sin llorar porque tú eres el viento.

Jaime le dio la espalda y fue ella quien quiso llorar. Como si también sufriera revelaciones, Tana entendió con un hachazo lo que era el amor.

—Oh... Al fin lo entiendo... Lo entiendo todo.

—Lo sé.

—No es un bastón, no es la expresión de una debilidad...

—No.

—El amor no son dos que se necesitan... no es eso en absoluto...

—No lo es...

—El amor no duele, no corta, no daña...

—Nunca daña.

—El amor verdadero son dos almas, dos, que no pueden vivir separadas.

—No. Tampoco.

—¿No?

Jaime le cogió la mano como si se tratase de un *dragó* que correteaba por una pared de piedra. Miraba sus dedos y le pareció que no le pertenecían ya a ella, sino a él, y que Jaime verdaderamente no notaba que no era una lagartija.

—El amor verdadero son dos que comparten una sola alma. Es el viento en las velas. Eso es el amor... —dijo Jaime recitando sus pensamientos—. Sin vela, el viento no tiene quien lo aprecie, y sin viento, la vela está dormida.

Tana sintió cómo se desbordaba su corazón al percibir el amor que ella misma sentía por Jaime, un cariño que le enseñaba a quererme más a mí. No, el agua no dejaba de brotar y él ya no la miraba. Sin Jaime nunca lo habría comprendido y le quería más y más por los sentimientos que sacaba de ella, y los tres formábamos un cabo fuerte con un alma o un as de guía con el que amarrarnos a lo bello de la vida o el triángulo en el horizonte que forman las montañas, el cielo y el mar en Valldemossa. Jaime se recompuso y siguió hablando:

—Todo se unió de golpe, la revelación de que te quería, la seguridad de que no amaba a Sara, la inesperada responsabilidad de un ser inocente, un niño, la puñetera bandeja de plata en el escaparate del anticuario. Esa mañana me hice a la mar con la vana pretensión de entender por qué mi esposa muerta me mandaba crisantemos, pero solo podía sentir tu viento.

Tana le miró emocionada. Amaba, sin duda, a dos hombres a la vez.

—¿Y ahora has... podido... pensar?

—Ahora no hago otra cosa que pensar —sonrió él—. Ahora sé que ese hijo no es mío y he c... entendido cómo podré estar cerca de ti sin sacrificar mi honor. Hoy lo veo todo y vengo a explicarte quién mató a la podenca y por qué. Sara se desmayó en plena calle no porque estuviese embarazada o desnutrida, que también. Se desmayó porque vio en el escaparate de Rosendo una bandeja de plata que ella hacía en el fondo del mar. Te contaré lo que pasó y los convocaremos a todos a una reunión para terminar de amarrar los cabos.

Es el momento de regresar de la mano de mi buen Jaime a la reunión *medusiana*. Tras recuperar a Sara de su particular purgatorio a base de hojaldres y recostarla en el canapé, el policía tomó la palabra:

—Buscando a su madre y deseosa de libertad, Sara se hizo con la plata... —Jaime Sarriá tomó un sorbo de jerez, hizo una pausa, se aclaró la garganta, siguió explicando lo sucedido. Llegábamos al crimen:

—Pero esta mujer, la pelirroja, que hasta el día anterior había sido la más dulce, de pronto trataba de librarse de una muchacha que realmente no le importaba un pito, así que le pidió aún más tiempo, le dijo que le diera la plata, que ella iría primero a Valencia y luego la mandaría llamar. Sara presentía desde hace días una verdad que trataba de ocultarse a sí misma y de pronto... su mirada se posó sobre la mesa y vio la carta de chantaje que Laura le había enviado a la marquesa. Entendió entonces que ella solo quería dinero. Que ya tenía la plata, probablemente el oro de la marquesa y que no la necesitaba. Cayeron todos los velos. Su madre era la borracha y ladrona chantajista que Abel siempre había descrito y le pidió explicaciones. Laura se rio de ella o dijo algo que la hirió profundamente o tal vez la amenazó. ¡La niña, hundida por el dolor, quizá reviviendo el sufrimiento que su madre le causaba con sus palizas, agarra el pesado candelabro de plata y la golpea!

—¡Que me parta un rayo como le partió a mi padre en el Gorch Blau! —gritó Luisita.

—¡Qué bien lo cuenta! —dijo la marquesa.

—¡Sin tartamudear! —añadió Adelaida, verdaderamente admirada.

Todos sonrieron, excepto los asesinos. Jaime siguió su relato:

—Laura cae. Son más o menos... las seis de la tarde. ¿Y después? ¿Quién te ayudó, Sara? ¿Acudiste a tu padre? No... Acudiste al mayordomo de tu padre, Cristóbal, antiguo lobo de mar y hábil con los nudos marineros. El hombre que te quiere en silencio. Él llegó, comprobó que estaba muerta, llamó a tu padre, y entre los dos le ataron la plata y la tiraron a la bahía... ¿Fue así?

—Así fue.

—Y después... Este hombre quiso su pago... en carne.

—Alto ahí, don Jaime...

—No, Cristóbal. Llegamos a la barriga de este elefante. Después, el amoroso y despreciable mayordomo, que como le corresponde a un mayordomo no era correspondido, entró en tu alcoba por la noche y consumió su mal llamado amor. ¿Es así?

—No supe rechazarle o no me dejó. ¡No pude! No después de que me ayudase a ocultar el crimen.

—Miserable... y la dejaste embarazada...

—Nos queremos...

—No es cierto... Yo no le quiero, ¡le odio! No sabía qué hacer —lloraba Sara—. Perdóname, Jaime... Te engañé. Engañé a todo el mundo. Yo soy la asesina. Palma entera debe saber que quise que pensaras que me habías deshonrado pero en realidad fue una trampa, estaba desesperada. Deben saber que fui a tu casa con una botella de vino drogada... Bebimos, te besé, te dormiste... Y amanecimos juntos, bajo mi capa roja, junto a la chimenea...

—Esto no es un elefante —dijo la marquesa—. Es el circo.

—No señora —dijo Celina—. ¡Es *Hamlet*!

—Pues prepárense, porque sea Shakespeare o sea el circo, en el entreacto habremos de salir los saltimbanquis.

Hubo alguna sonrisa. Tana aprovechó la pausa para decir:

—Pero Sara no la mató.

—¡¿Ah, noooo?! —dijeron todos. Luisita suspiró al borde del colapso.

—No —repuso Tana—. Laura Delgado fue arrojada con vida a la bahía, el golpe no fue tan fuerte. Sus pulmones estaban llenos de agua... Así que realmente quien la mató fue Cristóbal, que estaba deseando hacer algo grande por la muchacha para tenerla en su poder.

—¿No... murió del golpe? ¿Respiraba? —dijo Sara entrecortada.

—Sí a lo primero y no a lo segundo.

—Dirás al revés —susurró Jaime.

—Eso.

—¡Dijiste que estaba muerta! —gritó Sara tratando de arrojarle contra Cristóbal. Jaime la sujetó.

Imagino las expresiones de los presentes por lo que me han contado y me viene a la mente de nuevo *La balsa de la Medusa*... Esos naufragos abandonados por sus oficiales, asesinándose unos a otros, exclamando ayes y resoplando, confusos, desmayados, bebiendo vino en vez de agua, cortando trozos de cadáveres para subsistir, arrojando a los amigos heridos por la borda para ahorrar víveres...

Por suerte había viandas en el laboratorio. Tana sacó el jerez, la marfileña Celina trajo diez copas. Salieron más ensaimadas y circuló la sobrasada, dos elementos que en Mallorca son equiparables al agua en un desierto. Cuando todos se sentían algo más tranquilos, Jaime Sarriá les chafó el descanso:

—Ahora pasemos a la muerte de Abel de Nácar y su envenenamiento con cianuro.

Cristóbal hizo un movimiento hacia la puerta pero Prihuelas se encaró con él obligándolo a sentarse. Salió a relucir discretamente una pistola.

Dos celadores se llevaron al mayordomo con los grilletes puestos, mientras la cómplice Sara sufría medio desmayada en el canapé, Celina, la marquesa y Adelaida hacían piña y Luisita y Prihuelas disfrutaban de la mejor representación teatral de su vida. Un teatro que era un drama y que era verdad. Sara, agotada por las emociones, comenzó a hablar en cuanto se cerró la puerta.

—Mi padre cayó en la escollera un mes después de la muerte de Laura Delgado.

—Un testigo te vio con él, junto al malecón, suplicando... ¿Lo empujaste tú?

—No. Le suplicaba que no me enviara a un convento. Sospechaba ya mi relación con Cristóbal pero no le empujé. Me marché en busca de Jaime.

—Así que tenemos a Abel solo en el malecón. Es de suponer que después fue caminando hasta el puerto, pensando en lo sucedido en aquel mes, sabiendo que su hija había perdido la honra... —añadió Tana.

—Y alguien lo vio, quizá por casualidad, y pensó que quizá sería buen momento de abordarlo —dijo Jaime—. Alguien que no se había quedado conforme con la misteriosa desaparición de la plata robada. Alguien que había sumado dos más dos, alguien...

—¡Que «alguien» levante la mano! ¡Acabemos con esto! —interrumpió Adelaida.

Marcela se levantó despacio. Todos la miraron pasmados.

—¿Cómo pueden saberlo todo? —dijo Marcela.

Adelaida se aferró fuerte a su bastón. Ningún chiste vino a su mente.

—Cuéntanos, Marcela...

—Yo sabía que Sara se había llevado la plata. Se comportaba de forma muy extraña desde el robo. Un día la seguí, se reunió con la podenca pelirroja y comencé a vigilarlas... El día en que la mataron vi cómo Cristóbal y Abel metían a la huesuda en un carro y la tiraban al mar... Entonces fue cuando yo me convertí en chantajista. Le dije a Abel que siempre protegería a Sara pero que yo sabía... lo que sabía. La había visto salir de la Fonda del Mar el día del crimen, lo había adivinado todo y solo deseaba de él que diera su bendición a mi boda con Ramiro. Le expliqué que le quería por amor y no por su dinero y que aunque mis padres no fueran conocidos... Él me contestó que nada le gustaría más, que yo era una mujer espléndida... pero que esa boda era imposible porque yo... porque yo...

—Ay, Dios mío, marquesa... —dijo Adelaida en voz baja.

—Lo sé, lo sé...

—Porque yo era su hija natural. Le supliqué, le dije que eso no era verdad, que la marquesa nunca me habría ocultado algo así, pero él juraba que era cierto y que Ramiro y yo somos medio hermanos. Me volví loca, yo gritaba, como poseída... trató de sujetarme y me zafé. Perdió pie, fue un accidente, y se cayó en la escollera. Me marché corriendo a casa para que nadie me viera y Abel no me denunció porque sabía que si lo hacía corría el riesgo de que se supiera toda la verdad...

—¿Y días más tarde... lo... envenenaste? —preguntó con miedo doña Marta.

—No fui yo, fue... fue...

Marcela tenía lágrimas en los ojos cuando al fin dijo, insegura:

—Creo que fue Dios.

Los presentes se removieron en marejada. Celina se comía el resto de los hojaldres. Prihuelas manoseaba su pistola.

—¿Qué hiciste con las velas, Sara? —preguntó el amigo Jaime.

—¿Las velas? ¿Qué velas? —dijo Sara saliendo de su letargo. Realmente estaba agotada, como si llevase ya diez días entre caníbales, en el mar.

—Las velas de los candelabros robados... Vamos, Sara, haz memoria... las quitaste para que abultaran menos en tu equipaje, ¿no es así? Pensabas fugarte con tu madre...

—Ah... esas velas... no sé. Las dejé en la cocina, con las demás velas de mi casa...

—Y de ahí las sacó alguna criada y acabaron en el candelabro de Abel, en la alcoba de Abel.

—Imagino... no puedo saberlo.

—Yo sí lo sé —dijo Tana—. Y de esa forma, un asesinato imposible se convirtió en un accidente posible y quién sabe, quizás en justicia divina. Porque Marcela no averiguó que era hermana de Ramiro esa noche en que discutió con Abel. Las palabras de su padre avivaron la llama del odio, pero esa llama ya estaba encendida. ¿Verdad, querida amiga?

—Verdad... Sí. Yo ya lo sabía todo, pero me aferraba a una última esperanza de que fuese un malentendido. Por eso hablé con él y Abel me lo confirmó.

—Ya lo sabías todo por Sebastián. Porque el joven marqués robó dinero de la caja fuerte de su madre para pagar otro chantaje más de la podenca. La huesuda le contó al chico que doña

Marta y su padre no habían estado nunca casados legalmente, lo que le convertía en hijo ilegítimo y, por tanto, en dudoso heredero del título y de la fortuna.

—Por eso tenía tanta prisa por heredar, casándose con Marcela o con quien fuera, para llevarse el dinero a algún sitio donde nadie se lo pudiera quitar... —añadió Sarriá.

—Sebastián me lo contó todo, sí —dijo Marcela—. Esa mujer tenía pruebas de lo que decía. Había visto el registro del matrimonio secreto de mi madre y de Abel en una parroquia de Oliva. Sebastián también me dijo que Abel de Nácar tuvo una hija con la marquesa, una niña que nació en Italia y que yo tenía que ser, sin duda, esa niña. Todas las piezas de mi vida encajaron. Las preguntas sin respuesta. Los regalos de don Abel. Sus miradas de afecto. Estaba tan llena de rabia que accedí a casarme con Sebastián con la condición de que me diese suficiente dinero para comenzar otra vida lejos de aquí tras el matrimonio...

—Oh... Señora... —logró susurrar Adelaida.

—Estoy anonadada —logró suspirar doña Marta.

—Y cuando supiste eso, mi querida Marcela, pusiste cianuro en las velas con las que tu madre adoptiva leía sus novelas románticas cada noche. Querías que enfermara y darle una lección igual que en una novela de intriga que leísteis hace poco en la que la dueña de una gran casa empieza a dar muestras de locura a causa de un fuerte veneno en los troncos de la chimenea. Tú pusiste cianuro, de ese que echaba Abel por los sótanos contra los roedores... en las velas junto a las que la marquesa leía cada noche. Lo hiciste por rabia, por frustración, porque amabas profundamente y se te había prohibido querer... Y nunca te imaginaste que Ramiro, que una vez más te había convencido de que lo que importa es el amor y no la sangre y quería fugarse contigo a pesar de las noticias... se llevaría ese candelabro...

—No lo habéis entendido... Yo no quería matar a mi madre. La quiero. Desprecio lo que hizo, pero la quiero. Lo que deseaba era matarme delante de ella.

—¿Qué?

—Planeaba mi suicidio. No tenía intención de marcharme con Ramiro. Es mi hermano... Y nuestro amor es imposible... ¡Yo quería la muerte! Puse veneno en las velas porque desde hace tiempo mi madre no es capaz de ver las letras y es demasiado coqueta para hacerse unos lentes, así que era yo quien le leía cada noche. Cambié las velas de su antecámara por otras con cianuro con la intención de envenenarme ante ella y que sufriera siempre al recordar tan terrible escena... Pero no funcionó.

—Gracias al cielo —suspiró doña Marta.

—El veneno en las velas no surtió efecto y, más tarde, Ramiro se llevó también ese candelabro. Al principio tuve mucho miedo cuando lo robó, pensé que era una señal, un castigo por nuestros deseos incestuosos o por mi intento de suicidio... creí que ocurriría una desgracia... pero pronto me dije que era lo mejor. Descarté que esas velas fuesen a parar al lugar equivocado. Las imaginé en un basurero o en el fondo del mar. En verdad, yo no quería hacerle daño a nadie...

—Pero cuando Abel murió en una habitación cerrada tu mundo cambió.

—Yo no me entero de nada, doña Adelaida... ¿Cómo murió este señor? —dijo Luisita.

—Cállate o te escabecho.

—Abel era un hombre rico, muy rico, que no nació con cuchara de plata en la boca ni mucho menos con apagavelas de bronce en su casa —decía Tana—. Él ha apagado las velas toda la vida

chupándose las puntas de los dedos. Esa noche, cuando acabó de trabajar, de escribir una larga carta, se chupó los dedos, apagó una vela, se chupó de nuevo los dedos, apagó la siguiente, repitió la operación y lo que se apagó fue su vida para siempre porque cayó fulminado por la ingesta del veneno.

La marquesa estaba tan desolada que por primera vez en su vida había enmudecido. Adelaida bruñía con las palmas el puño del bastón. Marcela comenzó a hablar desde la paz que rezuma el alma al saberse liberada:

—Así son las tragedias griegas. Nacen, como un arroyo, de una simple mentira, una roca que oculta un enorme manantial. Hace años hubo otra historia de amor prohibido en esta ciudad. La de una joven de familia rica y un jovencísimo y pobre Abel de Nácar. Ambos se fugaron, se casaron en secreto y... muerto ya el marqués reanudaron su amor y concibieron una hija...

—¡Pero es que no fue así! —dice la marquesa—. Es un malentendido... Un malentendido, querida...

Celina le habló en voz baja a Gabriel.

—Muy clásicos también de las tragedias de Shakespeare, que bebe siempre de los manantiales clásicos que dice Marcela... los malentendidos, digo.

—Yo soy tu hija y tú me hiciste creer como a toda Palma que me sacaste de un orfanato italiano. ¡Ni siquiera me llamo Marcela Bocacci!, ¿verdad? ¿De dónde sale mi falso apellido? Yo te estaba tan agradecida... ¡Qué imbécil! Habría hecho cualquier cosa por ti... ¡Te adoraba! Hasta que llegó esta asquerosa borracha podenca, huesuda, chantajista, pelirroja. He pasado una vida entera siendo la más ecuánime, la más elegante, discreta, cuidadosa, cariñosa, estudiosa, sin perder mi lugar. Acomplejada siempre por tener que ganarme a pulso el amor... y de pronto, todo el cariño que yo sentía se esfumó. Desapareció así, de golpe, como si se lo llevase una de las olas que baten contra los muros de esta casa, y el hueco que dejó el cariño se llenó de rabia dañina y solo podía pensar en llorar en brazos de Ramiro mientras él no podía entender por qué de la noche a la mañana ya no quería estar con él.

—Mi pobre, pobre niña —acertó a decir Adelaida, destrozada.

—Las tragedias que nacen de una mentira de veinte años no son ya arroyos sino ríos imparables y los candelabros desaparecieron y las velas rodaron y esta obra de Esquilo salió de donde salen las tragedias, de la ocultación de la verdad, de la pérdida de la identidad, de los hijos robados, regalados, apostados a las cartas, extraviados en el culo de una pinta de cerveza, abandonados a su suerte... sin más. Esta tragedia nació de la falta de verdad. ¿Qué puede haber más importante que saber de dónde venimos? ¿Acaso podemos llegar a alguna parte sin saber de dónde hemos partido?

—No. No podemos —dijo Tana con lágrimas en los ojos.

—Le conté a Ramiro la verdad y aun así no le importó. Me quería. Me convenció para que nos fugáramos. ¿Qué es la sangre? —dijo Marcela—. La sangre no es nada, no cuenta, o soy hija y hermana para todo o no lo soy para nada, porque lo que importa es la verdad de la que nace el amor y lo único que merece la pena en la vida es querer y ser querido y decirlo y gritarlo ¡El amor! ¡El amor! ¡El amor! Y Abel ha querido y sin embargo nos destruyó a todos y Dios que es justo hizo llegar a sus labios el veneno porque él fue fiel a su personaje hasta el final. El hombre más rico de Palma nunca cambió, pese a tener el antídoto para la pobreza, todo el oro. El hombre más rico de Palma apagó las velas de su candelabro lamiéndose los dedos, como el pobre de

alma que era y siempre fue, y porque no supo abrazar la verdad cayó fulminado.

Marcela se acercó a Ramiro y le besó en los labios. Sin que nadie pudiera evitarlo, la joven abrió la ventana y se lanzó al mar. Por primera vez en mucho tiempo, Tana sintió terror, pues Jaime Sarriá, por salvarla... se lanzó detrás.

Quinta parte

Todas las frases que no había pronunciado batían en sus sienes mientras el agua de la bahía inundaba cada esfuerzo por coger aire. Marcela estaba cerca, pero montaban en distinta ola, sobre la bahía en marejada, y por más que nadaba, no lograba avanzar. El hombre necesita momentos así, de lucha por la supervivencia, de casi muerte, de naufragio, para comprender su vida. Jaime vio en la pobre desdichada a Estefanía, igual que la veía en cada boca de la isla, sombra y hora del reloj de sol de la fachada de las Clarisas, porque ese reloj, a Fani le gustaba mucho y siempre que pasaba por allí se cruzaba con alguna amiga y se reía. El agua salada entraba por la boca, salía por la nariz, cegaba sus ojos mientras los rizos de la bella italiana flotaban a la deriva, iban y venían como tentáculos de medusa y así, sin querer, mientras Fani le hablaba con los pensamientos y le animaba a salvarla y comprendía que su existencia tenía un cierto sentido, se hizo con ella. Volvió el rostro de la suicida al aire, a la luz, y abrazándola como un padre, se tumbó con ella bien sujeta, boca arriba, sobre las olas heladas del ocaso, a esperar. ¡Cuántas veces se habían mecido así, haciéndose los muertos Jaime Sarriá y su Estefanía Company entrelazando los brazos y los pensamientos, a la sombra de la roca de Es Pontàs! Escapaban de Palma en su barco, llegando hasta Cala Llombards. Allí pasaban la tarde encontrando piedras, nadando en las aguas de esmeralda, buscando el calor de las rocas redondas, suaves como barrigas y contando historias hasta que Jaime se apostaba algo, se echaba a nadar y luchando contra las rompientes, escalaba el islote, ese arco de su triunfo. El semicírculo esculpido por las olas es el Castillo de la Guardia de Lanzarote del Lago o la cueva del cíclope Halímedes o la giba de una serpiente marina, y se llama así, como ya he dicho: Es Pontàs... Luego Jaime se tiraba desde lo más alto, Fani contenía la respiración y se besaban bajo el ojo de ese capricho del mar, un puente entre dos almas, medio anillo dorado, o media rosquilla, el abrazo de una niña querida, en mitad de las aguas. Mientras eran acunados por las olas, él le decía a ella su frase: «te quiero, te pienso». Tantas veces se había lanzado al mar desde lo más alto de ese arco de piedra para impresionarla que no lo dudó cuando Marcela se arrojó por la ventana de su cirujana. Ahora los acunaba el Mediterráneo, que era su verdadera familia, su madre y su padre y Fani y todos los que vinieron antes que él. Marcela y Jaime estaban a salvo. No tardó en llegar un balandro a rescatarlos y les dieron un sorbo de coñac. Sin duda, pensó aspirando el aroma, se puede querer, y bien, a dos mujeres a la vez.

Ramiro llevó en brazos a Marcela hasta su habitación y en el ala este de Can Belfort comenzó otra batalla. Esa noche la joven ardió en fiebre y fue Bretón, el especialista en virus, quien se afanaba por salvarla. Tenía neumonía. Tras detener a Cristóbal por el asesinato de la pelirroja, Jaime le hizo una visita al gobernador. Le pidió una larga libranza que fue concedida y, ya de madrugada, tomó la derrota a Porto Cristo. Tenía que aprender muchas cosas de su hijo y Jaime había de enseñarle a navegar. El intendente que en realidad era comisario, solo volvió a Palma al enterarse de que habían acusado a Tana de envenenar a su marido.

En este momento, me toca explicar algo importante, pues imagino que a estas alturas habrá quien piense que es imposible de todo punto que una mujer eficiente, admirada, que a su llegada a Mallorca supo ganarse a marquesas y policías, carboneros y prostitutas y a algunos de los médicos más simpáticos de Palma, hubiera acabado encerrada en prisión, acusada de envenenar a un marido al que, en apariencia, adoraba.

Lo que ocurre aquí es que una sociedad puede ser simpática, como la palmesana, pero cruel, como la española. Lo que sucede es que Tana tenía razón en construir una muralla tan inexpugnable, pero se había descuidado, invadida por la confianza y el amor. Todo empezó como una broma de mal gusto, el malvado comentario de un hombre que nos despreciaba, del mediocre doctor Augusto Sartorius, aquel que había perdido la apuesta del fémur de don Abel. En una de las reuniones de la Academia de Medicina, Sartorius, frustrado porque Tana fuera a quedarse con el tan codiciado puesto de forense de la isla, dijo:

—Conociendo a esa cirujana, no me extrañaría que estuviera envenenando a su marido para quedarse con la plaza de forense en propiedad.

Don Pablo, buen amigo, que lo oyó, se encaró con él.

—Doctor Sartorius... Eso es una calumnia, y como tal, espero que ahora mismo retire lo que ha dicho.

Sartorius sintió miedo ante el rostro del simpático don Pablo, espía y borracho encantador, que había cambiado su alegre expresión por otra realmente seria y amenazadora. Aun así, no se arredró.

—No pienso hacerlo —replicó Sartorius—. La realidad es que don Carlos se muere. Cada día está más débil y, por lo que sé, no tiene fiebre, luego el cólera empieza a resultar una enfermedad muy conveniente para ella, pero que podría ser del todo falsa...

—Le conmino una vez más a que se retracte —insistió don Pablo.

—¿Y qué va a hacer si no lo hago?

—Enviarle a mis padrinos.

—Cuenta conmigo —dijo Echagüe.

—Y conmigo —apoyó don Lázaro Bretón.

—¿A ustedes también les ha embrujado esa cirujana de tres al cuarto? ¿Sabían que les ha mentado a todos? ¿Sabían que se crio en el arrabal de Valencia con un *sacamantecas* condenado a muerte y parricida?

—Olvídese de los padrinos —dijo Pablo, el médico bebedor y libertino.

Antes de que Echagüe y Bretón pudieran impedirlo, el antiguo espía le partió la boca al César, se tiró sobre Sartorius y se montó la de San Quintín. Sí, el payaso, con cuñado de un ministro, tenía oídos hasta en el infierno y había descubierto que el viaje de Tana a Valencia tenía mucho que ver con su pasado y con esta discusión en la Academia que lamentablemente acabó a puñetazos. Ese día, y con este escándalo, comenzó a girar una siniestra bola de nieve que empezaba, ahora, a aplastarnos.

Don Pablo, con sus mejores intenciones, se empecinó en que se examinaran mis tejidos bajo la máquina de Marsh para probar la falacia y la calumnia del miserable de Sartorius. Echagüe y Bretón le apoyaron. Las pruebas las llevó a cabo el forense del destacamento militar, un hombre alejado de partidos y sospechas: el doctor don Manuel Rubira, cirujano mayor del destacamento en Palma. Este hombre cabal, alejado de toda sospecha, pidió mechones de mis cabellos y sangre

de mis venas y comprobó con horror que Sartorius tenía razón y que, efectivamente, alguien me había dado arsénico de forma continuada. Mis tejidos estaban saturados de veneno. La noticia corrió como la pólvora, igual que el asombro de todos. La investigación cayó, por uno de esos nefastos quiebros del destino, en manos de los jueces afines a Sartorius y don Braulio. Muchos de los que habían admirado a Tana hasta ese momento, sospecharon de pronto de ella, pues una cosa es cierta: la cirujana no había llegado a la isla precisamente con la verdad por delante y eso se intuye, se presiente. En este terreno abonado, las payasadas de Sartorius cobraron una fuerza inusitada. La hija del difunto Abel, entre otros muchos vecinos y testigos, fue interrogada. Sara la dulce le dijo a todo el que la quisiera oír que Tana no era quien aparentaba ser y que deseaba ser viuda, pues andaba detrás de Jaime, el comisario de Palma. Los defensores de Tana dijeron que la joven y nacarina Sara mentía pues estaba despechada, implicada en la muerte de su propia madre, embarazada de un criado. Los detractores, gritaron que Tana era una parricida, igual que el Zamarro, y que al garrote con ella. Los ánimos de la nobleza contra los profesionales liberales se soliviantaron. En los cafés se debatía el caso acaloradamente. Hubo más peleas y más puñetazos, algo inusitado en Palma. Los poderosos nobles mallorquines no le perdonaban a la cirujana que hubiera humillado a uno de los suyos, el joven marqués de Belfort, al llamarlo sifilítico delante de todo el mundo, por mucho que efectivamente fuese un sifilítico y un loco. El juez, presionado por los acontecimientos, detuvo a Tana sin pruebas aunque con ganas de encontrarlas y, realmente, sin intención de condenarla sin ellas. Jaime comenzó a pelearse a brazo partido por la cirujana, tratando de demostrar que todo era una caza de brujas y un problema político, con Tana en el ojo del huracán cual símbolo de dos mundos opuestos. Pero cuanto más luchaba Jaime, más crédito cobraban las maledicentes palabras de Sara. Se alzaron voces tímidas y mezquinas diciendo que tal vez él era su cómplice en acabar conmigo. Don Jaime Sarriá, uno de los hombres más queridos de la isla, perdía apoyos. Doña Marta hizo suya la labor de defenderlo, pero todo resultaba contraproducente. El gobernador, presintiendo una desgracia y en un intento de salvar a su sobrino político de caer en el mismo pozo que la cirujana, decidió sacrificar momentáneamente a Tana para calmar los gritos de la nobleza. Si era inocente, que la defendiera un abogado. Se negó a dejar que Jaime llevara una investigación paralela. Por su parte, al fiscal, don Pere Pomar, hombre que se creía recto pero que era intensamente religioso —quizá para dejar claro que a pesar de sus ancestros *xuetes* él era cristiano hasta la médula—, se le hacía la boca agua. Los casos de envenenadoras eran realmente apetecibles, siempre salían en la prensa, se hacían famosos y él, como jefe de la acusación, acabaría en los libros, sería estudiado por generaciones venideras, pasaría a la historia. Le irritaba mucho al fiscal don Pere esta mujer tan atea e insolente. Le había molestado la dichosa forastera desde que le dijeron que se negaba a ir a misa. Alguien que se niega a obedecer las normas de Dios no puede ser fiel a las normas de los mortales, se decía. Por su parte, el juez tradicionalista —si bien era recto y buen juez en sus sentencias a pesar de ser un reaccionario— le encargó un registro en Can Belfort a la fiscalía. Celina derramó gruesas lágrimas al ver que se llevaban todas las provisiones de su casa. La comida de la despensa fue analizada y como si se tratara del cuento de Blancanieves, hallaron tres manzanas envenenadas. Nadie tuvo en cuenta el hecho de que a mí no me gusten las manzanas. El fiscal estaba deseando pasearse por la sala para poder decir estas frases: ¿Y quién tiene manzanas envenenadas con arsénico en su despensa? ¿Y quién vive en una casa llena de pócimas y bebedizos, píldoras y medicamentos, una casa a todas luces

hechizada y maldita? ¿Y quién pasea por medio de una fiesta de calle como un hombre, sin sentarse a departir con las señoras y solo busca la compañía de otros varones, los Pablos que se parten la cara por ella, los Echagües que le ceden sus bisturís, los Bretones que la protegen como si buscaran en ella algo más que halagos y chistecitos? ¿Qué mujer no lleva sombrero y no asiste a misa los domingos? Una que no es buena, señoría. Una que se rige por sus propias normas. Tana, la cirujana, fue criada a los pechos del Zamarro, criminal, asesino, agarrado, y es sin duda una mala mujer que usa la capa de la modernidad para esconder sus siniestros propósitos. Una criminal mentirosa y ladina, que los tenía engañados a todos con sus preciosos ojos azules. Una envenenadora de manzanas y de inocentes maridos. Una mujer que quién sabe, igual no es siquiera cirujana.

Aunque Celina, el ama de llaves, declaró en la investigación judicial negando saber nada de esas manzanas y asegurando que su señora jamás haría algo así y que alguien, probablemente la tonta de la criada Luisita, pagada por Sartorius, o cualquier otra doncella pobre y bobalicona, las había puesto allí para acusar a su ama... su condición de prostituta no resultó precisamente el mejor apoyo a la causa de Tana. En fin, para qué seguir. Lo que comenzó como un comentario maledicente, la payasada de un payaso, el puñetazo defensor de un caballero... cayó como tea en el pajar de las envidias y las mediocridades españolas. El fuego se avivó solo, con este y otros vientos terribles: mujer, brillante, hosca, luchadora, atea, diferente, forastera, inteligente.

En estos aires enloquecidos, Tana podía muy bien ser condenada a muerte, pero Jaime Sarriá no tenía la menor intención de correr ese riesgo. Creía firmemente que ella era mi última esperanza y también sabía que la cirujana era su última esperanza para seguir creyendo en algo digno. Si la mataba «la justicia», mataban su fe en España, la libertad, la constitución, la igualdad, el amor, la vida, la paternidad o el derecho a pisar la arena de una playa. A pesar de su empeño, tampoco había dado fruto ninguna de las investigaciones paralelas que estaba llevando a cabo con la connivencia de Prihuelas y del comandante De la Piedra. Parecía imposible averiguar quién me estaba envenenando. Sarriá solo tenía una opción: recoger favores por la isla y ayudar a Tana a escapar. Para ello, debía traicionar la confianza del gobernador, que era como un padre. No le importaba. Ya no importaba él. Era difícil vivir sin Fani, Sara de Nácar estuvo a un tris de engañarle con niño y todo y estaba perdiendo la esperanza. Al parecer, no se puede ser comisario sin esperanza, y mucho menos intendente.

El gobernador, que sentía una inmensa culpa pues sabía como cualquier hijo de vecino honrado que la cirujana era inocente, se vino a razones y permitió que Tana saliera de la cárcel para visitar a su marido moribundo con la vigilancia de Jaime y del comandante De la Piedra.

En cuanto dio la orden de excarcelación, Prihuelas fue a buscarla. Mientras tanto, Jaime y Celina me vestían.

—¿Qué hacéis? —les dije—. ¿Ya me preparáis para el entierro?

—Te vas de aquí.

—¿Adónde?

—A casa de Virtudes Mariño.

—La bigotuda...

—De vuelta a Valldemossa. Allí te pondrás bien.

—El aire puro no me va a quitar estas ganas de morirme...

—Pero Tana sí... ya viene y se fuga contigo.

—Ah... La última aventura...

—O la primera.

—Qué delicia... Nos embarcamos en busca de la bella y bigotuda Dama del Lago, guardiana de *Excálibur*... ¿Vienes con nosotros, Lanzarote?

—Te veo fatal.

—Me muero, amigo.

—No si yo puedo impedirlo.

—Avalon está cerca... Pero ¿y mi reina Ginebra?

—¡Ya llega!... ¿No oyes sus pasos?

—¿Lo dices en serio? ¿La han liberado?

—Es una larga historia...

—Y tú no me ves con tiempo...

Jaime rio. Yo reí. La risa es una conversación con los dioses, y los hoyitos de Sarriá, mejor bastón que el de Adelaida. Gracias a este caballero tuve energía para ponerme en pie al tiempo que entraba Tana. Nos abrazamos. La tierra dejó de girar... o se me pasó el mareo. Ella me cubrió de besos. Las fuerzas volvieron de algún lugar lejano. Jaime y Celina nos dejaron solos. Comenzó a llover.

—Creí que no te volvería a ver —me dijo.

—Mi querida niña rodeada de cadáveres. Tienes mi catalejo, siempre me verás por él.

Aspiré su aroma. Olía a la humedad de la lluvia, la sal de Mallorca, a libertad.

—Leí los diarios. Lo sé todo.

—¿Todo?

—Lo mío y lo tuyo, los *Nácares* y los *Javieres*. Javier... me gusta tu nombre. Siempre me han gustado los nombres con Jota, no sé por qué.

—No se lo digas a Jaime.

Tana rio. Me besó para acallar mis miedos, pero yo no tenía ninguno.

—¿Y qué te parece todo lo que has leído?

—Que escribes de maravilla.

Reí. La besé. La besé como si fuera la última vez.

—¿Dónde los guardaste? —le dije—. No fui capaz de decírselo a Sarriá.

—Los escondí en la habitación verde. Con el miedo que todos le tienen a este lugar, es el más seguro.

—Quiero llevármelos. Los diarios son mi vida... literalmente, porque cuando muera serán todo cuanto quede de mí.

—Te quiero.

—Me gusta que me lo digas. Corre, búscalos y vámonos.

Tana desapareció a través de aquella puerta. Pensé en todo lo que había sucedido desde el día en que hallamos la habitación. La tierra empezó a girar de nuevo. Por suerte, entró Jaime y me agarré a él.

—¿Dónde está la cirujana?

Tana salió de la alcoba maldita. Algo había cambiado en su mirada.

—Estoy aquí, Jaime.

—Vamos... No hay tiempo que perder...

—No nos vamos.

—¿Qué dices?

Tana se abrazó a mí y entre los dos me colocaron en un sillón como a un muñeco.

—No tendremos otra oportunidad como esta —dijo Jaime—. Mañana has de volver a la cárcel.

—Nunca tuve la intención de escapar. Quería ver a Carlos, y sobre todo comprobar la teoría que tengo sobre la habitación verde.

—¿Cómo?

—Siempre he sentido un desprecio científico por lo sobrenatural y por las creencias populares. Ahora veo que estaba equivocada. Hay que saber quitarse los prejuicios. Sé quién ha envenenado a Carlos y el misterio de las manzanas.

—No me llamo Ca..

—Cállate —me cortó el policía—. ¡¿Quién?!

—*La nena de l'habitació verda.*

—*Mare de Déu!* ¿También tienes sífilis o es otra forma de locura?

—Sé perfectamente lo que digo. Al fin he descubierto al fantasma de Can Belfort.

El joven Sebastián Belfort, marqués y religioso por locura y no por vocación, había sido el impulsor de la causa por la canonización del anterior prelado de la isla. Don Jacinto Revanero fue obispo de Palma durante un mes y comenzó a ser venerado con fervor tras su trágica y repentina muerte. Decían que lo habían encontrado en la habitación verde en actitud de penitente, mirando al crucifijo.

La teoría local con respecto a *la nena*, es decir, la fantasma de Can Belfort, era que la niña buscaba las almas más puras e inocentes para llevarlas a su lado y así llamar la atención de la justicia sobre su terrible muerte. Por ello, los palmesanos más religiosos habían hecho correr el rumor de que cuanto más santo era el inquilino de la casa, más rápido se hacía *la nena* con su alma... y si este obispo había muerto rezando, en un éxtasis divino, y se quedó así, arrodillado, tan tieso que debieron romperle las piernas para quitarle la santa postura y meterlo en el ataúd... es que era, efectivamente, un santo. Durante los días de su muerte, para más inri, ocurrió una de esas catástrofes naturales que suceden cada cuarenta o cincuenta años. Hubo un diluvio. Las acequias y torrenteras de la isla llevaban tanta agua que nadie se atrevía a salir de sus casas. Las cascadas, los daños, los resbalones, los sótanos anegados y las criptas inundadas hacían imposible la inhumación de este santo varón y, en espera de que Dios aflojase la mano con el agua, lo velaron durante cuatro días en la Seu. En ese tiempo, sorprendió a todos que el cadáver no emanara los nefandos aromas de la corrupción cadavérica y comenzó el rumor de que tal vez era ciertamente un santo. Como donde hay rumor hay agua, y donde hay humo, fuego, las sencillas gentes de Palma se convencieron del asunto y decidieron abrir el ataúd para verlo. Su cuerpo estaba, efectivamente, en perfectas condiciones y al contrario de lo que sería de esperar, no emanaba más aroma que el de los afeites propios del sudario, que eran, según los más entusiastas, agradables. Al fin cesó la lluvia, se secaron las acequias, drenáronse las criptas y se

inhumó al hombre de morado. Hoy, dieciséis años después, se traían de nuevo sus restos a colación.

Decir que el nuevo mausoleo estaba hecho de ónix era una de esas exageraciones simpáticas de la marquesa. La tumba se había construido en mármol de Carrara. Solo las incrustaciones eran de ónix y lapislázuli. Tenía la forma de un pequeño templo griego, con sus columnas jónicas, sus arquitrabes, frisos y cornisas y su tejado picado. El mausoleo no estaba lejos del enterramiento original, en la cripta de la Iglesia de la Magdalena, por lo que se esperaba un traslado en loor de santidad, pero por fortuna, muy corto.

Doña Marta, Marcela y el sifilítico, Ramiro y Sara, Jaime Sarriá Herbutz, don Alberto Echagüe y una larga lista de prohombres, señoras, fieles y curiosos, habían acudido al evento.

—El día de hoy es la prueba de que el camino a la santidad pasa por la locura —dijo Bretón.

—En lo mismo estaba pensando —dijo Echagüe—. En eso y en que hay locos muy cuerdos y cuerdos muy locos.

Bretón le miró solemne y asintió.

—Nunca imaginé que la marquesa siguiera adelante con este fanatismo de Sebastián —dijo Bretón.

—Como el ónix ya estaba pagado, se ve que doña Marta quiere immortalizarse con este muerto cuando se muera —replicó Echagüe.

—Mire que le gustan a usted los *oxímoron*...

—¿Y eso qué es...?

—Una figura retórica.

—¿Me considera usted más retórico que poético?

—Son dos contrarios...

—¿Quiénes?

—Calle, calle... que ya abren la tapa.

Efectivamente, se abrió la tapa y ahí estaba el obispo... tan terne.

—¡Jesús!

—Incorrupto, como el primer día.

—Tiene el rostro sonrosado y la barba recortada. ¡Y sonrío!

—Pues esa sonrisa es cosa seria...

Bretón soltó una carcajada. Alberto Echagüe le guiñó un ojo, travieso.

Alguien más dijo:

—Milagro.

Otro añadió:

—¡San Jacinto! ¡Milagro! ¡San Jacinto!

Comenzaron los rosarios y las avemarías. La marquesa dijo entre dientes:

—Otra vez ese maldito olor a ajos al que apesta mi buen hijo. ¡Sarriá, tenía usted razón! ¡Su cirujana es inaudita!

El doctor Echagüe había sido un malpensado. La marquesa no había seguido adelante con la

charada de la santidad del obispo por immortalizarse o por amortizar el encargo de ónix sino porque Sarriá había venido a verla, días antes, con una súplica:

—Señora... mi última esperanza para salvarla es el obispo.

—¿Qué obispo?

—El muerto, don Jacinto, el del ónix.

—¡Mira que les gusta a ustedes empezar las casas por los tejados!

—Discúlpeme, marquesa, es que voy con prisa. Tana jura que también el obispo murió envenenado con arsénico, en la habitación verde, y que si lo demostramos el juez la dejará libre para que se realicen las comprobaciones pertinentes. Verá... Ella tiene una teoría...

—¿Cómo no la ha de tener! ¡Esa mujer es inasequible al desaliento! Acabaremos haciéndole a Tana la estatua de ónix, qué digo de ónix, criselefantina como aquella de Palas Atenea, y debajo se leerá la inscripción: «Doña Tana de Ayuso, la diosa atea.»

—¿Ha terminado?

Doña Marta asintió.

—Cuenta conmigo, Sarriá... ¿Y don Carlos? ¿Cómo está?

—Le queda muy poco, me temo, pero ella no pierde la esperanza de poder salvarlo si consigue salir a tiempo de su encierro...

—Pues que sepas, hijo, que dejaré escrito en piedra sobre el dintel de mi casa que, por los siglos de los siglos, lo que un Sarriá le pida a un Belfort esté concedido antes de pedido, por muy absurdo que sea. Y esto del obispo... ¡mire que lo es!

—Gracias, marquesa. No sé si es necesario tanto.

—No hay nada que pueda pagar lo que hiciste por nosotras aquella aciaga tarde de los elefantes.

Echagüe y el forense militar realizaron una impecable autopsia del falso santo. Al parecer, cuando el arsénico mata de golpe, embalsama los cuerpos. El gobernador, ante estas noticias, respiró aliviado. El juez, que se sentía mal, las cosas como son, pues ya digo que era reaccionario pero justo, pidió una nueva investigación, se sacó de la tumba a las hermanas Maragall y la máquina de Marsh halló arsénico en sus rubias cabelleras. Tana dejó de ser sospechosa y explicó su teoría en la reabierta investigación criminal. El juzgado estaba lleno. No había ni una pulga más.

—Cuando entré en la habitación verde, pronto noté un fuerte olor a ajos —explicaba la cirujana—. Un efluvio característico del arsénico. Lo único que había cambiado allí, me dije, era el ambiente. En los días anteriores, había estado lloviendo como hacía tiempo que no lo hacía y una pequeña mancha de humedad rebrotaba en el papel de la pared, junto a la ventana. Entonces vi el moho y pensé que ahí estaba la clave. Estudié el verde de la pared, pensé en mi primer libro de química... y de pronto, hice la suma.

—¿La suma, señora?

—La suma, señoría. No sé explicarlo de otra forma. Siempre me ha pasado, desde niña. Me ocurre que a lo largo de una investigación voy reteniendo elementos, hechos, miradas, guiños, frases, cosas nimias o superfluas en apariencia, que sin querer, sin que me lo proponga, se colocan en mi cerebro por familias, en grupos... cómo explicarlo para que lo entiendan... como

en cestos.

—En... cestos.

—Sí, señor juez. En cestos llenos de cosas diversas. Determinadas personas con sus intenciones se juntan con un veneno y van a un cesto, el antídoto con una música, y otra persona y una sonrisa, van a otro cesto... Una guitarra con dos flores, un libro de química, una seña de mus y un llavín, van a otro cesto...

—Las ovejas con sus parejas no van con usted —sonrió el magistrado.

—No —sonrió ella amable—. Cuando tengo los cestos llenos, las sumas se plantean solas y cuando las tengo ya escritas en la pizarra de mi cabeza... pues mi pensamiento las resuelve. Al sumar olor a ajos, con arsénico, con cólera, con maldición, con fantasma que mata, con obispo, con *la nena* que no existe... supe que el fantasma de Can Belfort era culpa del señor Scheele.

—¿El señor Scheele?

—Sí, señoría. El señor Carl Wilhelm Scheele fue un gran químico sueco. El descubridor del oxígeno y del nitrógeno y de muchos otros elementos de la tierra.

Tana calló. Bebió un poco de agua. Disfrutaba con el desconcierto de la gente. A un caballero en la sala se le cayó el alfiler de corbata y, según me contó Jaime, al parecer todos escucharon un estruendo.

—¿Y este caballero, el sueco, qué tiene que ver con la maldición de la habitación verde, cirujana?

—Todo. Él es el asesino, y si no hubiese muerto hace casi cincuenta años, habría que mandarlo a la cárcel.

Gabriel, que sabía de química y no tosía, pareció de pronto caer en la cuenta y no pudo evitar decir:

—Acabáaamos...

Todos le chistaron.

—¿El asesino murió antes que sus víctimas? Prodigioso.

—Sin duda lo es. El señor Scheele, farmacéutico de profesión, químico aficionado y genio por naturaleza, murió con tan solo cuarenta y tres años tras grandes descubrimientos como los referidos anteriormente. También fue un gran impulsor de la mineralogía y el creador de un nuevo pigmento que revolucionó la decoración de los salones burgueses. Un color intenso, brillante, llamado «verde Scheele». Una pintura que a principios de este siglo y aún hoy suele ser la favorita de alcobas y saloncitos por su bello tono esmeralda. El verde Scheele o verde París es un color más duradero y estable que los que se hacían en el siglo anterior, y su ingrediente principal es... el arsénico.

La sala entera suspiró de emoción, hubo bisbiseos, jadeos, alguno estuvo a punto de aplaudir.

—¿Quiere decir que los mató la pintura?

—La pintura que inventó el señor Scheele, al que habría que encarcelar si no estuviera muerto.

—¿Cómo pudo matarlos la pintura? ¿Lamían las paredes?

Las risas inundaron la sala.

—No. Lo más desconcertante era la diferencia de los envenenamientos. Unas víctimas morían repentinamente y otras despacio como... como le está sucediendo a mi marido. Me di cuenta de que el olor a ajos, tan característico del arsénico, solo se percibe tras los días de lluvia

intensa, después de que rebrote la mancha de la pared... He logrado aislar el arsénico en las esporas de ese moho que se esparce por la habitación y es respirado por sus ocupantes. A mayor humedad, más rápido e intenso el envenenamiento.

El juez resopló. Miró en dirección a los Braulios y los Sartorius, como si pensara «esto no lo habríais deducido vosotros ni volviendo a nacer», sacudió la cabeza y dijo:

—Una cosa más, señora... ¿Cómo explica las tres manzanas con arsénico?

—El forense militar elaboró este informe.

Un bedel acercó el informe en cuestión a la mano del juez. Tana siguió hablando.

—Tras hacer un análisis más extenso de la fruta, el forense descubrió que el arsénico solo estaba depositado en la piel. Esto se explica de varias maneras. La primera, que este veneno se usa como insecticida, la segunda, que casi todas las frutas que comemos tienen una cantidad de arsénico diminuta que, sin embargo, la máquina de Marsh puede detectar.

—Así es que por eso hay que lavar la fruta antes de comerla...

—Me temo, señoría, que el arsénico está por todas partes, a veces, incluso, hay quien lo lleva en el corazón.

Tana fulminó con la mirada a Sartorius.

—Señora, quiero presentarle las disculpas de todos los palmesanos —dijo el señor juez—. En esta ciudad y en estos nuevos tiempos de libertad, necesitamos urgentemente personas como usted. Yo resuelvo que doña Tana de Ayuso, cirujana de Palma, vuelva a su puesto como jefa forense de esta plaza y que sea liberada de toda causa penal. Se levanta la sesión.

Ahora sí, los presentes se levantaron en aplausos, hubo vítores, lágrimas y abrazos. Como era de esperar, Tana se abrazó a Jaime y, después, volvió corriendo a mi lado.

Tana había pasado dos meses entrando y saliendo del juzgado al calabozo. Se le hacía extraño estar libre, de nuevo en casa, y lo miraba todo como si no le perteneciera. Ya no tenía que fingir. Era la forense de Palma por méritos propios... y sin embargo, nada de eso le importaba. Yo ya no la miraba, ni la hacía reír, tampoco la escuchaba. Mi corazón latía a su caer y en los salones de abajo se iban reuniendo los amigos: doña Marta, con su hija Marcela, recuperada al fin de su terrible neumonía y comprometida con el buen Ramiro tras la resolución de los terribles malentendidos que a punto estuvieron de ahogar su deliciosa vida, malentendidos que prometo explicar más tarde; Adelaida, que ayudaba a mantener la calma y las bandejas llenas pues Celina, nerviosa y tristona, se empeñaba en vaciarlas; Jaime, Pablo, Bretón, Alberto, almas de la fiesta y del afecto, médicos y policías, Prihuelas y De la Piedra, amigos y oficiales, todos caballeros que se iban sentando a la mesa redonda del comedor de diario, donde lo mismo caben cinco que cincuenta, e intercambiaban noticias, y tabaco y confidencias. De uno en uno entraban a verme, a decirle algo a Tana. Era una vigilia de días. Celina nos leía:

—«Te besaré, quizá quede en tus labios algo de veneno para que pueda morir con ese tónico...» Caray, señora, qué poco oportuna es esta obra... ¿No le parece mejor que le lea *El diablo cojuelo*?

Y Tana sonreía sin pensar en serio en su propia muerte y me besaba como si de verdad buscara en mi boca el veneno de Romeo, y entonces sí pensaba en su muerte y se quedaba dormida. Qué lujo navegar en esta segura barca de Caronte, escuchando a Shakespeare de labios

de una puta querida, con un amor al cuello y envuelto en felices carcajadas.

Tana estaba de esta forma, rendida, traspuesta a mi lado, aferrándose a las veinte cruces de oro, de plata, de esperanza, de sus huérfanas muertas, cuando un hombre silencioso, fuerte, enjuto, alto, de pelo «más blanco que la nieve sobre un cuervo», nervios juveniles y paso castrense llegó hasta ella. Cualquiera podía saber al verlo que era un caballero con historia o un fantasma sin residencia. Al mirarla, sus raros ojos se llenaron de lágrimas. Durante varios minutos estuvo inmóvil hasta que Tana sintió una presencia, levantó la vista y lo vio. Los ojos eran raros porque cada uno era de un color.

Epistolario

Doña Marta había ido a visitar a su amigo don Abel de Nácar como todos los jueves. A los dos les gustaba charlar sobre las lecturas de esa semana o los avances de la guerra, aunque por encima de todo les gustaba sentir que no era todo soledad. La marquesa a veces pensaba que aquel secreto matrimonio los había convertido, a la larga, en hermanos. En compañeros secretos entre paréntesis. Un largo paréntesis de cuarenta años durante el que Abel había amasado una fortuna y amado a cientos... pero querido a una. A Cecilia, la mujer del cirujano. Solo a ella, se dijo la marquesa. Abel sacó un objeto de oro del cajón de su escritorio. Ella miraba el delicado tulipán tratando de no mostrar emociones. Abel lo tenía en la mano y su mano estaba extendida.

—Es tuyo de nuevo. No vas a tener que preocuparte más de la chantajista pelirroja.

—¿Quién es?

—Ya no importa. Le he pagado bien para que nos deje a todos tranquilos.

—Prefiero que lo guardes tú. En realidad nunca me gustó el poema de Catulo «Odio y amo». Encuentro que es un poeta lleno de artificio al que solo le importa que los demás le consideren interesante. El odio en el amor, es odio o es desamor.

—Tienes razón en todo, como siempre.

—Tú y yo nos quisimos sin odio. Eso llegó después.

—Así fue. Aunque debo hacerte una confesión.

—Qué.

—Yo jamás te he odiado. Nunca. Ni a ti ni a nadie.

La marquesa de Belfort le miró cargada de ironía y dijo:

—Lo pondremos en tu epitafio: «Aquí yace don Abel de Nácar. Nunca conoció el odio, aunque supo despreciar como nadie.»

Abel estalló en una sonora carcajada. Ella notó calor en las mejillas, junto a las orejas. Le pasaba siempre que conseguía hacerle reír. Mientras se calmaba, la marquesa pensó en el amor que aquellos jóvenes se habían profesado. En las cartas. En la poesía. En la bondad que esconde el corazón de un hombre en apariencia malo.

—Oh, no, perdón... —le dijo—, me doy cuenta ahora de que sí has conocido el odio. No puedes ver a los gatos.

Abel asintió pensativo. Era cierto. Los odiaba a muerte.

—Marta... soy un hombre difícil, he hecho cosas que otros calificarían de terribles, he mentido, sí, como nadie, pero no he matado a otro hombre, ni siquiera con la excusa de la guerra, nunca he sido violento y, sobre todo, no recuerdo haber odiado a otro ser humano. En cambio, he querido con tanta intensidad que he consumido la vida a mi alrededor.

—El verdadero amor lo encontraste en Cecilia. Lo nuestro fue solo un ensayo.

—No, te equivocas. El verdadero amor me lo diste tú, y yo, años más tarde, se lo entregué a ella. Tú fuiste verdad. Cecilia fue verdad. Todo es verdad, hasta las mentiras.

La marquesa supo que cuando los raros ojos de su amigo dejaran de sostenerla, lloraría en

soledad.

—No puedo imaginar lo que fue esa noche terrible, aquella noche en... la habitación verde.

Doña Marta miró la cicatriz que dividía su rostro. Este y oeste. España y Portugal. El Atlántico y el Mediterráneo.

—Nunca hemos hablado de ello —dijo ella.

—De algo terrible puede surgir lo mejor de tu vida...

—¿Qué quieres decir?

—Algún día te contestaré a esa pregunta. Algún día hablaremos de esa noche en la habitación verde.

Abel se dijo que sí, que algún día le contaría a Marta que Cecilia no murió a manos de Cayo, que se fugaron juntos, con la niña, y que su gran amor fue la madre de la preciosa e inteligente Marcela... Le contaría, también, que fueron los años más felices, intensos y honestos en un palacio italiano.

—¿Seguro que no quieres el tulipán de oro?

—No.

—Lo guardaré yo, entonces.

Abel dejó el embudo de oro sobre la repisa de su antecámara, junto a la estatua de Menelao. Doña Marta se despidió cariñosa, hasta otro jueves, y se marchó. El magnate se puso en pie, a mirar por la ventana. Le gustaba ver a su viejo amor atravesar el frondoso huerto. Posó la mano derecha sobre la cabeza del gran guerrero Patroclo, muerto en brazos de su mejor amigo, y pensó en su odio a los gatos. Su alma se convirtió en una nube de polvo y la tramontana sopló hacia Florencia. Abel cruzó la Piazza de la Signoria, entró en la Via dei Cerchi, atravesó el tercer umbral, subió las escaleras de mármol del palacio de Linace, recorrió el pasillo de los Canalettos, entró en la alcoba de su pequeña y querida sobrina. Aquel día era un hombre joven, fuerte, rico, lleno de sabiduría y, sin embargo, el menos afortunado... Cecilia había muerto tras una agonía espantosa. Cogió a la niña de la mano. La adoraba.

—Quiero que te despidas de mamá.

La pequeña que llegó al mundo con el nombre de Tana, pero que ahora se llamaba María Valent, asintió. Se detuvieron frente a la puerta de la gran alcoba. Cuando Abel se disponía a accionar el picaporte, la niña posó la mano en su brazo, deteniéndole.

—Dime, ¿qué pasa con los muertos?

—Los enterramos.

—Eso lo sé, pero... ¿Y su alma?

—¿Qué sabes tú del alma?

—Nada, pero me gustaría saberlo todo. Querría saberlo todo sobre el alma. ¿Existe?

—Yo pienso que sí. Yo pienso que las personas son como un frasco de perfume. El cuerpo es la botella y el alma es el perfume.

—Y cuanto mejor es el perfume, más bonita es la botella.

—Sí. Es raro que un frasco del mejor cristal tallado esté vacío. ¿Entramos?

—Aún no.

—¿Por qué?

—Porque no me has contestado. ¿Qué pasa con el alma cuando alguien se muere?

—Queda para siempre en sus objetos más queridos.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero es así. ¿Entramos ya a despedirnos de mamá?

—¿Me dará miedo?

—No. Te parecerá que está dormida.

La niña asintió. Ambos entraron en la habitación. Cecilia tenía los ojos cerrados. Su pelo dorado estaba desparramado por la almohada de lino fresco y la niña pensó que se parecía, efectivamente, al perfume cuando se extiende por accidente sobre la ropa. Su madre yacía en la cama, entre sábanas crujientes de *merletto* veneciano. Había expirado una hora antes.

Tras mirarla largamente, la niña dijo:

—No parece dormida.

—¿No?

—Parece muerta.

Abel asintió, y mirando el encaje italiano de las sábanas se dijo que la muerte es lo único que no se puede disfrazar. Ambos se acercaron a ella. La miraron largamente. Abel aún asentía cuando dijo:

—La muerte es la verdad absoluta.

Después, le quitó a Cecilia el sencillo crucifijo de plata que había llevado siempre al cuello y se lo puso a la niña.

—Toma. Aquí está un trozo de su alma.

La niña asintió. El metal estaba frío. Quiso calentarlo con su mano y se agarró a la cruz.

Veintitrés años habían pasado desde aquella escena. Ahora, Tana recuperaba el pasado. Estuvo una hora refugiada entre los brazos de don Cayetano de Nácar, su padre, el verdadero, no el de sus recuerdos florentinos. Le parecía imposible que el cirujano hubiera sabido llegar hasta ella. Se miraban y reían y volvían a abrazarse. Las preguntas se agolpaban de tal manera que nada se decían, al fin...

—Tana, mi niña... Eres preciosa. No sé pensar otra cosa, solo que eres preciosa.

—Dicen que también soy lista —dijo sonriente.

Se abrazaron. Cruzaban dos, tres palabras y lloraban y reían. Y al fin...

—¿Cómo está?

—Se muere, es mi amor y se muere... No sé qué más puedo hacer. Los riñones no hacen su trabajo...

—Déjame examinarlo... Ah, cuántos años han pasado y qué bien conozco esta cara... Es el comandante Javier Mayor y Sans. Le tuve que haber cortado el brazo pero me convenció de que no lo hiciera y me dijo que algún día me ayudaría... Ha cumplido su promesa. Gracias a él estoy aquí.

—¿Cómo?

—Con ese brazo que yo había condenado, escribió una carta que ha dado unos cuantos tumbos. Una carta que pese a todas las expectativas, me encontró.

—¿Puedo leerla?

—Toma... La llevo junto al corazón. Léela mientras yo lo examino, prefiero hacerlo a solas. En realidad verás que no es una carta. Son muchas cartas.

Tana salió de la habitación para dar una vuelta, asimilar emociones y leer. Y leyó. Y leyó. Cuando terminó sintió el placer del amor verdadero, que no es una sensación, es una certeza.

Su comandante había traído a su padre junto a ella. Su amor no podía morir. Corrió a mil lado, luchando por no llorar, con el corazón en llamas.

Don Cayetano estaba terminando su examen, que incluía mirar al trasluz la orina del enfermo. Sacó algo de su zamarro de piel.

—Esto es Guyanaco, una droga de los indios araucanos. No es exactamente venenoso, pero es verdaderamente potente y podría ser letal. Cambiará la acidez de la orina y los humores, y si no es demasiado tarde, arreglará los riñones... pero será la noche más larga. Esperemos que no tenga inflamado el bazo...

—¿Una noche a vida o muerte?

—A vida o muerte.

Tras el juicio y la exoneración de Tana, Jaime estaba feliz por ella y por Palma y se trajo a Esteban a la capital. Disfrutaba cada minuto de su hijo, observando los ojos de Fani en esa piel imposible que tienen los niños. El pequeño, que había cumplido dos años, corría por toda la casa jugando a montar a caballo, llenaba de piedras blancas los bolsillos de su padre y repetía «te quiero» con una dulzura que alimentaba su cuerpo para toda una semana. De la mano de su hijo, Jaime recordó su infancia y juntos visitaron todos los lugares que dolían. Por su hijo escaló Es Pontàs y le cambió el nombre al castillo de roca, como hizo el caballero Lanzarote tras conquistarlo. Por Esteban bajaron a las cuevas del Drach, en busca de un dragón ciego y enfadado. Por él también regresó a la infancia a rescatar la pureza y encontró otro modo de amar. Pero entre la felicidad y el drama a veces no hay ni el espacio de un suspiro. Un día, el pequeño jugaba con la vieja *Excálibur*, que yo le había regalado, a que era un diminuto caballero de la tabla redonda. Lo hacía en lo alto de las escaleras, en el descansillo del primer piso, entre los dos enormes jarrones chinos de su bisabuela, al borde de los empinados peldaños. Esteban trotaba escaleras arriba y mataba a un dragón, blandiendo la espada celta del general Mariño con verdadero entusiasmo. Estaba solo. Mientras su hijo jugaba con este peligroso objeto, Jaime, en el patio, aspiraba el aroma de los naranjos, sentía el sol en las mejillas. Buscaba una manera de ser feliz, preguntándose si no la había encontrado en esta pacífica claridad. De pronto un estrépito. Cristales rotos. El desgarrador grito infantil. Jaime voló junto a su hijo, haciéndolo herido o, peor aún, muerto. Esteban lloraba con un dolor desconocido por su padre. A su lado, el gran jarrón chino de valor incalculable yacía en cien pedazos. Sin querer lo había golpeado con la *Excálibur* de hierro que yo le había dejado tener y lo había hecho papilla.

—No importa, cariño, no importa —respiró aliviado—. ¿Te has hecho daño?

El niño estaba a salvo pero el susto y el disgusto sacaban lágrimas puras y transparentes de sus pequeños ojos azules. Estos se desbordaban en lindísimos arroyos de tristeza que a Jaime le daba pena enjugar porque eran deliciosos.

—Vamos, vamos, sir Galahad... Le pediremos a vuestro escudero que os ensille el caballo... Aún debéis encontrar el Santo Grial. ¡Catalina!

Esteban sonrió asintiendo desde ese segundo tan envidiable en el que los pequeños pasan del llanto a la felicidad.

La joven ama llegó con prontitud y, aún algo tembloroso, el niño se agarró a la larga trenza azabache de la sirvienta, que asomaba bajo un planchado rebosillo blanco de encaje.

—Catalina, este caballero necesita su armadura y su montura, pero mejor guardemos a *Excálibur*. Dicen que le pertenece al rey Arturo y en otras manos podría ser peligrosa.

Catalina Garamande sonrió y asintió, subiéndose al niño sobre las espaldas para que no se cortase los pies descalzos.

—¿Y qué te parece si primero cantamos una canción?

—Síiii —dijo el pequeño mientras arreaba su caballo hacia el patio.

Cuando se marcharon, Jaime empezó a recoger los pedazos y entonces pensó que jamás le había prestado atención a la enorme pareja de jarrones chinos de su bisabuela. Habían estado en su casa toda la vida y, de tanto verlos, ya no los veía, pero ahora que uno de ellos estaba en pedazos, a sus pies, se dio cuenta de que tenían una decoración realmente típica de los jarrones chinos: estaban cuajados de flores de crisantemo. Se puso nervioso. Las palabras de Fani flotaron sobre el aroma a linimento...

—Creo que son crisantemos... Un jarrón con crisantemos.

Miró hacia el otro jarrón, el que estaba intacto. Tenía la tapa puesta, o como diría Fani, a la que no le gustaba ser literal: era un jarrón con sombrero. Jaime pensó que tal vez ahí estaba la respuesta, quizá su esposa había guardado algo dentro. Un mensaje en una botella, la carta de un naufrago, el despacho en una paloma, la respuesta a sus desvelos. Sintió una fuerte opresión en el pecho. Le ardían las mejillas. Decidió calmarse recogiendo los pedazos del jarrón destrozado mientras se decía: no te ilusiones, Jaime, no hay nada, no hay nada ahí dentro.

Mi amigo se equivocaba, y para colmo había enviado al pequeño Galahad a una misión equivocada, pues en verdad no sabía aún que su hijo, en su pureza de espíritu, ya había hallado para él el Santo Grial que, en esta ocasión, tenía la curiosa forma de un jarrón chino con sombrero.

Tana fue dándome el horrible bebedizo de este cirujano mago que me había salvado el brazo. Lo hacía gota a gota, con una cucharilla de plata, y aquello amargaba a demonios. No era exactamente un antídoto. Más bien, se trataba de un antagonista. Un valiente luchador que, a modo de campeón medieval, trataría de aflojar la tenaza a la que me sometía el arsénico... y que una vez solo, invadido mi cuerpo, podía matarme. Una hora después mi vida entera, la vivida y la imaginada, comenzó a pisotearme como una reata de mulas. Oía las voces de mis padres y veía sus cuerpos removiéndose como gusanos en sus improvisadas tumbas. Mi hermano cavaba, paraba, me pasaba la pala, yo seguía, cavaba, paraba, y así. Tío Enrique, mamá, papá, el ama, el mozo, el hijo del mayordomo, la hija del ama junto a un camino. Fusilados por ayudar a los guerrilleros. Campos quemados, animales robados, huidos o muertos y el pozo envenenado. Francisco y yo jugábamos en el laurel, así que puede decirse que el laurel nos salvó. Ese día el viento sacaba conversaciones de las hojas y el aroma intenso del árbol se nos quedó entre las ropas. Volvimos de jugar y tuvimos que enterrarlo todo, hasta los corazones. Cavábamos, culpables, y desde entonces el perfume a humo y a laurel es el de casa y el del dolor de no haber muerto con ellos. A los trece maté a mi primer francés. A los dieciocho se encendió una hoguera en mi pecho. Ahora, un fuego igual de intenso me partía el espinazo y sentí la *Excálibur* de

Mariño clavada en mi espalda. De la Piedra tenía su bota sobre mis hombros y, con toda su fuerza, trataba de sacármela de entre las vértebras, pero él no era el rey Arturo y no podía porque De la Piedra solo era una piedra de la Seu a punto de caerme en la cabeza. El buen soldado se echó mi cuerpo a los hombros y corrió como una liebre entre las balas, hacia retaguardia, gritando ¡cirujano, cirujano! Me miraba el cirujano de otra antigua batalla y me tomaba el pulso agarrándome una mano que debió haber cortado ese Merlín de los ojos raros que tenía ahora delante. Un capellán me ungía con los aceites y no sé si era entonces y lo soñaba o era ahora y lo vivía. Las tres costuras de mi brazo se retorcían como auténticas serpientes inyectándome un veneno abrasador. El dolor fue tan intenso que por segunda vez en una guerra grité pidiendo muerte.

—¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte!

Jaime tiró a la basura los trozos del jarrón y se sentó en la bancada del descansillo, mirando los crisantemos. Llevaba allí veinte minutos, quieto, esperando una extraña inspiración, como aguardando que una voz de ultratumba le diera permiso para volver a moverse. El pulso le temblaba al quitar la tapa del jarrón. Realmente esperaba que estuviera vacío y, sin embargo, cuando vio la carta se dijo que siempre supo que Fani le había dejado explicaciones allí dentro. Era, efectivamente, un mensaje en un jarrón chino. A Fani le gustaban esos juegos del azar o del destino. Sacó el sobre.

Don Jaime Sarriá Herbutz.

Dentro había una nota y otro sobre. La nota decía:

Querido mío. Has dictado una injusta sentencia. Me pediste que tuviéramos un hijo, no fui capaz de dártelo en veinte años y cuando al fin lo logramos... te culpas de haberme matado. Esto es atroz. No puedes ser justo con nadie si no empiezas por ser justo contigo mismo. Como no escucharás alegatos que vengan de mi parte pues sabes que siempre fui abogada de causas pobres y parcial a tu favor, déjame que te entregue la carta del hombre más justo que conozco. Está en el sobre adjunto.

Jaime tenía palpitaciones, le sudaban las manos, abrió el sobre y muy sorprendido sacó tres folios amarillos por el tiempo y pulcramente doblados. No pudo evitar pensar en Tana y en lo buenas amigas que habrían podido ser. Fani era todo lo que no era la cirujana, pero sin renunciar a una sola de esas cualidades supuestamente masculinas como son la independencia, el talento, el honor o la fuerza. Sarriá leyó la carta y, a pesar de que ya conocía su contenido, se emocionó. Se dijo que con su vida Fani le enseñó a reír, y con su muerte, cada día, le estaba enseñando a vivir.

Cuando terminó, dobló las páginas de nuevo y se guardó la carta contra el pecho. Por primera vez, habló con su mujer en voz alta, sin tener que hacerse a la mar:

—Fani, tú eres mi vida. Te quiero, te pienso.

—Todo fue culpa mía —decía don Cayetano—. Yo no los maté pero lo habría hecho.

—Abel te engañó. Nos engañó a todos. Nos secuestró.

—Hay que juzgar a los hombres por todos sus actos. Por todos. Debo confesar que era yo quien os tenía secuestradas en una casa miserable, solas, mientras disfrutaba obsesionado de una profesión que os ponía en peligro cada día. Siempre me sentí culpable del crimen. Me supe culpable. Que no muriese nadie no me exime. Le partí la cabeza a mi hermano y puedo comprender su venganza. Contagié a mis padres de peste, Cecilia era infeliz y tú también. Quizá fue lo mejor.

—Para mí no lo fue. Te perdí a ti. Perdí Mallorca.

Padre e hija se abrazaron como si hubieran sabido hacerlo desde siempre.

—El pasado es solo un prólogo, querida niña. Miremos al futuro.

—No hay futuro sin él.

—Entonces lo salvaré a él por ti, por mí, porque ya se han terminado las desgracias.

—Arde de nuevo.

—Disuelve estos cristales en agua.

—Salicina.

—Le bajará la fiebre.

Ya, ya sé que debo ir cerrando este relato, pero hay tanto que contar... Prometí explicar el misterio de Marcela, así que lo haré con brevedad. Marta y Adelaida estaban ante ella. La joven había superado su neumonía y se encontraba fuera de peligro, aunque todavía se encontraba en cama. Fue Adelaida quien comenzó a hablar:

—Tengo fama en la isla de no mentir y ninguna mentira ha salido de mi boca en los últimos veintidós años. Desde el día en que en esta misma casa, en mi alcoba, bajo las vigas de madera que sostienen el tejado, di a luz una niña. Tú eres mi hija. Ramiro y tú no sois hermanos.

Marcela fue a decir algo pero Adelaida la silenció con un gesto.

—Tengo el discurso preparado y quiero que sea corto, sin justificaciones. Tienes derecho a saber quién eres en realidad; yo he estado ciega y tu madre, que es verdaderamente la marquesa porque es ella quien te ha criado, también, pero ahora construiremos por ti un ejército de elefantes, por seguir la analogía de la cirujana. Tú eres, sí, mi hija. El hecho es sencillo. Hace veinticinco años, tuve un amor. Un hombre bueno. Nos quisimos y me quedé embarazada. Él se marchó a la mar y se ahogó. Don Eduardo Sarriá, padre de don Jaime, que siempre tuvo amistad con mi familia, me puso a trabajar con la marquesa. Ella prometió ayudarme. Yo le supliqué que te llevara a una buena casa, con una familia honrada que no pudiera tener niños. Le dije que quería un buen futuro para ti, que no podía soportar la idea de que fueras mirada mal o llamada ¡eh, tú, la *xueta*! Y entonces, el destino se puso a nuestro favor. Tres años después de que nacieras, don Abel quiso recuperar de un convento de Florencia a su hija natural. Una pequeña llamada Marcela Bocacci. Pero doña Marta descubrió que esta niña —que era un bebé cuando él la dejó con las religiosas italianas— había muerto de disentería. Así que, para tenerte cerca, te trajo de la heredad de Sóller donde tú crecías, les dijo a todos que eras una italiana adoptada y a Abel que tú eras Marcela. Te dio un futuro y se inventó un pasado. A mí, la marquesa me concedió el privilegio de verte crecer.

—Me disteis también un gran dolor.

—Lo sabemos, querida. Nos arrepentimos. Por suerte estamos todas vivas para contarlo y aprender de ello.

—¿Me llevarán a la cárcel por envenenar las velas?

—No lo sé, pero que lo intenten —dijo la marquesa.

—Entonces... ¿Podré casarme con Ramiro?

—Ya lo estamos organizando. Ahora os dejo. Quiero que Adelaida, a solas, te cuente otra historia.

La marquesa le dio un beso en la frente a su hija y se marchó. Adelaida y ella se miraron a los ojos.

—¿Qué historia es esta?

—La historia de un bastón —dijo la *xueta* ofreciéndole su báculo para que la joven lo sostuviera en las manos.

Según me han contado, por la mañana me desperté del salvador veneno diciendo:

—No... No me llevéis a Avalon.

Después me explicaron que el bebedizo araucano no me había, exactamente, salvado.

De hora en hora, sonaba *d'en Figuera*, como anunciando otro fracaso. Con cada campanada Tana se decía: no va a morir. Me iré a dormir en el próximo toque... Pero llegaban más tañidos y ella seguía inmersa en farmacopeas, gacetas, viejas cartas de egregios catedráticos y revisiones de índices de medicina en busca de la solución a mis pesares... Al parecer, me encontraba en la situación parecida a uno de sus chistes. La buena noticia es que había eliminado el arsénico de mi cuerpo y gracias al bebedizo araucano, uno de mis riñones funcionaba y se iba a salvar. La mala, que por culpa del bebedizo de don Cayo, el bazo estaba agrandado, fastidiando todo lo conseguido. Para que me sintiera mejor, cada dos horas me inyectaban en vena una solución de bicarbonato y, de cuando en cuando, una monja que debía de ser la prima fea de Virtudes Mariño, entraba a llevarse mi orina y a mirarla al trasluz, quién sabe con qué negros propósitos de hechicera artúrica. La cosa es que la cirujana y Alberto Echagüe, Bretón y don Pablo y, sobre todo, don Cayetano de Nácar, habían parado un poco mi muerte, esta muerte largamente anunciada y que de tan retrasada era casi esperada con gran ilusión y preparativos de fiesta por mis amigos. Los galenos mantenían acaloradas discusiones. Jaime también andaba por Can Belfort, apoyando, echando una mano, vigilando por mis intereses y, cómo no, opinando. En esta ocasión era sobre todo Alberto quien insistía en que había que operar y Tana la que se resistía.

—Tú me enseñaste que hay que ser valiente —dijo Echagüe.

—Está muy débil, perderá demasiada sangre. La esplenectomía tiene una mortalidad altísima en las mejores condiciones.

—Yo no conozco a nadie que la haya sobrevivido, pero en la literatura hay casos felices —dijo Don Pablo.

—No sé si sabes que no lo has planteado de la mejor manera posible para convencerla... —le dijo Bretón mientras buscaba sitio entre sus amigos, a la mesa redonda llena de viandas, con la intención de comer más sobrasada.

—En mi vida he presenciado o asistido a dos, una en Francia y otra en Italia, y en los dos casos murió el paciente desangrado —añadió Echagüe.

—¡Caray, sois la alegría de la casa! —dijo Bretón—. Tana... ¿A ti qué te dice la intuición?

—No me dice nada. Me dice que se muere haga lo que haga y prefiero verlo morir entre mis brazos que en el teatro de cirugía, entre frías paredes, delante de cien extraños. —Tana se sentó a la mesa redonda también y se sirvió un té.

—¿Y no prefieres verlo vivir? —dijo Echagüe.

—Escúchanos, querida, te veo pesimista... —dijo Pablo.

—¿Pero no lo entendéis? Estáis admitiendo con vuestros ejemplos que la cirugía conlleva su muerte. Sabéis que no se despertará...

—Sin bazo se puede vivir. Si sale de la operación se recuperará... Si no operamos, morirá seguro. Hay una esperanza.

—La esperanza, Tana... ¿Cuál es ese lienzo que tanto le impresionó en París? Ese con el que lleva días obsesionado.

—*La balsa de... la Medusa.*

—¿Y qué diría uno de esos supervivientes?

—¿Agárrate a estos maderos porque no tenemos otros?

—Exacto. ¿Dónde está la cirujana de Palma? La mujer llena de confianza, arriesgada, esa doctora inteligente y luchadora. ¡Hazte a la mar!

—Creo que se la llevó el amor. Tengo miedo... No puedo hacerlo. No quiero hacerlo. Siempre he sospechado que esto acabaría mal... No puedo matarle yo, y menos aún dejar que le mate mi padre.

—Vale, pues le mataré yo —dijo Echagüe en un arranque de autosacrificio.

Los caballeros y la dama le miraron en silencio. El cirujano se encogió de hombros y añadió:

—¡Para ser zurdo, soy muy diestro!

Todos callaron dándole por imposible. Jaime, que los había estado escuchando taciturno y sentado en un rincón, se levantó.

—Le daría toda mi sangre si sirviera de algo.

—Ya salió el caballero andante. Desde que se tira por las ventanas a salvar damiselas y vive para contarlo, se cree invencible.

Tana le miró de forma extraña. Jaime siguió hablando:

—Una vez le escribiste que no puede acabar mal una historia tan bonita. Sea como sea, será así. Todo acabará bien, pero para eso, debemos creer que así será. No hay talento sin confianza, no hay vida sin esperanza, no hay final feliz si no creemos en él. Tú vas a salvarlo y yo te voy a ayudar. Dime cómo.

Tana se agarró a la mirada de Jaime, que era como una maroma lanzada desde lo alto de un barranco. Su rostro pasó por una fase pensativa, otra sonriente, y al fin se llenó de inteligencia. Los caballeros supieron que era uno de esos momentos de iluminación. La cirujana sonrió, se levantó, salió aprisa, todos la siguieron hasta la biblioteca, ella recorrió las estanterías con los ojos.

—Tu ayuda... sí... podría ser... Los milagros... no... no podemos... no podemos dejárselos a Dios...

—¿Qué le pasa?

—... pero que todo el mundo se ponga a rezar, porque si hay una opción entre un millón... tenemos que agarrarnos a ella... La balsa, claro... La balsa.

—Está echando cosas en sus cestos...

—Yo creo que plantea las sumas...

—Para mí que tiene la solución...

—¿Tana?

—Tengo la solución, sí. Hay que operar en busca del milagro. Vete preparándolo todo, Alberto. ¿Qué hora es? A las dos... A las dos de la tarde operaremos... A la una lo llevaremos al hospital. Jaime, te tomo la palabra.

—¿Qué?

Tana abrió un grueso tomo de gacetas médicas de Londres hasta encontrar los viejos artículos de un doctor inglés llamado James Blundell. Una lámina mostraba a dos caballeros, uno en pie, con el brazo desnudo. Un tubo flexible de gutapercha desembocaba en una copa metálica con la mismísima forma del cáliz de la última cena, del que salía otro tubo que llegaba hasta el brazo desnudo del caballero tumbado en la cama de un hospital. Tana rio, después se volvió a los doctores y les dijo que operaría, pero que para asegurar que no me pusiera hidrópico —que creo que es cuando uno se queda sin jugo— habrían de realizar una transfusión. Los doctores se echaron las manos a la cabeza. Juraban que esto sería mi fin y que volverían a detenerla por asesinato y que ellos habrían de testificar que efectivamente era una loca y criminal de todo punto. Fue Jaime quien les hizo callar, pero también él se habría echado las manos a la misma parte de la cabeza de entender que la suma de Tana resolvía que para ayudarla a salvarme, habría de sacrificar una pinta de su propia sangre.

Antes de que me llevarsen a ese infame quirófano que en realidad es como un teatro lleno de curiosos que no pagan entrada, los doctores, con Tana a la cabeza, me explicaron que no había más *atutía* que quitarme el esplín, que es otra forma de llamar bazo al bazo. Como la cirugía era muy arriesgada, pues sangraría hasta morirme, iban a probar una técnica nueva que en realidad era vieja pero que por peligrosa había sido abandonada hacía años.

—Jaime te dará su sangre.

—Mientras no me vuelva tartamudo...

Tana me miró seria.

—Como no te has reído, sospecho que no funciona esto de la transfusión...

—Solo en un caso de cada cinco. Nadie sabe por qué.

—¿Y qué pasa con los otros cuatro?

—Se mueren de un terrible ataque alérgico.

—Bien, cambiemos de tema. ¿Para qué se necesita el bazo?

—Es un misterio, pero sin bazo se puede vivir.

—Si lo tenemos, será por algo...

—Será. Algún día se descubrirá, mientras tanto no hay de qué preocuparse.

—¿Ojos que no ven... bazo que no sirve?

—Más o menos.

—Pero algo cambiará. ¿Me volveré irascible? ¿Seré más impaciente? ¿Perderé el valor?

—No vas a salir de esta con dialéctica. Hay que cortar.

—Mi padre, que era un excelente catedrático, contaba a menudo una anécdota sobre el bazo —dijo Echagüe.

—¿Hace reír tu anécdota? —dijo don Pablo sin muchas esperanzas.

—Un día le preguntó a uno de sus alumnos: «Caballero, ¿podría explicarnos la función del bazo? El muchacho se puso rojo y dijo: lo siento, doctor, lo sabía perfectamente, pero en este momento se me ha olvidado. A lo que mi padre respondió: ¡Desgraciado! ¿Es usted el único ser en el mundo que conoce la función del bazo... ¡Y se le ha olvidado!?»

Todos los médicos rieron, incluida Tana. Yo no le vi demasiada gracia al asunto.

—Muy simpáticos. A ustedes... ¿en mi bazo se las den todas!, ¿no? ¡Pues no me dejo! Me convence poco esta ignorancia. ¿Y si guardamos importantes sentimientos en el bazo?

—No andas desencaminado —dijo Bretón—. Los antiguos creían que era el órgano de la melancolía. De la bilis negra. De ahí que esplín signifique tristeza, pena...

—¿Lo ves? Sin bazo estarás más alegre —dijo ella.

—La melancolía tiene mucho que ver con el amor. ¿Y si te quiero con el bazo?

—El amor está en el corazón —replicó Tana exasperada.

—Yo tengo el corazón lleno de hojarasca. Te digo que te quiero con el bazo. No me lo quitarás.

—¡Entiendo ahora cómo conseguiste que mi padre no te cortase el brazo!

De pronto hice una relación de ideas de esas que vienen solas a la mente y comencé a reír a carcajadas. Todos me miraban divertidos, expectantes. Tana estaba algo molesta pensando que desvariaba por la enfermedad.

—¡Don Cayetano de Nácar quiso cortarme el brazo y su hija quiere cortarme el bazo! ¡Sálvenme, es una maldición!

—No es una maldición, es una errata.

Los cuatro empezamos a reír a carcajada limpia, con esa risa tronchante que da en los funerales y las misas solemnes. Tana era la única que no le veía la gracia a nada. Echagüe echó más leña al fuego:

—Ríe, ríe... Porque según los griegos sin el bazo lo que se pierde para siempre es precisamente la facultad de la risa.

—Te creo, Alberto, te creo, pues ¡solo me duele al reír!

Todos nos reímos más y más. Las risas se convertían en llantos ahogados, manos sobre los hombros. Señores doblados.

—Ay, Tana... Qué preciosa te pones cuando nos haces llorar.

—No tiene ni pizca de gracia. Te puedes morir. ¡Se puede morir, señores!

Las risas se fueron calmando. Tomé en mi mano su mano.

—Me puedo morir, sí, ya sé... porque nunca me he reído tanto ni he amado tanto como en Palma de Mallorca. Bésame, mi vida, bésame como si fuera la primera vez.

Los presentes nos miraron con ternura, alguno con celos, pero celos de esos buenos, felices, de amistad. Celos de los de Jaime.

—No, aún no. Tendrás que salir vivo de esta para reclamar el primer beso de tu nueva vida.

Tana pensaba en las palabras de Carlos, mis palabras, o mejor dicho en los diarios del coronel Javier Fernando de Mayor y Sans, mientras esperaba al abogado Santolini en la biblioteca de Abel de Nácar. Junto a ella debían de haber estado Sara, Marcela y Ramiro, pero la joven romántica había sido ingresada en un balneario aquejada de fuertes espasmos nerviosos y un muy delicado embarazo con hemorragias. Por su parte, Ramiro y Marcela se habían casado. Ambos viajaban por el Mediterráneo visitando templos griegos... Pero ya no se podía esperar más al reparto de la herencia de don Avelino de Nácar. El abogado Mauro Santolini leyó una larga carta en la que el potentado explicaba el crimen cometido, cómo instaló a Cecilia y a Tana en el palacio de Linace, cerca de la Piazza de la Signoria, cómo se cambiaron de nombre y fueron felices durante dos años, hasta el nacimiento de Marcela y la trágica muerte de su amada. Una muerte terrible, a causa de la rabia, tras la mordedura de un gato. La carta que leyó el abogado era larga, estaba llena de pequeños detalles, de anécdotas familiares en el palacio de Linace, de amor por una niña que Tana creía olvidada y que empezaba a recuperar con la memoria. En la carta de Abel había tristeza por el amor perdido, pero no remordimiento por el crimen contra su hermano. Era la carta de un creyente en la vida.

Con el escrito se exoneraba completamente a don Cayetano, que ya para siempre recuperaba a su hija y su isla. La carta de Abel acababa así:

Hoy, el destino ha querido que entrara en mi casa una cirujana, un milagro, una mujer fuerte, bella y valiente. Llevaba al cuello la cruz de plata de su madre, y al reconocerla busqué en sus facciones el rostro de Cecilia, el amor que perdí, el amor que me llevé a Florencia. Me sorprendió no ver nada de ella, pero lo vi todo de ti, hermano. Su nombre es Cayetana de Nácar, mi sobrina, la hija de un gran cirujano. A ella, a ti, Cayo, que sé que sigues con vida en las antípodas de esta Mallorca, pues desde hace años sigo tu paradero, y a mis tres hijos naturales, Laura, Ramiro y Marcela, dejo toda mi herencia, todo mi patrimonio. Una inmensa fortuna que quizá pueda construir un futuro mejor para alguno de ellos. Desearía dejaros algo más que oro. Me gustaría llenar vuestros corazones de orgullo, valor, seguridad en lo que vendrá mañana. Cayo, te pido perdón por las injusticias cometidas, pero no me disculpo por haberlas querido. Nunca me han gustado las normas de los hombres pues siempre me han causado infelicidad. Con todo mi corazón espero que a la lectura de esta carta tengas delante a tu hija, cirujana como tú, en Palma. Desde mi muerte, me veo en la osadía de pedirte que los cuides, si puedes, si quieres, a todos. Que los cuides, a ser posible, con amor.

Cuando el abogado terminó de leer se hizo un largo silencio. Cayetano cogió la mano de su hija y ella sintió un escalofrío. Al fin, Tana habló:

—Dígame una cosa, abogado... ¿Quién era esa persona a la que esperábamos, la que vivía en Vanitú?

—Pues don Cayetano, claro.

—Mi padre no viene de Vanitú.

—¿Ah, no?

—Yo no he estado en mi vida en Vanitú. ¿Dónde está Vanitú? —dijo Cayetano.

—En Oceanía, creo. Pero entonces... caballero, ¿cómo es que ha vuelto a Palma de Mallorca en el momento oportuno? ¿Pura casualidad?

—No. La carta de un comandante. Él cree que la escribió con el brazo, pero en realidad la escribió con el corazón.

—Prodigioso, verdaderamente prodigioso.

—No, abogado, no es un prodigio —dijo Tana pensando en la carta—, es un auténtico milagro.

Sarriá venía todos los días a verme. Al pequeño Esteban le encantaba el laboratorio y Tana le enseñaba alas de mosca por el microscopio. Una de estas tardes de convalecencia, Jaime y ella se miraron con ese cariño inmenso que solo se pueden tener dos personas que se saben predestinadas.

—Nunca te pregunto cómo estás. Soy muy egoísta.

—Estoy triste, estoy feliz.

—Dos contrarios en una frase. ¿Te estás contagiando de Echagüe?

—Alberto es mucho más sabio de lo que parece.

—¿Resolviste el asunto de los crisantemos?

—Sí.

—¿En serio?

—A Fani a veces le gustaba dejar mensajes en sitios raros... Había una carta en un jarrón chino con crisantemos.

—Sí es raro el sitio, sí.

Ambos rieron. La mayor complicidad no está en los besos, sino en las carcajadas, porque la risa es la llave del corazón. Jaime sacó el sobre del bolsillo de su chaqueta.

La he traído. Quiero enseñártela.

—Yo también tengo aquí una carta que me moría por enseñarte. La que Javier escribió para encontrar a mi padre.

—Me gustaría que leyeras la carta de Fani.

—Y a mí me gustaría que leyeras esta... O mejor dicho, estas... He de explicarte que son muchas cartas dentro de otras cartas... Es algo excepcional.

—¿Me pones una copa de ese coñac nuestro y nos las cambiamos?

Tana ya estaba en movimiento, abriendo el armario secreto del secreto Remy de 1813. Sirvió dos copas como si fuera un ritual que solo practicarían muy de cuando en cuando. Quizás este era el verdadero Grial.

El destinatario del primer sobre que abrió Jaime decía:

«Don Cayetano de Nácar, Lazareto de Isla Galante.»

El destinatario del primer sobre que abrió Tana, rezaba:

«Jaime Sarriá Herbutz.»

—Léemela. Quiero saborearla con voz de mujer.

—¿Y después me leerás tú la de Javier?

—Por supuesto.

—Entonces... Empiezo.

—Adelante.

Tana bebió un sorbo recordando un beso, infundiéndose valor, y comenzó a leer las palabras de una muerta:

Querido mío. Has dictado una injusta sentencia. Me pediste que tuviéramos un hijo, no fui capaz de dártelo en veinte años y cuando al fin lo logramos... te culpas de haberme matado. Esto es atroz. No puedes ser justo con nadie si no empiezas por ser justo contigo mismo. Como no escucharás alegatos que vengan de mi parte pues sabes que siempre fui abogada de causas pobres y parcial a tu favor, déjame que te entregue la carta del hombre más justo que conozco. Está en el sobre adjunto.

Tana estaba nerviosa, le sudaban las manos, sentía que nunca tendría un amigo más íntimo y más cercano. Aquello que Jaime estaba compartiendo con ella no era otra cosa que una parte de su alma. Tana abrió el nuevo sobre y muy sorprendida vio que era la vieja carta de un soldado:

Querida Fani,

Los días comienzan a ser más largos y cálidos y esto hace mucho por la moral. No hay peor bala de cañón que un pie congelado o bayoneta más cruel que la neumonía. Las noches son cortas, mejores por tanto, porque es en la noche cuando ahoga el manto del miedo.

Hoy fusilamos a tres carreteros que comerciaban con el enemigo y a los mozos que los acompañaban en sus trapicheos. Hacía tiempo que veníamos oyendo que los franceses tenían abundancia de bacalao, quina y cacao. Era verdad, y les tendimos una trampa a estos buhoneros aprovechados. Los cogimos atravesando los Pirineos, de vuelta de su negocio. Como segundo oficial, y hombre de leyes, fue mi deber defenderlos ante el tribunal de guerra. Entendí por qué se les tapa los ojos a los reos. Para que no vean la farsa que es la

justicia. Tres de ellos eran niños, mozos sin culpa, ayudantes de los carreteros, quienes a su vez son lacayos de un tercero al que la guerra nunca alcanzará. Los condenaron a todos a muerte sin atenuantes. Dios sabe que no soy parcial. Que odio como el que más al francés, pero esto fue una escabechina para dar ejemplo. De los diez, solo tres merecían morir y me doy cuenta de que mi idea de la justicia no se corresponde con la de mi España, pero es extraño, sigo creyendo en las dos. El secreto está en saber que la justicia no existe en grande. La justicia existe en pequeño como la perfección de una flor. Un campo de amapolas no es perfecto. Pero coge una, cualquiera, tenla cerca, antes de que vuelen sus pétalos, lejos, arrancados por el viento. ¿No es perfecta como lo son tus ojos o tus manos? No puedo seguir siendo un hombre de leyes en grande, sí en pequeño. Creo que si soy justo conmigo mismo, contigo, con los que puedo abarcar, conseguiré alcanzar una forma de perfección y por ello dejaré el derecho pero me convertiré en policía. Quiero estar en el origen del crimen, del delito, en el detalle de la justicia. Aquí, querida mía, rodeado de muerte, me doy cuenta de que lo que me importa es la vida. Me importas tú y el futuro y construir esta justicia contigo y tener un hijo para enseñarle sin discursos lo que me vienen enseñando generaciones de Sarriá con sus acciones desde quién sabe cuándo. Nos importa la vida en la medida humana, en pequeño, en la proporción real de los desheredados o de los maltratados, no en la medida mallorquina, española o universal. Somos joyeros de luchas vecinales, guardianes del grano a grano y añadiendo una sola gota al océano nivelamos alguna balanza en alguna parte. Los Sarriá y los Company plantan semillas, que es como se crea la vida. Sé que los médicos te han recomendado que trates de evitar un embarazo, pero vivir sin felicidad es la semilla de la injusticia universal porque la justicia ha de empezar con uno mismo. Debemos ser valientes. Por mí, por ti, por la pequeña balanza de las cosas perfectas, como las flores de un crisantemo, y mirar adelante sin remordimiento, porque el remordimiento es el cáncer del alma.

La guerra está ganada, mi amor, los franceses se hallan casi en retirada y en poco tiempo estarás de nuevo entre mis brazos, en Son Perelada.

Te quiero, te pienso.

Jaime

Cuando Tana acabó, ambos tenían lágrimas en los ojos.

—Algo hemos hecho bien para que nos quieran así.

—Solo querer.

—Tú la quisiste y la quieres.

—Es mi turno. ¿Dices que es la carta que envió Javier...?

—Lee. Es más que una carta.

Ahora fue Tana quien aspiró el aroma del coñac. Aquel íntimo instante se abrazó a ella. Jaime vio que dentro del sobre había una nota y otro sobre más. Era una carta dentro de otra carta, y de otra y otra más...

Jaime se aclaró la garganta y leyó:

«Don Cayetano de Nácar, Lazareto de Isla Galante.»

Estimado don Cayetano de Nácar,

Adjunto una carta, señor, que ha recorrido el mundo desde Palma de Mallorca a la Patagonia, pasando por el archipiélago de Chiloé y llegando a La Martinica. Es sin duda un milagro que no se haya perdido y rezo por que llegue a su destino y por que lo encuentre a usted, como nos ha ido encontrando a los demás.

General Andrés Weidrich Naranjo,
capitán general de Cuba,
conde de Isía.

Querido Andrés, alentado por un buen amigo, me uno a la búsqueda del cirujano militar don Cayetano de Nácar. Mis investigaciones me anuncian que podría estar en Cuba o Santo Domingo. Al parecer, recientemente hablaste mucho y bien de él tras una reunión de Estado Mayor en Madrid. Tengo la esperanza de que conozcas su paradero y de que puedas de algún modo hacerle llegar esta carta que ha tocado los corazones de soldados y oficiales y el mío propio. Una epístola que ya ha recorrido medio mundo y que Dios quiera que siga teniendo alas de ángel.

Siempre a tu disposición,

Alejandro María de Aguado,
marqués de las Marismas del Guadalquivir
y viejo soldado.

Jaime leía emocionado imaginando a esos hombres. Recreando su afecto y su camaradería. Efectivamente, un nuevo sobre se abría y en él otra esquila:

Estimado general Gilabert, ha llegado a mi cuartel esta carta por accidente, pues soy, como era usted hasta hace unos meses, general del ejército chileno y compartimos el mismo apellido y nombre similar, aunque no creo que guardemos parentesco. Al leer las misivas que se acumulan en estos sobres... una vez más, por accidente, pues ya digo que creía ser yo el destinatario, mi corazón se ha detenido, señor, y me ha invadido una emoción tan intensa que no puedo por menos de encargarme de que mi subalterno se llegue a caballo hasta su residencia en Santiago para entregársela en mano. Ruego a Dios, pero sobre todo a los hombres de armas, que se unan en esta noble busca que es la búsqueda de todos los que hemos luchado en tantas batallas y a menudo nos hemos preguntado por el sentido de nuestras acciones. Lo entenderá todo cuando vea el contenido de los sobres adjuntos.

General Roberto Gilabert,
Capitanía, Aysén.

Querido Humberto, me llega una petición de la viuda de un excelente camarada que sirvió con el inefable Javier Mayor y Sans, al que sin duda recordarás de Bailén por su bazaría y su fantástico humor. Al parecer, está enfermo en Mallorca, Dios quiera que se recupere, y es imperativo para él hallar a un cirujano militar llamado don Cayetano de Nácar, al que dejó con O'Higgins, de cirujano personal, en Chile, hace más de veinte años. Se trata

de una cuestión de honor, pero sobre todo, de lograr que un padre se encuentre con la hija que perdió hace más de veinte años. Te ruego que leas la misiva con el mayor interés y que envíes noticia al que fue tu amigo, compatriota americano y camarada general San Martín y a todo aquel que creas que pueda conocer el paradero en América de este hombre singular, el cirujano don Cayetano de Nácar. Escribo también a Mario con el mismo propósito. Entre todos hallaremos a este hombre.

Saturnino Silambre,
general de S.M la reina Isabel, retirado.

Querido Nino,

Escribe a mi marido una carta un viejo compañero de armas. Como bien sabes, Jeremías murió recientemente y no sé si soy yo que estoy flojucha o es que se trata de la carta más pura de sentimientos que he leído en mi vida, pero tenemos que ayudar a este soldado cuya epístola te adjunto. El cirujano al que debe encontrar el amigo de mi marido fue visto por última vez en Chiloé, pues era oficial cercano al brigadier Quintanilla en la toma del archipiélago. Al propio Quintanilla he escrito con copia de esta carta, pero me pregunto si no será una locura que escribas a Humberto, que era tan íntimo amigo de San Martín. Si alguien conoce a todo el mundo en dos continentes es un hombre que ha libertado dos mundos. Ya sé que vive retirado de todo, pero que no quede en el tintero por no intentarlo.

Un abrazo de amiga,

María Pilar Corrientes,
viuda del general Sánchez del Barrio,
Santander.

Jaime leyó el nombre al que iba dirigido el siguiente sobre:

«General José San Martín, Boulogne-sur-Mer, Francia.»

Querido José, hace cuarenta años que compartimos la misma cantina y puchero en Portugal, que lanzamos las mismas amenazas y con el mismo brío, hombro con hombro luchamos años después contra el francés en España. Cuando miro atrás a aquella época recuerdo a mis mejores amigos. Tú eras uno de ellos, si no el mejor. Te ruego que hagas lo posible por ayudar a don Javier Mayor y Sans, me lo pide la viuda de un antiguo camarada al que debo la vida y que a su vez debió su vida a este hombre. Recordarás, sin duda, que de teniente luchó con nosotros en Bailén con su hermano gemelo y que los llamaban «los Javieres». Ambos siempre mostraron ejemplo de buen humor y valor y fueron altamente condecorados por su bizarría. Sé que te hallas alejado de tu patria, por la que diste más sangre de lo que es justo en una sola vida, y que sin embargo la política te lo agradece cruelmente condenándote al ostracismo... pero también sé por antiguos compañeros que tu situación ha mejorado gracias a Aguado y que quizás él, que es un banquero de medios insospechados, pueda desde París lograr el milagro que busca este buen soldado. Tuyo siempre y a tu servicio,

Humberto el «de Briesga», un fantasma retirado de un muy lejano pasado en nuestras guerras, que además de soldado fue general chileno.

Jaime no daba crédito a sus ojos. Abrió el último sobre. Era la carta escrita de puño y letra de su mejor amigo, del hombre que gracias a su sangre se había convertido en su hermano. Era mi carta.

Querido hermano de guerras y batallas, no me conoces y, sin embargo, si te conoces a ti mismo, me conoces bien. Mi nombre es Javier Fernando Mayor y Sans y con trece años me uní al ejército contra Napoleón. Desde esa edad he pasado por todas o muchas de las guerras celebradas en dos continentes hasta mi reciente abandono del uniforme como coronel de Húsares de caballería. En la guerra he luchado por venganza, deber, odio, inercia, compañerismo, incluso por vergüenza, y durante estos veinticinco años a menudo he dudado de la bondad o la utilidad de mis actos. Ahora creo que lo entiendo. En realidad, he luchado por amistad. Por amor a los míos, los compañeros, los muertos y los vivos, y porque era lo que mejor sabía hacer. También sé escribir y me digo que los dos mayores poderes del mundo son la pluma y la pistola, pero creo más en la pluma y deseo que la pluma sea la heredera de mi pistola y de todas las pistolas. De ahí esta larga súplica escrita a la que llegaré en breve. La vida de un hombre, para que merezca la pena, es como una novela. No tiene que ser brillante toda ella. Basta con un capítulo que cambie el pensamiento, que recuerde a un héroe olvidado, que toque el corazón, que refrende una opinión. Quizá la vida merece la pena si hay en ella, como en esa novela que digo, un solo acto de verdadera bondad, amor o hermandad que pueda inspirar otros actos buenos, nobles o simplemente... inspirar. Con esta carta pretendo conseguir ese acto bueno que justifique mi existencia, ya digo. No porque mi vida me importe sino por lo que significaría para la mujer a la que quiero. Ahora sé que el amor verdadero está, precisamente, en los hechos, los actos, los movimientos, las tiradas de dados. Cuando mis batallas han terminado encuentro a la mujer de mi vida y, sin embargo, noto en mi interior una enfermedad que me mata un poco cada día alejándome de ella, y aunque no me duele morir, me duele que ella quede sin mí, que pierda el norte, la fe, el gusto y que esto le distraiga de luchar por todo aquello en lo que pienso que todo ser humano debe creer: mejorar en algo la vida de los que nos rodean.

Hace veinte años, un bravo teniente criollo me asestó tres sablazos en el brazo derecho y uno de los mejores cirujanos que ha tenido cualquier ejército, don Cayetano de Nácar, quiso cortarlo, como era su deber, para salvarme la vida. Yo le convencí de que no lo hiciera y le prometí que algún día este mismo brazo lo salvaría a él. Por eso escribo, desde ese día, como un poseso, con esa mano que el destino quiso conservar, y hoy redacto esta carta que es para todos vosotros, hermanos, pero sobre todo es para él. Debo decirle que he encontrado a la hija que creía muerta, que se llama Tana de Ayuso y que es la mujer a la que he querido desde, creo yo, antes de haber nacido. También debo decirle que él no mató a nadie en Palma y que su causa se revisará y que puede volver a su isla sin miedo y con la cabeza bien alta. Su hija y yo lo esperamos aquí. La última vez que supe de don Cayetano de Nácar fue en Chile. Él era prisionero de Bernardo O'Higgins, aunque seguía salvando vidas de soldados, los suyos, los nuestros, los de todos.

Le suplico a todo aquel al que le lleguen mis palabras que haga lo posible por reenviarlas a otro hermano que pueda encontrarle. Cuantos más mejor, formando una cadena de esperanza. Sí, envíasela, por favor, a otro hermano de guerra, aunque sea del otro bando. Los que hemos compartido el calor de una hoguera antes de la batalla somos sin duda hermanos, cualquiera que sea el tinte de nuestros uniformes. Hermanos de humo, de balas, de pólvora, de sangre contra una encina, de comprensión de la muerte. Este es un mensaje en una botella pero su destino no es incierto. Mi carta viajará en la pata de una paloma blanca a San Sebastián, llegará a manos de un oficial del ejército y sé que, pasado el tiempo necesario, acabará ante los ojos del hombre al que busco.

Parece que pido un milagro, pero alguien me enseñó que, para que ocurran los milagros, no podemos dejárselos a Dios.

Javier F. Mayor y Sans,
conde de Siresa, coronel de Húsares de caballería
de S.M la reina Isabel, en la reserva.

Jaime dobló la última carta y la guardó en el último sobre. Tras unos minutos llenos de aromas y sentimientos buenos, los amigos intercambiaron sus epístolas.

—Ha sido el mejor coñac que he tomado jamás, cirujana. Cuida de este hombre porque es sin duda excepcional.

—Y tú... cuídate y hasta mañana... Porque mañana te esperamos de nuevo.

—Solo una cosa más... Siempre tengo intención de decírtelo y siempre se me olvida.

—¿Qué?

—El perfume de jazmín.

—¿Qué le pasa?

—El primer día que vine a Can Belfort no fue la primera vez que te vi... Ya te había visto desde mi barco, asomada a tu ventana, con tu catalejo.

—No es posible... ¿Estás diciendo que...?

—Sí, cirujana. Estoy diciendo que mis jazmines... siempre fueron por ti.

Jaime le ofreció una ceja irónica. Tana tembló por dentro y se sintió feliz.

—Una vez un amigo me dijo que soy muy mala detective de asuntos propios. Veo que tenía razón.

—Por suerte, te has rodeado de un buen equipo. Hasta mañana.

—Jaime...

—¿Sí?

—Se puede.

Jaime le regaló sus hoyitos e intercambiaron una jugada de mus. Ella se vio reflejada unos segundos en esos ojos de hoja perenne y supo que este momento, que ya era pasado, era quizás un prólogo de algo.

Días después de que mi mujer me quitase el esplín, el bazo o la melancolía, comencé a recuperarme y conseguí ese beso. Su chantaje funcionó, pues aquí estoy, vivo, respirando el mar,

con la pluma llena de tinta, los diarios en la mano, la sangre de Jaime en mis venas para contarlos, y riendo, sobre todo riendo al recordarlo, pues en esta isla he encontrado la panacea universal. El antídoto de la pobreza será el oro, el de la infelicidad es el amor, pero la cura de todos los males, sin ninguna duda, es la risa, la risa hasta en la muerte.

Tana está contenta, su padre va a quedarse en Palma y los médicos de la isla estuvieron de acuerdo en nombrarla varón honorario de la Academia. Esto ocurrió la semana pasada y, desde entonces, la cirujana de Palma puede entrar en el salón de fumadores del casino, donde odia contar chistes pero adora charlar. Anoche estuve hasta muy tarde revisando esta historia, que ya está lista para galeradas y, como no hay hombre más oportuno en la isla, al tiempo que pongo el punto y final, con el toque de «la queda», aquí se presenta Jaime Sarriá, mi hermano de sangre, invitándose a cenar. Reclama nuestra presencia en un nuevo y extraño crimen. Al parecer en esta ocasión están involucrados un anticuario, una monja y un muy pequeño y muy valioso reloj de bolsillo de sol que perteneció al gobernador. Saldremos mañana temprano. Celina nos preparará una repostería para el viaje, pues hemos de hacernos a la mar. ¡Qué placer, y hoy comienza el verano! El misterio se desarrolla, cuando menos en parte, en otro lugar idílico de esta isla: Cabo Formentor.

Ah, aquí llega Tana, reclamo un beso, me lo da, se lo devuelvo, le robo un tercero, cae sobre la cama. ¿Pasaremos la noche haciendo el amor?

—¿Has terminado tu novela? —me dice entre besos y abrazos.

—Sí. Como siempre, cirujana, acertaste en todo.

—¿En serio?

—En una de tus cartas me escribiste: «no puede acabar mal una historia tan bonita como esta», y mira qué final tan feliz. Tuviste razón.

—Es cierto, es una historia bonita, pero, mi vida... ¿Tú estás seguro de que esto acaba aquí?

No respondí. La tomé en mis brazos y la inundé de amor.

FIN